MARTA SANZ

pequeñas mujeres rojas



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

pequeñas mujeres rojas

MARTA SANZ

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: marzo de 2020

© imagen de cubierta, fotograma © Sorokopud / Depositphotos

© Marta Sanz. Representada por Agencia Literaria Ángeles Martín, S. L., 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4132-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para mis amigas Sara Mesa y Edurne Portela, por las que me siento acompañada y a quienes siempre quiero tener cerca.

SOE

En la pared el rapto de las sabinas
ocre y verde, desconchadas
marcas de humedad, raídos
tapizados de damasco clareados por el sol
tardío en el balcón de hierro blanco
por el polvo
subían de la calle
el rumor y el tufido de las fritangas,
cabezas de corderos ciegos, pinchitos
de chorizo, papas asadas, pimienta,
mujeres en traje de chaqueta hablaban
de la busca, alguien arrancaba
un timbrazo único de aquella puerta
de cristal opaco —lavajes-gomas-
sífilis— las muchachas reían en la esquina
las dos o tres palabras del albañil
—restauraban la fachada de un bar
casa Manolo— invitándolas a un carajillo
entonces alguna mujer bostezaba, alguien
comentaba la desusada tardanza del doctor,
las hemorroides no sentaban a gusto
a la mujer ballena que abría la sonrisa,
antes en Cueva de Vera, cuando parecía
una rosa sin oler, jamás supuso padecer
un mal tan malo, señor, los médicos
matan, y esos del seguro no cobran
lo suficiente para matar con formalidades
piadosas — señora, tiempo ha que no la veo
siempre tan bella, doña Leonor, con Dios,
por Dios, no hacía falta, el puro—
en el pueblo un conejo, una gallina, entonces
criaba su padre en el corral hasta corderos
y los girasoles se burlaban del sol ahora,
a esta hora del crepúsculo, él volvía
del esparto o de salinas de Terreros, lejos

casi en Murcia, ahora peón de la construcción
sindicado, naturalmente, el mayor trabaja
en Pueblo Nuevo y el pequeño jugaba
conmigo a marines americanos, Todos
a una, anunciaba el cartel del cine Edén,
algo más lejos, junto al bar, mal llamado Bar
de las Putas Francesas, relleno de putas nacionales
con permanentes aceitosas y avinagradas, hechas
por una peluquera siempre o casi siempre
llamada Pepita, a punto de casarse, manos
de oro, hoy las peluqueras se forran
las batas blancas de duros duros en papel
pringoso, antes de la guerra había moneda
metálica, se llevaron el oro, los dos hombres
se miraban, antes de la guerra, antes de la guerra
en el frente me mataron un hermano los rojos,
el otro manoseaba la cartilla de asegurado.
SOE, todos sufrimos, todos matamos, alguien
recordaba una prima lejana deshonrada,
los moros, tosía, tosía, el pañuelo, sangre,
las madres nos hacían salir al descansillo,
miraban el aire con temor, dicen que basta el aire
y no se entiende cómo van sueltos por la calle
los tuberculosos

somos los tuberculosos
los que más los que más nos divertimos
y en todas nuestras reuniones
arrojamos, arrojamos y escupimos
llegaba
el doctor con cara de incandescente ser planetario
poseía el bien y el mal en un maletín negro,
¿Qué hora es? alguien inusitadamente contestaba mil
novecientos cuarenta y ocho, nos miraba, miraba
el reloj, decía, mil novecientos cuarenta y ocho

volvían a hacernos salir al descansillo y a veces
la pregunta de alguna mujer oscurecida u hombres
de trajes bicolores, sin corbata, nos hacían vagamente
importantes, sí, aquella puerta, el Seguro Obligatorio
de Enfermedad, obligatoria enfermedad, no lo sabíamos

entonces, siquiera cuando el médico extendía el volante
para los rayos equis, miraba de reojo aquella mancha
de aceite en la cartilla y nuestra madre enrojecía
nos daba un cachete y musitaba —estos niños, estos niños

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,
Una educación sentimental, 1967

CON NUESTROS TIRACHINAS (LEA DESPACIO)

Nosotros éramos oriundos y también éramos de otra parte. Somos los niños perdidos y las mujeres muertas. Dios no existe —damos fe de ello— y nosotros aquí andamos siempre sonrientes.

Sabemos un montón de cosas. Sabemos que los recuerdos de Paula no pertenecen a este lugar. ¿Por qué llega entonces a este pueblucho para ocuparse de las tareas sucias, desenterrar los huesos muertos —hablamos metafóricamente—, reavivar los odios de una fogata en la que nos quemamos para regenerarnos de noche y al siguiente día volver a arder?, ¿por qué viene Paula a profundizar, desde un átomo, en la fosa, ensanchándola para después desinfectarla con cal viva como una jardinera que solo cultiva crisantemos o una limpiadora por horas?, ¿por qué quiere ponerles nombre a los despojos?, ¿quiere Paula purgar sus incógnitas culpas como los que cebaban al cerdo de San Antón y después lo embuchaban sin lavarse las manos?, ¿está aburrida?, ¿cuál es el país de Paula?, ¿y su pecado?, ¿qué filiación la lleva a estropearse las uñas contra el terrizo y a llenarse de arenilla los bronquios mientras intenta limpiar la quijada de un hombre, probablemente bueno, que habitó durante un instante esta tierra y después se la comió para siempre? Siento el cosquilleo de sus pincelitos en mi mandíbula. ¿Quién se come a quién?, ¿la tierra al hombre, a las mujeres, o el hombre —las mujeres— a la tierra? Para esta última pregunta, no tenemos contestación y esta ignorancia resulta tan irónica…

Existen las patatas, los colinabos y otros tubérculos que nacen, se desarrollan y a veces mueren entre lombrices y abonos químicos. Entre los molares del vegano y la vegana. Intentamos usar un género inclusivo, ser cosméticamente plurales, animalistas, proteger a los más débiles porque nosotros también cogimos el palito más corto… Dudamos de poderlo conseguir. No tenemos tanta fuerza y quizá sea mejor que, desde ya, bajemos los brazos en un gesto de renuncia. Hemos llegado hasta aquí incluso por algo que va más allá de los juegos y las jaulas de los nombres. Los epicenos y los hermafroditas.

Así que ¿resucitará Paula a los muertos y verá cómo se levantan cogidos de la mano para devorar pan ácimo, y buscar su casa y a esos descendientes que tienen sus mismos ojos, iguales marcas, rosetones, cáscaras de nuez sobre la areola, los mismos gramos de carne colgante en el lóbulo de la oreja, idéntico filo aguileño en el caballete de la nariz? Nosotros somos los niños perdidos y las mujeres muertas: puede que Paula nos ayude a crecer. Crecer es saber cómo te llamas porque lo dice la losa que te han echado encima. Nosotros velaremos a Paula para que no se parta por la mitad, como bebé salomónico, cuando los muertos tiren de uno de sus brazos y los vivos tiren del otro. O distintos tipos de muertos y de vivos quieran desollarla. Porque Paula va a meter su patita de coja donde no debería. Nosotros velaremos, para que no la destrocen.

Tiraremos de ella hacia arriba y desde allí la veremos o le hablaremos en los duermevelas con palabras que de día pueda recordar justo después de haberse tomado el café y los mantecados. La observaremos desde arriba o entre los surcos de la tierra, junto a las hormigas rojas y los gusanos que sirven para cebar los anzuelos con que pescar en el río. La protegeremos como ángeles guardianes, con nuestros tirachinas, porque Paula es dama generosa que viene a llenarse los ojos de molido excremento de conejo, de ausentes y putrefacciones de los que no guarda recuerdo alguno. Filantropía, aburrimiento, trabajos manuales, ganas de adelgazar, amor omnímodo…

Los recuerdos de Paula son de una casa que costaba mucho calentar en invierno, los cuernos de la televisión con dos canales y sus mandos para encender y apagar, el *on* y el *off*, el volumen, el contraste y otra rosca, peligrosísima, que si se giraba sin tino llenaba la pantalla de imágenes que se escapaban deprisa, como vertiginosas páginas que no se puede leer, hasta que se perdían y deformaban *El conde de Montecristo*, los concursos, la Familia Telerín. Una casa con fresquera por la que se filtraba el olor de pucheros hirviendo, viandas de mercados citadinos, nada muy fresco ni recién sacrificado —más sabrosos son el tasajo y la carne amojamada—. Una casa con catalítica, bolsa de agua caliente, batita infantil de boatiné y zapatillas de cuadros para no poner nunca la planta de los pies en el suelo al levantarse. Allí Paula jugaba con los vecinos a las series de televisión y apretaba demasiado el lápiz contra la hoja de las caligrafías Rubio. Después, no se borra con la goma el surco del trazo ni la suciedad. Una casa en una ciudad donde los niños —al menos los que ella conocía— no tenían que trabajar, ni sabían hacer sumas y restas de cabeza ni cuál era el mejor momento para salir a cazar ranas, apalear perros de ojos pedigüeños o, si el padre no está vigilando, descabezar gallinas para verlas correr como unas locas, pechuga y alas, de un lado a otro…

También es cierto que, contemplado desde otro punto de vista, la nariz de Paula —recortada, chatilla, perdiguerano había gozado de la eclosión primaveral o de los pinos que huelen tan bien cuando se calientan al sol. Pero conocía los aromas de los ambientadores de los cines y de las lociones alcohólicas para matar los piojos y de las gomas de nata. El aroma de la fermentación en la bodega del barrio donde entraba a rellenar con vino una botella de gaseosa para calentar el estómago de su abuelo. Después, el abuelo le contaba a la nieta la historia del tiro que recibió justito en la cabeza del fémur: la bala por la que se licenció pronto y se transformó en hombre metálico como el muñeco de lata de *El mago de Oz*. También le relataba a la niña la historia de la hermana a la que purgaron con ricino. Y la de los niños que se subían a los trenes. Y la de los hombres metidos en armarios o en sobraos. La de estanqueros delatores y cunetas llenas de cadáveres. Paula habría preferido que en su casa se guardasen más secretillos y momentos culminantes de la historia, pero allí eran todo confesiones, cuentas claras, chocolate espeso. Un lugar en el que forjar la conciencia también con los seriales radiofónicos. No me cantes otra vez la misma canción. El pepino vuelve a la boca desde el fondo del gazpacho. Pues vaya aburrimiento. Una monotonía semejante a la de ir recitando las tablas de multiplicar. Después, la abuela le colocaba las manitas y, juntas, rezaban: «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes sola ni de noche ni de día…» Esos misterios eran más del gusto de Paula que la precisión de un balazo.

Luego los pájaros le volaron de la cabeza. Estudió números. Se casó con un loco o con un ser contra natura que, con su sola mención, hace que aquí abajo algunos guiñemos el ojo —de cara y de culo— y otros nos persignemos. Para ciertas cosas aún no estamos bien educados. Confundimos a los maricones con los mariquitas, la homosexualidad con la pedofilia, el

travestismo con el afeminamiento, a la machorras con las brujas, la criminalidad con el amor de Aristóteles por sus discípulos y de Alejandro Magno por sus compañeros de batalla. Aquí algunos lo lamentamos mucho y a otros nos da absolutamente igual. Paula Quiñones, nieta de Manuel, compañero superviviente de acribillado fémur, se casó con un centauro y un fabulador. Arturo Zarco, dulce compañía. Despistado ángel de la guarda. Atareado bujarrón. Pauli aterrizó abruptamente desde el nimbo romántico de su sueño rosicler sin contar con la amortiguación de nuestra alfombra de nubes. Sin nuestras precauciones. Esponjosas alas de ángel y red de los trapecistas cautos.

A Paula no le interesaban tanto las historias de su abuelo como las de las princesas y los genios orientales de la lámpara, pero cada frase de Manuel se le quedó dentro, sin que ella se diese cuenta, y la transformó en una coja idealista y acaso filantrópica. Todo lo que sabe Paula lo sabe por boca ajena, historias de las que se distancia, del mismo modo científico, casi quirúrgico, en que se distancia de este lugar: no puede quedarse aquí prendida como si no estuvieran sucediendo otras catástrofes en otros mundos. Vigilaremos a Paula, la protegeremos, tal vez le hablemos, mientras está soñando, con voces que se acoplan como el sonido a los micrófonos, remotas voces que se metalizan por nuestros agujeros de bala, voces azules como nuestros dedos al principio, pero voces que serán sobre todo rojas como el pimiento morrón. Voces rojas, amarillas, moradas: amapolas, retamas, lavandas que iluminan amarronadas praderas; Paula nos verá, en el sueño: somos una cuadrilla de jóvenes borrachos, bastante sucios y con las orejas de soplillo, que se aguantan los unos a los otros, por los hombros y los sobacos, para no caerse. Velaremos por Paula —no servirá de mucho— porque nunca creímos en Dios —blasfemábamos a cada instante y nos santiguábamos por costumbre—, pero sí en los espíritus benefactores y en los fantasmas domésticos que, debajo de las sombras del hogar, son percibidos por las pupilas-radar dilatadas de nuestras mascotas fieles. Nosotros somos su perro perdido y su abuelo de hojalata, aunque tuvimos menor fortuna, y estamos bastante seguros de que, al extraer nuestros huesos de la arcilla seca, como quien saca una esquirla de la piel o una bala del tabique en el que se incrustó, Paula no hará pucheros ni contará nuestra historia poniéndonos un marco. No queremos que nos abrillanten como a los santos de las procesiones: éramos los buenos —de eso no hay ninguna duda—, pero teníamos vicios e ignorancias. Algunos ni siquiera éramos hermosos. Somos los niños perdidos, los que no crecen nunca. También, entre el barro, vislumbramos cuerpos de mujeres, aunque aquí ya no importe lo que somos los unos y las otras, y practiquemos de un modo involuntario todo tipo de cópulas, profanación y licuefacciones. No buscamos compasión ni regalías. Pero nos compadecemos de nuestros hijos, que se van haciendo más viejos de lo que nunca nosotros llegamos a ser, y aún no guardan ni una molécula de ceniza, ni un dedito de Hansel, para dejar caer al fondo de esa urna funeraria que hace demasiado tiempo lleva escrito nuestro nombre. Ignoran nuestra dirección.

Cuando viaja, Paula no escucha música, sino la conversación de otros viajeros o las respiraciones de los que duermen. Ella a ratos también cierra los ojos. La hemos visto. Se aísla, pero es un aislamiento sin cristales antibalas, sin mecánica interpuesta. No lleva auriculares ni usa los videojuegos de su teléfono móvil. A nosotros nos encantaría poseer uno y saltar a otra pantalla. Tenemos la impresión de que el vidrio encierra el agua. De que el dispositivo es una pecera, pero aún no disponemos de datos suficientes para asegurarlo. Paula no lee un libro. Su isla es una isla que fácilmente podría asaltarse con un bote de remos.

Cuando el autobús abandona la autopista y se desvía por la carretera comarcal, ella no puede

apartar los ojos del paisaje. El autobús atraviesa dos pueblos en los que ni una sola persona camina sobre los solares de terrizo o se asoma a las ventanas. A derecha y a izquierda de la carretera, terneros encajonados entre láminas, probablemente de un delgado metal, practican el único movimiento posible: agachar la testuz para comer. Terneros estabulados y porquerizas. A la entrada del pueblo, cabecera de comarca, un ramo de flores requemadas por el calor del asfalto es la ofrenda que la ancianísima hija de uno de nosotros ata al quitamiedos para señalar el punto en que posiblemente se amontonan los huesos de su madre. Osarios mixtos. O quizá las flores conmemoran el desnucamiento de un motorista que volvía a casa después de haberse peleado con la novia. Una lápida con los mismos apellidos de siempre —Cordero y Beato, Beato y Cordero, Cabrerizo y Ríos, Ríos y Beato— relucirá, nueva, en el camposanto. Los judíos conversos —los cristianos impecables— cebaron muchos cerdos para regalárselos al cura. Nosotros somos ellos, aunque no nos demos cuenta. Cristianos nuevos, niños y niñas, señoras y señores, gente que quiere olvidar lo que fue porque lo que fue le duele o no le dejan serlo. Gente que olvida para purificarse o porque le falta valor. Hermanos disfrazados entre una multitud de hermanos disfrazados. Dejémoslo estar, hoy, aunque sentimos las tibias más húmedas que nunca, no nos apetece discutir. Vence la galbana. El amodorramiento al que, como mínimo, tenemos derecho.

Ciertas personas se habrían detenido en el bello contraste de la efímera amapola con la flor de jara, en la ondulación florentina de un paisaje acariciado —en realidad, golpeado— por hombres y mujeres fuertes. A Paula, los terneros, la vejez de las flores quemadas por el sol, los pueblos vacíos, le llegan a lo más hondo. Más que cada uno de los huesos que irá desenterrando. Nuestras falanges, nuestros cráneos, nuestros descatalogados fémures dejarán de pertenecer al hoyo y al montículo, a su misteriosa nutrición, y podrán ser enterrados en algún lugar donde se nos homenajee y nos coloquen coronas otra vez rojas, amarillas y moradas. Dejaremos de ser materia para transformarnos en espíritu, aunque esas metamorfosis nunca hayan alimentado nuestra filosofía. Que sea solo un minuto y que, después, podamos seguir como si tal cosa. Partículas perdidas en el aire, imprescindibles criaturas para la polinización de las flores cuando todas las abejas hayan muerto. Electrocutadas o ahítas de cianuro.

Paula mira por la ventanilla, le sobrecoge el panorama, los animales, las manchas de aceite de los accidentes de tráfico, los bidones para almacenar el pienso, las balas de paja, el olor a marrano. Impresiones que Paula recibe en el autobús de línea y en el taxi que coge después para llegar a este lugar en el que hoy se refugian algunos artistas de los que desconfiamos mucho. También aquí viven los que huyen, como siempre, del mundanal ruido y de ese teléfono móvil que nos encandila cada vez que alguien lo usa vertiginosamente. Los niños perdidos —en este punto la mayoría de las mujeres muertas prefiere inhibirse— pensamos que siempre hubo imbéciles y hombres contra natura —a quién puede no gustarle una buena pechuga, un bamboleo— mientras el taxista no habla. Paula llega, paga y da propina. Nada más bajarse del vehículo, la mujer prevé los problemas que podrían paralizarla —¡Pies quietos!— en la plaza de este pueblucho situado sobre un montículo que parece la chepita de un anciano. Paula nombra sus errores: la necesidad de un sombrero, la inoportunidad del minishort y la cojera —sobre todas las cosas, y sin embargo a nosotros el vaivén nos resulta encantador, la presión desacompasadamente rítmica de las piernas—, el ruido de los ruedines de su equipaje, la exuberancia desigual de sus muslos, el delgadito y el otro…

Hombres piadosos o aviesos juegan a las cartas en el bar a las cuatro en punto. Paula no llega a este lugar con una maleta de cartón. No ha prendido al hilo de su camisola una banderita

republicana ni guarda una guitarra en una funda de cuadros. No busca a un pariente próximo. Tampoco trae una visera y ese sí que es un olvido imperdonable, porque la gota gorda le resbala por la frente mientras recorre la calle principal del pueblo. Pese a sus pantalones cortos, cree que la cojera la salvará de las miradas de los hombres. Se confunde, porque aquí ya no quedan ni hombres del campo ni avidez sexual, y sobran pares de muslos de mujeres, de magníficas jamonas o de fibrosas ciclistas, también de niñitas que no comen demasiado y los fines de semana llegan a esta paramera para practicar ecoturismo, bañarse en la piscina, buscar níscalos en el pinar si es temporada o fingir que mordisquean torreznos y queso en aceite. «¡Huy, qué rico!», dicen las mentirosas escupiendo el bolo untuoso bajo la barra. Los hombres de cualquier parte no necesitan reparar en los muslos pétreos, en la antípoda de la gelatina, en la cera abrillantada de las estrellas de la televisión o del cine. Lo que sí se queda dentro de los hombres que a esa hora juegan —dominó, julepe, mus—, lo que permanecerá imborrable en sus pupilas, contraídas por el café o dilatadas por el licor, es el suave cojear de una mujer joven que arrastra una maletita de ruedas, como las de las azafatas, con el pelo largo y castaño —será crin— recogido en un descuidado moño. Los hombres de los bares miran de refilón, como si no mirasen, y ya han grabado en sus registros de memoria a la coja guapa que despierta la sonrisa torcida de unos y un pensamiento de conmiseración en otros. En los peores.

Es verano. A lo lejos se escucha el chapoteo y los gritos de la piscina municipal. Huele a cochiquera y cloro. Paula ha bajado del taxi. Viene a desenterrar huesos. Dijimos que sus pincelitos nos cosquilleaban la mandíbula, pero esa frase era expresión de un deseo —hace tanto que no nos afeitamos— o licencia poética. Las horas muertas y la generosa compañía del sempiterno maestro fusilado han hecho de nosotros auténticos eruditos. No. Paula viene a hacer preguntas para desenterrar huesos. No. Viene a ser la chica del western, como sentenciaría el detective —inepto Arturo Zarco— después de mirarla una vez y dejarla abandonada. Registramos la secuencia de acciones de la coja al poner el pie sano en este lugar sin fundadores. Seremos también su dulce compañía. Una más atenta que la del detective bujarrón. No la abandonaremos ni de noche ni de día. Somos los niños perdidos y las mujeres muertas que le acariciaremos los labios y le provocaremos sed, angustia, calambres, cuando lleguen los peligros. Nuestra ayuda no le servirá de gran cosa.

Paula se desplaza por o sobre —«¿Maestro?»— las líneas de este pueblucho. Tendrá que aprender rápido, olfatear esquinas, reconocer los orines de cada habitante. La observamos. No le quitamos ojo. Nos intuye, se da la vuelta, pero no puede vernos. Somos muy rápidos evaporándonos. Hoy vemos a Paula confusa: de no ser así, no se estaría dirigiendo hacia la única casa, hacia el único rincón, donde nunca, jamás, debería haber puesto sus asimétricos pies de cojita guapa.

1. AZAFRÁN

(**Epistolario mutante**)

> La primera persona a quien oí llamar Poisonville a la ciudad de Personville fue un zafrero pelirrojo, en el Gran Barco de Butte. Pero también cambiaba en diptongos otras erres. Y no presté atención a lo que hicieron con el nombre de la ciudad.
>
> DASHIELL HAMMETT,
> *Cosecha roja*, 1927

Paula bajó del taxi en el epicentro de Azafrán cuando el reloj de la torre del ayuntamiento, un edificio apaisado y feúcho, marcaba las cuatro. Ni un alma. Aparentemente los habitantes del lugar estarían disfrutando en sus hogares de los placeres desecadores del aire acondicionado y de la modorra que producen los programas de sobremesa. Los tertulianos consumen toneladas de chocolate, litros de café, y balbucen con precipitación ininteligible. Un violento ruido blanco anestesia y a la vez deposita un sedimento de furia: en un instante, alguien puede levantar un hacha para reventar un cráneo humano sin entender los motivos, pero cargado de todas las razones. Paula entorna los párpados para ver detrás de las rendijas de las persianas verdes. Las fachadas de viviendas de dos o tres plantas son de ladrillo, aunque algunas se atavían con el tradicional esgrafiado de la zona. Paula intenta escudriñar dentro, pero solo le llegan las voces de la tertulia. Le habría gustado que, al final de la función, los tertulianos se lamiesen unos a otros para acabar devorándose en veloz rito caníbal. Pero dentro del cristal de los televisores nunca se producen estos acontecimientos operísticos, sino otros más sutilmente inhumanos que van endureciendo la piel hasta convertirla en coraza de escamas de serpiente. Paula se rascó un codo y casi se hizo sangre. Pensó que, hasta hacía no mucho, podía rascarse con más fuerza sin que nada sucediese. Ahora había llegado el tiempo en que todo la magullaba.

Era verano, y en aquel pueblo la gente se echaba la siesta en el sofá. Sin embargo, Paula tuvo la sensación de que por lo menos veinte manos —diez pares de manos, más de media docena— le estaban recorriendo el cuerpo. Sería el calor y también los hombres que, desde detrás de las cristaleras de los bares, la comenzaron a mirar sin mirarla del todo en el momento justo en que ella echó a andar calle abajo, encaminándose hacia las casas que había detrás del cartel con el nombre del pueblo. *Azafrán*. Alguien había jugado con las letras y, con pintura negra, había transformado la segunda *a* en una *u* y la *a* bajo la tilde en una *o* de oscurecida barriga. El delicado pistilo de la flor malva del azafrán olía a azufre y la travesura cobraba el tinte de una

maldición. Había razones de sobra para esa crueldad toponímica, pero los pensamientos de Paula oscilaban entre la compasión y la intolerancia hacia esas pequeñas maldades. Nunca lograba adivinar quién dedicaba su tiempo a cometer esos delitos minúsculos, esas pedraditas contra el civismo y la pulcritud, que quizá son advertencia o quizá crítica, remedo saltarín de reivindicación. Tal vez solo habría que contemplarlas como la gamberrada de cualquier gilipollas. El aroma alimenticio, el aroma gourmet del azafrán con que se aliñan los arroces, casi siempre pachuchos, y también los pescados en esta zona mesetaria, se había degradado hasta hacerle evocar los efluvios tóxicos del aula de química. Cuando bajó del taxi, olía a cloro. Era verano. En invierno, el aire se impregnaría del aroma a leña en combustión. También olía a cochiquera, según de dónde viniese el viento; y a frigorífico, a sangre y grasa de animal sacrificado de extranjis, a pis, ante la puerta, protegida por una cortina de canutos de plastiquillo, del supermercado. Sobre el mostrador, Paula distinguió embutidos y carnes iridiscentes.

Azafrán. Al atravesar la línea imaginaria en que comienza el paraje, justo después de haber cortado la cinta de inauguración, a Paula le asaltó el presentimiento de ser raspa de congrio o tajada. Exploradora en la olla del caníbal y del tertuliano, muslo de tendón retruécano para el cocido en puchero, el dedito de Hansel que aparecía en sus pesadillas. Los presentimientos se cumplen en casi todas las novelas y también, antes de cada muerte, en las vidas reales. Un mal pálpito. Corazón de Jesús. Corazón mío.

Pero ahora, mientras desandaba sus pasos desde la plaza del ayuntamiento hasta el cartel en el que podía leerse *Azafrán* o *Azufrón*, según se prefiera interpretar por debajo o por encima, idílicamente o con polémica actitud, ahora, Paula notó sobre ella una exagerada carga de ojos. Los ojos —que pesaban una arroba por ojo, once kilos, la cuarta parte de un quintal— perseguían el ritmo desacompasado de su pierna derecha y de su pierna izquierda, el movimiento anómalamente circular de su cadera, el modo extraordinario en que su indumentaria se le ceñía al cuerpo de coja. En el bar los hombres se estarían riendo por lo bajo, pero al menos nadie pegó la cara al cristal para ofrecerle una visión, endemoniada y lasciva, del rostro de un habitante del pueblo de *Azufrón*. Los hombres jugaban a las cartas dentro de sus camisas limpias mirando como si no mirasen a esa coja guapa que arrastraba su maleta, entre un ruido que la avergonzaba exageradamente, rumbo al único hotel que no había recibido la clasificación de establecimiento con encanto ni se había reconvertido en residencia con spa o cueva *foodie*. La coja se dirigía hacia el hotel más viejo de todos, el que quedaba junto a la señal con el topónimo degradado de exquisita especia a diabólico elemento químico: un caserón de al menos dos o tres cuerpos —quizá, como ocurre casi siempre, dentro de esos cuerpos moran otros cuerpos y habitaciones secretas— rodeado de urbanizaciones construidas sobre hileras heil Hitler de idénticos chalecitos de dos plantas con un porche que, a causa de las temperaturas continentales, no podría usarse ni en invierno ni en verano y estaba ahí porque era un porche como los que salen en las películas ambientadas en Carolina del Sur.

Paula tan solo esperaba que aquellos hombres, probablemente malos, se acostumbrasen lo antes posible a esa cojera que no lograba disfrazar el alza de su zapatilla. Esperaba que dejasen de verla. Y tal vez, muy pronto, su cojera se hiciese efectivamente invisible porque el trabajo que la había traído a Azafrán iba a conseguir emborronar tanto su belleza como sus defectos físicos. Aquel día, además de las miradas previsibles sobre el cuerpo de la extraña, de la mujer, de la mujer guapa, de la mujer desnivelada, de la coja, Paula percibió el peso de otros ojos que brotaban de los matorrales y oyó murmullos, una calidad densa y musical, de la atmósfera. Un

orfeón que le cantaba abracadabras y, con una goma muy tensa, quería tirar de su cuerpo hacia atrás.

Azafrán, verano de 2012

Querida Luz:

No te puedes ni imaginar lo que fue llegar a este pueblo y a esta casa. Sobre todo, a esta casa desde la que hoy te escribo tratando de neutralizar en mi nariz el olor a tocino y a excremento de cerdo. Todo bien mezclado con alguna sustancia fertilizante para cultivar patatas o berzas. No sé. Yo nunca he sido muy ducha en materia agropecuaria. Pero, tal vez por haber compartido techo con Zarco durante tantos años, afino tanto el olfato que podría dedicarme a la profesión de sumiller. Todo se pega menos la hermosura. Me cuesta mucho inhibirme de este hedor. También del efluvio de los alcoholes viejos. Porque debajo de mi habitación está el bar de este hotel sin encanto y el suelo de mi dormitorio es de tablas de madera que suenan como demonios aunque se ande de puntillas —casi todas las noches un hombre se aproxima con sigilo hasta mi alcoba, pero eso quizá te lo cuente otro día cuando esté un poco borracha y no me dé tanta vergüenza—. La madera, porosa y medio podrida, se va empapando del olor a vino que asciende desde la planta baja. Creo que yo misma huelo así porque llevo tiempo marinándome en esta salsa ácida. No puedo dar un paso sin que me oigan, y algunas noches me despierto con ganas de vomitar. Pero no temas. Aún nadie ha sentido la tentación de envenenarme y desde luego no estoy embarazada. Mis arcadas son de puro asco.

Muy pronto me voy a dejar de prejuicios socialistas y cañís y me voy a instalar con el resto de los compañeros de la asociación en un hotelito, más nuevo y moderno, en el que no quise inscribirme porque me parecía muy pijo. Ahora mi cuerpo me pide vino sin posos, sofisticado sushi, descansar de tanta tapa de salchichón, tantas polvaredas y tantos saludos tristes. No sé a quién pretendo engañar, Luz. Bueno, sí que lo sé, pero para ese capítulo de mi historia sentimental necesitaría quedarme amnésica. Una lobotomía. Abrirme al mundo. Fraternidad. Recuperar otra memoria que no sea solo la mía. Puto Zarco. Que te den. A ti y a tus gustos infantiles. A tus efebos (perdona, Luz, no puedo eximir a tu hijo de la parte de mi infelicidad que le corresponde). Fin de esta conversación.

Estos olores fatigosos me hacen entender por qué una veterana actriz, que quiso inaugurar en un paraje cercano un museo de ángeles, se marchó. La pusieron a caer de un burro. Por extranjera y finolis. Aquella mujer tan solo era un ser humano con un correcto funcionamiento de la glándula pituitaria —el doctor Braña-Alcañiz, el paleontólogo forense que se hace cargo de todo esto, me está enseñando muchas cosas, por ejemplo que la glándula pituitaria es importantísima—. ¿Museo de ángeles? Ángeles porcinos y aladas caretas de cerdo. Marranos endemoniados por la peste de Azufrón, que es el nombre con el que algún gamberro ha rebautizado este lugar al que aún no logro encontrarle casi ningún encanto. Casi. Cuando entré en él, fue como si traspasara la superficie de una bola gelatinosa, como si me metiera en el núcleo celular de una medusa. Temo que, cuando quiera salir, toda esta vaselina se haya solidificado y forme una mampara antibalas contra la que me estrellaré una y otra vez. Daré golpes con los puños, pam, pam, pam, pero no se abrirá ni una pequeña grieta. Nada. Ni un rasguño en el aire mientras me amorato y me asfixio dentro de esta urna.

David, de quien te hablaré otro día, es el hijo de los dueños del delicioso establecimiento en

que pernocto. Él me dice que cerca hay hermosos parajes naturales y que, algunas noches, las estrellas se caen del cielo como piedras de plata. Mientras no me abran una brecha en mitad de la frente, podré adaptarme a tanta belleza cósmica. David promete llevarme de excursión a los cañones rodeados de enebrales para avistar los huecos en los que anidan los buitres. Entonces me acuerdo de que estoy aquí porque Arturo se ha ido de vacaciones a la casa mediterránea de una zorra que conozco desde que éramos pequeñitos: Marina Frankel y su gemela, Ilse, bailarinas clónicas de la televisión en blanco y negro. ¿Recuerdas a las hermanas Kessler, Lucecita? Pero vamos a tratar de que Zarco no cobre en nuestras palabras ese protagonismo que acostumbra a tener pero no se merece. Los anfitriones lo colocan en el centro de la mesa porque intuyen que él será el foco de todas las miradas. Él finge que está sordo para no perder el privilegio. Puto Zarco. Fuchi de aquí. Aquí estamos haciendo cosas importantes. No me extraña que te preocupes por tu hijo, Luz. Para percibir lo sublime de la naturaleza, para ver las postales que nos rodean y crean un tabique a nuestro alrededor, voy a dejarme llevar por David. Me gusta mucho.

Será difícil disfrutar de la belleza de cañones y enebrales sabiendo que, a pocos kilómetros, casi al lado, están las fosas. Las abiertas y las nuevas que hemos venido a documentar: a los asesinados la hermosura del entorno se les quedaría congelada en la retina como una burla. Cuando intento hablar con la gente de Azafrán, nuestras conversaciones no son demasiado largas. Algunos me miran la pierna y, acaso por miedo a la proverbial furia de las cojas o por compasión, están a punto de abrirse. Quién sabe si tendré que usar mi pierna enferma como táctica. Ponerla encima de la mesa para estimular la tertulia y la confesión del secreto. La enunciación de las sospechas.

No voy a insistir en el ambiente, que tú ya conocerás bien, de los pueblos mesetarios, pero sí me gustaría contarte la impresión que me provocó atravesar la puerta del número uno de la avenida —es un decir— Caídos de la División Azul, que recorre Azafrán, de este a oeste. En paralelo y perpendicular, retículas de calles con el nombre de generales franquistas. Carniceros y carniceritos. Como si no hubiese pasado el tiempo y la conciliación solo se pudiese producir olvidando masacres y crímenes pero sin borrar de las fachadas de las iglesias los nombres de los caídos por Dios y por España. La onomástica vencedora. «Para qué», me espetan algunos con una memoria selectiva que llena de sentido, más allá de mis penurias sentimentales, este viaje difícil hacia los pasados rotos. «Pues anda, hija, que no hay otras cosas más urgentes en las que gastar dinero.» Me lo dicen mujeres que van a misa y alargan la primera a *de anda y la* i *de hija de un modo casi ofensivo para mi oreja capitalina y clasista. A veces me gustaría ser alemana. De cualquier país menos de este. Y no, no me hables de las bondades del clima ni del jamón serrano ni de los triunfos deportivos. De lo variados que son nuestros paisajes y de lo mucho que nos sabemos divertir. Somos tan* disfrutones. *Tan dicharacheros. Tenemos tan buen humor. Yo hoy quiero ser de Núremberg o de Colonia. De Stuttgart. Una berlinesa que se detiene cuando pasa al lado del cementerio judío, o junto a la estatua de Marx y Engels, que posan como un matrimonio, muy cerca del Rathaus.*

No me hagas caso, Luz. En realidad, yo solo quería contarte lo que me pasó al llegar a esta casa por primera vez. La imagen de David, del abuelo Jesús, Analía y Samuel, Luis y Paquita, su mujer, el tío Fausto… Pero se me está haciendo tarde. He quedado en la biblioteca municipal para entrevistar a personas que vienen de otros pueblos de la comarca. Nos dan noticia de sus familiares desaparecidos. Estos, a diferencia de los azufreños, hablan por los codos. Los

azufreños viven en un pueblo-cementerio, en una siniestra planta de reciclaje. Algunos dicen: «Este es mi pueblo», pero no es su pueblo sino su escenario. Les queda aquí una tía abuela, hilacha del tapiz familiar, pero insisten con necesidad de pertenencia un tanto idiota: «Este es mi pueblo.» Los de aquí a estos amantes obcecados de la tierra chica los llaman forasteros. Creen que su futuro está en el turismo, por eso tratan a los forasteros con cierta adulación y magnifican sus parentelas lejanas: «Claro, claro, tú eres el de Adelita, anda, hijo, que no te he visto yo hacerte brechas cuando eras un crío. Parecías un pato mareao. Qué majo.» Los que no son de Azafrán, pero intuyen que algo suyo se ha quedado debajo de esta tierra, quieren recuperar su pasado y seguir. Por debajo de la alfombrilla o del trapo que evita el desgaste del terciopelo del sofá, de la tela pintada para la representación del día de Reyes, aparece la hez, el cuerpo envejecido, el esqueleto atrapado entre las maderas de la tramoya.

Otra compañera de la asociación, Rosa, y yo estudiaremos cartas, papeles y fotos. Estamos involucradas en un proyecto fotográfico para nombrar los traumas y trazar los itinerarios por los que deambulan los muertos: las familias que reclaman osamentas, esqueletos, cadáveres, el polvo de sus desaparecidos, se fotografían con el retrato enmarcado del ausente. Siga la línea de puntos y/o rellene el fondo para descubrir la silueta. Valore el vacío en toda su magnitud. Los parientes se ponen sus mejores galas. La persona más vieja o la que tendría un vínculo más directo con el desaparecido sostiene la foto como una reliquia. Posan con seriedad. Las mujeres se pintan los labios y los hombres lucen estrellas rojas de cinco puntas o banderas republicanas en la solapa. Otros se ponen el chándal. Los comedores suelen ser modestos. Estas personas son las que a veces nos traen ropa para que la olfateemos como perros cazadores que dan con la pieza abatida. La esperanza adopta formas muy extravagantes; a menudo se ahorma en las series de la televisión. Braña-Alcañiz, Rosa y yo misma sospechamos que, además de la fosa abierta, en la que están apareciendo gafas, casquillos y monedas de curso legal en el año treinta y seis, incluso restos humanos que ya están siendo clasificados y puestos en orden por los paleontólogos, debe de haber al menos otra fosa muy cerca de aquí. Ya sabes, Luz, que lo mío son los números y los números no cuadran. Son demasiadas las familias que reclaman cuerpos. La fosa abierta se compone de dos zanjas ni tan largas ni tan profundas como para albergar una cifra tan elevada de cadáveres. Calculamos que aquí estarán amontonadas quince, como mucho veinte personas asesinadas. Y son más los familiares que reclaman a los padres, hermanos ausentes. A sus madres y a sus intrépidas hermanas.

Ya te iré contando, querida Luz. Nunca hubiese pensado que tú y yo haríamos tan buenas migas ni croquetas tan sabrosas. Un beso.

Paula

P. D. ¿Sigues sin fumar? No sé si creérmelo. Soy una escéptica.

Paula entró por la puerta equivocada. El bar por el que se accedía al hotelucho estaba cerrado, pero ella no podía quedarse bajo el pleno sol de una tórrida sobremesa veraniega. «Cerrado por celebración familiar». En la reja, un candadito. Los hombres del pueblo bebían en otros bares. A Paula le había llamado la atención que hubiese tantos en una localidad de dimensiones minúsculas, con su calle principal y dos paralelas, tal vez tres, arriba y abajo… Su facilidad para el cálculo a ojo la había llevado a concluir que en Azafrán no habría viviendas para más de setecientas personas, a las que tendríamos que sumar los habitantes de las urbanizacionescolmena. Aunque Paula dudaba de que esas casitas estuviesen ocupadas durante todo el año. Poca gente, y en su caminata desde la plaza del ayuntamiento hasta el hotel ya había contado, al menos, cuatro o cinco bares, un supermercado hediondo, una farmacia, una panadería, una casa rural… Por detrás de la avenida de los Caídos de la División Azul, entre las rendijas de las callejas, atisbó un frontón y un parque infantil. Un viejo depósito de grano reconvertido en obra de arte rústico. Un lavadero. Más allá, caminos terrosos hacia las cochiqueras, los comederos donde se cebaba a los bóvidos y pinares de color verde oscuro. Sol de justicia.

Había otra puerta. Paula dedujo que sería la de la vivienda de los dueños. Buscó un timbre, pero no lo encontró y, al llamar con los nudillos, la puerta se abrió sola hacia un zaguán y un pasillo, casi sin luz, que desembocaba en un arco de medio punto cegado por un gran portón de madera tras el que posiblemente se ocultaba una sala. Paula entornó los párpados para acostumbrarse a la falta de luz —ya lo había hecho al intentar escudriñar a través de las persianillas verduzcas— y anduvo, como espeleóloga, por la grieta que se le había ofrecido mágicamente. El Sésamo abierto de patas. La hendidura. El gran higo oscuro. Mientras avanzaba, sintió que, en lugar de caminar sobre la línea horizontal de la tarima, estaba iniciando un descenso. Su percepción era ilusoria, pero el espejismo le producía vértigo y, con las uñas, casi se aferró a las paredes. Trampantojo. Paula a menudo recordaba el gorgonzola picante y su viaje de novios a Milán con Zarco: habían visitado el infantil trampantojo de la iglesia de San Sátiro, santo milanés con oportunísimo nombre de pila. «Fuchi, Zarco», pensaría Paula aguzando el oído para tratar de percibir alguna voz entre la espesura de aquella oscuridad fresca que tampoco olía demasiado bien. Nada olía demasiado bien en este pueblo con nombre de especiero. Colorante. Arroz amarillo. Con cada bocanada de aire se le depositaba en los bronquios una capa fina de plumón. «¿Hola, hola?», susurró sin poder quitarse de la cabeza el pálpito macabro de su propio descuartizamiento. La fantástica imagen de alguien que se le acercaba por detrás y le ponía una bolsa de plástico en la cabeza para provocarle un colapso y asfixiarla. Paula siguió avanzando. Su racionalidad le secaba la boca, «¿Hola, hola?», y buscaba un rescoldo de luz. Las puertas entornadas, a su izquierda, le permitieron identificar una cocina imprevisible, con todos los avances tecnológicos: microondas, horno, vitrocerámica, lavadora, lavaplatos, gran isla central y campana extractora de humos. Muebles lacados en blanco marfil. Incluso un robot de cocina. A su derecha, a través de una puertecita de cristal que tamizaba los rayos del sol con espesos estores rojizos, Paula descubrió el acceso a un jardín. La intrusa separó del cristal los estores, abrió una rendija y comprobó que el jardín era una rosaleda de lánguidas rosas rosadas,

rosas blancas y rojas que, esta vez, le hicieron experimentar una ilusión acústica: «¡Que le corten la cabeza!» Paula se tocó el nacimiento del pelo a la altura del cogote y se apartó de la ventana. No paró de sonreír hasta llegar al gran arco de medio punto, cegado por el portón, que se atrevió a empujar: «¿Perdonen?»

Seis cabezas se volvieron para mirar a la allanadora. Una más —lo que suma un total de siete cabezas encerradas en el gran salón del arco de medio punto— permaneció frente a la mujer recibiéndola con una sonrisa beatífica que parecía crónica, troquelada sobre la cara del viejo al que pertenecía, un tajo disecado que llevaba allí lustros, decenios, siglos. Una sonrisa sin dientes, de encías blancas. El hombre que miraba a Paula como un santo bondadoso a punto de extender los brazos para mostrar su refulgente corazón de Jesús debía de tener casi cien años. No, no debía de tenerlos. Los acababa de cumplir. Enmarcando la figura del viejo, en una pancarta prendida de lado a lado de la habitación podía leerse: «Feliz siglo, abuelo Jesús». El abuelo Jesús observaba a la desconocida sin dejar de sonreír, sentado en una butaquita. Las persianas permanecían bajadas para evitar los rigores de la temperatura de agosto, y Paula miró hacia el techo. De una de las vigas pendía una araña de doce espectaculares brazos broncíneos rematados en bombillas con forma de llama. Era como si, justo en el instante en que la intrusa había aparecido, al viejo le estuvieran haciendo una ofrenda de oro, incienso y mirra. En el portal de Belén el niño Jesús había envejecido aceleradamente, pero quedaba el tibio hedor a bueyes y excrementos de mula. Los regalos para el abuelo Jesús yacían desordenados al lado de sus pies, monstruosamente grandes, enfundados en unas zapatillas de lana, pese a los calores de agosto. A Paula le dieron ganas de prosternarse y santiguarse, pero no lo hizo porque una mujer madura ya estaba arrodillada al lado del viejo tratando de que agarrase un marco de alpaca con una foto en la que posaban los mismos protagonistas inmóviles de aquel Belén saturnal. La duplicación, como siempre, era siniestra. Solo un personaje se había quedado fuera: el mismo que sin perder la sonrisa se negaba a recibir el óbolo y no dejaba de mirar a la mujer que dijo en voz un poco más alta: «Perdón.»

El abuelo Jesús no era como aquellos ausentes del retrato dentro del retrato de esas otras familias que buscan los restos de sus muertos. El abuelo Jesús estaba muy vivo y había comenzado a mover la muñeca derecha sobre el brazo de la butaquita. A estirar el dedo índice. «¿Qué pasa, papá?», dijo la mujer arrodillada. A causa de la postura se le marcaban las lorzas bajo su blusa de fiesta. Aquella mujer se llamaba Analía —Paula lo supo muy pronto— y era la nuera del viejo. Analía rompió el hechizo y la magia de la Navidad: «¿Qué hace usted ahí?» De golpe las cinco caras clavadas en la silueta de la intrusa, de la allanadora que dio un paso en falso mostrando su cojera, se volvieron hacia Analía buscando un modo correcto de proceder. Las cinco caras que, con las de Analía y Dios, sumaban las siete caras escondidas detrás de la puerta del arco de medio punto eran: Samuel, el marido de Analía; David, su único hijo; el tío Fausto, hermano pequeño de Samuel; y el tío Luis, hermano mayor, con su esposa, Paquita. Paula conoció y memorizó muy pronto todos los nombres. Me lo contó en una de sus primeras cartas. Por el momento se fijó en que todos, incluso los que tendrían un parentesco político o lejano con el abuelo Jesús, compartían un aire familiar. Una telilla superpuesta a los rostros y al bulto del cuerpo de cada uno los hacía semejantes. Como si un animal los hubiese semidigerido y regurgitado para comérselos luego. Los rasgos, difuminados o corroídos por los jugos estomacales, correspondían a especímenes de gente pálida, de pestañas casi albinas y mejillas redondas, especímenes rosáceos sin estridencias, manada sin filos ni pómulos ni uñas largas.

«¿Qué hace usted ahí? Esto es una celebración familiar.» Mientras Analía interrogaba, el abuelo siguió persiguiendo a Paula con sus ojitos aguados, dos hombres se miraron los dedos de los pies que sobresalían de sus sandalias veraniegas, una se recolocó la pechera del vestido, otro buscó el rostro de Analía, el último bajó los párpados como si no quisiera saber nada. Paula se explicó mientras Analía, con la punta de un pañuelito, le retiraba al abuelo Jesús de las comisuras trozos naranja fosforescente de un aperitivo de maíz. El resto de los familiares volvió a quedarse congelado casi en la misma posición en que Paula los había pillado por sorpresa. Un, dos, tres, el escondite inglés. Pies quietos. Estatuas de sal. Figuritas del Belén. «Perdonen, yo no quería interrumpir.» Paula prosiguió con sus pasos de coja que camina marcha atrás. Extraña maléfica cangreja.

«Un momento, para, mujer, ¿vienes a alojarte?» Paula dijo que sí. «Entonces te acompaño, pasa por aquí.» Analía se levantó y condujo a Paula hacia una puertecilla, disimulada entre los tablones decorativos de las paredes del gran salón que, pese a su tamaño —tendría unos setenta metros cuadrados, calculó Paula contadora—, producía el efecto de ser pequeño y turbio. Pero el salón se alargaba como el chicle, no acababa nunca, y antes de salir Paula captó detrás de ella el ruido de aquella familia de ratones que empezaba a dispersarse por las cuatro esquinas de la estancia del arco de medio punto. Sin volverse, Paula contadora supo que en ese instante un hombre estaría solo o tal vez habría dado un paso para acercarse a Dios, otro se aproximaría al hombre más joven y el matrimonio permanecería junto. «Hasta luego», Paula se dio la vuelta para ratificar sus sospechas y se enorgulleció por estar bendecida con la gracia de la intuición y la facilidad para las matemáticas. Combinaciones y permutaciones. Pruebas para comprobar que el resultado de la resta —suma el resultado al sustraendo— o de la división con comas en el divisor son perfectamente correctos. Paula Quiñones era una inspectora de Hacienda que aún no había olvidado la tabla de multiplicar ni el valor de lo común ni la rectitud de los ángulos de noventa grados. «Hasta luego y perdonen.» Paula había vuelto a hablar y sus palabras paralizaban a sus oyentes. Los dejaban perplejos. Como conspiradores o contrabandistas sorprendidos en mitad de una transacción. Un, dos, tres, el escondite inglés. Manos arriba. Ábrete, Sésamo, ábrete. Y tierra, trágame, que allí seré bien recibida.

La puerta semisecreta, hacia la que la acompañaba Analía, quedaba detrás de una escalera de caracol por la que se accedía hacia la primera planta de la residencia familiar. La puertecilla desembocaba en el bar del hotel que estaba cerrado a causa de la celebración de los cien años del abuelo Jesús. El lugar desprendía un tufo húmedo. Paula adivinó los embutidos colgados de un gancho y estuvo a punto de tropezarse con una caja de veinticuatro refrescos. Analía la arrastró produciendo un desagradable ruido de rozadura: «Perdona, hija, pensábamos que hoy no llegaría nadie.» Analía le contó que les había sorprendido en una situación excepcional. Habitualmente todos estaban trabajando a todas horas: «Mi marido y yo nunca salimos de vacaciones.» Paula, cuando Analía le entregó las llaves de su dormitorio, miró las manos de aquella mujer madura —entre los cincuenta y cinco y los sesenta, calculó— y la creyó. Analía no fanfarroneaba. Paula supo que aquella lengua no estaba hecha para los juramentos en falso ni para la exageración. Analía aquel verano tenía exactamente cincuenta y siete años.

Azafrán, verano de 2012

Querida Luz:

Espero que sigas manteniendo mi paradero en secreto. Aunque lo más probable es que nadie —es decir, Arturo— te haya preguntado por mí. Tengo mucho trabajo, pero también muchas horas libres porque, como todo el mundo sabe, al salir de la ciudad y de sus prisas, el tiempo se dilata. Parece que nunca se va a hacer de noche para que llegue el relente. Que nunca van a salir las putas estrellas. De madrugada, me escapo —¿me escapo?— de mi habitación haciendo un ruido que debe de alertar a todas las figuritas de este Belén viviente. Salgo a contar estrellas y, mientras las estoy contando, me engañan, gotean, se escurren, se apelotonan, se mueven y se bifurcan en una espeluznante progresión. Las estrellas han enladrillado el cielo con incrustaciones de luz que no paran de proliferar. Son tumoraciones estelares que se multiplican a la velocidad de la luz. Las estrellas han enladrillado el cielo con un millón de capas. Me asfixio fuera y me asfixio dentro y no me quedan muchas ganas ni de disfrutar del aire puro ni de dar consuelo a nadie. Qué angustia. Perdona el desahogo, porque además mi desahogo es absolutamente intempestivo. Yo lo que quería era hablarte de David. Incluso pedirte algún consejo de amiga buena. Temo confundirme. Me confundo siempre. «Todo se pega menos la hermosura.» No me quito el refrán de la cabeza. Zarco me contagió de sus imprecisiones y sus ambigüedades. Yo, antes, era más sólida. Cárnica e intelectualmente hablando. Qué turgencia y qué rigor aritmético descansaban en el eje de mis intuiciones.

Antes de salir a trabajar, Analía me da cada mañana un bocadillo. No, no me lo da: me lo carga en la cuenta que, al final del verano, sumará cuatro cifras. Ella se levanta a las cinco. Pendiente de todo y de todos. Cuida del bar, del hostal, del viejo. Cuida del viejo mejor que si fuera su propio padre. Es una mujer fuerte como un roble. Incluso mucho más fuerte que tú, Lucecita. Me ha prometido que un día me contará su historia y eso me hace sentir muchísimo orgullo porque creo que Analía no le anda contando su historia al primero que llega. «Te vas a quedar petrificada.» Como la sin nombre esposa de Lot que se me aparece por aquí a todas horas. La acompañan otros personajes bíblicos. Judith. Holofernes. Siempre Susana, los viejos, Daniel. El santo Job. «Te vas a quedar petrificada.» Así lo dice y no lo dudo. Analía frunce la boca y yo no sé si me sonríe como una cómplice o me está amenazando.

Ayer estuve con Braña-Alcañiz en la fosa, pero me fui pronto porque me entró un malestar muy grande. Me molestaron la asepsia de la catalogación y el cómputo. Cómo se van apilando y etiquetando los descubrimientos. Es decir, me produjo malestar la exigencia del método científico. Los aspectos higiénicos y cuantitativos de un proceso de reconstrucción que, por unos instantes, pierde sus implicaciones humanas. En ese momento quise saber de quién era la tibia que el paleontólogo manipulaba con sus guantes de látex. Quise saber e incluso me molestaron las risas de quienes participan en las excavaciones como si lo que estaban haciendo no tuviese algo de sagrado. Me molestó que se tomaran con naturalidad una tarea que no es natural. Habría llamado al sacerdote del pueblo, pero me acordé de que no vive aquí y solo viene los domingos a decir misa. Es guineano. Negro como el tizón. Azufrón. Al principio tenía la iglesia vacía, pero poco a poco las beatas —y los beatos, que no son menos: he llegado a contabilizar

hasta catorce beatos beatísimos— se aburrieron de estar en casa y volvieron a la iglesia. La iglesia y el bar, el bar y la iglesia. Poco más hay que hacer por estos lares si no te aficionas a la lectura. O al senderismo. O al avistamiento de buitres. A la pornografía, aunque el censo de beatos pornógrafos no lo he completado aún y no te podría asegurar si son tres de catorce, diez de catorce o catorce de catorce. Por otro lado, el pueblo se ha llenado —llenarse *es desde luego una hipérbole un poquito malsana— de inmigrantes que nunca dejaron de asistir a las misas del padre zumbón. No sé qué pensarán de un lugar que no enterró a sus difuntos con decencia. Aunque en todas partes cuecen habas. Luz, ¿uno es de donde nace o de donde va a morir?, ¿de donde desagua?, ¿del manantial o de la desembocadura? Del delta. Porque una cosa es irse a morir a algún lugar sagrado como los elefantes y otra que la muerte te asuste en un sitio como Azufrón. Nelson viene de Nicaragua y me habló de la* chagüita*, que era la hierba en la que amortajaban a los guerrilleros difuntos. Aquí, entre lienzos bastos o sin telas protectoras, aparecen un cuerpo, dos cuerpos, tres cuerpos. El primer cuerpo en torno al 1,70; el segundo de 1,67; el tercero de 1,20. Pido a los dioses de la naturaleza para que los restos sean de un enano y no de un niño. Luz, ayer, en la fosa, yo habría pagado una misa al padre guineano por el alma de los hombres, los enanos, las madres, las niñas y los niños perdidos. Por el espíritu de los hombres que tenían una pierna más corta que la otra. Habría robado un botafumeiro para purificar la tierra y rezar dos padrenuestros y un avemaría, pero me acordé de que soy atea y de que, por consiguiente, el consuelo no existe para mí y la geometría es un asunto pitagórico o celeste o musical, pero nunca místico.*

Me entró angustia e irritación, y me escapé de allí porque había quedado con Rosita para seguir entrevistando a nuestros informantes. Buscamos posibles ubicaciones de más fosas. Tiene que haberlas. Hay demasiados ausentes. Rastros de humo. Pebeteros encendidos en los hogares. En algunas familias el recuerdo va por temporadas: hay épocas de no recordar, no recordar, no recordar, y otras de hacerse daño con los detalles pequeños. La sonrisa al anotarse un tanto a la brisca, el punto de sal del guiso de congrio. Algunos quieren universalizar la memoria, en letras doradas y de neón como las de los casinos de Las Vegas, mientras que otros publican sus recuerdos chiquitines, hechos sobre todo de lagunas, de gotitas rezumantes, para que alguien se los apropie. Este segundo procedimiento es el que aquí utilizamos frente al primero, que es más monumental, un becerrito de oro al que rezarle y se acabó. Nosotras siempre preguntamos lo mismo y en el mismo orden: nombre, sexo, edad, fecha y lugar de nacimiento, estado civil, estudios, profesión u oficio, características físicas, patologías y lesiones de la persona desaparecida. Seguimos al pie de la letra el protocolo de actuación de exhumaciones de víctimas de la Guerra Civil y la dictadura. Nosotras preguntamos y cada informante responde a lo que puede porque es un hecho probado que cuando alguien querido muere vamos olvidando sus lunares, sus cicatrices, el timbre exacto de su voz. Los nietos, además, no suelen haber conocido a sus abuelos o a sus tíos abuelos y retransmiten el recuerdo de mujeres —también de algunos hombres— que, para sobrevivir, a menudo han transformado su vida en una narración fabulosa.

Al empezar a escuchar los relatos, me acordé de los seriales radiofónicos y de los folletines. Con los datos que nos proporcionaban estos informantes solo podíamos hacer cábalas absurdas. Necesitábamos a alguien que nos tendiera una cuerda para movernos por el laberinto. Para escapar de la arena movediza. Deborah Kerr y Stewart Granger me vienen a la mente. Practico las libres asociaciones y creo acordarme de una escena, que quizá no existe, de Las minas del rey Salomón*. Zarco me adoctrina en tecnicolor: «Toda nuestra existencia es una larga escena*

de arenas movedizas. El pronóstico de pesadillas infantiles» —¡Fuchi, fuchi de aquí!—. Ayer habría regalado todos mis ahorros por rastros concretos para localizar esa fosa que debe de ser como una catacumba, un rascacielos excavado. Pistas. La última vez que fueron vistos por sus parientes. Con quién hablaron. Los amigos y los enemigos. Cuáles fueron en resumen las circunstancias de la desaparición. Cómo se produjo la búsqueda. Luego pensé que nosotras no somos detectives ni policías con potestad para detener a los malos. Queremos confortar a los que se quedaron sin nada restituyéndoles sus derechos, localizando y dando sepultura digna a sus restos familiares. Quien habla y habla sin parar experimenta los placeres de la consolación, pero yo me harté de lo buenas personas que eran los abuelos o los bisabuelos perdidos o ya desenterrados. Me harté de los tíos abuelos y de las narraciones mágicas de todas esas mujeres que ya nunca levantaron cabeza y se encerraron como vestales en sus alcobas y erigieron altarcillos con lámparas funerarias. Las mujeres que ensalivaron los cristales de los marcos de las fotos de tanto dar besitos a las fotografías. Todos tan buenos, tan rectos, tan didácticos. Me veo a mí misma queriendo someter a esta mujer a una prueba poligráfica. Soy tan miserable, porque ¿acaso una víctima no tiene derecho a hermosear un poco el corazón de sus difuntos? Así que ayer ni me servían los guantes de látex, la desconsiderada asepsia del método científico, ni los mitos genealógicos, las historias del corazón. Ayer no servían ni la ciencia ni la antropología ni los culebrones ni nada. Creo que con los relatos no se desahogan ni siquiera las familias. A veces solo son útiles para que nos regodeemos en detalles que nos producen cicatrices. Laceraciones. Yo, en los días de los cortes de gillette en mi pierna buena, aún puedo recordar cómo Zarco me dejó. Las palabras exactas, la sombra del ala de su flexible sobre el pómulo partido. La luz del ojo zarco y cetrero. Nunca sabré lo que hice mal, y otras veces, cuando decido dejar de torturarme, pienso que yo no podía haber hecho cosa alguna, ni mala ni buena. Yo le daba asco y siempre se lo di. Mi culpa fue omitir ciertos actos lascivos, un finísimo deje de la entonación en algunos momentos emocionantes para él. Pobre de mí, Luz. Pobre de mí.

A ti te lo pregunto, Luz, porque tú eres una experta en narraciones maravillosas y me da vergüenza pensar en estas mentiras, en argucias intelectuales —empalagarme con el exceso de azúcar de las viudas o con la dureza, a la fuerza falsa, de su mirada de sílex— para emborronar que uno, seis, treinta y seis hombres y algunas doncellas fueron asesinados una mañana de 1936. Para emborronar que hubo delatores —por lo visto, muchos en este pueblo, aunque para alguien como yo decir muchos es lo mismo que no decir absolutamente nada—. Sería imprescindible señalar a seis, a dos, a doce más uno delatores exactamente. La informante de ayer nos narraba sus visitas al penal para ver a un hermano de su padre; intentaba que su tío le revelara el paradero del hermano asesinado. El hombre se cerraba como una concha. La informante balbucía. Cuando los simulacros de fusilamiento o las traiciones y las venganzas —dos de los términos más frecuentes en este tipo de discursos: habría también que cuantificarlo— se convierten en la documentación, el talismán, la seña de identidad de una familia, ya no puedo discernir lo verdadero y lo falso. Pero pasó lo que pasó. El horror se encarnó en algo más que una historia y, al ser tan rocambolesca y retorcida a veces, me siento tan, tan miserable que dejé a Rosa sola con las entrevistas. «Tenemos que elaborar cuestionarios más precisos», le dije a mi compañera. «Buscamos lugares. No somos cazadoras», me respondió. Y yo lo lamenté y no contesté nada, aunque se me quedaron en la punta de la lengua un montón de imágenes de asesinos que vuelven a los lugares del crimen y me hice sangre con los dientes porque no, no

somos cazadoras, no buscamos asesinos ni niños abyectos ni malvados, vestidos de uniforme, con razones espurias más allá de las oscuras razones de la guerra, pero tendríamos que repensar las palabras y saber que no se puede amar al margen de las responsabilidades. «Tenemos que elaborar cuestionarios más precisos.» Y no dejarnos llevar por lo bonitas que son las fotografías color sepia. «¿Tenemos que ser equidistantes?», me dijo Rosa achinando sus ojillos de antropóloga. «Y unos cojones», dije para dentro. Dejé a la informante con la palabra en la boca. Me marché a mi cuarto. Y me dormí. De puro dolor.

Hoy no voy por mejor camino. Luz, Lucecita, ya no te escribo más, porque, igual que me avergüenzo de las fotografías en sepia, también me rechina cada una de las palabras que te escribo. Me avergüenzo de haber repasado esta carta cuatro veces —ni tres ni cinco— y de haber cambiado la palabra «obediente» por la palabra «abyecto» para evitar la rima con «diente». Temo que esta corrección no se relacione con la cortesía retórica, sino con esa vanidad de la buena escritura que acaso sea incompatible con Auschwitz, con los sudarios de chagüita y con los vuelos sobre el Río de la Plata. Hoy, como ayer, soy una compañía muy triste. No quiero que vuelvas a atiborrarte de chocolate por mi culpa. Otro día te pediré consejo sobre David. Te mando un beso. Pauli.

En agosto de 2012 Analía contaba exactamente cincuenta y siete años. Las dos habíamos nacido en 1955. El abuelo Jesús, suegro de Analía, acababa de cumplir los cien, así que su año de nacimiento era 1912. Para Paula, no resultaba muy difícil hacer los cálculos. Opero del mismo modo en que ella lo haría. En la guerra el abuelo Jesús tendría veinticuatro y, si su cabeza no estuviera horadada como un hormiguero, tal vez podría contarle un montón de secretos a Paula. Aunque, bien mirado, ella no esperaba secretos, sino datos que el abuelo Jesús ya no podía proporcionarle por culpa del cardenillo de la demencia senil. El viejo ya solo tarareaba canciones que Paula no sabía identificar y se cortaban de manera abrupta cuando Analía ordenaba dulcemente: «Calle, papá, calle, que me pone loca la cabeza a mí también.» «A mí también», decía Analía, así que entre aquellas paredes moraba más de un loco o una loca —«¿Cuántos exactamente?, ¿uno?, ¿dos?, ¿diez?», me preguntaría la coja aritmética—. Lugar de insania y enfermedad.

Samuel, hijo de Jesús, marido de Analía, era quince años mayor que su mujer. A sus setenta y dos sufría hipercolesterolemia —un dato—, triglicéridos altos —otro dato— y transaminasas disparadas —el tercer dato—. Estaba como un roble. Conservaba intacta la cabeza calculando y previendo las jugadas del dominó y los amarracos del mus. Un hombre listo y poco locuaz. «Mi madre me tuvo a los veinte años, así que… ¿cuántos años tengo?», David coqueteaba con Paula, que de pronto se había puesto más roja que una rosa tipo vestido español. Un tren sale de Barcelona a las 12.30 a una velocidad constante de 200 kilómetros por hora, ¿a qué hora llegará a Madrid sabiendo que entre Madrid y Barcelona hay una distancia de 625 kilómetros? Y, lo que es peor, ¿a qué hora pasará el tren por Calatayud considerando que entre Madrid y Zaragoza median 313,5 kilómetros y entre Zaragoza y Barcelona 316? Paula se había ido muy lejos, a los orígenes de su escolarización, y se comía un moco mientras hacía las cuentas sobre el pupitre. Mentalmente doblaba cuerdas en mitades y las volvía a doblar, restaba, sumaba, dividía, multiplicaba y hacía reglas de tres, pero el olor turbio de las rosas anaranjadas de Azafrán no le dejaba calcular correctamente ni el mínimo común múltiplo ni el máximo común divisor. «Mujer, no es tan difícil…» David, por detrás de sus pestañas rubias, la observaba. Las pestañas, casi invisibles, parecían un líquido lechoso, una nube que dificultaba la percepción de sus ojos rojizos como las pupilas de ciertos roedores. Mi hijo Olmo, a través de la nube, vería grises los ojos de David. Agua de lluvia. «Mi padre tiene dos hermanos, Luis y Fausto», proseguía David. «Mi padre es como Calatayud.» Paula, masticando un mechón de su pelo, se bloqueaba, no porque no entendiese que Samuel era el hermano mediano de esta familia, sino porque aún ignoraba cuántos kilómetros separan Madrid de Calatayud… «No sé», Pauli era una niña incapaz de manifestar todo lo que había estudiado. Pauli se ponía boba delante de David. Pauli se merecía el nombre de Pauli porque algunas mujeres se sienten como niñas en el amor. Se infantilizan y se hacen pequeñas —más de lo que lo son realmente— para hablar al amante con voz de párvula y hacérselo todo encima y arrastrarse por el suelo, como una Pink Panther, y chuparle la polla al hombre que aman. «Solo si quiero, solo si yo quiero», protestan las bebas mientras él les coloca la palma abierta de la mano sobre la coronilla y les aprieta la cara contra la humedecida masa de su pubis masculino. Nadie puede obligar ni a las bebas ni a las paulis a

lamer cuerpos de rinoceronte ni a libar la flor fecal. Sin embargo, todo es susceptible de un empeoramiento.

David no debía dar por supuesta ni la fragilidad ni la indecencia de su Pauli pastora, nueva figurita del Belén —de las de plástico malo— y, de pronto, el aroma de las rosas se mezcló con el del excremento porcino y esa fórmula mágica consiguió que la enamoriscada Paula regresara de su mundo de llaves secretas y *Alice in Wonderland* —y hablo en inglés porque en inglés amamos—: «Tienes treinta y siete años, David.» El hombre de las pestañas líquidas aventó el mal olor con la mano y buscó para Paula Quiñones una flor que no escondiese, entre sus pistilos, ni abeja ni aguijón. «¡Premio!», estalló David con su voz de máquina tragaperras. Paula recibió su trofeo. Entre ella y este hombre existía una complicidad física que no había nacido hoy. No había esa gestualidad en *stand by* que se usa en las series de televisión. Ni Mulder ni Scully. El hombre y la mujer de este jardín se aproximaban con el gesto confianzudo de lo que ya había sido consumado dentro de una habitación a oscuras. «Yo tengo unos cuantos años más que tú, David», confesó la coja bella. El hombre, sacándole el pelo de la boca a Pauli, quiso saber: «¿Cuántos más? Si pareces una niña…» Paula Quiñones sabía que esa afirmación era simultáneamente mentira y verdad. David la estaba halagando —adulando—, porque era cierto que aparentaba menos edad que la que ya había cumplido y también lo era que, cuando estaba al lado de este hombre de ojos quizá rojizos quizá dorados quizá del color del bronce, ella volvía a notar que se le movían los dientes de leche dentro de la boca manchada del yogur de la merienda. De las natillas del semen. Sus pechos, nueces duras. Parecía una niña. El lobo se la podía comer de un solo bocado. Sin embargo, pese a su gusto por la precisión y las ciencias exactas, Paula Quiñones no le pensaba contar a David cuántos eran exactamente esos cuantos años más que la separaban de los treinta y siete del hombre.

El ruido del arrastre de las cajas de bebidas contra el suelo rompió el idilio y los cómputos sexis. Hizo añicos las palabras. *Putos. Coxis. Cos. Sex.* Los trozos de las palabras rotas se esparcieron sobre la tierra. Analía levantaba pesos y daba golpes para cerrar muebles y neveras. Rissss y catacrás. Paula y David la vieron a través de una de las ventanas que comunicaba el bar con el jardín.

Azufrón, verano de 2012

Querida Luz:

Te escribo para ver. Eres la perilla de mi lámpara de noche o mi linterna en el desván. A oscuras, cuando toda la casa respira con los ruidos de la apnea de Samuel, David llega a mi alcoba, levanta la colcha y busca todo lo turbio que escondo debajo de las sábanas. Te aseguro que no hacemos ningún ruido. Después me besa con su boca de postre y la habitación se vuelve roja por la incandescencia de tungsteno de sus ojos rojos. Entonces yo le pregunto cosas con la cara vuelta hacia la pared: «¿Y vosotros no tenéis ningún muerto?, ¿ningún desaparecido?, ¿alguna hazaña bélica?, ¿un tío exiliado?» David se ríe de mí: «Parece mentira, Pauli, parece mentira.»

No sé por qué los hombres empiezan a llamarme Pauli en cuanto me acuesto con ellos. Puede que el sexo me achique y entonces comienzan a verme como su pequeña ardilla o su lagartija sin rabo. «¿Qué es lo que parece mentira?» David me está poniendo un poco nerviosa: «Que no sepas contar con los dedos. Mirar a tu alrededor.» Miro a mi alrededor y veo: una casa que necesita una mano de pintura y huele a cueva y a jaulas de conejos. Un bar que hiede a alcohol. Colchas feas sobre las camas del hotel de una estrella. Muebles cubiertos —lubricados, abrillantados, pegajosos— por una grasa indefinida. Veo lo sucio profundo y el esfuerzo por mantenerlo todo reluciente. Marcos con fotografías de tiempos aparentemente felices. La congelación de la vida a los treinta años. Analía sujeta a su hijo por los hombros y lo empuja hacia su cuerpo como si lo quisiera volver a gestar. Veo vajillas de duralex y una cocina equipada con los últimos avances. La picadora me da miedo. Veo mesas camilla cubiertas con tapetes de ganchillo. Veo, veo una corteza tiznada, no completamente sucia, que esconde cosas que yo no puedo entender. «Soy un buen partido.» Ahora me parece que mi amante ha menguado hasta convertirse en un ser minúsculo. Se me ofrece y yo pienso como si estuviera haciendo una división: «Me llevo una.»

«*Esto es la cueva de Alí Babá, Paula. Pero sin ladrones.» David casi se expresa con orgullo. Me cuenta que son la familia más rica del pueblo y yo quiero evitar decirle en voz alta que la riqueza no proviene tan solo de la capacidad de trabajo. Yo he venido a recordar y a olvidarme. A olvidar mientras reconstruyo recuerdos que no son exactamente los míos, pero que, de alguna manera, también me pertenecen. Yo he venido a catalogar restos de fosas, a reconstruir historias truncadas, a localizar nuevos enterramientos ocultos entre los ocultos recuerdos de personas semimuertas. Extenuadas. La obligación del caldo de colinabo y los hijos que se quedan bajitos porque no acaban de dar el estirón. He venido aquí a establecer un nexo entre las pobrezas que persisten, por debajo del oropel, y las novelas de la Guerra Civil que aún tienen protagonistas ambiguos.*

Visualizo claramente una imagen que es una idea: bajo los cimientos de las casas y abonando los jardines de las rosas rojas tipo vestido español —jamás una denominación fue más oportuna— descansan los cementerios de los indios. Los indios están muy, muy cabreados, y por tanto es muy probable que mañana, cuando limpie el vaho que empaña el espejo y reconozca el perfil de mi cara, de pronto mi piel se descomponga y agusane como las pieles que

una vez cubrieron las calaveras que cada día me sonríen cuando por fin ven la luz. Digo: «A veces las riquezas son el pago por los servicios prestados. Puede que una vez los ricos fuesen los obedientes.» David me lleva un poquito la contraria. Lo justo para no desbaratar nuestro incipiente amor: Analía se levanta a las cinco de la mañana un día detrás del otro, cuida de su suegro, abre el bar, friega, compra, prepara comidas, se encarga de las habitaciones de su hotel de una estrella ayudada por una chica que viene tres horas en días alternos solo en temporada alta si es que en este pueblo alguna temporada puede calificarse así. Analía se ocupa de la intendencia de su hogar. Plancha los canesúes. Aún se empeña en que las lentejas tienen piedras y las limpia como si no hubiesen pasado más de treinta años desde que las legumbres se empaquetan sin arenillas ni gorgojos. Analía a veces lleva lamparones en el jersey. Va despeinada. No usa guantes para enjabonar los vasos de tubo y tiene las manos como dos morcones. «¿Y si mi madre estuviera fingiendo, Pauli?» No sé si mi amante me habla en broma o en serio. Si me hace una advertencia o se está riendo de mí. «¿No sabes, ángel de amor, que muchos ricos disimulan para que nadie se les cuele por la casa, para no dar explicaciones? La riqueza pocas veces tiene que ver con la ostentación.» Luego se desdice de casi todo: «A veces yo tampoco la comprendo bien.» Mientras Analía se parte el lomo, mi amante y yo cuchicheamos. La posibilidad de que nos oiga me produce un calambrillo en la tripa. Un retortijón.

David me explica cosas, porque yo me comporto como una niña pequeña. Una recién llegada. Por un segundo, memorizo los rasgos de Zarco que, rodeado de jazmines, pasa sus vacaciones en el riurau de la dorada, bien vestida y bien hablada Marina Frankel. No le pienso coger el teléfono ni una sola vez. Analía trabaja como una mula y yo le pregunto a David: «Pero ¿tú quieres a tu madre?» Él no duda: «Más que a nadie en el mundo.» Mi amante —lo fuimos desde la segunda noche que me instalé en esta casa: fue una forma de matar el tiempo, de sincronizar los relojes, o una predestinación que después se hizo agradable y natural— me confiesa: «A veces pienso que mi madre se siente culpable de algo», pero David no logra saber por qué. Solo intuye que se castiga cuando no deja al abuelo Jesús ni a sol ni a sombra. Cuando rechaza los paquetes de vacaciones que David le regala para surcar el Mediterráneo, conocer Nueva York, visitar al Papa. «Quita, hijo», ríe Analía. «Si yo no tengo mantilla.» Y en el alargamiento de la i de la «mantilla» revela la madre sus orígenes y su punta de sentido del humor. No es un animal esta mujer que se levanta a las cinco, friega el suelo del bar, retira las sábanas sucias de las habitaciones, mata las arañas y rocía cada rincón con un insecticida. Pone el babero al abuelo y le da de comer templada compota de fruta. Le seca al viejo unas lágrimas que nadie sabe sin son de tristeza o felicidad. «Lágrimas automáticas», diagnostica David. Analía es a la vez criada y gran jefa.

Acepté a David desde que entró en mi alcoba la segunda noche. No tuve miedo. El coqueteo y el sexo pronto dejaron de ser actividades entretenidas para transformarse en algo sobre lo que ni se hablaba ni se pensaba. Era así. Sucedía. Hasta hoy no le he dado muchas vueltas al asunto. Ahora sí se las doy, pero no me atrevo a decirte por qué. Puede que me llames loca o me digas que me tengo que curar. En cuanto a Analía, yo tampoco la entiendo. Sin embargo, es una mujer que me gusta mucho. No solo me recuerda a ti por la edad, Luz. De Samuel no sabría qué decir. Raramente sube a ver a su padre. Organiza el almacén. Se encarga de algunas compras y de un huertecillo. A veces sacrifica animales para el consumo doméstico. El veterinario le ha advertido que le va a denunciar. Entonces Samuel baja la cabeza y sigue su camino. Desaparece

durante muchas horas. Se toma muy en serio los juegos de mesa y los practica sin sentido del humor en su bar o en otros locales del pueblo. Apunta los tantos con caligrafía espesa. Samuel hace las cuentas, conserva los libros eternamente porque siempre desconfía, mezcla los álbumes de fotos con las cartas, títulos de propiedad y testamentos. No deja que nadie meta mano en sus papeles ni en sus negociaciones. «Él sería un estupendo informante, Pauli: es una lástima que sea mudo.» Juego un poco: «Pero tú quieres a tu padre, ¿verdad, David?» Él se lo piensa: «No lo sé.» Qué respuesta tan rara, Luz amiga. Pronto mi amante, que no por cualquier cosa fue un niño superdotado —como te contaré otro día—, se recompone: «No tanto como a mi mami, ruiseñor.» Y esa fue la primera vez que me llamó «ruiseñor». Yo no le corregí porque aquí todo son pájaros. David me sigue explicando que Samuel no se lleva bien con sus hermanos. Le regatea a Luis lo que le corresponderá de la herencia del abuelo Jesús. Samuel mata a su padre antes de tiempo. No le gusta mirarlo. A David tampoco le gusta mirar a Samuel. «Tu padre aún no se ha muerto», le reprocha a menudo Analía a su marido. A su hijo nunca le reprocha nada. Analía, algunas veces, se pega al teléfono durante horas para oír las preocupaciones y malas palabras de su cuñada Paquita, que teme que Samuel esté intentando vender unos terrenos familiares para construir una gasolinera. Supondría un dineral para las arcas genealógicas. «¿Y Fausto?» David, incómodo, me dice que Fausto es otra historia. Y me pasa el dedo índice por el hondo surco torcido de mi columna vertebral. Quiere distraerme. Siento el espasmo.

David mata las horas pegado a la pantalla del ordenador. Me consta que no ve pornografía. Me inquieta que no vea pornografía. Detecto en su forma de caminar un ademán que me deja preocupada. ¿Lo ves tú, Luz?, ¿lo barruntas?, ¿lo adivinas? No quiero que nadie nunca más me haga daño. No puedo dejar de recordar la foto: Analía aprieta a su hijo contra su seno de arena movediza. David ayuda a su madre en cuanto ella dice «Da». A mi amante —a su hijo único— no se le caen los anillos. Cuida de las rosas tipo vestido español y extermina las plagas de pulgones. David es farmacéutico. Cum laude *y superdotado. Perfecto. ¿Por qué no tiene pareja?, ¿puede un hombre como David no tener pareja? Dime, amiga, ¿qué piensas tú?, ¿necesitas saber cómo me folla?, ¿por delante?, ¿por detrás?, ¿con los ojos abiertos o cerrados?, ¿o te basta con esta minúscula aproximación a sus costumbres? Mi amante ahora está de vacaciones, pero normalmente no vive aquí. Tengo un futuro con David. «¿Y bien, Paula, lo has pensado mejor?» David quiere que me dé cuenta yo sola de que el dinero les viene de lejos. De que no tiene deudas. Pero yo no estoy tan segura. Todo el mundo las tiene. David quiere mostrarme que a veces no es oro todo lo que reluce y, otras veces, los objetos feos y mates, el escombro, los cuartos que huelen a algo polvoriento que se deposita al fondo del estómago y es flor de la náusea, incluso las baratijas de dentro de los huevos, pueden tener un gran valor.*

David estudió en la capital y luego puso una farmacia en un barrio de gente que conversa casi sin abrir la boca arrastrando las eses y haciéndolas silbar como serpientes sinestésicas. Aliterativas. Ya sé, Luz, que no son lo mismo sinestesias y aliteraciones, pero me gusta la coincidencia de las eses y las figuras retóricas y, como yo soy de ciencias, me puedo permitir estos deslices. Pienso en lo que ahorraría en ortopedia y pomadas si me casase con este farmacéutico superdotado que, de un día para otro, me pretende en un pueblo mesetario. ¿No levanta tus sospechas, Luz amiga?, ¿por qué me saca a bailar y me llama ruiseñor si soy coja y canto como un gato escaldado en agua hirviendo? Pienso en las señoras que compran paracetamol y atarax en la farmacia de David. Me vuelvo como si estuviera muy enfadada:

«¿Por qué tu madre no se arregla más?», «¿Por qué trabaja como una mula si podría contratar a Eleni a tiempo completo?». David se mete en la boca un caramelito de menta, me acaricia el pelo, se pone las zapatillas y sale, como cada noche, de mi cuarto. No me he atrevido a preguntarle por qué no es, a estas alturas, un padre ejemplar y un buen conductor.

Para Rosa y Paula, repetirse con entusiasmo terminaba siendo agotador. El día de la desaparición, el origen, el destino. Amigotes y camaradas. Las costumbres rotas justo una fecha concreta del calendario. Cada tarde, encendían la grabadora de sus teléfonos móviles y archivaban conversaciones que, sin querer ser intrusivas, pretendían extraer información y buscaban coincidencias. Eran intrusivas y asquerosamente emocionales. El nombre repetido de un paraje, la descripción de un árbol centenario, la tapia de un cementerio, una ruina, la fuente, el lavadero de atrás, el exacto punto kilométrico que une la carretera de Azafrán con la del pueblo más próximo. Después coloreaban mapas para entregárselos a Braña-Alcañiz. El equipo del paleontólogo cortaba la tierra siguiendo una cuadrícula y, entonces, la tierra corroboraba la exactitud del recuerdo o el carácter imaginativo de las narraciones. Los cuentos de la bruja o la precisión contable. A veces Braña-Alcañiz rumiaba: «Qué pérdida de tiempo»; otras se ajustaba las gafas de cerca, se apretaba el sombrero Fedora contra el cráneo calvo y parecía que ni siquiera respiraba. Convocaba reuniones para informar a los familiares. Los vecinos y vecinas siempre se echaban las manos a la cabeza con gritos y murmuraciones, y gesticulaban como queriendo traspasar con sus cuerpos convulsos la débil barrera protectora del yacimiento óseo. En realidad, esperaban que la flexibilidad de la cinta no les permitiese caer dentro de la fosa ni reconocer las sonrisas llenas de dientes de las calaveras.

Rosa y Paula trazaban el mapa trágico del territorio y a la vez colaboraban en la elaboración de un libro con historias y fotografías en las que, como ya he dicho, había un hueco ostensible: alguien sostenía la imagen del que nunca regresó y aún andaba perdido, o se confrontaban dos momentos, el antes y el después, no de un crecepelo o de una dieta mágica, sino de un grupo original y del mismo grupo con uno de sus miembros amputado. Era un libro muy hermoso —voy a lavarme la boca con agua y con jabón— en el que se intercalaban textos familiares, poemas, meditaciones. Había que conseguir dinero.

Desde que llegaron a Azafrán, Rosa y Paula habían escuchado tristezas, ausencias, recuperaciones, metamorfosis, furias, hambre y sed, no de venganza, sino de reparación y justicia. Parecía increíble que, pese a reticencias y silencios, en un lugar así y en el minúsculo radio de su pequeña periferia pudiese haber tal cúmulo de desdichas. El número de tragedias corroboraba la hipótesis de Paula de que existió un delator que apuntó en todas direcciones y se llevó todo lo que pudo por delante. Rosa y Paula habían tomado notas sobre: la historia del padre al que no le importó que su hijo pasara una noche en el calabozo y se culpó siempre porque esa noche su hijo fue fusilado por los fascistas. La historia del hombre que se casó con la mujer más hermosa del pueblo, con la que tuvo seis hijos, y de cómo, cuando el hombre se fue al frente, su esposa y toda su prole aparecieron destrozados dentro de una zanja. A la mujer le habían sacado los ojos y se dijo que era una bruja y merecía morir. Resentimiento. Guerra. Ignorancia. Pobreza. Histeria u odio colectivo. La vaga promesa de un premio por parte de los vencedores. Rosa y Paula prestaron sus asombradas orejas a la historia del niño a punto de hacerse hombre que se afilió a los Boinas Rojas, como un infiltrado, para vengar la muerte de su padre, que había sido asesinado por los requetés, y de cómo, en el curso de la guerra, aquel muchacho se hizo el más carlista y el más creyente de todos. La historia del responsable de Sanidad de la comarca que

prohibió las ejecuciones en la valla del camposanto y fue sometido a un simulacro de fusilamiento. La historia del pelotón del que formaba parte el que podría haber sido consuegro de uno de los ajusticiados. La historia del pescadero que enseñaba a leer a los analfabetos con las palabras del periódico *El Socialista* y de cómo, al acabar la guerra, el pescadero sufrió lentas pudriciones pulmonares en los penales de piedra, que habían sido maravillosos castillos, y volvieron a serlo en los días del vino y las rosas —del trankimazin y la heroína, del chocolate con churros—, pese a los muertos intramuros de los monumentos nacionales, pese a los supervivientes con tos crónica y a los exiliados en el país de Nunca Jamás. La historia de una portera, nacida en Azafrán pero emigrada a Madrid, que entregó a su hija pequeña a una madrina —que no era hada sino madame—, porque aquella madre no tenía dinero para criar a su retoña, y de cómo la niña creció en un burdel aprendiendo a bailar flamenco pero sin hacerse nunca puta. La historia de la rica terrateniente, nacionalsocialista confesa, que curó las heridas de un maquis del que se enamoró y de cómo aquel romance no cuajó en final feliz. También recogieron Rosa y Paula la historia del anarquista que salvó al compañero de colegio franquista y la del dueño de un rebaño que acusó de rojo al dueño de otro para quedarse con todas las ovejas. La de Catalina, que dijo: «Todavía vamos a vencer y os vamos a hacer tajadillas», y fue fusilada y enterrada con su delantal puesto; en el bolsillo llevaba el sonajero de su hijo Martín.

Y otra vez a Paula Quiñones se le llenó el vaso craneal de problemas matemáticos con piaras de patos y manadas de cerdos y reatas de conejos que la embarullaban porque ella siempre había pedido las cuentas claras y el chocolate espeso —ni una ni tres, sino dos veces en la misma página—, y sobre todo manifestaba una honda preocupación por los acontecimientos acaecidos tras el relato espectacular: cómo creció la niña que nunca fue puta, cuántos números positivos atesoraba la cuenta bancaria del requeté más verdadero de Castilla, a qué edad murió el maestro pescadero, qué sucedió en aquella aldea en la que, como jauría, los vecinos habían apaleado hasta matar a una mujer hermosa y a toda su prole. Qué fue del pobre Martín y si su mano se quedó para siempre fruncida en el tic de agarrar el sonajero que su madre se llevó. El ácido. La bilis verde. El vómito mantenido durante tantas décadas. Qué pasó. Qué había pasado después. Quién era quién. Por qué ahora, sin hacernos preguntas, llevamos gorras de béisbol para protegernos la calva de los rayos solares. Polos en tonos pastel. Zapatos náuticos.

Al final, las historias se resumían en la bonita máxima de que todos perdieron. Entonces Paula y Rosa se abofeteaban mutuamente para no creer en las mentiras, porque unos perdieron muchísimo más que los otros y eso se notaba en la alimentación, el tamaño y la calidad de las casas, los juguetes de los niños y los vestidos de primera comunión. El dos más dos cuatro. El blanco y en botella, leche. Las cosas que Paula siempre decía desde que nos conocimos en la escalera de mi casa y mi hijo se fue detrás de un detective homosexual que había sido el primer marido de Paula, la coja Quiñones, inspectora de Hacienda. Cuando yo andaba reconstruyendo esta otra aventura sin tesoros enterrados, ella llegó a un pueblo llamado Azafrán disfrazada de exploradora o de historiadora-socióloga-psicóloga con magnetófono. Ustedes me disculparán por aludir a tan anticuado instrumento, pero es que a Paula y a mí nos gustan las cartas y esos calendarios de onomásticas en los que se apunta debajo de cada fecha un nombre, para recordar siempre que el 13 de mayo cumple años Claudia o que el 21 de febrero nacieron Olmo y mi amiga Berta. A Rosa y a Paula casi habían dejado de importarles el imaginario del silencio, el secreto y el desván con ocupante, la humedad de los bosques cántabros, o solo les importaba si dentro había un objeto, un personaje reconocible: el fantasmagórico sonido de una máquina de

coser que ya no cosía más porque un teniente chusquero torció las agujas, o la delgadez extrema de un hombre con una enfermedad de los bronquios. En Azafrán habían sucedido algunas de estas cosas y Paula Quiñones, cuando en las fotos de las ausencias aparecían como en Bélmez las caras de quienes se habían ido, estaba segura de que Azafrán se merecía el nombre de Azufrón. Hay cosas que deben ser olvidadas a la fuerza y otras que deben ser recordadas para siempre con la misma intensidad.

Paula conversaba con Rosa y se contaban que había dos tipos de niños perdidos y de mujeres muertas. Los que les sonreían cada vez que sus cráneos, incluso más pelones que el de Braña-Alcañiz, eran desenterrados entre las piedras y el rastrojo y esos otros niños perdidos, espectaculares, robados de sus camitas en plena noche, asesinados por sus parientes, o violados o secuestrados para extraerles los órganos en un mundo muy bien concebido para las mentalidades comerciales y la compraventa. Con las mujeres muertas sucedía algo similar. Bien. Quizá algunos asuntos deban ser olvidados para poder sonreír enseñando los dientes. «No», apuntaba Rosa, «podemos retirarlos un segundo de delante de nosotras, pero si los olvidamos, seremos injustas y tendremos pesadillas.» Incluso las criaturas abusadas han de pasar por el trance de volver a evocar, apretando mucho los ojos hasta verlo todo del color del fuego vivo, el rostro agrandado de su papi cuando papi les metía el dedo por el culo y les limpiaba la carita a lengüetazos. «Pin Pon es un muñeco, muy guapo y de cartón, de cartón, se lava la carita, con agua y con jabón, con jabón», piensan las niñas y los niños mientras papi les dice lo muchísimo que los quiere, Ay, mi prenda, ay, mi corazón. A lo mejor los papis se creen que no se enteran de nada. Niños de goma con todo el tiempo del mundo para borrarlo todo. Pero los niños deben recordar las manos de los curitas lúbricos. Te sujeto la cabeza para que mires, aunque no quieras recordar, no quieras recordar, no quieras. No hay que apartar la vista de las operaciones, aunque las operaciones sean muy, muy sangrientas. Pum, pum, corazón rojo, como las pupilas de David, que para mi hijo Olmo serán del color del tungsteno antes de alcanzar la incandescencia. Gris metalizado. Pupilas.

Ni Paula ni Rosa eran partidarias de elogiar el olvido. «Primero la justicia», coinciden. Luego la cicatriz. El carrusel da vueltas cada vez más vertiginosamente y, en uno de sus giros acelerados, la fuerza centrífuga despide a una niña que sale volando desde la grupa de su unicornio. Su cabeza rubia se revienta contra la lámina de chapa del puesto de algodón de azúcar. Esa es la imagen que más se parece al olvido. Paula la rescató de uno de esos malos sueños de agosto que la acosaban en Azufrón y se lo contó a Rosa. Nunca había tenido sueños tan penetrantes. «¿Qué cenas?», preguntó Rosa, la práctica, la materialista. «Casi nada», y lo cierto era que Pauli había adelgazado. «Se mata a polvos», pensó Rosa, la envidiosa.

Las compañeras conversaban de asuntos nocturnales —era una fórmula magistral para mitigar las pesadillasmientras ordenaban sus papeles en el despachito que les había cedido el ayuntamiento. La sala de la biblioteca había recuperado, por urgente imperativo municipal, sus funciones naturales: allá quedó un párvulo que pegaba estampas adhesivas en un álbum mientras su abuela hojeaba una revista del corazón. Las mujeres ya iban a echar el cierre cuando alguien llamó a la puerta. Samuel, el mudo hostelero, Calatayud, el padre al que su hijo no estaba muy convencido de amar, el hijo del abuelo Jesús y el esposo de Analía, quería contarles algo. Por todo lo que había estado hablando con Rosa, a Paula le asaltó la sospecha del estupro. Sacó pecho para defenderse, porque a fin de cuentas aquello no era un gabinete psicológico.

Azufrón, verano de 2012

Querida Luz:

Para distraerme de la dureza de las actividades voluntarias que he venido a desarrollar a Azufrón, David me lleva a visitar los alrededores. Son magníficos. Tú me dijiste que confiase y así lo hago. Parecemos novios. Paseamos por cauces de ríos protegidos por árboles que dan sombra y frescor, y allí nos detenemos para retozar como pastores y pastoras. Los lugares me hacen evocar los paisajes italianos de Claudio de Lorena. Todo se pega menos la hermosura: ojalá a Zarco se le hubieran pegado mis desniveles poliomielíticos. Pero la mímesis culminó de otra forma y, no me regañes, Luz, yo tampoco puedo evitar instalarme de vez en cuando entre las telas pintadas, los decorados de un buen director artístico. Sobre todo ahora que vivo en un presente fúnebre y en un mundo subterráneo. Frente al eau *de chancho y chacina, salgo de casa con la pituitaria no funcionante como si una pinza mágica me bloqueara el olfato; David me coge la mano, que es un pollito, pollito, y elige los senderos menos tortuosos para mi pobre pierna. Comprobamos cómo de un día para otro las amapolas del campo van destiñendo. Tiramos piedras a las simas que dejan las lagunas resecas en agosto, aunque mi pretendiente me jura por Dios —estudió en los padres escolapios y temo que conserve residuos de aquella beatería— que en invierno las lagunas son verde azuladas y se llenan de ranas cantoras. Yo, en plena canícula, solo veo huevos de mosquitos en las pozas de barro y, sin querer, me acuerdo de la foto de Analía con ese niño al que se quiere remeter dentro del útero como si su carne fuese arena movediza. Analía es marsupial. También su fuerza. Los bolsillos de sus delantales están siempre llenos y huelen fuerte como bolsa de cangura. Si me pongo a fantasear sobre el contenido de los bolsillos de Analía, no pienso en caramelitos para la tos, bobinas o sonajeros de colores. Pienso en cabezas de pollo, manteca, chapas con óxido. Colonia barata de bebé de esa que hace que las criaturas atufen a bolsa de plástico.*

Pero la verdad es que enseguida supero esas visiones y disfruto del aire, y de los topónimos que David me explica alternando la bata blanca del experto en el manto freático con la toga azul de los doctores en filología: la laguna Cascabela, la laguna Madriguera, la laguna Alta. Sabe de todo David. Le vino bien irse pronto de Azufrón para estudiar interno en los padres escolapios que le adelantaban de curso o le unificaban los programas para que sumase las materias de cuarto o de quinto, de sexto y de séptimo, a lo largo del mismo periodo escolar. «Todo fue posible gracias a mi tío Fausto», me reveló ayer mientras nos acercábamos a la cortadura del río, al gran cañón en el que anidan los buitres. Me alegra mucho que David me hable espontáneamente de Fausto. «Mi tío se dio cuenta de que yo era un niño que parecía medio bobo, porque me aburría en las clases.» Fausto es profesor de música y entendió que su sobrino no resolvía las sumas y las restas sobre el papel del cuaderno porque sumaba y restaba mentalmente. «¿Treinta más setecientos dos menos cuatro más quince?», preguntaba Fausto, y David, distraído mientras metía los cascos dentro de las cajas, encontraba la solución en menos de un segundo, aunque hablase despacio: «Setecientos cuarenta y tres.» ¿Ves, Luz, como estamos hechos el uno para el otro? Aterradoramente. El niño no tendría más de cinco años y a Fausto, que siempre luce una flor en el ojal, le costó mucho convencer a su hermano y a su

cuñada de que las clases en la escuelita del pueblo se quedaban muy cortas para semejante portento júnior. «Deja a mi hijo en paz, ¿no ves que no le da la cabeza?» Y Samuel señalaba a David mientras el chaval metía los cascos en los huecos de las cajas metódica y parsimoniosamente. «¿No lo ves, tonto de la flor?, ¿qué quieres, que mi hijo sea un tonto de la flor como tú?» David se rió al recordar que su padre siempre había llamado a Fausto el tonto de la flor. A mí el chiste no me hizo ninguna gracia pese al marco bucólico. Además, a mi amante se le ensombreció el rojo del iris hasta hacerse casi color berenjena cuando dijo: «Sí, Paula, mi tío Fausto fue durante años el hueco de tus fotografías. Borrado, ruiseñor, borrado.»

Nadie quería hablar de Fausto, que un buen día se largó del pueblo y solo envió señales cuando ya había conseguido instalarse en Berlín y había obtenido una plaza de fagotista en el teatro de la Ópera. Regresó a Azafrán de vez en cuando. Se preocupaba por su sobrino. Cortaba cada mañana una rosa fresca del jardín para ponérsela en el ojal. Nadie le preguntaba dónde vivía ni valoraba la dificultad de llegar a ser intérprete en una orquesta profesional. Samuel decía a quien quisiera escucharle que el tonto de la flor debía de tocar los platillos en alguna banda de uno de esos pueblos donde beben cerveza y no saben comer. «Borrado, ruiseñor, borrado.» Fausto borrado de la foto de la primera comunión de Davidito vestido de capitán de fragata. Fausto borrado del día de las bodas de diamante de Jesús y de Virginia. «Muchos por aquí la llamaban doña Virgen», recuerda David de su abuelita. Fausto borrado de las vacaciones en el río o de la celebración de la cena de Nochebuena. Solo Virginia, algunas veces, emitía algún suspiro por el hijo trunco. Por ese su ojo derecho que manifiestamente bizqueaba.

Mientras David me relataba la biografía de su tío Fausto, los pétalos de las amapolas se arrugaban a una velocidad mayor de la normal. Sufrían un efecto Koyaanisqatsi, que consiste en una aceleración idéntica a la que pudre en un visto y no visto la piel del conde Drácula por efecto de la luz. Y eso me recuerda, mi querida Luz Arranz, que mientras convertimos la naturaleza en paisaje para besarnos bajo la fresca sombra de un álamo del río, unos metros más allá es muy posible que un azor destroce, con delectación y hambre, el intestino de un polluelo de perdiz que no termina de morirse mientras se lo comen y conserva los ojitos redondos muy abiertos acaso pensando que ya nunca será su destino una lata de perdiz en escabeche. Perra vida. Vida perdiz.

Samuel se mostraba especialmente escéptico ante la hipótesis de que David estudiara fuera porque, por una parte, desconfiaba de la capacidad de un hijo al que a menudo sorprendía mirando las musarañas y, por otra, había intentado tachar a su hermano pequeño del árbol genealógico. «¿Mi hermano pequeño?, ¿te refieres a Faustino?» Faustino tenía el mismo derecho a renombrarse bajo el mefistofélico apelativo de Fausto que David a quitarse de encima el Davidito con que su padre acompañaba los capones que le metía mientras el chaval encajaba metódicamente cascos de refrescos en los huecos de las cajas de plástico duro: «Anda, Davidito, que eres más tonto que Pijo y Pijote.» Ayer David, entre las letárgicas amapolas, fue muy insistente: «Mi tío Fausto fue durante mucho tiempo el muerto de la foto, Pauli.» A Samuel no le gustaba ni un pelo que su único hijo anduviera por el jardín con Fausto aprendiendo los nombres de las partes de la flor o en la sala grande familiarizándose con claves y pentagramas que para Fausto eran un lenguaje natural. «No quiero que el niño pase tanto tiempo con mi hermano», y Analía agachaba la cabeza dándole la razón. Mientras David articulaba el relato de su niñez, he de confesarte, Luz, que yo me ponía en la piel de Samuel y Analía, y a toro pasado, con todo lo que sabemos mi cuerpo y yo, a mí tampoco me habría hecho ninguna gracia

que el tío Fausto solfeara con mi hijo pequeño. «¿Qué está haciendo el tonto de la flor?», preguntaba Samuel cuando veía que su hermano agarraba por detrás a David para enseñarle a marcar con su brazo el compás del tres por cuatro. «Un, dos, tres; un, dos tres», decía el tío Fausto. «Sigue el compás con el cuerpo, como si bailaras un vals.» Puto Fausto, trataba a mi amante como si fuese Sissi emperatriz. No me culpes, Luz, por favor, métete dentro de mis ojos, haz burla de mi cojera por el pasillo de tu casa, pero de pronto sentí una simpatía basal por la acémila muda que hasta ese momento me había parecido Samuel. Los viejos rencores que no lo son tanto.

Mientras me metía una hierbecita por la nariz —menuda ocurrencia—, mi amante me contó que su papi dejó de invitar a Fausto a las matanzas, a los cumpleaños. Tampoco le invitó a la primera comunión de David, que luce su traje de capitán de fragata detrás del cristal de una fotografía. Bueno, esto ya te lo había dicho, pero es que la foto es impresionante de verdad. El tonto de la flor poco a poco dejó de aparecer por Azafrán, aunque antes de marcharse definitivamente, hubiese conseguido, gracias a la comprensión y a la mano izquierda de su cuñada Analía, que David fuese interno al colegio de los escolapios. Pero esa no fue la primera vez —y aquí radica el quid de la cuestión— que habían borrado a Fausto de la foto: en un bar, que nunca es el del hotel donde me alojo, siempre hay un hombre, de perfil griego, acodado a la barra. Bajo la congestión de la cara y las arañas vasculares, se adivinan rasgos simétricos y equilibrados. Pómulos y mandíbula cortados con escuadra y cartabón. Nuez noble, recia, no de avestruz. El tipo va sucio. Huele a vino y porqueriza. Lo he visto muchas veces de regreso a casa. Algunos se ríen de él y otros lo ignoran. Roque va cada día a cuidar sus cerdos y luego mata el tiempo en un bar hablando solo. Los cerdos, el bar. El bar y los cerdos. Dar de comer a los cerdos y retirar los excrementos de los cerdos. Mear en el bar. Hablar con la televisión. Manoteando. Quedarse dormido encima de una mesa. «Roque, pa casa.» Y a las cinco los cerdos. Me cuenta David que hace muchos, muchos años Roque era un muchacho muy listo. Guapo. Le gustaba la vida e irse de veraneo al mar. La música pop. Roque y Fausto eran amigos. Escuchaban vinilos en la habitación de Fausto hasta que una tarde Samuel entró sin llamar y los sorprendió con las manos entrelazadas. Roque se quedó en el pueblo y aquella fue la primera de las dos veces que Fausto se marchó de Azafrán: lo mejor era formarse como músico olvidando a Roque. En una de sus vueltas esporádicas, consiguió que a David lo internaran en un colegio de curas y volvió a desaparecerse como los magos humoristas. A la de una, a la de dos, a la de tres… La chistera, la paloma y el palomo cojo, la varita, cada miembro y cada aliño indumentario deglutidos por el humo. Ahora había vuelto para celebrar los cien del abuelo Jesús o para hablar de dineros dado que el patriarca no iba a durar mucho más. Luis, el mayor, había sido tajante: «Tú ya te llevaste lo que te correspondía cuando te fuiste la primera vez.» Y así quedó aclarado el misterio de la Santísima Trinidad, de la cuadratura del círculo y de cómo Fausto pudo salir de Azafrán con dieciocho años para perfeccionar sus conocimientos musicales en esos países bárbaros de bebedores de cerveza e industrias farmacéuticas.

David y yo caminamos abrazados. Inhalo este oxígeno purísimo de Azufrón por el que los ecoturistas pagan un potosí, pero al mismo tiempo sigo asfixiándome porque cada vez guardo más historias que me aplastan contra el suelo y me cargan la pierna mala. Creo que, pese a que David se empeña en que esté cómoda, todo es impostura y en realidad me quiere asustar con sus historietas para quitarles hierro a las que escucho a diario. ¿O todas son la misma historia en algún punto incógnito, que yo no logro ver, se entrecruzan, son intersecciones, líneas tangentes

a la circunferencia? Te escribo, Luz, para que me ayudes a ver, y aunque supongo que tú no dispondrás de tanto tiempo muerto como yo —tendrás que preparar y congelar mucha masa de croquetas para satisfacer la glotonería de tu descolorido vástago y del bujarra glotón—, te pido por favor y de rodillas que me escribas y me des algo de luz, Luz.

Mientras seguimos caminando por este marco incomparable debajo del que cadáveres anónimos aromatizan el tomillo, David me descubre que, cuando era pequeño, no le gustaba que su padre le tocase. «Papá, no me toques», decía David cuando Samuel se le acercaba. Puede que hubiera visto a su padre matando conejos, cometiendo actos impuros con aves de corral, o tal vez ya se sintiese lo suficientemente manoseado por los compases —un, dos, tres, un, dos tres — del tío Fausto. Pero, entonces, ¿por qué mi pretendiente adora a su tío Fausto? Luz, no quiero, no, pasar por lo mismo. Luz, protégeme y líbrame del mal, amén.

El olor a tomillo me revuelve el estómago, pero David sigue con estas revelaciones cuyo propósito ignoro —¿hay que llegar al amor sin un solo secreto, recién nacido, sin un as en la manga para esas tardes en que el tedio se vuelve rabia manifiesta?— y me explica que de forma casi imperceptible Analía empezó a quitar reparos a la idea del colegio de curas. Al internamiento de David. Lo apartó de golpe de su carne de arena movediza, pero no de su corazón: «Ya sabía yo que mi hijo era muy listo», les decía a sus comadres y a los parroquianos del bar. «Mucho más listo que yo.» Por aire de familia, afirman que David se parece a su tío Fausto y al abuelo Jesús. No logro encontrar el segundo parecido porque el abuelo se repliega y cada pliegue oculta un rasgo que vuelve a plegarse otra vez. Como si no quisiera que nadie lo mirase; que nadie, pero nadie, descubriese el lugar donde permanece oculto. Sí encuentro el parecido con el tío: las mismas líquidas pestañas y el color de ojos que se mimetiza con el color de la boca, un color impertinente, un error, mal, niño, eso no se pinta así, el cielo no es amarillo —quizá sí en Pekín y en Azufrón— ni las praderas azules. ¿Regañabas tú así a Olmo antes de descubrir su daltonismo, Luz? La fisonomía de David podría haber salido de la artística mano de tu hijo, disfrazado de pintor de corte. Ahora Fausto ha regresado para la celebración de los cien años del abuelo Jesús gracias a la insistencia de David. Después de lo que mi amante me ha contado no sé si lo miraré con cariño o con aprensión. «Un, dos, tres. Un, dos, tres… La fuerza en el uno, como si bailaras un vals, David.» Menudo engendro. Qué ternura. Yo qué sé.

Antes de llegar al cañón atravesamos un paraje sembrado de enebros. David me cuida: «No te acerques. Pinchan.» Entre los glóbulos morados brotan espinas gruesas y afiladas. Protecciones. Disimulos. Mi pituitaria selectiva ha deshecho la pinza quirúrgica que la mantenía bloqueada y por las narinas ha entrado el olor del té de las peñas. Y el del tomillo y el de los ridículos brotes del romero. El cañón no es un corte definitivo sino una escalera de piedras rojas que, en un punto, se empina y se abre al vacío. En ese punto la pared arcillosa aparece horadada; en los agujeros anidan buitres majestuosos tal vez amaestrados para alegrar la vista al cupo de visitantes de este parque natural. Algunos llevan prismáticos, Luz. David me pasa el ala por el hombro. Me cuenta y me protege. Yo estoy enajenada por los aromas y el vértigo, pero no tanto como para no preguntarme si me conviene estrechar mis vínculos con esta familia pajarera. «¿Te pasa algo, ruiseñor?» No, no, no. En un punto lejano del tiempo el buitre inseminó a una mujer dormida y les nacieron los vástagos con los ojos rojos, redondos, protegidos por plumón blanco. Puede que la mujer no pariese a los pájaros ya formados, sino que los pusiera e incubase en forma de huevo o los expulsara a través de la garganta como las aves nocturnas que regurgitan la egagrópila. Tenso mi cuerpo asimétrico, clavo en la tierra el

tacón derecho, porque estoy esperando que David me haga la broma siniestra de empujarme al vacío para agarrarme enseguida más fuerte. Casi suspendida en el filo del abismo. Pero mi amante no me asusta. Creo que no se le pasa ni por la imaginación.

Paula invitó a Samuel a pasar al cubículo municipal y Rosa le ofreció una silla. El hombre comenzó a mirar de refilón los dosieres desparramados encima de la mesa y, sintiendo que hacía algo malo, que deseaba un cuerpo desnudo que no se le había ofrecido, clavó la vista en los dibujos de las baldosas del suelo. Solo entonces Paula se dio cuenta de que olían a lejía. Le picaban los bronquios. Empezó a toser. Rosa tomó las riendas de la situación: «Pues usted dirá, de hecho ya nos íbamos…» Samuel levantó la cara, y Paula y Rosa tuvieron la oportunidad de atender al vibrato de unas cuerdas vocales poco pródigas que se dirigían a una nueva figura —la palabra «figura» es un eufemismo— perfilada a contraluz contra el vano de la puerta: «Pero ¿qué coño haces tú aquí?»

El mudo Samuel recobró el habla apoyándose en palabras malsonantes. Coño, hostias, me cago en la Virgen y en el copón bendito, cojones, Davidito, mierda puta, así se te lleven unas malas fiebres, me cago en tus muelas, que te arranco el corazón, maldito, hijo de perra sarnosa, cerdo, bestia, Satanás, reputa, tonto de la flor, sucio, bastardo, cobarde. Qué bella era la banda sonora de Azufrón. Azafrán. Azufrán. Mientras, Zarco estaría disfrutando de la canción del verano o de esa música relajante que ponen en las terrazas pijas de la costa. Como en la consulta de los dentistas antes de sacarte una muela. Como en la camilla de un podólogo que te aliviará la presión golosa de tu uña encarnada. Como la que me rodea cuando el doctor Bartoldi en mis sueños me susurra: «¿Qué te parecería tomar otra copa, querida Luz?» Entre la colección de palabras gruesas que Paula almacenaba —«imbécil», «tonelete», «enano», «calzonazos»— una hizo eco: «¿Bastardo?» Pero era una palabra improcedente. La baba digestiva de una anaconda desdibujaba y hacía homogéneos los rasgos de aquella familia más allá de la coincidencia en los ademanes. Tampoco era el perfil del tonto de la flor el que se recortaba contra el vano de la puerta, sino el más rechoncho de Luis, el mayor de la familia: «No me levantes la voz, Samuel, que te parto la cara.» Rosa me confirmó que la amenaza temblona de aquel hombre resultaba increíble.

Luis se acercó a Samuel y, tomándole por el brazo, intentó levantar a su hermano de la silla en la que acababa de sentarse. «Levántate.» Luis repitió: «He dicho que te levantes.» Samuel se revolvió: «¿Quién te manda?, ¿ella?» Luis arqueó las cejas, puro, y Paula dijo para sí: «Paquita.» Pero luego dudó de sus deducciones. «Que te levantes de una vez o te cruzo la cara. Te la cruzo.» Entonces Rosa intervino: «Oiga, esas no son maneras…» Todo resultaba bastante patético porque Luis era casi un octogenario, al que se le doblaban las rodillas por detrás de la raya perfectamente planchada de los pantalones. Solo su furia le mantenía en pie. Su furia y el cinturón que rodeaba la circunferencia dura de su barriga. Rosa, consciente de la vulnerabilidad del viejo, ya había callado cuando Samuel se llevó un dedo a los labios y, mirando a la voluntaria, hizo: «¡Chisssss!» Fue un chis largo y chulesco que se regodeaba en sí mismo. Un chis de amo. Un chis de rico. Un chis de hombre. Un chis de torero o de campeador. Un chis que repentinamente Samuel se quiso limpiar de las comisuras, escarbando, arañándose la lengua, como si hubiese comido terrones de arcilla o miles de insectos se le hubiesen metido en la boca. Samuel miraba a uno y a otras suplicando ayuda, pero ninguno fue capaz de interpretar un gesto que duró cinco o seis segundos. «¿Chis?, ¿me está usted diciendo que me calle?» Rosa

preguntaba a Samuel, pero permanecía concentrada en los ojos castaños de su compañera: «¿Este tío me está diciendo que me calle?» Paula se volvió hacia la ventana y otra vez Rosa midió los parámetros de la situación y se fijó en que, si Luis era efectivamente un viejo, Samuel no era mucho más joven. Dos hombres a punto de morir iban a llegar a las manos en las dependencias del ayuntamiento. En combate singular tirarían puñetazos al aire y, al agarrarse por las solapas, se les rompería la ropa. El uno se apoyaría en el otro dando la impresión de formar un solo cuerpo y, en el clímax de la lucha, el hombre más fuerte se sorprendería al descubrir, dentro de su puño, un miembro desprendido del contrincante. Deterioro. Putrefacciones. Mientras, los jóvenes turistas de Azafrán —«Este es mi pueblo»— oteaban pájaros en los cañones o ronchaban la parte más dura de los torreznos. Domingueros. Parientes lejanos.

Rosa se tranquilizó un poco analizando la calva requemada por el sol, curtida como una cecina, del viejo Samuel, que era, no obstante, menos viejo que el viejo Luis y que el viejo abuelo Jesús. «Momias», pensó Rosa, pero esta vez no lo dijo porque a las momias, sobre todo a las verdaderamente muertas, se les debe un respeto. Notó que los ojos de Paula le pedían concentración. Expresaban un chisss simpático. ¿Por lástima? No, más bien parecía curiosidad. La coja voluntaria había adoptado el gesto adusto de la entrevistadora que recibe los datos de los informantes. Cruzó los brazos sobre el pecho. Como otra momia. Rosa esperó observando a esta colección de momias matrioskas que guardaban dentro de su eviscerada caja torácica otra momia, otra momia y una momia aún de mayor antigüedad. Tan vieja como la Tierra y el surgimiento mágico de los primeros reptiles. Luego los reptiles desarrollaron alitas, comenzaron a volar y se hicieron pájaros. Luego los pájaros llenaron los cartones aceitosos de cualquier franquicia de pollo frito o las casitas de madera de los relojes de cuco. Otros pájaros se galvanizaron y extendieron sus alas metálicas para bombardear a la población civil. Aviones de guerra. A Rosa se le afilaron los dientes y las escleróticas se le achicaron de genuino resentimiento. Gernika. Carretera de Málaga a Almería. Madrid, capital de la gloria y del dolor. «Que se maten», concluyó la buena de Rosa mientras los dos ancianos se zarandeaban bailando un lento sin querer restregar cebolleta. Luis ya había conseguido que Samuel se levantara de la silla.

Luis, con su mano de escamas, se aferraba al brazo de su hermano: «Tenemos que hablar.» Rosa se dirigió a Paula: «Pero, de verdad, ¿tú vives con esta gente?» Samuel se volvió hacia la voluntaria coja: «No, no vive con nosotros. Vive en nuestro hotel.» Samuel marcaba las distancias: «Y lo paga.» No importaban las visitas nocturnas de David a la habitación de la huésped. No importaban las rosas ni los paseos. El roce no hacía el cariño, y menos aún si el roce se producía por persona interpuesta. Paula se sintió basura, pero enseguida se arrepintió. Era muy probable que los celos hablaran por boca de Samuel y que David no se identificase con esas palabras. Tal vez ella, para el farmacéutico superdotado, era importante. La única persona que podía hacerle olvidar y redimir su pasado. Paula Quiñones creyó que estaba viviendo en el corazón rojo de una novela romántica. En medio de esa epifanía, se convenció de que Samuel había entrado en el cubículo municipal para apartarla de su hijo David. No hubo tiempo para aclaraciones porque ahora Samuel, custodiado por la sombra de Luis, salía del despacho sin pronunciar ni una sílaba más.

Rosa corroboró el protagonismo romántico de Paula: «Este ha venido a decirte que te alejes del farmacéutico. Vaya joyitas. Paula, Dios te libre.» Rosa recogió los dosieres aceleradamente: «No te digo más, Paula. Ni se te ocurra.» Las mujeres salieron de su fantasía sentimental al oír

gritos en la calle: «¡Me has robado, Samuel! Menos mal que hice caso a Paquita. Me robas. Has vendido los terrenos del pinar para construir una gasolinera. Le has sacado la firma a papá gracias a la zorra de tu mujer, que lo tiene secuestrado. De ella me lo podía esperar, la muerta de hambre, la palurda. Pero ¿tú, Samuel? Me has robado y te callas. Y el día menos pensado me clavas un puñal y me niegas tres veces como san Pedro a Jesucristo…» Rosa se puso de puntillas apoyando el pecho contra la ventana: «¿Has visto a ese par de carcamales?» La voz se iba haciendo más débil a medida que los renqueantes pasos de los hermanos los alejaban del ayuntamiento. Rosa se rió: «Aquí hay mar de fondo.» Paula sustituyó una discapacidad por otra y la mudez desplazó las consecuencias de una extemporánea poliomielitis. «Sal de ahí. En el bar huele raro, te vas a agarrar unas ladillas, vives rodeada de una parada de monstruos. Joder, Paula, vente a nuestro hotelito…» A Paula el hotelito le daba repelús. Se veía desayunando puto pan integral y duchándose con un jabón que no hacía espuma. Después se acordó de David y llegó a la conclusión de que unas cosas se compensaban con otras.

Paula olvidó enseguida la visita de Samuel, porque no barajó otras posibilidades más allá de su protagonismo de novia. Paula era la pastora y David era el pastor. Paula era la estrella y David el pretendiente. Paula era la amada y David el amante. Paula era la voluntaria coja y David el farmacéutico superdotado. Buenas parejas. Paula soñaba del mismo modo que Zarco soñó con mi cachorro. Rosa estaba agotada, pero se quería reír con su sonrisa de antropóloga. En el fondo, la discusión de los viejos avaros, su manera de ir empujándose por la línea de la carretera que atraviesa Azafrán, sus manotazos al aire, sus traspiés y sus patadas flojas, todo, todo le había resultado grotesco: «Hasta tu farmacéutico parece albino…» Entonces a Paula le brotó del puño la espada flamígera de la protección a los débiles, los albinos, los pobres, los vientres de alquiler, los despedidos, los desenterrados… Menos con los Zarcos y los tontos de la flor —era una cuestión de piel—, Paula se ponía del lado de las famélicas legiones: «Rosa, tú no deberías decir cosas así.» Paula, empapada por el signo de los tiempos, reprimía su bestial sentido del humor —el nuestro— para mitigar posibles ofensas; después se retorcía de rabia y se limpiaba la lengua de linimentos mentolados y apaciguadores. Al día siguiente, se la volvía a embadurnar para no herir y dudaba de si su carácter era compasivo o cínico, brutal, hipócrita. Pobre pequeña Paula tan perdida cuando no podía liberar su mordacidad contra ti, porque contra ti tenía todos los motivos y sabía además que tú, por no perder su mirada de amor, nunca ibas a terminar de enfadarte.

Rosa no le dio importancia al reproche de su compañera y la empujó hacia la salida, cerró y dio dos vueltas a la llave. No era la primera vez que les habían echado la puerta abajo y les habían llenado el cubículo de pintadas: *Cizañas, Moscas cojoneras, ¿Por qué queréis desenterrar a vuestros abuelos podridos?* El ayuntamiento les había cedido excepcionalmente el local. No estaban obligados a hacerlo. Las subvenciones se agotaban. Muy, muy pronto dejarían de existir. Siempre había asuntos más importantes que resolver. Había que mirar hacia el futuro. «Mentira, mentira», decían los ojos de Rosa. Un pueblo con dignidad ha de saber dónde están todos y cada uno de sus muertos. Quiénes los mataron. Cómo. Qué muertos llegaron de otras partes y por qué reposan en esta tierra de serpientes de cascabel. La voluntaria coja y ella se inventaban libros para recaudar fondos. Braña-Alcañiz y su equipo trabajaban gratis. El problema eran los costes del material. Quizá los terrenos de la gasolinera estaban horadados por túneles y fosas. Ojalá el gozo de aquellos hermanos viejos y miserables cayese en un pozo. El pasado y el presente se encuentran como las dos partes traslúcidas de un folio doblado. Esa era la imagen que Rosa llevaba tanto tiempo buscando para explicar que escarbaba en lo que fue con

toda su concentración y todo su orgullo puestos en lo que sería. Lo importante no era su abuelo, aunque fuera importantísimo, lo importante eran los abuelos de todo un país y los hijos de los hijos de los abuelos de todo un país que no podía reducirse a aquella colección de momias, cada vez más pequeñas, una puesta en abismo, hasta la última partícula de polvo enamorado e inútil. Ojalá bajo aquellas tierras en liza habitasen más niños perdidos, cogidos de la mano, para limitar los afanes imperiales de dos hombres tan enfermos de una vejez mala que daban vergüenza. Patos mordedores. Tíos Gilitos. Caín y Abel, mucho más desmejorados que en los cuadros que los retratan, se matan por las perras. Que la reliquia impidiese la proliferación de los pozos petrolíferos. El dinero que llama al dinero. Al fin al cabo, medio pueblo pertenecía al abuelo Jesús: pinares, huertas, naves. «El abuelo Jesús ha trabajado mucho», les dijo una mujer de buena voluntad. «Es un gran hombre.» Pero nadie puede trabajar tanto como para hacerse tan rico, tan escondidamente rico. El prócer municipal, el abuelo Jesús, bueno, constante, el Dios padre que aún no estaba en los cielos, se ahorraba la ridícula estampa de sus dos hijos ancianos que se pegaban empujones y trastabillaban mientras se iban peleando de camino al hogar. Ojalá se jodieran y la fosa principal se extendiese bajo el manto de sus territorios. Rosa no sabía cuál de los dos agarraba con el puño la quijada, pero lo que sí vio es que Samuel llevaba en la mano derecha un librito de tapas oscuras con el que se defendía de los capones de su hermano mayor. El librito se le desdibujó de la memoria ante lo grotesco de la escena. Dos viejos caminan siguiendo la línea continua que separa la calzada. Como si en Azufrón existiese verdaderamente un sentido de ida y otro de vuelta. Un modo de escapar. A Samuel los pantalones le cuelgan del culo escurrido y Luis lleva tirantes sobre una camisa arremangada con cercos de sudor bajo las axilas. Los viejos parecen borrachos, pero están enfermizamente sobrios. Del asfalto surgen espejismos que licuan el horizonte, lo incendian, como en las películas de cowboys. Pero estos vaqueros ya no aguantan el peso del revólver. Rosa les apunta por la espalda, dispara, el más gordo se tambalea un poco más, pero se rehace de su mareíllo. La antropóloga no ha dado en el blanco.

«¿Lo has cogido todo?, ¿la cámara, el móvil?» Rosa bajó de su nube y le tendió la mano a Paula para que descendiese de la suya: se sentía halagada como una pava bien rellena de guindas. Importante. Peligrosa. Veía los dedos de Analía moviendo el hilo de su marido viejo. Porque en aquella casa ni las moscas necrófagas, que ya pululaban cerca del cuarto del abuelo Jesús, volaban de un lado a otro sin que Analía lo consintiese. Le gustaba que Analía la mirase. Le diese importancia. «La palurda», la había llamado Luis. Las moscas necrófagas —mi hijo Olmo lo sabe casi todo de esos especímenes—, atentas al peligro de ser devoradas por los pájaros, tomaban precauciones al adentrarse por los rincones de la casona. Paula estaba olvidando el rigor del método científico. Mientras tú tomabas el sol y fingías invocarla, ella se estaba convirtiendo en ti, querido Zarco.

Ahora todos lloramos.

Azufrón, verano de 2012

Querida Luz:

¿Te has fijado en que, si acercas una lupa a algo sencillo, lo sencillo se transforma en un sofisticado mohair? Se harán visibles las filigranas y los microbios. Todo bajo una lupa se arruga y multiplica. Se deforma y, a la vez, se vuelve exacto. Evidente e indescifrable. Sin remisión, aparecen las máculas y la realidad se presenta bajo su perspectiva menos fotogénica. En el fondo del aliento de las doncellas se percibe una levísima emanación agria. Por eso, ahora, me surge una duda: ¿seguro que te he descrito bien el lugar en el que vivo? Cojo tu cabeza como una linterna portátil y la paseo por debajo y por encima de la casa. Por dentro y por fuera. Es importante que te la dibuje bien, porque sin ese dibujo dejarías de entender muchas cosas. Asuntos sexuales. Ya sabes tú que las casas, igual que los cuerpos, están llenas de orificios y trampillas secretas. Hablan y crujen mejor que los cadáveres sobre las mesas de los forenses. De los cadáveres que yo veo solo me quedan su sonrisa y los orificios —no sexuales— de bala en los cráneos. Eso solo si el fusilado ha tenido suerte. Los ejecutores inexpertos, de manos temblonas, los muchachos jóvenes serían observados por los futuros difuntos como una prueba más de su mala fortuna. «Me tocó el sensible», «Me tocó el llorón», «Me tocó el cegato», «Me tocó mi primo». La vulnerabilidad y la proximidad afectiva entre víctimas y verdugos como garantía de chapuza y sufrimiento redoblado. El deseo del tiro de gracia. Pum. Lo siento, Luz, se me cuelan en tus cartas estas pesadillas. Los cadáveres adoptan posiciones que parecen formar parte de un juego o de una danza. Me señalizan caminos por los que puedo deambular y por los que no. Echo de menos a los que no he llegado a conocer. Están conmigo. Me dan miedo, me alertan, me acompañan, se burlan de mí.

Menos mal que tengo a David, a quien miro por un agujerito porque me gustaría sorprenderlo en plena masturbación. Pero siempre lo encuentro tecleando en su portátil como si fuese un pianito. Un pianito, Luz. No podría haber sido otra cosa. Un, dos, tres y, en el contraluz de las pestañas de mi amante, el compás del tres por cuatro y el fantasma de Faustino. Lo encuentro siempre con la espalda recta y haciendo sus deberes como un buen alumno. Consultando un vademécum o contestando imponentes correos comerciales. David también aparece en mis pesadillas: es el pedazo de carne, el resto de hijo que Saturno devora. Aunque el despojo ha perdido la cabeza entre las mandíbulas del padre, yo sé que es él por una rosada cicatriz bajo la tetilla. Ya no hay remedio. No puedo buscarlo, empuñando un mondadientes, entre los colmillos de la bestia. En otras alucinaciones nocturnas, David es el salomónico bebé. Tiran de sus miembros una masa semejante a Samuel y otra semejante a Fausto, y como si estuvieran jugando a la soga, agarrada por un lado a la cintura de Samuel y por el otro a la de Faustino, aparece una duplicada Analía. El mamón tironeado llora con la cabeza adulta del David-Jesusito de mi vida que me da tanto miedo en las esculturas góticas. Una cara de señor, sobredimensionada y vieja, sobre un cuerpecillo con pañales. A veces yo soy la bebita a la que quieren partir en dos. Pero no veo los rostros de mis descuartizadores. «Descoyuntadores» sería una palabra más exacta. Pero no existe, Luz. No creo que esa sea una razón para dejar de escribírtela. La escribo para ti.

En otros sueños, todos se quieren quedar con David, el padre, la madre, los tíos, hasta la abuela Virginia sale del marco de su foto espantosa y corre hacia mí para morderme y sorberme los sesos. Aquí se comen la cabeza del cordero partida en dos mitades. En cada mitad, una porción de sesitos, el ojo, la lengua roja entre los dientes de leche. Sustancias que pululan entre los huesecillos del cráneo. Me aseguran que son exquisitas. En mis sueños, todos me muerden. Sobre todo, la pierna buena.

Observo también por los agujeritos-orificios de la casa a Analía que corta, cuece, pela, lava, sirve, limpia, restriega, agita, filetea, frota, escancia, apunta, calcula, hornea, vigila, seca, friega, extiende, dobla, plancha, sala, da vuelta y vuelta, rehoga, congela. Pica finamente las cortezas de las rajas de melón y las mezcla con otros alimentos sobrantes para preparar el pienso de las aves de corral. Hasta que llega la hora de asear al abuelo Jesús. Entonces, disminuye la velocidad y se toma su tiempo. Pero antes he de describirte, con tu cabeza de luz como un candil antiguo, la distribución de esta casa de madera que relata a todos sus habitantes cómo David se desliza en mi alcoba con su cara de niño superdotado, excelente, para darme su dulce compañía y emborronar los sueños oscuros que me asaltan en mitad de la noche. Como si tuviera fiebre.

El conjunto, a la entrada de Azufrón, consta de tres cuerpos. Si miras la mole de frente, a la izquierda, protegido por una tapia que da a la carretera o calle principal, hay un corralito protegido por un techo de uralita. Allí viven las aves que no se alimentan de otras aves, sino que se comen las escolopendras y ciempiés que tal vez hayan llegado hasta aquí siguiendo la línea de la carretera del cementerio, ubicado justo en el extremo contrario del pueblo. Junto a su tapia está la fosa sobre la que trabaja el equipo de Braña-Alcañiz. Las gallinas cluecas también picotean la caca. La casa familiar propiamente dicha constituye el cuerpo central que se comunica con el corralito de las aves en pepitoria a través de una puerta que da a la cocina. El cuerpo central es una superficie cuadrangular a la que se accede por una puerta ubicada en el centro del centro del cuerpo central —¿ves cómo escribiendo recupero mis fortalezas matemáticas y geométricas? Gracias a ti, Luz, que me escuchas—. A la derecha del vestíbulo está la salida al jardín de las rosas. Siguiendo por el vestíbulo pasillo y, separado por un tabique de la cocina, hay un cuarto de baño completo. El vestíbulo desemboca en el gran salón donde se celebran los entrañables momentos de la vida familiar. Yo puse el pie allí una sola vez y todos los parientes se quedaron petrificados, otra vez, como la mujer sin nombre de Lot. Pies quietos hasta que Analía reaccionó, me saludó, me guió, abrió la puerta que da al bar, me acompañó a mi habitación, me dio toallas limpias y me enseñó a usar los grifos del agua fría y caliente. Yo vivo en el hotel que «Pago», como aclara Samuel. Él dice malas palabras y especula con las tierras propias y ajenas y se pelea con Luis y guarda, con suciedad, a su hijo y me quiere joder la relación con un superdotado.

Una escalera de caracol, en la esquina derecha de la sala noble, trepa hacia la primera planta, donde se ubican las alcobas: el dormitorio de David, la suite matrimonial de Samuel y Analía, el cuarto del abuelo, dos habitaciones huecas que antes ocuparon Luis —con o sin Paquita— y Fausto. Bajo esta escalera, como te anunciaba, una puertecilla que tiene algo de secreto se camufla entre las maderas de las paredes del salón y da acceso al bar. ¿Ves la casa, Luz? Me gustaría que los tabiques se alzaran en la página y, mientras estás leyendo, se desplegasen delante de ti las habitaciones como los castillos de cartón de los cuentos infantiles. No obstante, temo que mi descripción se asemeje más a la imagen de un piso en plano. Por

ejemplo, cuando escribo: El bar y el hotel son el otro cuerpo lateral del constructo. Estas dependencias tienen, en planta, la forma de un rectángulo alargado que linda por su parte izquierda con el jardín y lo supera hasta llegar a la altura de la mitad del salón ubicado, como ya se ha dicho, en el cuerpo central. El jardín es el lugar romántico, hermosísimo. La intensidad del color de cada flor habla de las bondades del abono y de la tierra en que arraigan las raíces, crecen y engordan los tallos, se abren los capullos. Me gusta el olor dulce de las flores. Frescas de día. Flor de corona con la que me adornaría la frente, jugando a ser Ofelia, o confeccionaría ramos para llevar a la fosa del cementerio.

Si me alejo del mamotreto arquitectónico para contemplarlo con mayor perspectiva desde el otro lado de la carretera de Azufrón, adivino un pegote que sobresale del cuerpo central. Será un desván al que no sé por dónde se accede. Quiere ser decorativo, pero se asemeja a los bodrios de arena que los chiquitines, embadurnados de protección cincuenta —ni treinta ni diez — construyen a la orillita de mar. Un zurullo.

El cuerpo lateral derecho también tiene dos plantas: abajo, la del bar restaurante, y arriba, comunicada por otra estrecha escalera de caracol, la de las tres habitaciones de alquiler. Yo ocupo una, que comparte tabique con la suite nupcial de Samuel y Analía, que no dice nada, que está muda, que no suena por las noches hasta que a las cinco en punto de la mañana se levanta para cortar, fregar, filetear, rehogar, zurcir, rebanar, cobrar y comprar todo lo que sea menester. «Lo que sea menester» no es exactamente lo mismo que «lo necesario». Yo nunca creí en los sinónimos absolutos, querida Luz. Y «lo que sea menester» es una frase que podría salir de entre los labios de Analía o de una monja que amasa dulces yemas de Santa Teresita, pero nunca de entre los labios de una rica heredera como Marina Frankel. Zarco se estará bañando con ella en su piscina clorada y azul. En su mar y monte. Lávame la boca con jabón, ampútame la mano, no sé por qué aún he de acordarme de estos destinos y estas maldiciones. Aquí, sin embargo, todo es una extensa plancha de tierra. Y una cortadura. Ahora veo que la lengua se me contamina con lo rancio de Azufrón y de estos habitantes que se visten con ropas de hace tres décadas. Para no manchar la nueva con los quehaceres de la casa. «Los quehaceres» no son lo mismo «que los trabajos». Tampoco. Veo cómo mi lengua se hace vetusta, reaccionaria, tradicionalista, católica. Qué locuras y qué mimetismos. Qué magias, Luz amorosa.

Cada noche, para llegar a mi cama, David ha de bajar una escalera de caracol con peldaños de madera, abrir una puerta con los goznes roñosos, atravesar a oscuras —si llevase tu cabeza linterna todo sería mucho más cómodo— un bar en el que ya no queda nadie, subir por la otra escalerilla de caracol, abrir la puerta de mi alcoba, pisar los tablones de mi cuarto cuyos gemidos pueden oírse sin duda a través del tabique que conecta mi estancia con la silenciosa suite nupcial de Analía y Samuel. Esta casa se queja por todo como mi piel, ahora que ha madurado o macerado —no sabría decirlo—, se resiente en cuanto la rozan o la aprietan con más intensidad de la exactamente necesaria. Me siento recubierta por un velillo, tal vez por un sudario de tela pasada, que se rasga ante la exposición a la luz. Mi carne se magulla y cae sin necesidad de ser golpeada. ¿Te sucede a ti lo mismo, Luz amiga? Una mirada potente me fractura. Soy un líquido sin vaso de cristal que lo soporte. Tal vez, a no mucho tardar, expire a causa de los fragmentados glóbulos de una leucemia.

He llegado a la conclusión de que la prueba irrefutable de que alguien te ama es que cuide de tus otros amores cuando tú ya te hayas muerto. ¿Incluso de los amores enterrados? También, Luz, de esos también. Flores de tela. Restreguemos con agua y con jabón no solo nuestras bocas,

Luz amiga. Pero cuidemos, sobre todo, de los vivos. De nuestros abandonados vivos bien o mal amados.

La casa delata sus puntos de irradiación sexual —epicentros— por la calidez que expelen las alcobas, pero sobre todo por los gemidos de las tablas y los jergones. Por el correr del agua de los grifos. Ruido, ruido y ruido. Soy una fanática de las tríadas cúbicas. La simpatía de los números y las palabras elevadas al cubo. En el cuarto de Analía y Samuel no se oye absolutamente nada desde hace treinta y seis años. Eso me lo garantiza el agudo tímpano de mi amante farmacéutico que también jura, entre risitas para mi gusto demasiado histéricas —ay—, que él cree que Analía solo abrió su cuerpo central a Samuel la noche en que concibieron al superdotado, al David de la onda que calculó el lanzamiento de la piedra con la precisión de un doctor en aerodinámica. Se podía ya intuir en el episodio bíblico la futura maestría de Israel para la utilización de misiles de largo alcance. Pese a que en mis sueños siempre aparece como la víctima o el manjar apetecible, acaso David no sea manso y doméstico. Él me garantiza que Analía solo abrió una vez las compuertas de su presa en un país de secano; las abrió para el polvo fundador del primogénito niño tonto que súbitamente se hizo listo porque el tío Faustino-Fausto lo caló. Y mi amante farmacéutico entiende bien a su madre y la quiere mucho, porque a él tampoco le gustaba, cuando era aún un hijo tonto, que su padre le pusiera la mano encima. Menos aún que le rozara. «Papá, no me toques.» Ni un pelo se les mueve en lo oscuro a Samuel o Analía. Puede que follen como conejos y no se oiga ni un gemido porque Analía se hace la muerta o se finge dormida. O acaso es que Samuel le tapa la boca con el antebrazo. O le susurra: «Chisss, chisss», y ella se pone a cuatro patas para ser tomada como las bestias y se relame en el reconocimiento de que, en verdad, somos bestias cubiertas de pelo y con un rabo oculto. «Chisss» es una orden que acoquina a la mujer retumbante que arrastra con ruido las cajas de los cascos de cerveza. «Chisss», indica Samuel, y ella se queda como una santa disecada. Tampoco oigo el chorrito de las micciones o las noticias en la radio-despertador. Puede que Samuel sea ya demasiado viejo, aunque en estos asuntos preferiría ser más políticamente correcta y depositar mi esperanza en la química, en las soluciones tántricas, en las clínicas especializadas en la disfunción eréctil que eternizan la rigidez de los gladiolos y hacen de cada hombre un coloso y un Príapo.

Me consta, porque hablo con Eleni, que el padre de David no frecuenta los puticlubs de la zona donde las hermanas latinoamericanas, eslavas y del África negra, las hermanas de la siderurgia reconvertida y las hermanas de Alcorcón y Jerez de la Frontera, ejercen su oficio. Su puto oficio. Eleni limpia y asiste por las casas. Arrendó un bar donde servía con la caña una tapa muy exquisita de alcachofas marinadas. Pero lo dejó porque no entraba casi nadie. Su único cliente escupió la alcachofa: «Pero ¿a qué coño sabe esto?» La ingenua Eleni le desveló sus secretos gastronómicos: «Tamarindo, señor.» Ni un nativo más atravesó la puerta, y no se puede vivir solo de los turistas. «Este es mi pueblo.» «Para nada», dice Eleni. «Aquí el invierno es oscuro.»

Vuelvo a la piel delicada. Quizá el velo que recubre a Analía es aún más frágil que el que me cubre a mí y ella no quiere que se le salgan del tronco los recios miembros con los que después abrillanta, cose, fríe, hierve, sala, remoja, eviscera todo lo que haya que remojar y eviscerar. Analía todo lo hace a cacharrazos, contundentemente, con ruido, pim, pam, clac, se manifiesta no con el bisbiseo de las apariciones sino con el peso específico de la maquinaria industrial, pero no se puede permitir una lesión por culpa de una pecaminosa —y ya inútil— embestida

viril. Analía no es un animal sigiloso, pero acaso en sus fornicaciones de flor de cactus obedece el chisss de Samuel. Analía es una mujer que apenca y se aplica. ¿Crees que, como me dice Rosa, debería salir de aquí corriendo?

Pensar así, con desparpajo, imaginativamente, sin la exigencia de la precisión documental y del dos más tres son cinco —¡que vivan las intraducibles y soeces rimas consonantes!—, me ha puesto de buen humor. Va a ser verdad aquello de que la mancha de mora con otra verde se quita, porque ante tal cúmulo de turbiedades ya no me acuerdo ni del zarco color de los ojos de Zarco.

Hoy me he bebido yo solita media botella de anís, y tú, ¿te has fumado un rubio sin filtro? Te quiero mucho, Luz. Sigue guardándome todos los secretos.

«He llegado a la conclusión de que la prueba irrefutable de que alguien te ama es que cuide de tus otros amores cuando tú ya te hayas muerto.» Yo no voy a cuidar de ti, Arturo Zarco, pese a que Paula me enviaba mensajes de los que ni siquiera ella misma era consciente. Eran mensajes tristes, máximas, entre sentimentales y ciceronianas, de las que se deducía que la coja guapa nunca podría comprobar a ciencia cierta si alguien la había querido alguna vez o la quería en ese preciso instante. A no ser que albergase la esperanza de pulular por los techos de las habitaciones, en vigilancia perpetua, dulce compañía, angelita alada y coja, con una sirena policial sobre su cráneo de ectoplasma, cuando por fin todo hubiese acabado. Una amalgama pop entre la etérea Virgen del Perpetuo Socorro —el niño le agarra la manita a su mamá para protegerse de los males futuros— y los guachimanes que vigilan los altos edificios del barrio de San Isidro de Lima entre carteles que rezan —rezan—: «No pisen el grass». Últimamente he viajado mucho para consolarme y pienso que quizá Paula me escribía estas sentencias, indelebles sobre la cuadrícula de sus cartas, porque su trabajo entrañaba peligro. Y mientras pasaban los días de aquel verano inmenso, estirado como una goma dulce y recalentada por el terror, en su último tramo, los peligros se hacían más acuciantes. Y no movíamos ni un dedo, pese a que ahora afirmo que no solo el contacto genital propicia el contagio, y la voz de Paula, contagiada de ti, me contagiaba y me contagia a mí y todo lo que me importa. No hay antibiótico. Somos personas que usan la misma toalla. Nos pican urticarias idénticas y, sin embargo, aquel verano cerramos los ojos y dejamos sola, tan sola, a la mejor entre las nuestras.

Aquel verano la gente, no necesariamente culpable, acaso solo la gente silenciosa, experimentaba la opresión de un enorme pulgar que primero rozaba su cabeza, luego se apoyaba en ella y poco a poco presionaba hasta aplastar a cada vecino contra el pavimento. Pulgares vengativos, espadas vengadoras. No entendían nada los demonios menores de Azufrón. O, al contrario, puede que lo entendieran todo demasiado bien y yo, en este instante tan doloroso de mi vida, no tengo ganas de entrar en la polémica de si los que callan son tan culpables como los que mienten y los que mienten son tan culpables como los que sospechan y permanecen impasibles —tú, Zarco, recibiste señales durante aquel mes veraniego— y los que no se dan por enterados son tan culpables como los que delatan con su boca grande de atracción de la feria: entramos en un hueco que huele a plástico y, entre la penumbra púrpura, caminando por encima de la lengua sobredimensionada —pasarela— adivinamos los horrores de la barriga del ogro. Los niños se asustan porque una boca de sentina nos succiona y nos digiere. A la boca de plástico y cartón le salen boceras, y nosotros, como flato torcido, seremos expulsados por el tobogán del culo. Nota musical. Do es trato de barón. Hay que ser una gran persona para dilucidar cuándo se denuncia con justicia y cuándo la denuncia es un miserable chivatazo. Las grandes personas son las que, más allá de la mala conciencia, mantienen su esqueleto enhiesto gracias a un férreo sentido de la Historia y de las palabras que encierran bondad. Lo demás es niebla y fanfarria. Como la que a ti te acompaña cada vez que das un paso, Arturo Zarco. Y ahora, si quieres, llámame fanática porque tengo el corazón más limpio que los chorros del oro y que las bandejas de plata bruñidas y brillantes por los restregones del algodón mágico.

A Paula seguían sin cuadrarle las cuentas. Existía un desajuste entre el número de desaparecidos y los restos que Braña-Alcañiz catalogaba. El desajuste ratificaba su hipótesis de

que en la zona había más fosas por descubrir, y esa intuición había motivado el solapamiento de dos proyectos de exhumación diferentes: uno, del que ya se había llevado a cabo el estudio preliminar, y que el equipo del doctor Braña-Alcañiz desarrollaba en sus fases de intervención arqueológica e investigación forense, y un segundo proyecto para el que estaban recabando información Paula y Rosa. A raíz de sus pesquisas, Paula estaba casi segura de que, en beneficio propio, un delator se había llevado por delante a todo el que pudo. Y más metáforas de pájaros: las urracas depositan en sus nidos todo lo que brilla. Y lo acumulan.

Por eso, en su cubículo, Rosa y Paula les daban vueltas a estos temas —justicia, delación, venganza, silencio, interés, desajuste de un balance, acumulación de capital en forma de bienes raíces…— mientras con un clip unían los testimonios y las fotografías de declarantes y desaparecidos. Utilizaban el orden alfabético para pautar la secuencia de declaraciones y trazaban caminos no marcados en la cartografía oficial. Puntos oscuros. Superponían planos dibujados en papel cebolla que reflejaban las transformaciones urbanísticas. Casas derruidas. Solares ocupados por edificaciones nuevas. Campos de trigo arrasados por la cimentación y el cableado eléctrico de las urbanizaciones, o viejas escuelas que ahora funcionaban como tiendas deportivas para los excursionistas. En Azafrán solo quedaban cuatro niños que iban a estudiar al pueblo designado como cabecera de comarca. Iban en bicicleta por la carretera verde y a veces se entretenían buscando níscalos, arracimados entre las raíces visibles del pinar, bajo una alfombra de agujos y piñas secas para la estufa. Paula y Rosa recontaban las naves donde se cortaban tablones y se fabricaban muebles. Los metros que se había corrido el muro del cementerio a partir de su trazado original. Dónde estaban y estuvieron los jardines, y los cercados de animales. Pero también, excediendo un poco el espacio de sus competencias, indagaban el nombre de los propietarios de cada pedazo de huerta, cada pinar negro, cada finca. El trasiego de las posesiones y el deslizamiento de las lindes. Cuando revisaban esa documentación a menudo se les volaban los papeles como si una niña traviesa soplase sobre las cenizas para emborronarlo todo. Pero todo era exactamente lo que parecía y cada investigación apuntaba hacia el mismo punto —caliente, caliente, te quemas—: la gran casona con jardín que quedaba justo detrás del cartel que daba la bienvenida a Azafrán.

Paula y Rosa llevaban a cabo las investigaciones preliminares a la intervención arqueológica y para ello cumplían rigurosamente con el protocolo de las entrevistas a los familiares, dibujaban sobre el mapa los posibles itinerarios de los ausentes antes de su desaparición, incluso, igual que en las series policiacas, armaban árboles genealógicos con ramas que vinculaban a las personas a veces no solo por razones de parentesco: trabajando sobre la molesta hipótesis del delator, desempeñaban tareas detectivescas que ponían nerviosos a los demonios menores de la localidad. Paula era obcecada y minuciosa. Perra de presa.

Paula Quiñones, inspectora de Hacienda —no lo olvidemos nunca y que su oficio no la descalifique, sino que la invista de dignidad—, desconfiaba de las riquezas acumuladas por el abuelo Jesús. Azufrón y Azafrán pertenecían casi por completo al abuelo Jesús. Lo decían los papeles, aunque la sospecha había ido creciendo por los juegos de palabras, los silencios y las efusiones de David. «Somos ricos, ¿no te has dado cuenta, Pauli?» También desconfiaba de los sacrificios de Analía y del regreso del tonto de la flor. De la lucha de dos hermanos viejísimos por la posesión de la tierra. De la opaca discreción de Paquita, que se pasaba las tardes en su dormitorio comiendo pipas de girasol mientras veía programas de cotilleo en un minúsculo televisor portátil. Paula quería saber quiénes fueron el padre y la madre del abuelo Jesús. En qué

bando luchó en la guerra si es que luchó en alguno. Si se quedó haciendo negocietes en la retaguardia o abasteció de algún modo a los estraperlistas de las grandes ciudades en el periodo de posguerra. Cuál era su oficio antes de poseer los pinares, las huertas, los jardines, el hotel, la casa familiar, las naves donde se aserraban tablones y aún se sacaba provecho de la resina que era la sangre y la linfa de pinos, estratégicamente acuchillados, para sacarles el jugo y eviscerarlos como a los animales domésticos, colgados cabeza abajo, las tripas en un cubo, cuando las matanzas eran aún espectáculos festivos y tolerados en los hermosos pueblos de España. España cañí y España troglodita. España anémica y España analógica. España patriotera y refranera y coplera y emigrante. España de camareros y apostadores de la quiniela. España de mantilla y cabra legionaria. España de jugadores de mus y ciclistas domingueros. España de ladrones y señoritos juerguistas y patrones de yate. España del día de la banderita y los arcos de triunfo y del mondadientes para entresacarse de las muelas los *paluegos* y/o restos de comida. «¿No estás siendo un poco peliculera, Paula Quiñones?», le increpaba la experimentada Rosa. Rosa no conocía los antecedentes de Paula y que todo se pega menos la hermosura. No sabía que Arturo Zarco era un palimpsesto que se le había quedado a la cojita guapa por debajo de la piel. O una infección vírica. Aunque Paula, mucho más completa que su exmarido, sintetizaba las virtudes de la imaginación del relato y la exactitud de las carambolas geométricas. Los malos sueños que nos nacen de la parte mítica de la médula espinal y el protocolo para la resolución de derivadas e integrales. Todo decantado, junto a la conciencia política, en el mismo cuerpo gentil de esa coja perfecta. Buen epitafio para Paula Quiñones.

Lo que a mí de verdad me alegraba y me mantenía esperanzada respecto a la recuperación sentimental de mi amiga era que en sus cartas comenzaba a ver cómo el pesimismo metafísico, la asfixia que la atenazaba en su llegada a Azafrán, se iba suavizando gracias a la urgencia de afrontar un reto. Solucionar problemas y curiosidades particulares. Porque, pese al cúmulo de intuiciones, nada demostraba aún que el abuelo Jesús hubiese cometido ningún crimen más allá del que da por bueno la engrasada mecánica de acumulación capitalista. Seguramente a Paula no le gustaría reconocerse en ese perfil holmesiano, aguileño, frígido y opiáceo, pero todos sabemos —cuando el demonio no tiene qué hacer mata moscas con el rabo y nos envía forúnculos, depresiones y malos pensamientos— que los males se espantan y nos huyen del cuerpo cuando nos ponemos manos a la obra y no tenemos ni un segundo que perder. Dios, la laboriosidad y el capitalismo juegan en el mismo equipo ganador, que nos cura la rosácea, la psoriasis y el barrunto de la erisipela. Con el santo trabajo absorbente dejamos de oírnos, aunque después paguemos muy cara esa desatención, ese echar un visillo que, detrás de sus fibras de nailon, sigue escondiendo los desconchones y el desaseo de la chabola. No obstante, Paula se sentía mejor. Malditos benditos trabajos. Una ya no sabe qué pensar.

«¿Eso es tuyo?», Rosa señaló una agenda de gastadísimas tapas que no estaba allí, sobre la mesa del cubículo municipal, cuando habían llegado esa mañana antes de salir a hacer una ronda de entrevistas. De pronto, a la compañera de Paula Quiñones le vino una imagen en ráfagas vertiginosas: dos ancianos manoteaban sobre la línea de la carretera y el de más estatura se protegía de los capones del otro tapándose con un libro tan viejo como el que ahora mismo tenía delante de los ojos. Paula abrió el librillo y apaciguó la vanidad de haber sido, durante veinticuatro horas por lo menos, la heroína de una historia romántica. Puede que David la quisiese, pero eso a Samuel le importaba poco. Su visita no tenía como finalidad alejar a la coja del mejor partido de Azufrón —o a lo mejor era aquel el objetivo secundario de un papi

extrañamente celoso—, sino entregarle ese misterio sin lazo.

Sobre el papel casi mohoso, congelados por el resistente grafito de los buenos lapiceros y cincelados a fuerza de caligrafía inglesa, aparecían los nombres, las posesiones, las historias, las culpas, las razones para la ejecución de muchos de los desaparecidos cuyos huesos Rosa y Paula andaban buscando. Primos carnales. Sobrinos y tíos. Hijos y cuñados. Hermanos todos en la angustiosa red de jorobados plebeyos y ocultos hemofílicos que, sin duda, sostenía la babosa estructura de Azufrón y sus alrededores. El cuaderno no contenía los apuntes siniestros de un afilador que va de aldea en aldea cebando las supersticiones y la mala sangre, anunciando la muerte, con la misteriosa escala —abajo y arriba— de su silbato. Eran las notas biliosas de un barbero anónimo que, igual que el afilador, recorría los pueblos montado en su bicicleta. El barbero trasquilaba pelambreras y barbas. Cortaba cabezas sin ensuciarse nunca las manos de sangre.

Paula sintió el manojo de nervios en la tripa. Aún le faltaba un sedal duro para ensartar la fortuna del abuelito Jesús, los desaparecidos y la autoría del cuaderno. A Paula le faltaba un hilo rojo con que coser.

Azufrón, verano de 2012

Mi idolatrada Luz:

Te voy a contar un insólito suceso, que parece pensado en exclusiva para ti, como experta que eres en caligrafías, diarios ficticios y otros textos de la vida cotidiana. El otro día, como quien no quiere la cosa, sustraje de encima de la mesa de la sala señorial uno de los cuadernillos con los que el abuelo Jesús pasa las horas. Se lo habían dejado allí olvidado y luego nadie lo reclamó o lo echó en falta. El abuelo los completa por prescripción facultativa. Para que no se le borren los recuerdos. El médico presupone que el abuelo Jesús es una buena persona que puede enfrentarse a un pasado sin mácula o, a lo mejor, el médico es un gran hijo de puta que pretende que nunca, nunca, olvide los delitos cometidos. También puede que el médico solo cumpla con su obligación y todo lo demás sean las elucubraciones estúpidas de una mujer acostumbrada a sopesar todas las variables. Un globo, dos globos, tres globos y el cómputo creciente de elefantes que se balancean sobre la tela de una araña: he ahí dos piezas clave en mi formación.

En los cuadernillos hay sopas de letras en las que el abuelo rodea, con trazo tembloroso, nombres de frutas o de países del mundo recogidos previamente en un listado colocado en los márgenes. También hay actividades para completar campos semánticos. Animales: perro, gato, gorrino, gallina ponedora, mulo y mula, buitre, buitre y buitre. *Como si estuviera insultando a alguien, las letras del último buitre casi atraviesan el papel. El abuelo Jesús conoce al dedillo la fauna rural. En el cuaderno los viejos escriben su diario en espacios en blanco titulados «Mi diario» —cuánto me he acordado de ti, Luz—. El abuelo Jesús escribe*: duermo, como, cago, orino, duermo, miro, sé. *Y remata cada día con un* Gracias, gracias. *Todos los días,* Gracias, gracias. *Ignoro a quién le da las gracias el viejo chocho, pero a mí se me vienen a la cabeza los monarcas que dicen adiós con la mano a través de la ventanilla de un coche. La gente que da mucho las gracias y finge ser buena y humilde esconde, entre la gratitud, doscientos kilos con ciento cincuenta gramos —ni uno más ni uno menos de prepotencia. No voy a entrar en las profundidades psíquicas —ver espiral de colores en movimiento— o en los vericuetos patológicos de la memoria del abuelo Jesús. Puede que la memoria del viejo sea un bloque esculpido con estratos y burbujas de aire, o un quemado papel volátil. Yo no lo sé. Lo que casi puedo certificar es que, dejando a un lado los temblores y atendiendo a la caligrafía y la persistencia en cierto tipo de faltas ortográficas, una misma mano, la del abuelito Jesús o el abuelo Jesusito, escribió el libro de las delaciones y los cuadernos terapéuticos. Espero tu diagnóstico. Ya verás que esta carta incluye una sorpresa. No despliegues aún los folios que te mando junto a este. Disfruta de algo incluso mejor que el episodio filológico que acabo de contarte. Concéntrate, ahora, como buena paciente de doctor Bartoldi, como víctima propiciatoria de Svengali, como si estuviese balanceando frente a tus ojos, rasgados e inteligentes, un* pendentif, *concéntrate —nueva imagen de la espiral de colores en movimiento, estamos que lo tiramos en producción— en el relato de una escena que enseguida compartiré contigo. Espero que en tu próxima carta me certifiques si lo que vi con estos ojitos que se han de comer los gusanos fue fruto de la locura, del sueño profundo o de la exacta percepción.*

Ya sabes que son muchas las novedades acaecidas últimamente. Rosa y yo hemos vivido experiencias no del todo fáciles, con un punto morboso, bizarro, humorístico, grotesco —no me obligues a decidirme por un adjetivo u otro—, que ha logrado remover nuestra punta de maldad. Especialmente ahora que disponemos de señales para identificar el dibujo en la alfombra o las figuras que se esconden bajo el papel pintado amarillo —¿Has leído a Charlotte Perkins Gilman? Just, do it!—. *También estamos un poco agotadas. Por eso, la última fiesta de guardar decidí encerrarme en mi dormitorio sin excursiones pajareras con David ni encuentros con los compañeros de la asociación. Tampoco concerté con mi farmacéutico superdotado ninguna cita libertina y noctámbula, de modo que la musculatura de esta casa, que ya va adquiriendo una solera arquitectónicamente preocupante —data de 1937— por la precariedad de su estado de conservación, pudo descansar igual que yo. Analía interrumpió un par de veces la ruidosa secuencia de sus labores —puedo ver lo que hace tan solo con aguzar el oído— para llamar a mi puerta y preguntarme si necesitaba algo. «No, gracias, Analía. No necesito nada.» Tanta solicitud me llevó a sospechar que tal vez mi patrona no estuviese preocupada por mi avitaminosis o mi escorbuto. He observado que muchas mujeres de esta comarca sufren calvicie, lo que me ha hecho reflexionar sobre las hormonas, la alimentación y la gastronomía regional —¿a ti se te cayó mucho el pelo cuando dejaste de menstruar, Lucecita?, ¿tal vez llevas peluca y ese corte de pelo, brillante y sintético, te concede tu característico aire a Simone Signoret?—. Analía parecía tan preocupada por mi sed y mi hambre que, al final, me di cuenta de que mi patrona quería saber dónde estaba yo en cada momento. Me habría puesto campanillas para controlar mis pasos por la casa. Esa vocación de cancerbero estimuló mi desobediencia. Descorrí el pestillo de mi cuarto. Salí a explorar. Bajé sigilosamente un par de peldaños de la escalerilla de caracol y asomé la cabecita para ver qué pasaba en el bar a la hora de la siesta. Un parroquiano desconocido —un turista de los que se declaran conocedores de la fauna y la flora, y de los modos de explotación agropecuaria más habituales en esta demarcación comarcal — se tomaba un auténtico té de las peñas que en realidad era una confusa infusión de bolsita. Analía hace grandes pedidos de estas bolsitas a un hipermercado. El turista recolocaba con el hueco de su mano el vapor que salía de la taza para oler mejor el encanto silvestre de aquellas pajas infusionadas que, en España, hasta hace poco tiempo solo bebíamos cuando teníamos la tripa suelta. Por lo demás, únicamente Eleni estaba barriendo un poco. Aunque Eleni no me iba a delatar, no tenía ganas de darle explicaciones, así que aproveché un momento en el que la ecuatoriana estaba cargando las cámaras para atravesar el bar como un fantasma de Canterville desnudo —sin sus disfraces ni sus cadenas— y salir hacia el salón por la puerta camuflada. Nadie. Como siempre a esta hora, David andaría navegando por la red —nunca en páginas pornográficas, nunca tampoco en Radio María— y Samuel estaría en otro bar jugando al mus con algún primo lejano. Luis y Paquita se habían ido a Madrid a arreglar asuntos personales —me parece que se han ido a consultar a un abogado— y el tío Fausto estaba en el jardín, con un gorro de paja para protegerse de la solanera, más tonto de la flor que nunca, mirando las rosas vestido español y contando escaramujos —también llamados «tapaculos» muy pertinentemente*.

Así que me adentré por el cuello anélido de la segunda escalera de caracol. Entonces, mi oído amaestrado ya solo necesitó atender a los gorjeos de paloma —quién lo habría dicho que iba dejando Analía como huellas sobre el barro húmedo o sobre la nieve o sobre la sangre del lugar del crimen. Rastros coagulados que desvela el luminol en la oscuridad del pasillo. Analía

cantaba: «Échale guindas al pavo, échale guindas…», y cuando olvidaba la letra, entonaba siguiendo la música sin interrumpir la copla. Luego retomaba el verso: «… azuquita, canela y clavo, que yo le echaré a la pava aaa, azuquita, canela y clavo…». Analía tenía buen oído y resulta difícil casar la contundencia engolada de su voz de mando con esa finura medio rota que cantaba una canción. Sus cuerdas vocales se trenzaban, disociaban y vibraban con matices diferentes. Eran un abanico. Te confieso, Luz, que esa cualidad ventrílocua me dio un poco de miedo porque caí en la cuenta de que, más allá de la rudeza y la eficacia en la ejecución, del grimoso ruido de las cajas de bebidas arrastradas contra un pavimento arenoso, Analía poseía aptitudes para el disimulo. Acaso yo también habría debido tomar más precauciones y dejar en mi cuarto la grabación de una mujer que ronca o que habla por teléfono, una estratagema de novela de Agatha Christie —maldito Zarco, no me redimo—, para simular que una habitación vacía está ocupada. La simulación, el juego de espejos, las grabaciones, el disparo falso que encubre el acuchillamiento verdadero conceden a la huésped el don de estar en dos sitios a la vez, que no es exactamente lo mismo que el don de la ubicuidad pero se le parece mucho.

La voz de telilla rasgada de Analía se escapaba por debajo de la puerta del dormitorio del abuelito Jesús. Puede que la curiosidad matase al gato y a casi todas las mujeres de Barba Azul —que es un personaje que sale mucho en nuestras charlas cultas—, pero confié en que no me iba a matar a mí. Así que encajé mi ojo paulino en el agujero de la cerradura y, como por arte de magia, la lascivia recorrió mi cuerpo y mi lengua humedeció los resecos labios. Verano, meseta, cambio climático, año de sequía, «labios resecos» no es una expresión estereotipada. Encajé mi ojo en la forma vaginal del agujero de la cerradura y ese gesto, más allá de lo que hubiese detrás de la puerta, ya me produjo un estremecimiento electrizante —aquí aparece otro gato, esta vez con el lomo erizado— a lo largo de la línea de mi columna vertebral. Una vez saboreadas estas sensaciones que nacen de la asimilación de El ojo de la aguja, La llave secreta y La noche del cazador *—lo único medio bueno que me dejó mi exmarido el detective Arturo Zarco—, me dispuse a descubrir todo lo que se escondía detrás de la puerta. Recordemos siempre que este delirio, este sueño o este hecho comprobable estaba encerrado en un marco con forma de viola de gamba o invertido matraz de laboratorio. La escena estaba enmarcada por un frasquito de perfume con forma de ojo de cerradura. La escena habría significado algo distinto si yo hubiese accedido a ella desde la lámpara del techo, a través de las lamas de la persiana entornada a media tarde, desde debajo de la cama del abuelo Jesús o desde el centro mismo de la habitación. Metida en la funda de la ventrílocua Analía.*

Pero vi desde donde vi y entendí lo que entendí, querida Luz: una mujer le cantaba «Échale guindas al pavo» a un viejecito mientras le peinaba las guedejas del cabello endeble y plateado echándole, en cada pasada del peine, un chorrito de colonia de bebé. La mujer se chupaba los dedos para quitar de la cara del anciano manchas resecas del yogur que le había dado para merendar. Después le acariciaba la carita y seguía peinándole y cantándole muy cerca del oído: «Estaba ya el pavo asao, la pava en el asador y llamaron a la puerta…» Yo no iba a llamar a la puerta, Luz, pero casi doy un respingo que me delata cuando Analía, que me fascinaba por esa nueva —y temible— suavidad deslizante, una delicadeza sigilosa, que nunca había mostrado al freír, fregar, contar, ordenar, rebozar o cargar el lavaplatos cuando todo eran chisporroteos —el aceite de Analía saltaba más que cualquier otro aceite como si ella cocinase con las manos empapadas—, ruidos de dolientes tuberías-tripas con hambre, tintineos de monedas que trepanaban el cerebro, la pechuga que, al posarse sobre la harina, levanta una nube de polvo

que suena a caída de animal pesado, a toro vencido, la loza que entrechoca y rechina con una estridencia que agudiza la sensibilidad dental; casi doy un respingo cuando la inusitada delicadeza de esta mujer ruda, con caderas de hombre y hombros anchísimos, piernas fuertes, rostro anguloso, pelo permanentado y teñido de una indefinible tonalidad rojiza —de vampiresa un poquito dejada, sucia—, pelito tan pobre como el de esas vecinas que casi no prueban el brócoli —cuánto las entiendo, Luz, cuánto—, las manos moradas y las uñas con el esmalte raído por la lejía y el guano de murciélago; esta mujer ruda que le cantaba a un anciano que parecía que también le hacía a ella confidencias al oído, la boca en la orejita de Analía, y en el rostro de la peinadora cantante un bajada de párpados que dice que «sí, sí, prometo, juro, entiendo, concedo»; de pronto, esta mujer que peina sin dar tirones para que el viejo muñeco, Jesusito del Belén, no llore ni haga así, de pronto agarró violentamente un mechón del abuelo y tiró de un lado al otro mientras el abuelo Jesús no descomponía la sonrisa pintada con maquillaje permanente sobre su sonrosada piel de anciano bien cuidado. Analía le tironeaba del pelo y la cabeza del abuelo Jesús oscilaba pendularmente mientras el viejo se agarraba a la silla. Mientras lo maltrataba, la mujer montaba la mandíbula inferior sobre la mandíbula superior y abría las narinas. Resollaba.

Fue solo un segundo. Ella dejó de tirar del pelo del abuelo Jesusito de mi vida eres niño como yo y volvió a tratarlo como una imagen sacra —Salzillo, Juan de Mesa— que hay que adecentar mimosamente antes de pasearla en procesión. Pienso que quizá, cuando el abuelo Jesús le contaba a Analía secretos al oído, le estaba dando una orden: ella, maltratándolo, lo complació; pienso que quizá fue obediente o acaso se rebeló y él aguantaba porque le debía algo a esa mujer que otra vez, delante de mi ojo encajado en el misterio, pasaba el peine por el cabello del abuelo Jesús como si no quisiera que ni un solo pelo se quedase prendido de las púas. Despacio. Despacito. Con mucho cuidadito. Ahuecando con la palma de la mano izquierda, como chantillí o espuma, los mechones que acababa de alisar con el peine sujeto por su mano derecha. No pude dirimir quién dominaba y quién era dominado. No entendí si Analía era la fortaleza o el monstruoso punto débil del abuelo Jesús. Si ella estaba harta o no quería que la dejase nunca y se vengaba de la posibilidad de su próxima muerte. «Te vas a quedar petrificada», me advirtió Analía para anunciarme los efectos secundarios que podría provocar en mí el relato de su historia. Ahora sé que nunca me la va a contar. Nunca seré su afortunada receptora. Pese a toda mi imaginación, no podría entender los matices. «Te vas a quedar petrificada.» Mentira, la miel en los labios, un señuelo, la promesa de un relato imposible. Quizá un error por parte de Analía que no hubiera debido despertar ninguna curiosidad en mí.

Analía peinaba al viejo y él seguía sonriendo como si, desde el principio, estuviera seguro de que alguien lo observaba por el ojo de la cerradura. El abuelo Jesús me estaba seduciendo, turbando, desde el otro lado de la puerta, y entonces yo, querida Luz, me levanté —llevaba todo el rato de rodillas y esa posición genuflexa y humillada me suscita ahora un montón de preguntas— y salí disparada, de puntillas cojas —¿te imaginas la postura? Si alguien se riera de mí como yo lo hago, me lo comía vivo, coja, vengadora, caníbal—, recorriendo en tiempo récord el espacio que separa el umbral del dormitorio del abuelo Jesús de mi propio dormitorio. Allí volví a revisar, disfrazada de perita caligráfica, el cuaderno de ejercicios contra la demencia senil y por la salvación de los recuerdos del abuelo Jesús. Adjunto fotocopias para someter los documentos —libro mohoso, cuadernillo del recuerdo— a tu escrutinio.

Rosa me contó que, poco después de descubrir el mohoso libro de las delaciones, el proceso de ordenar premisas y adentrarse en el territorio de lo posible fue interrumpido otra hermosísima mañana de verano por la llegada de María Melgar, la dueña de la tienda de comestibles —una definición cuestionable, casi jocosa—, que relinchaba como caballo desbocado, negro y sudoroso, alzado sobre las patas traseras: «¿Por qué no nos dejáis en paz?, ¿no veis que andáis rompiendo familias, provocando que los hermanos se enemisten, dando miedo?» La mujer de la tienda de ultramarinos manoteaba frente a las voluntarias dejándoles ver la cinta oscura, negra, amarronada, rojiza —querido Olmo, cuánto me acuerdo de ti y de tus discapacidades— que adornaba el borde de sus uñas.

En la versión de Rosa, la llegada de Melgar había iluminado la oficina con una luz azul y el hedor de un alimento mal descongelado lo impregnaba todo. La tendera olía igual que los productos con los que comerciaba: embutido grasiento, violáceas pechugas de pollo y piezas de carne apiladas en la cámara. Sangre seca. Hacía calor, y sus sobacos desprendían un tufo a cebolla. Leche pasada. María Melgar era una mujer no sucia sino guarra, con un punto de desquiciamiento: «¿Por qué no dejáis en paz a las personas mayores?, ¿no os da vergüenza? Esos dos hombres tambaleándose, como borrachos, pegándose, ¡a estas alturas! ¡Que yo lo vi todo, que lo vi!» Rosa se preguntó qué es lo que habría visto María Melgar: «Nosotros hemos pasado ya mucho, mucho, para que nadie venga aquí a escarbarnos la tierra, que es nuestra la tierra, ¿me oís? ¡Nuestra!» María echaba el cuerpo hacia delante, hablaba con la inclinación del torso y el crujido de los huesos. María Melgar se hacía más alta y más gorda con cada grito, y Paula y Rosa daban pasos atrás, cada vez más arrinconadas contra la pared, temiendo que la vendedora les robase todo el aire, las asfixiase y, reventando de justa ira, las ensuciara con sus líquidos internos. No solo con la saliva que rebotó en la cara de Paula: «Señora…»

Rosa se percató de que María era una fiera llena de pánico que daba palos de ciego. María Melgar no estaba segura de lo que buscaban o habían ya encontrado las exhumadoras rojas, pero tenía muy claro lo que quería proteger: «Y conste que a mí esos dos, con sus chanchullos, me dan lo mismo, pero a mi prima Analía, ¡ni un pelo! A esa mujer no le toquéis ni un pelo de la cabeza porque, entonces, yo os mato, os denuncio, no sé lo que os hago…» La mujer de la tienda de ultramarinos amenazaba a las voluntarias como si maniobrase con un cuchillo de carnicero. No lo llevaba, pero Paula y Rosa pudieron imaginársela empuñándolo con su rastro oloroso a tripas de animales y hielo sucio.

Las indignaciones de María Melgar eran erráticas. Ahora esgrimía sus intereses comerciales: «¿Es que no podéis dejar a la gente vivir tranquila?, ¿prosperar un poquito?, ¿qué queréis?, ¿que cerremos todos estos negocios que nos ha costado tantísimo esfuerzo levantar?, ¿qué queréis?, ¿que vendamos pelo de muerto para hacer pelucas?, ¿meter los mechones en relicarios?, ¿polvo de uñas para hacer conjuros?, ¿calaveras para los teatrillos del pueblo?, ¿dientes postizos? O mejor, como ya tuvimos un museo de angelitos negros, vamos a poner un museo de fantasmas coloraos, y cobramos entrada, ¿a que sí?» Aunque parecía que el volumen de la tendera aumentaba a un ritmo vertiginoso y que, como el cuerpo creciente de Alicia, sus brazos y sus piernas iban a salirse por los vanos del edificio del ayuntamiento sin dejar hueco para que nada

más respirase en el espacio invadido, Rosa consiguió despegarse un poco de la pared: «Señora, no nos falte al respeto…» Heroica Rosa, comandante del relato, que rápidamente volvió a su rincón: «Mi prima no ha parado de trabajar desde que le salieron los dientes. De la mañana a la noche. Nunca le ha hecho mal a nadie. Y esa casa y ese hotel y ese bar son más de ella que de nadie. Nadie se los merece más. Así que dejad de mirar escrituras y propiedades y mierdas. Esa casa es de Analía. Porque se la ha trabajado y por muchas otras razones que no os voy a contar. Nuestra familia es limpia y nuestras historias no se comparten ni se venden. Hasta los difuntos estarán de acuerdo conmigo.» Las lágrimas de María Melgar también olían raro y, mientras se deshacía en pucheros, las voluntarias, en su *rinchi*, se tapaban la nariz disimuladamente. «Analía lleva toda la vida cuidando de su suegro y su suegro siempre la ha correspondido queriéndola mucho. Ella le cumple porque el abuelo Jesús también la cumplió a ella. Y si los demás rabian, que rabien. Porque esa casa es de Analía. Y ya.» María Melgar había ido secando sus lágrimas al ritmo de su discurso y subrayó su aseveración dilatando la carótida y moviendo una cabeza poseída por el demonio. «¿Os estáis enterando? Ni un pelo. A mi prima, ni un pelo.»

Paula, ya casi emparedada —como las desengañadas esposas de María de Zayas: todas nuestras voces son la misma— dentro del muro de la oficina municipal, encogida, a punto de traspasar la pared como los ectoplasmas y los niños perdidos —en ese momento, bastante escandalizadossacó doble mentón. Sacamos doble mentón cuando algo nos produce asco o miedo. A menudo experimentamos las dos emociones simultáneamente. Puede que tú, Arturo Zarco, pusieras esa cara cuando Paula sentía la necesidad de tocarte o meterte el dedo índice en el agujerito del ombligo. No es un solapamiento raro. Dijo Paula: «Yo le tengo afecto a Analía…» María Melgar se descojonó ante la tímida declaración de amor, no se dejó ganar ni un centímetro de territorio y siguió acorralando con sus relinchos y sus pechos grandes a Paula Quiñones: «Tú no le tienes nada a mi prima. ¡Nada!, ¿te estás enterando, coja?» La excelente manipuladora de alimentos dejó de amedrentar a la coja guapa buscando la complicidad de Rosa: «¡Afecto, dice!» Rosa se encogió de hombros e inmediatamente María volvió a hacer de Paula su principal foco de atención: «Nadie ha de meter las narices donde no le llaman», canturreó María. Rosa imaginó las palabras de la tendera sobre un pentagrama y sintió un escalofrío —*diez negritos fueron a cenar, uno se asfixió y quedaron nueve*—, después tironeó del brazo de su compañera para que no añadiese ni una palabra más. Silencio. A los locos y a los borrachos nunca se les lleva la contraria. O a los niños y a los locos. O los locos son los que dicen siempre la verdad. Rosa no recordaba los dichos ni los refranes. El miedo le embotaba la cabeza. Seguía viendo a María Melgar con un cuchillo de carnicero en la mano, aunque no lo llevara, y no podía respirar bien en esa oficina cada vez más infectada por una insoportable superposición de estratos olfativos.

Rosa memorizó todo lo que a María aún le quedaba por decir: «¿Qué os vino a contar el envidioso de Samuel, el pichafloja de Samuel?, ¿qué traman él y el hermanito?, ¿por qué andaban peleándose? Todo. La casa y el negocio, todito, todo, son de Analía, porque le corresponden, porque es su sitio, porque se lo ha ganado. Los zánganos, fuera. Ellos no han sufrido.» María Melgar ponía ojos de oráculo y de inquisidora que repentinamente mutaron en ojos de misionera jesuita que evangeliza yanomamis: «Nosotros somos personas que cuidamos de nuestros mayores y olvidamos los azotes sin guardar rencor. Si no fuese por mi prima, esa casa se cae. Analía lleva cuidando del abuelo Jesús toda su puta vida…» María se dio un golpe en la boca, miró al cielo, se besó la medalla amarilla que sacó del entreteto, prosiguió: «Analía

lleva cuidando al abuelo Jesús toda su vida y antes cuidó de mi tía Julia, la mamá de Analía, hasta que la pobre se murió. Pobre, pobrecita Julia, qué mal nos lo hizo pasar.» María había plegado toda la cara en un puchero horrible que no inspiraba pena. Precisaba un diagnóstico porque de repente se transformó en una máscara de severidad. Con la heredada mandíbula prognática de los malos humos dijo: «Pero ya está. Punto final. Julia se murió. Mi padre se murió. Y nosotras somos mujeres que nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente. Cuidamos, trabajamos, respetamos y cumplimos nuestras promesas, ¿qué habéis venido a hacer vosotras aquí? Como por vuestra culpa mi prima se lleve un cachete o una mala palabra, yo no sé lo que os hago.» María Melgar dibujó el gesto de dar un puñetazo, mientras enseñaba la mordida lengua entre sus dientes del color de los limones, y el puño quedó a un milímetro de la nariz de Paula, que fue mágicamente protegida por un airbag de entrelazados niños perdidos y mujeres muertas. Cabeza arriba y cabeza abajo. Como les pillase en ese momento. Hasta ahí llegó la eficacia fantasmagórica.

Un turista se asomó por el ventanuco de la oficina municipal alertado por los gritos de María. «¿Y el librito?, ¿qué pone en el librito?» Nadie dijo nada y María Melgar volvió a levantar el puño. Rosa hace memoria: el turista llevaba gafas de pasta y ella se lo imaginó con sandalias de pescador. El hombre de las gafas de pasta salió corriendo y debió de alertar a alguien porque, al segundo, entró Analía, tomó del brazo a la dueña del ultramarinos y le habló dulcemente: «Mari, hija, que te estaba buscando. Anda, vámonos a echar la partida. Nos esperan Esperancita y Mercedes.» Analía echó un vistazo al librillo mohoso que descansaba encima de la mesa. Enseguida se concentró en apaciguar el gen colérico de María —apaciguó su propio gen, lo apagó como si se desactivase con un interruptor— y miró a Paula con los ojos lechosos de sus familiares políticos y consanguíneos —quizá aquí era muy difícil establecer un límite entre la consanguineidad y el apego, el amor y la diferencia genética— mientras María Melgar se dejaba conducir fuera. Las dos mujeres salieron con la delicadeza de las levitaciones, con esa nueva propiedad deslizante que Paula había identificado en Analía mientras aseaba al abuelo Jesús. También había ratificado la cólera de su patrona y había reflexionado sobre la posibilidad de que esa cólera fuese un acto de obediencia. Por su parte, María Melgar estaba hipnotizada. Tal vez mesmerizada por los poderes mágicos de mi doctor Bartoldi.

«Mañana yo aquí no vuelvo», dijo Rosa. Paula se rió histéricamente. Había visto entre los dedos de Analía una jeringa cargada con sedante para tranquilizar caballos. La jeringa nunca existió y Paula se dijo que quizá debería atender a los consejos de mis cartas. Era conveniente que se obligase a poner coto a sus fabulaciones. Porque así —ella lo sabía bien— no íbamos a llegar a ningún lado. La parte sustanciosa de este hueso era que, si Analía acumulaba enemigos, también contaba con quien la defendiera. Analía López Melgar sumaba partidarios. No estaba sola y tenía el don de transportar a las personas casi sin tocarlas. Con un roce. Con una mirada. Los ruidos con los cascos de refrescos y el entrechocar de platos eran tan solo un modo de fingir.

Azufrón, verano de 2012

Querida Luz, perita en dulce:

Aunque no hacía falta ser muy lista para sumar dos y dos, veo que tus conclusiones son idénticas a las mías. Los trazos geométricos, cuadrados, de esas letras volcadas hacia la derecha denotan tal vez la severidad de las guías para el aprendizaje. Ni la vejez ni el tembleque han conseguido deformar mucho ese rigor caligráfico. Al abuelo Jesús siempre le han gustado las cosas bien hechas. Las cosas o se hacen bien o no se hacen. Hay una dureza religiosa y una beatífica dulzura en el abuelo Jesús que cuadra muy bien con el perfil de un asesino. Metódico y alevoso. Aunque posiblemente él no empuñase nunca un arma. Solo las tijeritas para repasar los pelillos de la nariz. La navaja de afeitar. La piedra de árnica.

Me tranquiliza que identifiques la misma garra ejecutora en el librillo mohoso y en los cuadernos diseñados ingenuamente para intentar detener el inexorable paso del tiempo. Inexorable quiere decir aguarrás. Para diluir lo pintado. Resulta paradójico que, en el desempeño de nuestras tareas, nos encontremos con personas que olvidan las palabras y los rostros. Hombres que ya solo recuerdan la melodía de una canción —«Mi casita de papel», «Cara al sol con la camisa nueva», «Ay, morrongo»— y que se aferran a un brazo que les resulta familiar. Calor, cariño, buenas palabras. Cuando nos ponemos a recordar nos encontramos con gente que ha perdido la memoria. Escribimos la historia, la corregimos, a partir de lagunas y huecos. Patologías, cicatrices del paisaje, senilidad. También nos mueve la mano algún aullido desgarrador. Un hambre. Porque también hay gente que se acuerda de todo. O que no disimula. Dudo de que el abuelo Jesús esconda, dentro del turbio vasito de su cráneo —un buchito de aguardiente, una minucia—, un cerebro tan agusanado como se empeñan en hacernos creer. Tal vez le conviene fingir que no se acuerda de nada y esa falta de recuerdos avala su identidad de santo en la tierra. Nada se les puede reprochar a esos hombres renacidos —beatificados, humanizados— por su vejez o por su salud precaria. Ni siquiera son pasto de la mala conciencia o la mortificación. No tienen que confesarse ni redimirse. Su alma es la de un feto no nacido que va directamente al cielo. Porque ellos no saben, no recuerdan, eran otros… Sea como sea, será amén.

Apelo a tu discreción y a tu habilidad para el misterio, querida Luz. Incluso apelo a ese rencor que nos une y nos incendia la lengua. Por favor, Luz cauterizadora, no compartas con nadie nuestros hallazgos. Creo que las brujas y los monstruos de Azufrón, esos demonios menores que por ser ínfimos acumulan más resentimiento y envidia que los grandes, ya están informados de la aparición del librillo de difuntos. Aquí las lenguas funcionan con rapidez y se anudan de una casa a otra formando una cadeneta, una bola bien tramada de fibras, que en muy poco tiempo satura el aire. Como el polen de los plataneros. Otra vez Azufrón está encerrado en una cápsula, y para mi asfixia no sirven los antihistamínicos. El pueblo todo, con más o menos disimulo, con más o menos ostentación, sabe que ese documento está en nuestro poder. Lo que no sabe nadie, excepto la alegre Rosita, de quien me fío absolutamente —este punto no ha de levantar sospecha alguna: yo por Rosita, hoy por hoy, me cortaría la falange del dedo índice—, lo que no sabe nadie, ni siquiera puede imaginarlo, es que también guardo el cuaderno que me

permitirá probar que el niño Jesús del Belén viviente de la primera casa a la derecha según se accede por el caminito que desemboca en Azufrón es el arribista que, por cada hombre cazado, consiguió pagos en especie. Premios al chivato más listo de la clase. Hasta que se quedó con casi todo. Ya no se puede hacer nada, y creo que ni siquiera el desvelamiento de estas monstruosidades acabará con la reputación del abuelo Jesús. A quién le importan ya esas malas acciones. Quedan tan lejos y es tan poderosa la apelación al instinto de supervivencia y la lástima por los ancianitos sonrientes. A quién no le redimiría quedarse reducido a figurita del Belén. Mentiras.

Tengo que atar cabos y maromas no ya para resolver el misterio sin misterio de la identidad del delator, sino para desvelar otros asuntos de esta casa. Necesito tiempo y tu complicidad. Serás mi espejo y muy pronto entenderás por qué. Al escribirte ordeno las ideas —producción nos presta una pizarra transparente con fotografías unidas a través de flechas dibujadas con rotuladores que se borran restregando con la mano—, y esa es una postura egoísta e infantil por mi parte: no me preocupa aburrirte ni que te seduzca lo que te estoy contando. Te suelto y te cojo cuando me haces falta, irrumpo, interfiero, te abandono cuando quizá tú me necesitas, muñeca. Me reservo algún detalle o derramo, como vomitina de bebé sobre tu pechera blanca de golondrina común —¿salió Olmo de un huevito?—, toda la información de golpe. A la vez, te necesito, espero algo de ti, te pido que completes la pulpa de este fruto del que creo poseer el hueso germinal. Dame tus ojos para que vea mejor quiénes son Samuel, Analía, Fausto —de quien todos me dicen que lleva por aquí más tiempo del habitual—, el mismísimo David, los que vienen a Azufrón aseverando «Este es mi pueblo». A lo mejor todos proceden de la misma sustancia, emanaciones de la misma hostia —esta es mi carne—, partículas de un mismo ser indefinible que lo ocupa todo con su orgullo y sus tres virtudes teologales. Las viejas del pueblo que vigilan desde sus mirillas. Los hombres que se esconden tras los racimos abiertos de las cartas de la baraja y que quizá acumulen rencor por las bazas y amarracos perdidos. Los propietarios de los nuevos spas que compiten con el arcaico hotel de Jesús Beato, pero le pagan el alquiler por las casas y terrenos al viejo acaparador. Religiosamente. María Melgar. Las inmigrantes limpiadoras que nunca serán aceptadas más que como mujeres de añojo de segunda. Carne de la contra.

Adelanto alguna información etimológica para que te entretengas en casa haciendo comprobaciones. Yo sé que a ti estas cosas te divierten, por eso te digo que Samuel es el escuchado por Dios. Ya habría querido él que el abuelo Jesusito lo escuchase. También es Sam Spade, pero mucho menos listo —me parece—, y Sam Peckinpah —con una imaginación más limitada para lo cruel— y el Tío Sam: otro deseo incumplido, otra frustración, otra causa de malestar, otro síntoma de resfriado, otro motivo para consumir optalidón. David es el Amado que nunca admitiría dejar de serlo. La persona elegida por el Señor. David es Cronenberg y sus morbosidades. David es el Amado. Yo lo sé.

Fausto es el próspero, el dichoso, el feliz, y no obstante Fausto es otra persona porque arrastra la desdicha de no poder ser el que es. Próspero. El hijo más amado de Virginia, la que se mantiene pura, pese a haber parido uno, dos, tres hijos, como una Virgen María elevada a la tercera potencia. Doña Virgen. Tal vez —me lo dice mi bola de cristal, hoy me he disfrazado de pitonisa feriante— el nombre de Fausto nos hable de su destino y, al final, él atesore todos los bienes y abundancias para montar en este pueblo de deportes y chacinas una pitagórica escuela de música que amanse a los animales carnívoros y las serpientes de cascabel. Luis, como tú Luz

querida, anda iluminado, aunque las iluminaciones a veces sean locura. Luis es el iluminado y el batallador que coge la quijada para defender lo que es suyo. Fray Luis de León y Lewis Carroll. Francisca es la mujer con el nombre más hermoso: la mujer libre y puede que francesa. Pero las Franciscas que se hacen llamar Paquita ni siquiera conocen sus hermosuras. Rosa es el nombre de la flor y de Rosa Chacel. De una sonámbula y de santa Rosa de Lima, que en realidad se llamaba Isabel Flores de Oliva —mira tú por dónde— y se hizo famosa por su desposorio místico. Al final, todo está conectado y seis son los vínculos perfectos que nos ligan a todos los habitantes de la Tierra. En el buscador de nombres de Mi bebé y yo *leemos: «Es práctica, de gran personalidad y tiene encanto. Es persuasiva cuando quiere que le den la razón. También es creativa y sensible a las opiniones de los demás. Tiene muy buena comunicación con su familia y con las personas que la rodean.*» Mi bebé y yo *es inapelable*.

Analía es la piadosa, la misericordiosa, la bendecida por Dios a quien hace la raya al lado con un tiralíneas, un peine de cristal y mucha colonia de bebé. La que está ya muy cansada de llevar la casa a cuestas como los caracoles y las refugiadas políticas que viven con su hatillo en una esquina de la calle. La gitana que pide con un vaso de papel a la puerta de un supermercado de barrio, muchísimo más limpio que el regentado por María, la sucia, prima guerrillera, comunera falsaria, María la Melgareja, que se baña sin quitarse la combinación en la laguna Cascabela y podría haber sido un personaje histórico y solo es una mujer con una cinta de sangre oscura en el reborde de las uñas. La sangre de cortar la ternera y el riñón de cordero.

Nombrar es una intuición a la que más tarde se le encuentra un fundamento. Solo cuando han pasado los años descubrimos por qué les hemos puesto ese nombre a nuestras criaturas. A los Olmos, las Martas, las Silvias, las Amparos o los Clementes. Hay algo que está dentro del nombre y que nosotros no elegimos. Hay algo que excede la musicalidad, tan agradable al oído, de los nombres que se forjan con vibrantes erres suaves o líquidas eles laterales. El paradigma perfecto de esas eufonías sería, por ejemplo, un nombre artístico como Beverly Vanderbilt. Arturo Zarco también se camufla detrás de su glamuroso seudónimo. Pero es seco, sordo, mendrugo, Zarco.

Lucecita de mi vida, no fumes. Es malo. Tus cartas me huelen a humo. Lo detecto con mi infalible naricilla perdiguera. Te quiere, Paula Quiñones.

Paula, Paule, Paulette, Paulina, Paola, Paulova, en todas las lenguas, Paula significa pequeña.

Minúscula paloma en este pueblo de picos de avestruz y garras de pterodáctilo.

Azufrón, verano de 2012

Yo soy una paloma, soy un gavilán, pío, pío, gavilán, pao, pao. Yo soy el ruiseñor de David Beato y comparto contigo un bocado de manzana que endulza mi vida entre los barrotes de la jaula. No me ponen jibia seguramente para que no me afile el pico. Ayer Paquita, la mujer del nombre más hermoso que no sabe que lo tiene, la esferificada Paquita, el buñuelito o el volován, me pidió que subiese con ella a su habitación. Yo estaba merendando en el bar una tapa de magras con tomate —sin tamarindo— que me había preparado Eleni.

Últimamente Analía se escaquea de sus obligaciones. No la oigo y eso me hace presuponer que ha adoptado su forma deslizante. Su estado entre líquido y gaseoso. Paquita acababa de bajarse del coche procedente de Madrid y me puso sus manos calentorras sobre las escápulas: «Linda, ¿por qué no me ayudas a subir las maletas?» Paquita me llamó «linda» no porque crea que tengo nombre de caniche o de actriz juvenil de una serie americana de principios de los setenta —producción acaba de intercalar la imagen de una saludable pelirroja ataviada con una camiseta de fútbol americano: en mi honor le han puesto un número, el 2, dígito del amor, las duplicaciones y la descomposición—, sino porque Paquita llama así a todas las mujeres. «Acompáñame, linda.» Eleni es linda, la dueña del ultramarinos es linda —hay que joderse—, yo soy linda. Analía no es linda. Es Analía. Tal vez, «la palurda», si atendemos a las nomenclaturas del iluminado Luis. «Acompáñame, linda.» Esa soy yo. Así que atravieso con Paquita, que tiene aspecto de hada Disney, la puerta semisecreta —todo el mundo la conoce—, preguntándome por qué la mujer de Luis no habría accedido a la casa por la entrada principal en lugar de por el bar. Quería coincidir conmigo. Así de sutil es Paquita, Lucilinda o Lindaluz. Ya en su dormitorio, me invitó a sentarme sobre la colcha de su camita separada, me ofreció un puñado de pipas de girasol y comenzó a monologar.

Intento transcribirte lo más fielmente que me permite la memoria —es público y notorio que a ti y a mí nos encantan la luz y los taquígrafos— lo que Paquita dijo. Dijo: «Ay, linda, ¿y tú por qué te quedaste así?, ¿fue por accidente o por enfermedad?, ¿torcidita de nacimiento? Me lo tienes que contar todo. Porque vaya pena, con lo mona de cara que eres y esa pierna, ahí, delgadita y retorcida como un alicate. ¿Por qué usas minishort? Cada mujer sabe lo que le sienta bien, lo que debe resaltar de su cuerpo —Paquita se pasa las manos por sus corseterías cónicas— y lo que no. En fin, tú sabrás. Yo le voy a rezar a la Virgen de los Dolores a ver si te enderezas un poquito.»

Interrumpo mentalmente a Paquita para decirle: «Puta.» Llevaba demasiado tiempo siendo comedida con mi mala lengua y a mí me libera mucho soltar un taco. Como al mudo Samuel. David cada vez que nombra a su tía Paqui le concede el título de condesa de la Laguna Madriguera —no sé si estas chispitas de ingenio hacen de David un gilipollas o son las típicas salidas de un superdotado—. Esta mujer, en su recogida gordura —boquita circular y roja, redondos y negros ojitos, naricilla amarilla de guisante, perlas que tapan los lóbulos de las orejas, uñitas redondas en manitas como ramilletes o bouquets *nupciales—, contradice el difuminado aire familiar. A Analía, sin embargo, se la ha tragado la boa y está recubierta por el velo difuminador de los jugos digestivos. A Paquita no se la ha tragado nadie: «Me he dado*

cuenta de que andas tonteando con mi sobrino. Deberíais ser un poco más discretos, escaleras para abajo y para arriba. Las personas mayores dormimos poco, linda. Ni David ni tú tenéis ya quince años. Incluso creo que tú eres un poquito mayor —«Puta»—, pero eso no importa, lo que importa es que…» Paquita roncha las cáscaras de pipas y me da otro puñadito: «Toma, linda… Lo que importa es que, ¿tú qué eras? Porque mi sobrino es farmacéutico, gana muy bien, no necesita nada de esta casa ni de este pueblo, tiene de todo, es superdotado…» Con un hábil golpe de timón, la tía ha desheredado al sobrino, pasando por encima de su padre y de su madre, un asunto perturbador. Quiere hacerme creer que a David no le interesa lo que podría corresponderle. Me hace gracia hasta dónde puede llegar Paquita: «… y yo no sé si, cuando se os pase el calentón que, si me permites que te lo diga», me coge la mano con pena, «es un calentón de pervertidos porque tú eres un poquito paralítica», Paquita vuelve la cara hacia los pajaritos del papel pintado, «como si David prefiriese cosas un tanto especiales…». Paquita reflexiona sin dejar de comer pipas de girasol. Enumera: «… las cicatrices, las mujeres con un ojo más grande que el otro, yo qué sé, a lo mejor son cosas de superdotado, no me quiero ni imaginar lo que se le puede pasar por la cabeza a un superdotado, a lo mejor deberían meterlos a todos en la cárcel por pecados de pensamiento, ¿no, linda?». Se muere de risa y luego se pone torva: «… el nene fue muy raro desde pequeño, pegado a su madre y a su tío, no se dejaba tocar por su padre, cada vez que Samuel se llevaba un dedo a los labios y hacía "chissss", de esa manera tan rara, el niño se cagaba por las patas abajo, linda». Te juro, Luz, que ya empezaba a echar de menos que alguien me llamase «Pauli»: «… el caso es que parecía boba la criatura y resultó que era un superdotado, entonces, yo me pregunto: ¿y tú qué eres? —«Puta»—, ¿superdotada también? Yo soy maestra de educación infantil», «What a surprise!», de nuevo subrayamos el vínculo del inglés con el amor, «he leído un poco, conozco a mi sobrino mejor que su propia madre y me parece que, después del calentón, David se va a aburrir de ti. O contigo. O lo que sea. Como en La cenicienta…».

Interrumpo a Paquita para decirle que no entiendo nada y ella me lo explica: «Claro, linda, qué vas a entender tú —«Puta y reputa»—, ¿no te han contado que hay quien cambia el final del cuento?» Francisca, la libre, habla libre, libremente, como la profesora de educación infantil que es. Por la boca muere el pez y, así, quizá, yo pueda atar dos maromas y un cabo, encontrar el hilo rojo… Vuela mi pensamiento y Paquita lo nota y lo agarra de una pata antes de que se marche y anide al lado de los pajaritos del papel de la pared: «¿Me estás escuchando, linda?» Le digo que sí, que sí, que sí. El hada Disney sigue con su perorata sobre los cuentos: «Los que cambian los finales aseguran, con muy mala leche, que el príncipe se cansó de la fregona después del cuarto o quinto meneo y se empezó a juntar con las hermanastras, que habían estudiado en Suiza…» Le concedo un punto positivo a la imaginación de Paquita, el detalle suizo avala su capacidad fabuladora. O su clasismo. El hada no se fija en mi condescendencia, en mi sutil cambio de actitud: «Las hermanastras habían estudiado en Suiza y disponían de un futuro y un capital. Iban juntos a la ópera. Se reía muchísimo el príncipe con ellas. A mí me encanta cómo cambian ahora los cuentos, linda, son, así, no sé, mucho más actuales, no como los que nos contaban a nosotras, llenos de gente que se comía corazones crudos o a sus propios hijos, cosas que no pasan…» «Son metáforas, tía Paquita», me atrevo a cortarla. Los ojos de la condesa de la Laguna Madriguera se transforman en una sucesión de círculos concéntricos —producción saca el mismo cartoncillo de las espirales móviles—: «Ay, qué mona, pero ¿sabes lo que pasa, linda? Que mi sobrino David pegaría muchísimo más con mi sobrina Alegría, la hija

de mi hermana Mercedes, la que juega a las cartas con la palur…» Paquita se tapa con la mano la boquita de piñón: «Porque mi sobrina Alegría es religiosa, como Davidito, que es cofrade, ¿no lo sabías? Una mujer de bien, amante de España y de las tradiciones…» Me imagino a la prima Alegría con su peineta en la procesión del Viernes Santo. Lleva de la mano a los hijos de ojos rojos que ha parido de David. Mustélidos. Es muy loable el interés de la tía Paqui por que todo quede en casa: «Entonces, tú, linda, tú, ¿qué eres?» «Inspectora de Hacienda», la ilumino. Y remato: «Tía Paquita.»

Paquita, que no tiene un pelo de tonta, regresa a los derroteros de la ficción: «Los cuentos. Cómo me gustan los cuentos. ¿Te ha contado David los cuentos de esta casa?, ¿el de la loca del desván? Tradición anglosajona: Pata Negra. Eso me lo ha enseñado Faustino, que es muy fino aunque se empeñe en no llamarse Faustino y quiera que lo llamemos Fausto, un personaje siniestro que trata con el demonio…» La tía Paqui exhibe su culturita y yo corroboro que los demonios menores de Azufrón habitaron siempre en la vida de Fausto-Faustino, así que ¿por qué no hacerlo a lo grande y entrar en contacto con el jefe? Fausto-Faustino habría debido saber que el jefe de todo esto, el ángel de las alas negras, se escondía bajo la sonrisa del abuelito Jesús. «Linda, ¿me estás atendiendo?» Le pido perdón a Paquita y ella sigue con la boca manchada de pipas de girasol: «La loca del desván, luego te cuento, pero primero tengo que hacerte el favor de decirte que ser mujer en esta familia es muy difícil, linda. ¿Tú has visto lo que trabaja Analía? Además, y espero que nuestra conversación sea estrictamente confidencial y que no salga ni una palabra de lo dicho entre estas cuatro paredes, yo creo que Samuel la calienta igual que calentaba al hijo. Bueno, igual del todo a lo mejor no…» La tía Paqui debe de haberse abrasado la punta de la lengua con la sal de las pipas: «Yo creo que Samuel siente celos de Analía, como si fuera su hermana más que su mujer, porque el abuelo Jesús la quiere más a ella que a sus propios hijos.» Y le cuenta secretos al oído. Yo lo he visto con estos ojitos que se han de comer los gusanos.

¿Ves, Lindaluz, cómo la tía Paqui es un pozo sin fondo? Joder con la tía Paquita, qué buena tarde me estaba haciendo pasar: «A mi Luis le dan igual los mimos que el abuelo le dispense a la cuñada porque me tiene a mí y vivimos lejos. Nosotros no somos muy rurales. Mi Luis tiene otras cosas. Es más oficinista. Aunque tampoco permite que le tomen el pelo, linda. Mi Luis no permite que le quiten lo suyo y por eso se enfada con su hermano Samuel, que anda todo el día queriendo destacar, manifestarse, como si fuese un fantasma, porque los hijos medianos no se ven, no son nada: la abuela Virgen solo se fijaba en Faustino y al abuelo Jesús, antes de que llegase Analía, la verdad es que sus hijos le importaban más bien poco. Samuel apencaba y apencaba, tiraba del carro, pero nadie le hizo ningún caso hasta que se casó con Analía y ella tomó las riendas, y él se puso cada día más huraño y mudo, porque tú te habrás fijado, linda, aunque superdotada no seas —la puta tiene gracia—, en que mi cuñado Samuel es medio mudo. Solo abre la boca para cagarse en Dios. Es más basto que unas bragas de esparto, el tío —«Y tú eres la condesa de la Laguna Madriguera», cállate, Paula, transpira y respira—. Sin embargo, no me extraña nada que Samuel se sienta solo y se ponga bruto. Si de verdad fuese él quien tomase las decisiones… Pero en esta casa las decisiones las toma Analía por mucho que jure y perjure que ella solo hace lo que el abuelo le manda. Lo que le cuchichea al oído cada vez que se mete en el cuarto para quitarle las zurraspas al viejo. Analía se lo inventa todo. ¿Qué secretos mensajes va a transmitirle al oído un viejo que ya está medio chocho o chocho entero?»

En ese instante, amiga Luz, veo el ojo redondo de boquerón de la tía Paquita adoptando el

erótico contorno de una cerradura y tengo la certeza de que lo que yo vi una vez habría pasado por lo menos dos, cinco, veintiséis, trescientas diecisiete veces, en una salvaje y ácrata progresión geométrica que casi me nubla la vista. Me obnubilo fabulando con el ojo de Paquita y la punta de la lengua del abuelo Jesusito transmitiéndole señales de morse al lóbulo de Analía, raya, punto, punto, raya… Al abuelito Jesús no le hace falta una gran voz para emitir sus mandatos: «Pero ¿me sigues, linda?, ¿me sigues? Analía y Samuel no se quieren. No se han querido nunca. Y yo si fuera tú, linda, me guardaría mucho de emparentar con ellos. También me guardaría de concebir hijos con David, que es un superdotado pero también un nene con unos antecedentes familiares muy, muy preocupantes. Alegría, que es una mujer más sacrificada, más cristiana, llevaría a mi sobrino, con sus traumas, mucho mejor que tú. Porque tú, aunque seas inspectora de Hacienda, también sabrás cosas científicas de última hora y estarás bien informada de las enfermedades de transmisión sexual, las cadenas de ADN y las herencias genéticas, porque aquí, ya que eres inspectora de Hacienda te lo digo, también te lo digo para que como mujer no te hagas ilusiones, aquí las herencias van a ser eso, todas genéticas…»

Paquita, hablando en plata, me está diciendo que me pire. Pero, al menos esta tarde, yo quiero seguir escuchando porque ahora son mis ojos los que hacen chiribitas redondas al entrar en contacto con la circularidad concéntrica de los redondos ojos de la condesa de la Laguna Madriguera, que se anima por esa conexión iónica, esa sintonía espiritual basada en los círculos afines: «¿Has oído hablar de Julia?, ¿de la pobre Julia?, ¿no?, ¿sí? Da lo mismo, lo que le pasaba a la pobre Julia es que estaba como una chota. Era la mamá de Analía y durante una temporada larga estuvo en esta casa. Todo fueron catástrofes, porque la pobre Julia rompía cosas, mordía a la gente, se meaba encima cuando veía al abuelo Jesús y a veces, cuando no lo veía, también. Al abuelo Jesús le gustaba tocarle la carita y ella se quedaba muy callada, muy callada. Le escatimaba la cara al abuelo metiéndosela dentro de su hombro delgadito. En cuanto el abuelo Jesús se daba la vuelta, ella volvía a gritar como una loca. No podía estar con los seres humanos. Así que hicimos una reunión para convencer a Analía de que había que meter a su madre en un centro especializado y, cuando Analía estaba ya casi convencida de que era lo mejor, el abuelo Jesús dijo que de ninguna manera.» Mis ojos sorprendidos siguen girando en círculos concéntricos como los que se formarían en la superficie de la laguna Madriguera si el cuerpo redondo de Paquita fuese arrojado al agua por malversador, interesado y lenguaraz.

«Y así fue como la pobre Julia fue encerrada en el desván porque la abuela Virgen amenazó con marcharse si no quitaban a aquella loca de su presencia inmediatamente. La abuela no perdonó nunca a su marido. Y Analía cuidó en el desván de su madre hasta que la pobre Julia se murió. Duró unos añitos, no creas… Solo murió un año antes que Virginia. Si llega a estar la abuela aquí, a su Davidito no le tocas tú ni un pelo —«Puta»—, no me lo tomes a mal, linda. El caso es que, cuando veníamos de visita, y escuchábamos ruidos por la noche, sabíamos que no eran los ratones ni los murciélagos abandonando sus nidos ni los pájaros del papel pintado que habían salido a volar y picotear toda la casa, sino la pobre Julia, la loca del desván, que movía cacharritos de un lado para el otro o hacía ruidos de tórtola con la garganta, cada vez más en sordina, porque yo creo que las cuerdas vocales se le fueron consumiendo como toda ella y, al final, solo si prestabas mucha atención se oían unos suspiritos, suspiritos de España, me decía Luis, ya está suspiritos de España —«Menuda panda de hijos de la gran puta», este exabrupto se

me escapó de la mente—. Solo Luis la llamaba así. Los demás, por sus ruidos de pájaro y por estar arriba, la llamábamos a veces "la Tortolica" y casi siempre, "la pobre Julia". Eso no le gustaba a la abuela Virgen: "¿Pobre?, ¿de qué pobre? Pues menuda suerte ha tenido la jodía." Cómo se ponía mi suegra, linda… Todo fue bien porque nunca nadie dejó fósforos al alcance de la Tortolica y ella no pudo prender fuego a la casa como sucede en Jane Eyre*, ¿tú has visto la película, linda? Qué tragedia y qué catástrofe. No hizo falta que la loca quemase la casa para que, antes de morir, Virgen se quedase ciega. Mi suegra se tapaba las orejas, porque desde que perdió la vista había desarrollado un oído finísimo, y no quería oír los pasos de la Tortolica y mucho menos sus gritos y declaraciones: "Esta es mi casa, mi casa, mi casa…" Entre lamento y lamento, la pobre Julia tenía arrebatos de violencia. Analía la cuidó hasta que la Tortolica dio su último suspirito de España. En el fondo, mi cuñada siempre estuvo muy agradecida al abuelo Jesús, que, ya te digo, debe de quererla mucho, tanto como para aguantar a su consuegra loca en casa todos los años que hiciesen falta. Analía, por mucho que jure y perjure que es el abuelo el que le da las órdenes para hacer o deshacer, maneja al viejo a su antojo desde hace un montón de años.» —«Y eso a ti y a tu Luis no os viene nada bien, ¿verdad, condesa?*»

La tía Paquita es una mujer interesada y, al mismo tiempo, una anciana con verborrea que se aburre mucho y desea contar sus historias antes de que se le olviden. Los dos estados del espíritu, como el asco y el miedo de los que tanto hemos hablado, tampoco son incompatibles, Lucilinda.

Comenzaba a razonar un poco mejor que de costumbre cuando Paquita y yo empezamos a oír graznidos y batir de alas justo al lado de nuestras cabezas. Paquita dejó de ronchar sus pipas de girasol y yo me asomé a la ventana. Sobre el jardín, una bandada de buitres, provenientes del cañón, volaba haciendo semicírculos. Se acercaban al suelo poco a poco, con ceremonia. Paquita dijo: «Virgen santa.» Yo, para devolverle todos los conocimientos que me había transmitido a lo largo de la tarde, la instruí modestamente: «Paquita, es la corona negra.» Ella tiró las pipas sobre la colcha y se santiguó. Yo intenté activar mi racionalidad pensando que un animal muerto —un gato, un topillo— habría llamado la atención de las aves carroñeras. Luego me quedé alelada, invadida por el mal augurio que traían los pájaros, dirimiendo quién iba a morir.

Todo se pega menos la hermosura, y por sus cartas era evidente que de nuevo estabas devorando a mi amiga Paula y que mi amiga Paula ahora me devora a mí, que soy una mujer que odia el refranero y evita el contagio de la gonorrea y la gripe. Era evidente que devorabas a Paula y que Paula hoy me devora y eso significa que a ratos tú me devoras a mí, que quiero convertirme en tu seta venenosa y tu áspid de Cleopatra. Cleopatra es, por ejemplo, una referencia completamente tuya. También aquel verano era evidente que ella se dejaba morder todas las noches. Te la comías, Arturo Zarco. A quinientos kilómetros de distancia. Aunque hubierais estado a cien mil, tampoco se libraba Paula de tu alargadísima sombra, de todas estas fabulaciones que la desprotegían de las amenazantes cosas tangibles: catastros y catástrofes, cálculos realizados a ojo de buen cubero y cálculos del escalímetro, la revisión minuciosa del estilo literario del autor de los textos del librillo —ni Rosa ni Paula conseguían catalogarlo dentro de ningún género— tenían solo aparentemente absorbida a la coja guapa. Quizá yo también escribo así, eligiendo estas palabras, porque sé que eres tú el que al otro lado me estará escuchando. Todo, todo lo infectas.

El joven Jesús había tomado nota de certezas documentales sobre sus delatados que podían serle útiles para apoyar sus denuncias: tesorero de la casa del pueblo; promotor de un intento de huelga, blasfemo, anticlerical, sus hijos se llaman Boreal y Harmonía; maestro y amigo de comunistas; mujer hosca que levanta el puño y mira sañudamente; dueño de las tierras fértiles junto a la laguna Madriguera —esto lo escribía con mayúsculas porque era un dato importante para él, quizá no tanto para los que hacían las sacas de fusilados—, masón; esta no comulga ni reza; destripaterrones que se folla a la hija del boticario… A la vez, el joven emprendedor, muy preocupado por su futuro, deformaba las historias con detalles escabrosos que eran fruto de su caletre, de su escabrosa imaginación, de su concepción del delito, del mal y de lo que una buena aventura debía incluir para ser considerada emocionante. Para llegar dentro, vencer y convencer. Para tocar la patata y hacerla mondas. Por eso, el delator escribía su librillo, probablemente para no olvidar ni los hechos ni las invenciones, para no cruzar adornos con certidumbres —se pilla antes a un mentiroso que a un cojo, y al rescatar el maldito refrán veo la pierna mala de Paula atrapada en un cepo.

Cada vez que el barberillo Jesús Beato daba una pedalada en su bicicleta le llegaban a la mente detalles fantasiosos y forzadamente verosímiles, porque la verosimilitud también es un asunto de conveniencia y de querer creer: el blasfemo mantenía encerrada en casa a su madre para que la santa mujer no pudiese ir a misa; los lamentos y los gritos de la anciana se podían escuchar desde cualquier rincón del pueblo. Apuntaba el escritor que el huelguista robaba gallinas para comérselas, follárselas o hacer pactos con los demonios, y que el padre de la angelical e inocente —SUBNORMAL, destacaba Jesusito con mayúsculas— Harmonía mantenía relaciones incestuosas con su propia hija. Los folletines le infligieron un gran daño a Jesús, quien, con su caligrafía volcada hacia la derecha, dejaba constancia por escrito de que el anticlerical era, además, un palomo cojo que iba a las localidades vecinas a seducir muchachos imberbes —de eso él sabía mucho: no les sacaba ningún rendimiento—. El pedófilo secuestraba a algunos y el barberillo Beato se temía que, después de haberles dado bien por el culo —Jesús

no era partidario de los eufemismos ni de los paños calientes—, los asesinaba para fabricar jabón con sus grasitas mártires. Mejor así que vivir toda la vida con esa carga de vergüenza anal. Escribía que el destripaterrones habría violado y desvirgado a la hija del farmacéutico. La muy puta se callaba y a lo mejor se merecía un rapado de cabeza, que él haría con mucho gusto, provocándole no solo humillaciones sino heridas, o una purga con aceite de ricino o una violación en grupo. Aquí el inventivo delator abría un paréntesis: «comentar con el farmacéutico la posibilidad de omitir estos detalles por si quiere evitarle algún disgusto a su niña». Todo lo había visto él con sus propios ojos. El estilo del joven escritor mezclaba la precisión del rasurado, barbera y azul, para la constatación del hecho, el dato de identidad y la filiación, con una fantasía rosa, amarilla y negra para la narración prodigiosa que casi siempre era de corte libertino. Los sucesos verídicos —entre comillas— se amalgamaban perfectamente con los adornos retóricos.

Paula analizaba con lupa los cuadernos del abuelo Jesús. Se preguntaba cuántos cómplices querrían echar tierra sobre las abyecciones de Jesús Beato y cuántas personas querrían vengarse de él cuando saliera a la luz lo que tantos debían de saber y callaban. Por qué callaban, se preguntaba Paula Quiñones. Por comodidad, por desinterés, por aburrimiento. Por un puesto de trabajo en el aserradero de pinos o en la fábrica de muebles. Por una reducción del alquiler. Porque nos protegemos de los rayos solares con una gorrita de béisbol que nos lava el cerebro por las noches y usamos teléfonos inteligentes que alteran los destellos visionarios de nuestra fase REM. Porque nos creemos que somos personas que no somos y hemos perdido la capacidad para organizar las masacres sobre una línea cronológica. Porque usamos desodorante para camuflar el olor a rancio de la abuela y de la abuela de la abuela que se nos había quedado prendido a las glándulas sudoríparas. Quién nos hemos creído que somos. Cuál es nuestro derecho a la felicidad.

En algún lugar de los cuerpos borboteaba el deseo de justicia.

En cuanto a Rosa, cada vez era más sensible a los miedos y sospechas de su compañera. Juntas buscaban algún modo de reforzar el vínculo entre el texto y su autor. Se preguntaban si los peritos calígrafos serían capaces de identificar dos estados diferentes de la letra de una misma persona en dos edades distintas. Querían hablar con Braña-Alcañiz. De momento, no entendían muy bien por qué Samuel les había hecho entrega de un documento que incriminaba a su padre. Porque había sido Samuel, y otra vez Paula y Rosa se enredaron en la polémica sobre qué actitudes morales distinguían a delatores y chivatos de esas otras personas que no hacían oídos sordos, por ejemplo, a las hostias que el vecino le metía a su mujer los sábados por la noche.

De lo que no cabía duda era de que a Samuel le interesaba mucho el dinero. Paula reflexionaba en voz alta: «Pero ¿por qué culpar ahora al padre? Si ese hombre hace lo que Analía quiere, lo que Samuel quiere, si le pueden llevar la mano para firmar… ¿No escuchaste lo que dijo Luis?» Rosa, como una ilusionada concursante un poco oligofrénica, dio un salto en la silla: «¿Y si ha sido Luis el que nos ha traído el librillo? Porque Samuel puede disponer de todas las posesiones del abuelo Jesús, antes de que se muera. Si es que esa momia se muere alguna vez.» Paula adelantó un epitafio para la lápida del abuelo Jesús —siempre vivo, floral—: «Bicho malo». La imaginación de Paula viajó hacia las rosas rojas vestido español del jardín donde había pelado la pava, trufada de guindas, con el farmacéutico superdotado. Le daban igual flores y pianos. Cada vez lo veía más lejos. Allí, inalcanzable, al fondo de un pasillo. Impasible como una figurita del Belén viviente donde se encontró con él por vez primera. Blanco, anaranjado,

rojo. No le importó.

Azufrón, verano de 2012

Querida Luz:

Ando un poco disgustada después de que me dijeras en tu última carta que no me reconocías. Que parecía que por mi boca hablaba otra persona —tú y yo sabemos quién— y que ese gran plató que invadía mi discernimiento era la tachadura con la que tapaba mi tristeza. Por mi desamor ya tan antiguo, por mis trabajos, por mis nuevas amistades. También me llamaste sherlockholmas *y ahí el cielo se desplomó sobre mí. Sobre todo, porque me lo llamaste sin animadversión, como si fuese una cualidad que pudiese salvarme de mis infecciones zarquistas y ayudarme a reencontrar esa parte de mí que soy yo. Pero esa parte de mí que soy yo no existe, Luz. No existe sin Arturo ni existe sin ti ni existe siquiera sin ese melifluo y daltónico hijo tuyo con el que me cuesta coincidir dentro de la misma habitación. No sé cómo tratarlo. No me da la gana de cogerle afecto y mucho menos quererlo. Lo siento mucho, Luz. No soy tan buena. No soy tan cerebral. Tampoco he aprendido a estar sola, aunque quizá debería. Pero nunca estamos solos. No nos lo permiten. Alguien nos acompaña siempre, aunque sea con la boca chica. Previo pago. Por sentimiento de comunidad. Todos esos desconocidos que, cuando seamos viejecitas, nos limpiarán las babas*.

Estos resabios se me agrandan en Azufrón, pero también leyendo a H. P. Lovecraft, a quien nunca llegué a entender del todo: ahora me sirve para nombrar mis sentimientos ante este sitio que me excede, me empapa, me deglute. Por la noche siento que voces, no tan desconocidas, me murmuran: «Pauli, Pauli…» En lo que atañe a la alegría, a lo mejor tienes razón, pero no te preocupes: he recuperado casi todo mi miedo, casi toda mi tristeza. Ya no me protejo con jocosidades —tan impropias de mujeres— y me he quitado la malla de frivolité —encaje, delicada modalidad del ganchillo— con la que me venía enmascarando. El rostro tapado con una rejilla de favorecedora frivolité. Tras el abanico con que le hago señas a David para que se acerque —ven, ven, ven— o para que se marche —fuchi de aquí—. En realidad, carezco de motivos para ser jocosa o puede que, definitivamente, necesite un psiquiatra —mi Mariano, tu Bartoldi—, porque mi ciclotimia y doble faz comienzan a causarme molestias. Algunos días me como el mundo y otros no quiero levantarme de la cama. La rabia, los exabruptos —puta, puta, puta— primero me vigorizan y luego me dejan exánime. Estoy tan, tan cansada, Luz Arranz.

Tu pregunta por la corona negra me devuelve a Zarco y a la melancolía. Ojalá que sea por última vez. La corona negra *es una película de 1951, dirigida por Luis Saslavsky, con guión de Jean Cocteau. La protagonizaron Vittorio Gassman, Rossano Brazzi y, lo que es más importante, la Doña, María Félix, esa mujer tan femenina y a la vez tan andrógina que despertaba las encendidas admiraciones de Arturo. Su fanatismo. La habría llevado en andas. Habría ido de romería y saltado la verja por ella. Se habría despellejado un poquito las rodillas y yo le habría puesto en los raspones unos ramalazos de esa mercromina roja que tu Olmo vería de color musgo. Hay que fastidiarse con tu Olmo. «Me gustan los hombres y los peces: son tan tontos», susurra María con ese extravagante acento mexicano, un acento muy* high class *en el particular caso de la Doña, que musicaliza cada preferencia, cada orden, cada enunciación de la duda. A Arturo también le gustaban los hombres, aunque no me lo decía. Los peces no,*

porque dan mala suerte. Si en la transmigración de las almas pudiese elegirse el destino, la carcasa que habría de ocupar una conciencia renacida —escarabajo, langosta, mosquito tigre —, Zarco se habría resguardado entre la espesa melena o dentro del lunar de María Félix. En las graves modulaciones de su voz o dentro de esa mínima cintura en la que solo podría caber un suspirito de España. Ni dos, ni tres: uno tan solo.

La corona negra *cuenta una historia de triángulos y funerales. De mujeres que no aman a algunos hombres —incluso los desprecian— mientras que a otros los aman muchísimo, y no es que sean malas, sino que les urge a toda costa cambiar de rumbo. Es la historia de nuestra vida, Luz. Pero además la corona negra es el presagio de la muerte dibujado por los pájaros del cielo. Por los buitres que se arremolinan en torno a algo medio muerto o medio vivo. Un amado despojo. Mara Russell, la protagonista, sufre amnesia o no la sufre o la sufre hasta cierto punto: problemas de la memoria que padecen quienes, por algún motivo, se defienden de sus recuerdos. Pero hay que galopar y seguir, Luz amiga. Y, como el día que conversé con la condesa de la Laguna Madriguera yo estaba en uno de los puntos álgidos de mi ciclotimia, me regodeé en meterle un alfilerazo de miedo. Ella también me quería alejar de esta casa con sus historias de fantasmas y de locas manipuladoras de fósforos. Locas escondidas que pueden incinerar un hogar y a todos sus integrantes —el papá, la mamá, los hijitos, las nueras, el nietecito superdotado…— mientras se borran las huellas dactilares gracias al fuego que ellas mismas han encendido. Chisss también puede ser el ruidito con que se enciende un fósforo. Pobre Julia, suspiritos de España, la Tortolica, y qué pesada la condesa de la Laguna Madriguera, la vieja chocha e interesada, la devota esposa de Luis que anhela para el sobrino una endogámica esposa moderna, cristiana, nativa, con las dos piernas del mismo tamaño y algún apellido en común. Alegría. Podía haberse ahorrado un montón de saliva la tía Paqui: va a necesitarla para seguir devorando sus pipas de girasol*.

No hacía falta tanta tramoya para que yo me separase de David. Yo sola me voy alejando y, Luz, tú eres la primera a quien se lo confieso, la verdad es que ya me alejé del todo. Demasiados triángulos, demasiados picos y aristas, y actividades de salvamento para rescatar las rosadas carnes del codiciado galán —la palabra ahora se me hace claramente excesiva— de entre los dientes de su padre o las manos moradas de su madre o las coronas de rosas rojas vestido español de su tío finocchio. *Aunque, en realidad, ninguno ha movido un dedo —al menos un dedo que yo pudiese ver— para proteger al Amado. Puede que esta Santísima Trinidad intuyese que, cuando yo quiero de verdad, no quiero como estaba queriendo a mi amante superdotado. De ahí sus desidias y sus inacciones. Estoy harta de luchar para querer. Tirar de piernas y de brazos, aferrarme a un tobillo, ser arrastrada. A la mierda, Luz. Me conviene más Braña-Alcañiz. O un Bartoldi imaginario —no te ofendas— como el tuyo: «¿Le importaría concederme este baile, querida?» O nada. No me conviene nada*.

Ayer David y yo fuimos al cementerio al atardecer. Mientras atravesábamos la calle en torno a la que Azufrón se extiende, como una ameba sobre el cristalito del microscopio —la comparación no es adecuada porque Azufrón se compartimenta dentro de invisibles pero sólidas barreras celulares: sus contornos no son mágicos y tienen dueños—, recordé el escenario de un western. Sin embargo, no quise echar en saco roto tus regaños y a toda prisa me salí de la metáfora. Yo no era Vienna y David nunca me había dicho «Dime que me quieres» ni yo le había respondido como un autómata. Solo Analía tenía el don de mover sin violencia a las personas que quizá no deseaban irse y, sin embargo, se iban, desmadejadas, como seres

deslizantes sobre una pasarela. Fuera de mí. Todos. Ya. Pero, como te decía al principio, no es tan fácil quedarse sola, Luz. Nunca nada es. Fácil. No fácil. Difícil. No me hagas caso: me estoy deconstruyendo. Es un barrunto. Una anticipación. Puto Zarco, con sus gemelas, sus presagios y sus duplicaciones.

Al llegar a la altura de la plaza, dentro de uno de los bares, Analía y María, primas Melgar, jugaban a las cartas con Esperanza y Mercedes. Las cuatro duras jugadoras —más western involuntario— nos persiguieron con sus miradas mientras soltaban con golpes secos sobre el tapete verde los triunfos y el as de espadas. María dejó de prestarnos atención: recogió de la mesa una jugada de muchos tantos. Ases, treses, reyes, caballos y sotas, todos fueron a parar al coleto de María, que formaba pareja con su prima Analía. «Las cuarenta», la prima hotelera hizo un gesto de conformidad mientras la del ultramarinos apilaba los naipes de la baza ganadora sobre un montón de cartas obtenidas en bazas anteriores. Eran su pingüe capital. Las primas iban ganando, pero no parecían contentas y volvieron a perseguirnos con sus ojos, genéticamente conectados, hasta que David y yo dejamos atrás la plaza y seguimos caminando por la carretera hasta llegar al desvío que desemboca en el cementerio. En ese punto el asfalto se hace tierra amarilla y los cipreses negros flanquean el camino. Como si anduviéramos sobre el cuerpo de avispones. A lo lejos, se ven las tapias. David y yo tenemos que recorrer un kilómetro y medio exactamente. Ni dos ni medio. La exactitud es muy importante porque para mí kilómetro y medio no es una distancia fácil de cubrir. Ando despacio, apoyándome en el brazo de mi compañero. Cuando por fin llegamos, nos asomamos a las excavaciones y vuelvo a explicarle a David que la fosa consta de dos zanjas y que, en algunas zonas, han sido identificados dos y tres niveles de esqueletos. «Pero aún no están todos.» Le cuento que existen fosas en las que solo se han encontrado cuatro cuerpos mientras que en otras se acumulan decenas, cientos, de cadáveres. «¿Por qué dices que aquí no están todos?», David pregunta sin querer conocer la respuesta. Deprisa. Por encima. Sin intensidad. Yo le aclaro que el número de desaparecidos contabilizados en la zona, gracias a los testimonios de las familias que reclaman a los suyos, a nuestras entrevistas e indagaciones, no cuadra con la cantidad de restos catalogada. «Tiene que haber más. Aquí o en algún lugar muy cerca de aquí.» David retira la vista. «En la oficina guardamos monedas, casquillos, un sonajero de colores estridentes, llaves, gafitas, los objetos metálicos que se depositan al fondo de la fosa.» Frunce los labios: «No quiero oír más, Pauli.»

David me llama «Pauli» para conmoverme —también podría haberme llamado «ruiseñor»—, quizá para evitar que le diga lo que le voy a decir dentro de un segundo cuando estemos sentados sobre la lápida de su abuela Virginia y él intente seducirme con el relato mítico de sus antepasados: «Mi abuela se quedó ciega, Paula. Pero fingía ver y caminaba por la casa, arriba y abajo, sin agarrarse a nada, más tiesa que un palo. Yo era pequeño, pero me acuerdo de que teníamos la misma estatura. Era una mujer muy bajita. Y me quería mucho. A mí y a Fausto. Con ella nos sentíamos seguros. Cuando se fue, además de la pena, nos sentimos raros, desvalidos…» No puedo dejar de preguntar a David: «¿Y tú te acuerdas de la loca del desván?» El farmacéutico superdotado que nunca me demostró que en realidad lo fuera —no me enseñó sus test para el cálculo del coeficiente intelectual ni dijo nada especialmente inteligente —, no se sorprende: «Claro que me acuerdo. Yo no la vi, pero la oía. Eso a un niño le da bastante miedo. Forjó mi carácter.» Al oír la respuesta, me da un escalofrío. Pero se me pasa porque pienso en un Davidito mudo que se hace pis en la cama. Un Davidito mudo se tapa con

el embozo de la sábana toda la cabeza. Un Davidito mudo mira fijamente la puerta de su alcoba. Ve el brillo del ojo del lobo detrás de la cerradura. Le rechinan los dientecillos de leche, reza, se agarra el pito.

Quizá el pequeño tenía miedo de más de un monstruo. Pese a que me produce una gran compasión que no se me borra imaginando esa higiénica farmacia capitalina donde las clientas le piden ibuprofenos y potitos sin cerrar completamente la boca, por fin se lo digo: «Te dejo, David.» Entonces él me abraza por la espalda y sus escápulas aladas imprimen a sus brazos una fuerza que me corta la respiración. David es como los ángeles de mármol de las tumbas cerradas con lápidas sobre las que se leen apellidos cruzados y apellidos repetidos. Los guisantes amarillos y verdes. Los hemofílicos. Los jorobaditos y los cristianos nuevos. Las plumas de las alas de David dejan de ser mullidas para solidificarse en torno a mi cuerpo. Me encofran en una corteza de hormigón. «Ya lo sabía, lo sabía…» David me quiere meter dentro de él. De pronto, también es arena movediza. El vientre peligroso de ciertas madres. «Lo sabía, lo sabía…» David quiere llorar, pero no le sale. Yo soy una Piedad, no dormida y descubierta entre la piedra, sino sepultada, deglutida por ella. Una Piedad sin compasión por su amante que va a ser enterrada viva. Con los ojos muy abiertos. «Este lugar es muy difícil, Pauli, muy difícil. Tal vez cuando nos marchemos…» Al oír «Pauli» en los labios de David me pongo rígida y luego me siento triste con una tristeza tan fabulosa que está a punto de inhabilitarme —«Deme la baja, Mariano, doctor Bartoldi, amigo»—. Rígida y flácida, fatigadísima, por fin, reacciono: «Suéltame, me haces daño.»

Él me aprieta con la fuerza que se le forjó con su pánico cuando aún era un criajo tonto al que su padre trataba como un animal y hacía tareas —muchas tareas— impropias de un niño pequeño. «Yo no dejaré que nadie te trate mal aquí, Pauli, te lo juro.» David relaja un poco las escápulas de sus alas y yo respiro: «No me llames así.» De nuevo, ensancha la espalda y me oprime: «Yo nunca permitiría que mi madre te tratase como la abuela Virginia la trató a ella.» Me acuerdo de la visita de Luis al cubículo municipal. Parece que lo estoy oyendo: «La chacha, la palurda, la muerta de hambre…» Puede que una mujer tan soberbia como Virginia, una que se negaba a mostrar ni la más mínima imperfección —ceguera, celos, exceso de azúcar, hijos maricones cubiertos con su amor para taparlos en una época en la que todos los maricones eran viciosos, ladinos, cobardes, afectados, falsos, impostores, no, ya no, no—; una mujer así, dulce en el exterior y de interior inoxidable, bien podía proyectar en su nuera un resentimiento de acero. Puede que para Analía yo también sea una usurpadora, una muerta de hambre, una discapacitada, que no se merece a su único hijo ni a su hijo único, renacido como un superdotado, musical y farmacéutico, por obra y gracia del tío Fausto y sus más que probables pactos con el demonio. Qué poco personal es la memoria. Cómo me la están tiznando los rumores y los testimonios y los folletines. Hasta los informes de Braña-Alcañiz. Las cositas pequeñas con que construimos lo grande y las palabras grandes con que reinterpretamos las pequeñeces. No obstante, hay hechos ciertos: «No puede ser, David, no.»

En la tripita de David refulge la yema de huevo del abuelo Jesús. Quizá mi amante —no tan superdotado— haya conseguido disolverla y disiparla con alguna de sus fórmulas magistrales. Pero yo no sé ser tan buena ni tan olvidadiza. Yo soy una española sin generosidad.

Y así acabó todo, Lucecita, así terminó. Estoy muy triste. A lo mejor, siguiendo tu ejemplo, me como un bombón relleno de pippermint frappé. *O me fumo algo.*

Telón y fin.

Quijadas, cuchillos de carnicero, jeringuillas imaginarias en las manos de Luis, de María Melgar, de Analía. Lo tangible eran las pipas de girasol roídas por los dientecillos de hámster de la ilegítima condesa de la Laguna Madriguera y el pesado ataúd de doscientos centímetros de largo por setenta de ancho y cincuenta y cinco de alto que ocultaba el cuerpo, no albino, pero sí pálidamente cerúleo, de Samuel.

Era un ataúd para un cuerpo inferior a los cien kilos, un ataúd ecológico —dado el perfil de los turistas empeñados en decir «Este es mi pueblo»— cuyas maderas no habían sido tratadas con productos peligrosos; un ataúd fabricado con elementos estructurales de origen sostenible. Recubrimiento interior elaborado a base de fibras provenientes de la agricultura ecológica. Asas y ornamentos eran combustibles —la incombustibilidad habría resultado muy inconveniente en caso de incineración— y se los había sometido a ensayos de esfuerzo y resistencia; incluso al curioso ensayo de resistencia a caídas repetitivas, de modo que el féretro de Samuel podía caerse reiteradamente al suelo sin riesgo de desbaratarse. Tíralo una, tíralo dos, tíralo tres. Perdón, se me ha escurrido. A qué mente enferma se le ocurriría el concepto «resistencia a caídas repetidas». Las características del ataúd como producto se ceñían a las normas de la legislación vigente. Los portadores de los restos mortales se habían quedado en paz sabiendo que todo estaba en orden. La familia del difunto había tirado la casa por la ventana. No habían reparado en gastos y habían dado por buena la inversión mensual en la cuota del Ocaso. La corona fúnebre había sido confeccionada con las rosas vestido español que adornaban el jardín de la residencia familiar. Rosas almizcleñas que a veces olían a perfumes envasados y otras a dulce putrefacción.

El núcleo duro de Azufrón —los primos de los primos de los primos, los residentes censados, algún turista con raíces muy profundas en este cenagoso terreno— aparecía nimbado por un estado de shock e incredulidad que no permitía cerrar la boca a sus integrantes y les concedía un aire estúpido. Como el nuestro, porque, en definitiva, también nos comportamos endogámicamente: mi hijo, su novio, la mujer del novio de mi hijo, yo, que acabé siendo también como una madre para ella. Otros vecinos adoptaban el adusto ademán —los ritos mortuorios están plagados de frases hechas—, cortado a cuchillo, la concentración y la humildad, que representan nuestra estereotipada expresión de la pena contenida. Solo los familiares directos poseen la patente de corso del llanto. O las mujeres muy mayores. O los niños, que lloran no porque se haya muerto nadie, sino porque les duele la tripa o quieren salir a correr por el campo. Benditos los niños que aún quieren correr por los campos y despellejarse de emoción rodillas y codos porque de ellos será el reino de los cielos. El pueblo abarrotaba una fea iglesiota, con muros de hormigón, de cuya fachada aún no se habían borrado el «Caídos por Dios y por España», el yugo y las flechas y la lista VIP de difuntos. Los nombres de los hermanos o de los padres de las personas que entrevistaban Paula y Rosa debían de ser los de delincuentes con un largo historial de crímenes. Eran seres oscuros quemados por el azufre con el que se fabrica la pólvora y el ácido sulfúrico. Con el que se exterminan los hongos de los pies y otras enfermedades dermatológicas. Repito: sobre la fachada de la iglesia donde se iba a oficiar la misa funeral por Samuel se leían los nombres de los caídos por Dios y por España. Y se podían medir las magníficas dimensiones del yugo y las flechas falangistas. Sobre ese muro nunca se

grabó la onomástica de los niños perdidos ni de las mujeres muertas. Los huecos en las fotografías familiares. Los parientes de esas personas que acuden al cubículo del ayuntamiento para aportar días del calendario y datos de identidad. Nombres de los que lucharon por la salud, el pan, la sal, la alegría, las mujeres, el divorcio, la reforma agraria, la democracia, los libros de texto, los hijos deseados y las verbenas al aire libre. El amor libre. El amor frente a otros amores, sucios y enquistados, los sobeteos bajo las faldas de la mesa camilla, los primos que han de quererse por los santos cojones de una familia llena de cojones, cojones y cojones, las pollitas que se casan con hombres hirsutos y licantrópicos, los chicos condenados al infierno por pajearse o descubrir entre los muslos una erección. Las mujeres de sexo borrado con aguarrás o cinta americana. Los cíngulos sin estrellas.

Azafrán todo, frente al féretro de Samuel Beato colocado junto al altar, aguardaba la entrada de una familia rota. También Paula, acompañada de Braña-Alcañiz y Rosa, como huésped insigne del hotel, esperaba en uno de los bancos centrales de la iglesia. Todo el mundo se puso en pie y el silencio solemne se rompió con cánticos religiosos para recibir a la figura encorvada de Analía, llorosa pero entera, apoyada en el brazo izquierdo de su hijo David, que, como los personajes de las revistas, camuflaba sus delicadas pupilas del color del yodo tras unas gafas de sol. Todos nuestros hijos tienen los ojos delicados. Del otro brazo de David pingaba el abuelito Jesús casi arrastrándose. Las tres figuras negras, encadenadas, parecían insectos que se comen a otros insectos. Rosa recordó a dos ancianos manoteando sobre la línea de la carretera. Sus posiciones imposibles de combate. Insectos promiscuos y fornicadores que dibujan, con sus cuerpos duros, bloques sintácticos y kamasutras. Detrás iban Luis, que se sonaba los mocos, y Paquita. El tío Fausto cerraba la comitiva, solo, con una rosa roja en el ojal, que rompía el luto pero le daba carne, sangre, dramatismo. Al pasar junto a él, Roque, su antiguo amigo, agarró la mano de Fausto y se la besó no como se besa la mano de un Papa o de una dama de alta alcurnia. Los labios de Roque no rozaron la piel de Fausto. La ensalivaron.

Paula, Rosa y Braña-Alcañiz pudieron verlo, aunque mudos, miraban los labios y escuchaban las entonaciones perfectas de una comunidad que, acostumbrada a la muerte y a la despedida de sus vecinos, acoplaba sus voces como un entrenado orfeón. María Melgar seguía oliendo a coliflores y cachopos, pero tenía tesitura de soprano. Entre la masa polifónica, se adivinaban barítonos, tenores, contraltos, mezzos y voces lastimeras, pero afinadas, que no alcanzaban el brillo en algunos agudos. La sensación era heladora. Cuando la familia, por fin, ocupó los bancos delanteros, el pueblo de los primos de los primos detuvo los cantos como llevado por la batuta de un invisible director de orquesta. La iglesia olía a cera quemada, flores e incienso.

Por los caminos, los que dicen «Este es mi pueblo» estrenaban sus bicicletas eléctricas. Atravesaban la mañana como piqueta de gallo mientras los senderistas iniciaban su caminata bien pertrechados de gorras y bastones. El «Este es mi pueblo» de las casas rurales se protegía de lo profundo. Del corazón de las tinieblas. Depredadores y depredados, borrachos en los bares, animales desangrados a cuchillo, desollados, escopetas de cazador, tardes de brisca, batas sucias de grasa, confesiones y rezos antes de dormir, aserraderos y dedos amputados, callos en las palmas, agujas de ganchillo, tapetes, calendarios de talleres mecánicos, cajas metálicas para guardar los ahorros, cerrojos y lindes, llavines, remedios, chorizo de guisar, pura y limpia agua de la fuente, cementerios, jotillas, tilín y tolón. Óxido.

Mientras una excursionista tomaba nota de su peso y de su índice de masa corporal en la farmacia de Azufrón, el cura guineano comenzó el responso y todo el pueblo se movió

acompasadamente, arriba y abajo. Todo el pueblo se dio la paz y echó monedas en un cesto de paja. Todo el pueblo urdió su tramo de la fragilísima tela de araña. Aquel lugar era como los tapetes de ganchillo que las mujeres salen a tejer a sus portalones mientras sus lenguas se encadenan unas a otras y se quedan pegadas como la carne al hielo. Comunidad entrañable y asfixiante. Pequeña y gran familia en la que ni Paula ni Rosa ni Braña-Alcañiz tenían sitio. Al final, la familia, de pie en el altar, desde una olímpica altura recibió el pésame de todos. El pueblo, después de hacer cola, desfiló frente a los parientes del difunto para dar sus condolencias. «Ay, hija, cuánto lo siento», «Yo lo quería mucho, lo sabes, ¿verdad?, «Tu padre era un gran hombre, un trabajador», «Tienes que aprender a vivir sin él», «Era un ejemplo, un prócer», «Le acompaño en el sentimiento», «Siempre nos dejan los buenos, se van los mejores», «Lo que luchó por su familia», «Un gran hijo y un gran padre», «Lo siento, lo siento». Todos son familia o tal vez nación, grupos humanos por donde se empiezan a investigar todos los crímenes. Consanguíneos y *consanguinarios*. Aquí será difícil dejar de interrogar a alguien. Porque María es prima de Analía y David es sobrino de Fausto y Fausto el enamorado de su lejano pariente, Roque, que cuida los animales y no quiere saber de nada ni de nadie, pero es tío del alcalde ecologista que es el hermano del veterinario que se casó con su prima segunda, amiga de toda la vida, casi hermana de Paquita, cuñada de Samuel, que se casó con Analía que era sobrina del padre de María e hija de la pobre Julia y nuera de la dulce Virginia bisturí. Los descendientes de su hermana Mónica han puesto una casa rural que le hace la competencia al hotel de los Beato. Puede que mi hijo Olmo viese toda esta escena en el blanco y negro de los fotogramas del NODO. Al salir de la iglesia, curado de su daltonismo —milagro, milagro—, mi Olmo disfrutaría del estallido de colores de un anuncio de cualquier bebida sana y filantrópica. O isotónica, porque en los anuncios esas palabras significan lo mismo.

Samuel apareció ahorcado en uno de los árboles más oscuros de un pinar situado en las inmediaciones de los terrenos donde se iba a construir la gasolinera. El cadáver colgante fue descubierto por los adolescentes de bozo marrón que hacen pellas y en otoño recogen níscalos para guisarlos con patatas. Los adolescentes declararon con sus voces de gallo Kiriko: «Lo han ahorcado como a los galgos. Con las patas muy cerca del suelo. Las puntitas de los dedos casi rozaban la tierra.» Hasta en las peores situaciones, un poco de esperanza nunca está de más.

ASESINOS QUE GANAN (LEA DESPACIO)

Nosotros somos el maestro y el destripaterrones, la mujer que no comulgaba, el palomo cojo y el masón y el chico que cantaba «La Internacional» con el puño en alto. Nuestro conocimiento es la bola de un escarabajo pelotero en la que se confunden las aventuras novelescas, las tablas de multiplicar, la sabiduría para leer el cielo, las leyes o la repercusión del granizo. También somos españoles. Consignamos este pequeño detalle porque hoy nos roban patria, gentilicio, las coplas de Miguel de Molina, las lágrimas y la bondad. Nos queda el sentido del humor. Entonces, para nosotros, cantantes y maestros, los padres de Boreal y Harmonía, de Viento del Este y de Olmo, destripaterrones, labradoras, para nosotros, ser españoles era importante, pero lo era más aún ser fraternos, y al lado de los casquillos incrustados en la tierra sin remover, los casquillos con los que clementemente nos remataron, al lado del tabernero de Azafrán o de la zapatera prodigiosa de Arcillas, descansan un estadounidense o un inglés con los que aún —y mira que han pasado los días y las inundaciones, lo mucho que se ha helado y florecido la plancha de la tierra— nos comunicamos por señas porque somos muy brutos para aprender los idiomas anglos y las extravagancias. *Yes, yes, yes, Dickie Johnson, yes.*

Nosotros somos el esquilador —ni el afilador ni el barbero— y el que cantaba «La Internacional» con el puño en alto y damos este último detalle, tan simbólico y acusador, porque siempre que nos buscan nos retratan desde un lado humano que efectivamente lo era —arrebañábamos con gusto las salsas y las finas bechameles—, pero quizá les resta importancia a otras acciones de las que nos sentimos orgullosos: lograr que un hombre no husmee los matorrales como un perro, entonar un himno blasfemo, enseñar a leer al que no sabe, pegar un tiro o dejarlo de pegar, avisar a un compañero para que salga de su casa echando hostias. Somos el pescadero que enseña a leer a sus vecinos con las páginas de *El Socialista*, el hijo que salió del redil una noche y no volvió nunca más, el jugador de julepe, el hombre que gastaba bromas pesadas y bailaba pasodobles acrobáticos con su novia y tenía alas en los pies. *El Fredaster*. Somos el pulcro carpintero y el padre de cinco criaturas que se quedaron huérfanas, el muchacho que al reír guiñaba los ojos y se le arrugaba la cara, y su risa era como una varicela o un contagio. Somos Catalina, muerta, que guardaba un sonajero en el delantal. Somos esos pequeños detalles que nos convierten en personas únicas: el lobanillo, la maldita caspa, el olor a caldo de gallina de nuestros domicilios y la manía de pasar el dedo por la hendidura de la pared. También Colometa pasaba los dedos por las balanzas, ávida de cosas tangibles, justicia, tacto, caricia lenta, sexo profundo. A veces fuimos hombres muy torpes. Hoy no lo volveríamos a hacer así. Nuestras mujeres solas resistieron. Algunas callando y otras rezando cada noche al Dios de la Pasionaria «Que se muera esta panda de cabrones, que se muera, que se muera».

Nuestras mujeres, a riesgo de ser condenadas por brujas, hacían espiritismo con peceras llenas de agua en cuyo interior nunca descubrían nuestros rostros de antes —los de ahora no estaban para apariciones— porque no conocían las palabras mágicas ni las tres veces que había que pronunciar *Bitelchus, Bitelchus, Bitelchus*. Algunas de ellas mantuvieron los secretos para que los hijos fueran felices; otras conservaron el ceño fruncido mientras trabajaban de sol a sol. También algunos hombres enviudaron y pasaron mucho miedo y fueron infelices.

Nosotros creemos que el arte contemporáneo se reduce al garabato que podría trazar un borrachín o un mamón. Un gamberrito. Caldo de gallina, póngame dos tazas, camarero. Déjese de subterfugios. Nos gustaban los cocidos sin repollo y nos poníamos colorados de una manera muy cómica. Esas cosas tan comunes acaso nos exculpan de nuestros pecados y que así sea, amén. Pero quizá es que nosotros queremos también ser culpables; incluso ya a estas alturas, sin que nadie se moleste, por favor, nos gustaría ser íntimos en nuestras lúbricas alcobas, pero también volvernos un poquito épicos. No sabemos si podría ser. Por favor. Echaremos una instancia en papeles verjurados y le pegaremos un montón de pólizas.

Somos gente a la que le tocó estar donde no había decidido, pero también éramos personas que tomaron decisiones: concejales y alcaldes republicanos, las chicas y los chicos que cantábamos «La Internacional» sabiendo muy, muy bien lo que nos jugábamos, los ausentes de misa. Y ese estar y ese ser y ese cántico nos hacían humanos, incluso demasiado humanos. Y valientes. Que nadie se olvide porque esas y la avaricia son las razones por las que nos mataron o, al menos, las razones que hicieron buenas, justas, necesarias nuestras muertes durante el golpe, la guerra y los cuarenta años de paz. Ahora vuelven a pasear por las calles españoles con pistolas a los que se les llena la boca llamándose es-pa-ño-les. Quieren electrificar con alambre de espino y cuchillas el perímetro de nuestros 5.978 kilómetros de costa. Apunte del maestro. *Yes, Dickie Johnson, yes. Incredible*. Dickie se remueve en su agujero. Otra vez hay españoles que gritan olé, porque el *ole* es una palabra que no tiene explicación, el *ole* es una palabra que sale del corazón y, además, forma parte de nuestro gentilicio. Gentilicio. Ni onomatopeya ni calambur. Aquí hemos aprendido cultura general. Retórica. Morfología y sintaxis. Juegos de palabras. *Yes*. Los verdaderos es-pa-ño-les quieren taparles la boca a nuestras risueñas mujeres. Aquí las echamos de menos, pero es preferible. En las ciudades también acribillaron niñas contra las tapias de las cárceles. En otros pagos, llenos de flores y campos de trigo, las mujeres eran animales que se ponían a cuatro patas. A algunas les arrancaron los dientes para que chuparan pollas sin hacer dañito. No había necesidad de balacearlas. Amigas, os necesitamos tanto y tanto penamos aún por vosotras. Insistimos hoy, otra vez, hay hombres que pasean por la calle con sus pistolas y sus correajes, y donde ponen el ojo pueden poner la bala. Por todo eso, hoy, aunque somos muy pacíficos, ciertas omisiones podrían cabrearnos. Porque no nos asesinaron por la magia-manía de pasar el dedo por la hendidura o por nuestra habilidad como danzarines. Aquí, cuando hacemos un cónclave, pensamos que ciertas omisiones son muy malintencionadas. Éramos responsables. Luchábamos porque queríamos vivir y no fue la guerra la que nos arrebató la vida, las vicisitudes, la historia. Fueron nuestros enemigos.

No queremos ser ni la mala ni el malo ni la buena ni el bueno. No queremos ser un libro ni una favorecedora moda miliciana. Pero llevamos años y años, dentro y fuera de la tierra, en lo profundo o a flor de superficie, escuchando historias que convierten en hombres y mujeres a nuestros delatores, a los que sembraban el odio desde el púlpito, a los que secuestraron a nuestras criaturas, a los que nos dejaron sin pan, a los que nos prostituyeron y nos condenaron a la

chabola, la cartillita de racionamiento, la cerviz doblada. Es verdad: eran hombres y mujeres. Y nosotros, hombres y mujeres también, pedimos que no se subrayen nuestras maldades para agrandar lo que los otros tenían de bueno —no tenían tanto, porque incluso la ignorancia se confunde, se pervierte y no siempre es digna de piedad—. Insistimos: nos gustan los chistes malos, pero reclamamos nuestro espacio mítico. Dice el maestro: Troya, Circe, Aquiles, Clitemnestra. Antígona, Antígona y Antígona. Íntima y épica. No me humanices por lo que de humano conservo: también quienes tiraban muchachos y muchachas en pleno vuelo sobre el Río de la Plata regalaban juguetes a sus niñas por su cumpleaños y se limpiaban el moco oyendo cantar a Gardel. Dos lagrimitas o dos lagrimones les caían mejillas abajo. Abajo. Como los drogados cuerpos caían para romperse contra la placa, militar y gris, del mar. Lo escuchamos aquí debajo, en la radio de galena que Dickie compuso con cuatro cositas. No me humanices por amar a mi madre o a mi padre. Hazme humano o humana o interhumano, hermafrodita o persona disfrazada, por algo que no se dé por supuesto. Hazme humano por mi generosidad. Por mi alegría. Por los riesgos que corrí incluso jugando al escondite o desactivando una bomba. Por las canciones que elegí cantar y que eran mucho más hermosas que otras canciones. Somos los tuberculosos los que más nos divertimos, y cuando vamos de farra, pura sangre escupimos. Cantamos los diez negritos, mi casita de papel, los cuatro muleros —tra, tra— y nos buscamos las agusanadas cosquillitas de la sotabarba. Usamos estos materiales, tan idiosincrásicos y tópicos en los países pequeños, para seguir siendo intraducibles.

Queremos volver metidos en un columbario y quedarnos allí junto a la jaula del jilguero, recuperar cierta presencia nítida en el retrato del grupo familiar. Nosotros somos, en efecto, el pastor que fue acusado de robar el rebaño del otro y el marido de la portera que entregó a su hija, por falta de cupones de racionamiento, a una madame que le compró a la nena pasteles y unos zapatitos para taconear por la casa. Somos el origen de anatomías famélicas, alcoholismos, pólipos en el colon, ojos oscuros, pieles con acné, dentaduras amontonadas, obesidades mórbidas, adictos a los móviles, las tragaperras y los ganchitos, síndromes postraumáticos del perdedor, consumidores compulsivos de películas del Oeste y también de zombis comedores de sesos y muslos infantiles. Gente más bajita que otra gente que, poco a poco, se va recuperando. Nos dicen que algún líder socialista sobrepasa hoy el uno ochenta y cinco. Nos parece asombroso y nos congratulamos por el efecto benéfico de los yogures de leche entera y de otros alimentos-medicina. Somos el novio de la hija del farmacéutico —ni puta ni guarra, una mujer preciosa— y, más allá de nuestras mismísimas muertes, que no son *peccata minuta*, nunca perdonaremos a los mercaderes, a los que se mordieron la lengua y a los que la tuvieron muy larga, plutócratas, ventajistas, especuladores, estraperlistas, pájaros de mal agüero, los que agacharon el morro, los violadores, nunca perdonaremos a los que les daba lo mismo lo uno que lo otro siempre y cuando ellos se quedasen con la parte de los ángeles y la listeza de los ratones coloraos. Nos ponemos enfermos de solo recordarlo. Nos pasamos las sales para evitar los vahídos. Se nos borra la sonrisa crónica del semblante-calavera. Nunca perdonaremos al asesino que gana ni al barbero de Azafrán. Dickie Johnson tampoco. *No, Dickie, no.*

El sol que más calienta y la sombra que más cobija. Supervivencia, piedad, supervivencia, todo lo hice por el pan de mis hijos, no me quedó más remedio, cuando Dios aprieta, no juzgues, no sabes, garbanzo negro, podrida manzana. Se lo explicamos a Dickie y a una fotógrafa de las Brigadas Internacionales que responden: «Sí, sí, sí, pero yo me morí.» Nos mataron y nuestros huesitos no salieron a la luz hasta un verano de principios del siglo XXI. Los torturadores de

nuestros descendientes y simpatizantes, exhibiendo sus seudónimos de pistoleros del Far West, aún cobraban sus pensiones, y Francisco Franco ocupaba su espeluznante mausoleo. Te contaremos un cuento si nos das un *like.*

2. POLTERGEIST

(**Nana de tórtolas**)

> Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. «No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte.» Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.
>
> JUAN RULFO,
> *Pedro Páramo*, 1955

Había una vez un peón caminero que tenía dos hijos. El mayor se llamaba Antonio, y la pequeñita, Julia, es la protagonista del cuento. El peón caminero había levantado su casa habitación, su caseta, en la legua que le correspondía reparar y mantener a la entrada del pueblo donde había nacido su difunta esposa. El pueblo se llamaba Azafrán, pero no solía oler a flores ni a pistilos. El tercer parto se llevó por delante a Arminda, la joven esposa del peón. Lo que le había salido de entre los muslos era un trozo de carne muerta, cuyo género y especie nunca llegó a aclararse. No hubo tiempo porque el pobre viudo sintió tanto dolor y tanta rabia que echó el ensangrentado amasijo a los cerdos, que lo recibieron con mucha alegría y lo festejaron con sus gruñidos de cerdo. Incorporaron el gelatinoso bocado a la parte magra de sus cortes y despieces. También hay quien dice que todo eso no es más que una mentira y que, en realidad, el desconsolado viudo arrojó el despojo a las turbias aguas de la laguna Madriguera. Lo cierto es que el amasijo nunca reposó en sagrado y que se había llevado por delante a una mujer joven y lustrosa muy amada por los suyos. Los vecinos no preguntaron; de ahí posiblemente nacieron los rumores, porque cuando las cosas no se quedan claras como el agua clara, se da pábulo a la murmuración.

En resumidas cuentas, si bien la muerte de Arminda puede ser trascendental para el desenlace de esta historia, no lo es tanto el destino de aquel trozo de carne que sería rescatada, de entre las fauces de los cerdos o las humedades del agua, por el ángel protector de los nonatos y los despojitos de clínica. Que Dios los tenga en su Gloria. Lo que conmovió muchísimo a los

azafraneses, azafraninos o azafraneños —estamos muy interesados en la lógica interna de los gentilicios— fue la viudez del peón, la orfandad de sus criaturas y la ausencia de Arminda, de quien nadie habría podido pensar que la fría tierra acogiese tan prematuramente sus osobucos y carrilleras para deleite y algarabía de gusanos zangolotinos y golosos. Todo el pueblo se despidió de Arminda en la iglesia con luto y cánticos. Como es costumbre por estas comarcas.

En aquellos tiempos, muchas parturientas morían a causa de las fiebres puerperales, pero la tragedia del peón caminero fue más devastadora. Se le fue la pinza. Y ya que empezamos a escarbar en su cabeza también diremos su nombre: el peón se llamaba Tomé Melgar y pensaba que el mal de muchos era consuelo de tontos y que, en su caso, la muerte de su mujer era peor que las otras muertes porque su Arminda se había muerto por nada. Ni por carne ni por pescado. A Arminda se la había llevado el Señor por culpa de un engendro —nada sabía Tomé de los cigotos, el lanugo, el meconio y los periodos de formación fetal— y esa cosa no merecía ni el cielo ni las calderas del diablo, sino tan solo ser devorado por los cerdos que el peón y su prole se comerían después en forma de salchichón bien salpimentado o morcilla de arroz. Pedimos disculpas por el excurso digestivo, pero aquí hemos pasado mucha hambre. Hambre de sabores y de necesidad de morder. Lo lamentamos y retomamos el cuento sin más dilación.

Julita y Antonio rezaban con las manos juntas. Pese a lo que pudiese pensarse de la conducta del peón caminero, este amaba muchísimo a sus cachorros, quienes, desde la muerte de la madre, estaban un poco dejados de la mano de Dios. Iban al colegio solo de vez en cuando y siempre andaban saltando y corriendo por los alrededores de la caseta, un humilde cuartucho con un colchón, una lumbre, un armarito y una bacinilla para asearse. Desde que Arminda murió y la casa de la calle de la Fuente —que pronto sería rebautizada en honor de Arias Navarro, carnicerito de Málaga— se fue cayendo a cachos, los niños pernoctaban donde su tía Teo. Pero solo pernoctaban allí, porque antes de que Teo se levantase para preparar el desayuno y asearlos, como a gatos chicos, Antonio y Julita ya se habían escapado, corriendo a todo correr, hasta llegar al confín de Azafrán. Allí su padre pasaba en la caseta muchas noches, pese a la neviza y los chuzos de punta, mordido por su dolor y aletargado por sus masturbaciones.

Mucho era el amor que se dispensaban este padre y sus criaturas, y lo cierto es que Julia y Antonio, gracias al buen hacer y la paciencia de Arminda, sabían leer desde pequeños. La pobre Teo se quedaba sin argumentario para conducirlos por la senda virtuosa de la buena educación, el catecismo y las primeras letras. La madre había adelantado mucho trabajo antes de morirse. Los niños recitaban el padrenuestro, el ángel de la guarda, sabían varias canciones, leer, escribir, sumar, restar y hasta esa tabla del nueve de la que en los tiempos que corren ya no se acuerda nadie. Dame un *like*. Atesoraban los vástagos del peón nociones de geografía mítica y algunas cosas de la naturaleza: cómo se aparean los animales, y sus similitudes con el apareo de los machos y las hembras de la especie humana. Antonio y la precoz Julita observaban con curiosidad a su padre:

—No se murió ella, la mató el engendro. La carne regresó a la carne. Lo garantizo.

El peón caminero se masajeaba la tripa lúbrica y circularmente como el ogro de los cuentos. O como los maharajás.

* * *

El viudo y los huérfanos se amaban, pese a la desgracia que se había cernido sobre ellos y a que la muerte de la madre había obligado a los niños a crecer de golpe. En enero de 1936 Antonio tenía trece años, Julita acababa de cumplir los ocho y protegía los nidos de los pájaros. Se lo había propuesto y, después de echarle un escupitajo, se había besado muchas veces la cruz construida con sus dedos índices. Por delante y por detrás. Era, para ella, una misión.

—Pásame aquel pedrusco, Antoñito.

Antonio era un chaval, fuerte y generoso, que pronto empezó a ayudar a su padre en la faena de cuidar zanjas y cunetas. También le ayudaba a reparar los baches, pero lo que más le gustaba a Antonio era ejercer las labores de vigilancia que, supuestamente, correspondían al peón caminero. En cuanto Antonio avistaba a un extraño, se iba corriendo a llamar a Tomé por si había que dar aviso a las autoridades. Nos cuesta mucho sentir simpatía por este talante policiaco y de ojo avizor, pero entendemos que a veces estos oficios y estas vocaciones, aunque casi nunca traen nada bueno, constituyen una necesidad. Una vez, Antonio detuvo al barbero, un hombre de un pueblo cercano al que se le ocurrió pasar por Azafrán para pelar barbas y apurar gañotes. Antonio, amenazándolo con el pico, lo obligó a sentarse en una silla y lo ató a ella bien fuerte con soga gruesa. El barbero no parecía gran cosa, físicamente hablando, y se dejó atrapar manteniendo impasibles las facciones. El cancerbero, sentado frente a él, en el suelo de tierra de la caseta, no dejó de vigilarlo ni un instante. Julita entraba para ver lo que pasaba, asentía y rauda salía corriendo mientras sacudía las manos como si se las hubiesen escaldado en agua caliente. Otras veces entraba con un mensaje y le pedía a Antonio con voz rota, bajísima, de niña cauta:

—Suéltalo, que se marche, que se vaya…

Con buen ojo, como la historia se encargaría de demostrar más tarde, Antonio mantuvo retenido al barbero hasta que su padre llegó de hacer unos recados y, muerto de risa, le desveló la identidad de la presa. También se deshizo en disculpas con el buen barbero del que decimos que es bueno por exigencias de la retórica y respeto al epíteto en las narraciones.

—No te disculpes, hombre. Es un chico cuidador.

El barbero se encendió una colilla:

—Parece un perro.

A Antonio, ahora con el rabo entre las piernas, le habían resultado sospechosos los utensilios del barbero, aunque nada supiera de Jack el Destripador y otros asesinos en serie. El cautivo liberado, para demostrar que no le guardaba rencor al jovencito, le invitó a sentarse en un taburete, le colocó un paño alrededor de la sotabarba y no le afeitó, porque al muchacho solo le había nacido sobre el labio una pelusa floral de la textura de los vilanos, sagrada e intocable. El barbero le rasuró bien el cogote y le dibujó virilmente las patillas.

—Estás muy guapo, Antoñito.

Dijo Julia, que se chupaba el dedo gordo agazapada detrás de la caseta. La minúscula criatura, que al igual que las hadas a menudo pasaba inadvertida a los ojos no atentos, se fijó en el iris rojizo del barbero, en sus cejas blancuzcas. Había vigilado cada movimiento de la mano que sujetaba la navaja y la deslizaba sobre la piel de Antonio. Se había puesto de puntillas cuando no veía bien para no dejar desprotegido de su mirada ni un milímetro de la piel de su hermano. A la niña se le pasaban los dientes con el sonido de cada deslizamiento de la navaja sobre el cogote de Antonio. A Julia las labores de guardián de su hermano mayor le habían inoculado una gran aprensión hacia las gentes nómadas. Al final, la anécdota del barbero quedó en episodio jocoso. Este, cuando acabó su trabajo fino, le dio una colleja al chaval:

—¡Un dandi!

Antes de que se fuera pedaleando hacia la plaza del ayuntamiento para asear y poner guapos a los azafraneses que se lo pudieran pagar, el barbero recibió un beso de Julia, que también le entregó una florecilla. El padre la empujó hacia el hombre para que lo agasajase. La niña le tendió sus humildes ofrendas. Quería que se fuera pronto. Cuanto antes. Le daban miedo su maletín oscuro, su navaja y sus ojos de ratón.

—¡Adiós, adiós, buen viaje!

Canturreó Julita, prematura niña de estación y profética sibila de doña Concha Piquer, al cerciorarse de que el barbero se alejaba. La niña estaba más contenta que unas castañuelas. A Julita Melgar le gustaban las cosas chiquititas, el baile, pero sobre todo el canto y los flautines de la naturaleza. Por aquí pensamos que podría haber sido cupletista de renombre o destacada cantante lírica.

* * *

El barbero, Jesús Beato Expósito, y el peón, Tomé Melgar Melgar, entablaron amistad. Los parroquianos provocaban al peón caminero:

—¿Qué? ¿Ya vas a tomarte un vino con el esquilador?

El peluquero de señoras, el sacamantecas, el degollador, el finolis, el relamido, el quiero y no puedo, el señoritingo, el quién se ha creído este que es, el hospiciano, el sacamuelas eran algunos de los motes con que adornaban al bueno de Jesús Beato. A Tomé este derroche de imaginación para evitar llamar a un hombre por su nombre y su apellido le llevaba a concluir que a uno no le dejaban sacar los pies del tiesto nunca. De hecho, él era un trabajador amarrado al duro banco, el mágico habitante que se pasa la vida debajo de su champiñón. Un condenado a galeras que a veces transformaba su carácter pacífico en dentellada de bestia y, casi sin solución de continuidad, volvía a desconectarse para ser cordero otra vez. Ese gen iracundo fue heredado por las mujeres de su familia en una segunda generación.

—Yo me tomo un vino con quien me sale de los cojones.

Los azafraneses —reunida la academia en asamblea plenaria, hemos optado al fin por este

gentilicio, aseado y común, que sigue el modelo Sudán-sudaneses, frente al exótico Paquistán-paquistaníes— no conocían el mito victoriano de Sweeney Todd. De haberlo conocido, a Jesús Beato se le habría caído el pelo y no habría afeitado ni una sola barba. Quizá tampoco el peón le habría dejado acercarse mucho.

—¡Quita, bicho!

Aquí pudimos disfrutar de diferentes versiones de la historia del barbero sanguinario. Nos aburríamos y nos interesaba la putrefacción de la carne y las especiadas combinaciones gastronómicas de más allá de estas tierras: las dulces vísceras del *kidney pie* y la mermelada de ruibarbo. *The Demon Barber of Fleet Street*, masculla Dickie. *Yes, Dickie, yes*, lo apaciguamos para que sus guedejas pelirrojas no sobresalgan entre los colinabos. A Dickie lo trajeron para acá mucho más tarde. Nadie sabe cómo este guiri cayó, descoyuntado, encima del bujarrón, en la primera zanja, la que quedaba más cerca de la carretera. Durante un segundo, volvimos a sentir el aire y nos percatamos de que los ojos se nos habían deshecho porque no pudimos percibir la luz. Las nutritivas sustancias de los ojos —el humor vítreo y el cristalino, la retina— fertilizaron sin duda los huertecillos próximos o acaso se quedaron en la legua de Tomé para abonar futuras rosas y setos de boj.

Hasta que nos liberaron como quien libera París, lo cierto es que Dickie nunca llegó a integrarse totalmente. Tampoco la fotógrafa de las Brigadas Internacionales, que siempre nos da la espalda. Quizá es demasiado pudorosa. Los anglosajones sufren traumas incomprensibles para un castellano viejo: resultan demasiado hiperactivos y entusiastas. Se creen las esperanzadas mentiras, la voz del mago de Oz y los bulos. Nada conocen de las proximidades de la muerte y las delicadezas del Barroco. Le rogamos a Dickie una dosis de mesetaria austeridad y decoro compungido. Los anglosajones —donde quedan incluidos los irlandeses— escriben ejemplares historias sobre el canibalismo de párvulos como procedimiento para luchar contra el hambre. Aquí Saturno se come a sus hijos porque le sale de los cojones, sin estrategia, o Tomé, por pura rabia, alimenta a los cerdos con su destartalado ADN. También, al otro lado del océano, componen comedias musicales sobre el aprovechamiento del despojo humano en la elaboración de los exquisitos pastelillos de carne de la señora Marmaduke. *Daughter of bitch*!, aúlla un Dickie incontinente. Ya no le queda orina ni ningún otro líquido corpóreo.

Aquí solo servimos como mojama. La señora Marmaduke no podría reciclar nuestras chichas ausentes. Ahora somos vilano al viento o polvo enamorado. Si Dickie hubiese parado quieto, tal vez en sus tendones habría agarrado una buena raíz de uva moscatel. También agradecimos a Tim Burton *La novia cadáver*. Lloramos mucho cuando nos trajeron una copia pirata, y deseamos que la chica azul y vaporosa nos acompañase en nuestro lecho de tierra. Jamás le habríamos arrancado los dientes ni partido el corazón. El maestro, siempre al quite, destacó la relación intertextual de la película con *La muerta enamoradade* Téophile Gautier.

Sin tener ni una sola noticia de Sweeney Todd, sin haber acudido al estreno mundial de *Nosferatu* o de *M, el vampiro de Düsseldorf*, a los vecinos de Azafrán, nosotros mismos, un poco menos refinados que hoy, con muchísima menos cultura y sabiduría de la que atesora el viejo por

viejo y el diablo por hijo de la gran puta, posiblemente con nuestras cabezas apoyadas sobre la barra del tabernáculo, borrachos o dormidos, barruntando la tempestad, a los azafraneses de la taberna —los buenos— el barbero Beato no les inspiraba ninguna confianza:

—Si es que no lo conocéis, coño.

A Tomé le extrañaba ese repelús irracional que producía el barbero y esa fue una de las razones por las que inmediatamente se puso de su parte. Su nuevo amigo era persona afable e inteligente, que encajaba las bromas y lo que no eran bromas también. No había más que recordar el episodio con Antonio. Así que Tomé y Jesús Beato conversaban y se tomaban un vino cada vez que al barbero le tocaba pasar por Azafrán en su metódica ruta de caballito de carrusel.

* * *

En la taberna, el padre de Julita y Antonio se asombraba de la capacidad de observación de su amigo. No se le escapaba una.

—¿Has visto? Ese lleva un reloj nuevo.

Le decía el barbero al peón. Había detectado, a una distancia nada desdeñable, el destello de la cadenita. El maestro había sacado la maquinaria esférica del bolsillo. Le gustaba recogerse pronto y acostumbraba a mirar el reloj porque al maestro, muy vocacional y dedicado como hemos podido comprobar aquí en lo oscuro, le pesaban las muchas horas en compañía de niños y niñas, y a veces los minutos se le hacían eternos. No sabía el maestro todo lo que iba a aprender de las eternidades. La infancia, cuando no se participa de su lógica abstrusa y de sus jugarretas, es agotadora e incluso los maestros más generosos, en ciertos momentos de tensión y pánico, les pasarían a los pequeños por sus cuellitos de pajarines un nudo corredizo. El peón se quedaba admirado:

—¿Y tú cómo sabes que el reloj es nuevo?

Jesús parecía detective o ilusionista. El peón se enorgullecía del privilegio de asistir a un espectáculo gratis cada vez que entraba en la taberna con su nuevo amigo. Y le vigilaba por si, del maletín de las herramientas, sacaba un conejo o una blanca paloma. Sin embargo, el barbero le demostraba al peón, una y otra vez, que no había magia ni potagia: a las chicas no las cortaban de verdad cuando partían la caja en dos con un serrucho, pero cada acierto o cada desaparición descansaban en el cálculo y el ojo de lince:

—El otro reloj tenía la cadena más corta.
—Pues yo ni me había fijado, oye.
—Hay que fijarse, Tomé. Hay que fijarse.

Al barbero le encantaba exhibir ante el peón sus habilidades: la velocidad con que recorría las distancias entre los pueblos pedaleando en su bici; el aguante para beber vino y la destreza para

hacer cuentas de cabeza sin dedos ni papeluchos:

—Y corro la coma y me llevo dos y me salen diecisiete pesetas justas.

A Tomé le podía haber dicho que no corría la coma, que se llevaba tres y que le salían quince pesetas y media. A él le habría dado lo mismo. Pero lo que más obnubilaba al peón caminero era cómo Jesús calaba al primer golpe de vista amoríos e infidelidades:

—A aquel los dedos le huelen a salado. ¡Dónde los habrá metido!

A Tomé se le desencajaba la mandíbula de escándalo y curiosidad.

—Cierra, hijo, que te vas a papar una mosca.

El barbero pasaba el brazo por el hombro del peón y le acercaba la boca a la oreja en remedo de lúbrica intimidad:

—Le he afeitado esta tarde y le he olfateado de cerca: los dedos le huelen a salado y la boca a concha de marisco.

Tras la revelación del secreto, Jesús Beato se separaba de golpe del peón, lo empujaba y lo apartaba de sí:

—Por cierto, Tomé, a ver si te doy un repasito en las orejas que las llevas muy peludas.

Jesús Beato, simpático y campechano, debía de ser un gran amante y conocedor de las mujeres. Tomé solo había estado con Arminda y ahora la echaba de menos. A ella específicamente y, en general, todas las guarradas que hacía con ella.

—No son guarradas, Tomé. Tócame ahí, ahí. No quites la mano.

Tomé apretaba los ojos y obedecía a Arminda, que era una mujer extraña que a veces le daba miedo.

—Tomé, dame calorcito.

Puede que Dios la hubiese castigado por aquella manera de relamerse y de no tener vergüenza. Nosotros corroboramos las sospechas de Tomé Melgar, porque cuando el que hace de Dios viene por aquí se pone a repartir castigos y dice que se va a llevar al cielo a los niños que no comen —la famélica legión— y a las disfrutonas. Mamarrachadas.

—Dame, Tomé.

Arminda, regodeándose en el juego de palabras, se sonreía y le llevaba la mano. Él, ya viudo, cuando sus hijos estaban perdidos o en casa de Teo, se masturbaba sin parar, forro arriba y forro abajo, cerrando con fuerza los ojos, detrás de la caseta. Casi perdía el conocimiento y casi, casi,

con sus exageraciones, Tomé estuvo a punto de validar la teoría anticientífica —«Anticientífica», levanta el dedo el maestro— de que las muchas pajas te dejan ciego, tonto o paralítico. Los curas, a tan ejemplar masturbador, le hubieran llevado en andas durante las procesiones. Cuando se la meneaba, parecía que el peón se estuviese haciendo mucho daño. Luego lloraba y removía la tierra para guardar dentro los líquidos seminales que fertilizaban el campo con su vergüencilla. Allí los encontramos al llegar formando pequeños charcos grisáceos. Más abono para flores. El peón no se atrevía a acercarse al burdel de la carretera. El cura de Azafrán le perdonaría ese pecado, pero a lo mejor Julita se lo reprochaba cuando fuese mayor. Tampoco quería dar mal ejemplo a Antonio. Sin embargo, a menudo pensaba en confesarse con su nuevo amigo que le instruiría en las artes amatorias y le enseñaría a acariciar a las mujeres no como si lijara una mesa, a besarlas sin comerles el morro, masticándolas, a disfrutar de ellas completamente desnudas y no solo a medio desvestir. Arminda quería quitarse del todo la ropa, pero él no se lo permitía. Le intuía en las ingles un vello oscuro y demoniaco.

* * *

—Tomé, te veo ido.

Jesús Beato sacaba al peón de sus ensoñaciones galantes, y Tomé pasaba de la melancolía a las ganas de reír porque le gustaba exhibirse con ese barbero que tanto respeto o tantos resquemores levantaba, como polvareda movida por el viento en las solitarias calles de Azafrán. Junto a Jesús Beato, Tomé se encontraba más listo. Ascendía de categoría. Se había acostumbrado a que el barbero lo supiera todo de todo el mundo. El mero contacto con el inteligentísimo barbero le transfundía sapiencia invistiéndole de una dignidad desconocida para el peón. Jesús le revelaba secretos de sus paisanos que Tomé nunca habría podido imaginar. Puede que incluso le hubiesen importado un bledo. Hoy una punta incandescente cauterizaba áreas del cerebro lechal del peón caminero y, por el calor que Jesús le transmitía a su oreja, le empezaban a importar aquellos asuntos inimaginables:

—Me ha dicho el cura que ese no va a la iglesia desde que lo bautizaron. Y ni siquiera de eso está muy seguro…

Tomé se había acostumbrado a que el barbero, cuando agarraba una presa entre los dientes, no la soltase:

—¿No oyes lo que está tarareando?

El peón reconocía la cancioncilla que entonaba Nicolás siempre metido en líos de política. No le parecía tan grave. Tomé ignoraba lo que era un paria de la tierra y más aún lo que pudiera ser una famélica legión. Niños con hambre, probablemente.

—El conocimiento conviene, Tomé: vale dinero. También las ideas sirven para producir dinero. Pero los ideales, Tomé, los ideales no sirven más que para dar disgustos…

Algunas veces a Tomé Melgar tampoco le gustaban los ojos con los que el barbero se

quedaba prendido de algunas personas. El maestro, Nicolás, una mujer del pueblo de al lado de la que Jesús le contaba sapos y culebras, la hija del farmacéutico, el asilvestrado padre de Harmonía y Boreal. Tomé se cabreaba cuando el barbero estiraba el dedo apuntando hacia sus viejos amigos, aunque en realidad al peón los disgustos le duraban un sorbo, porque el vino lo ponía alegre, sus viejas amistades nunca lo habían sido mucho, estaba cansado de sufrir y, casi sin sentirlo, se estaba curtiendo en la maledicencia, el aguardiente y la impiedad. Sí, por aquí, a veces también utilizamos palabras sagradas. *The salvation army*, recuerda Dickie en su idioma masticable. *Yes, Dickie, yes. Be quiet, Dickie*. Vamos mejorando en nuestro inglés y en nuestra falta de complejos con la teología de la liberación. Las fibras cardiacas de Tomé Melgar oscilaban, como los juncos de la laguna Cascabela, impresionables y quebradizas:

—¿Has visto, has visto?

Imitaba el peón al barbero.

—¿Qué quieres que vea? Ahí no hay nada que ver.

Tomé nunca se fijaba en los asuntos verdaderamente punibles, solo en las majaderías.

—Hay que fijarse, Tomé. Hay que fijarse.

El peón caminero asentía.

—Todo es lo que parece, Tomé. Por eso hay que fijarse mucho.

A Jesús Beato no se le escapaban ni los pecados ni los delitos. Los machihembraba hábilmente para hacerlos incluso más imperdonables:

—¿Te has fijado en cómo estira ese el dedo para coger la copa?, ¿te has fijado en cómo te está mirando? Aprieta el culo, compañero, que tus críos no necesitan una nueva mamá.

El chiste no era gracioso —ahora nos damos cuenta, entonces, sí, nos partimos el pecho—, pero el peón pensaba que lo debía de ser porque se le había ocurrido a Jesús Beato. Ante la recomendación del barbero, Tomé había apretado de verdad el culo.

—Espontáneamente.

Le ilustró Jesús Beato.

—No, no, espontáneamente no. Ha sido sin querer.

Replicó el peón, nada versado en adverbios ni orificios.

Cada día que pasaba, Tomé Melgar admiraba más la inteligencia, la rapidez y el verbo de aquel hombre, diez años más joven que él. Sin embargo, el barbero parecía haber vivido doce vidas más que el peón de esa legua que lo mantenía casi inmóvil a la entrada de Azafrán. Tomé

cavilaba para llegar a la conclusión de que tal vez quedarse toda la vida aferrado al mismo punto de la tierra no le proporcionaba a uno mucha visión ni conocimiento del mundo. Nosotros le llevamos un poco la contraria y manifestamos que a veces estarse quietecito conviene para el intenso desarrollo de la inteligencia. No hay más que vernos. Sin embargo, el peón creía que los viajes, más bien las vueltas a la manzana o las carreritas, habían ensanchado la mente de Beato. Los razonamientos de Tomé eran, sin duda, tópicos y a la vez visionarios respecto a las nuevas publicidades sobre turismo y movilidad laboral. Dame un *like*.

—Uno es lo que parece y, si no lo parece, es un mentiroso y nosotros haremos que lo parezca.

Para el peón caminero, los veinticuatro años de Jesús Beato Expósito, barbero itinerante, había que multiplicarlos por dos, por diez o por mil, porque el barbero guardaba, detrás de sus anaranjados ojos, la verdad de que el hombre era un lobo para el hombre y de que Dios perdonaba los pecados. También había visto mujeres barbudas y con pantalones, enanos de feria, elefantes, pavos reales, solomillo Wellington, champán servido en copas que parecían un pecho femenino de cristal. Lencería fina.

—Burros que vuelan es lo que tú has visto.

Tomé Melgar, envalentonado por dos copas de aguardiente, confianzudo, compadre, se atrevía a dudar de las palabras del barbero, a quien, al escuchar aquellas pueriles desconfianzas, se le enrojecían los iris como si alguien se los hubiese pinchado muchas veces con un alfilerito. Pero solo eran efectos secundarios del alcohol, porque en realidad a Tomé le interesaba que todo el relato de Jesús fuese verdadero. Su hermano, su amigo, el hombre con clase que le contagiaba cierto mundo.

—Lo vi en la capital. Cuando era más joven. —Lo sé, Jesús. Estaba de broma.

Beato Expósito nunca profundizaba en sus orígenes ni en el significado de sus apellidos. Pero desnudaba a los otros y, más allá, les veía las tripas por debajo de la piel: los mismos misterios que desvelaba con solo ponerle el ojo encima a un paisano de Azafrán, podía desvelarlos de uno de Arcillas o de cualquier otro pueblo de la zona. A veces Tomé creía que el barbero no era ni ilusionista ni mago ni detective ni barbero, sino un doctor en medicina muy ducho en la utilización de los rayos X, que por aquel entonces ya habían sido inventados. Aunque al peón las poquísimas veces que había ido al médico solo le habían obligado a que sacara la lengua y dijese treinta y tres.

—Hay que fijarse, amigo.

Le recomendaba el barbero al peón.

—Hay que fijarse.

El barbero sabía escribir, igual que la difunta Arminda, y anotaba parrafadas con una caligrafía preciosa en un cuaderno de tapas duras. Estaba borracho y observaba a los

parroquianos. No nos diseccionaba, sino que nos viviseccionaba porque aún estábamos vivos. Ranitas inocentes de la laguna Alta que era la más verde de todas las lagunas. Hasta hace poco tiempo una mujer muy buena, llamada María Martín, buscó la sepultura de su madre y escribía cartas diciendo que lo haría hasta que las ranas criasen pelo. Ranitas verdes y lampiñas. A nosotros Jesús Beato nos dibujaba con tridentes y calderas. Rabos y cuernos. Hediondos. Jesús Beato escribía lo que veía y lo que quería ver. Era lo mismo.

—La hija del farmacéutico es una puta.

No respetaba las reglas del espacio-tiempo ni las relaciones de causa-efecto, pero todo lo amañaba para que pareciese verdad. Escribía lo que le convenía. Como todo hijo de vecino.

—De ella eran los olores de aquellas puntas de los dedos. Y de aquella boca.

Algunos individuos no se merecen el republicano derecho a la alfabetización.

* * *

Al boquiabierto Tomé Melgar le agradaba que Jesús Beato le recogiera una o dos veces al mes en la caseta y dispensara un trato amable a sus hijos. Antonio ya tenía edad para mantener conversaciones con el barbero y tanto era el amor que el peón sentía por sus hijos que no le importaba que pudieran hacer comparaciones que a él lo colocaran en posición de inferioridad. Tomé quería creer que Antoñito se parecía a la madre muerta y que podría llegar a ser tan avispado y sutil como Jesús Beato. Lo importante era que sus criaturas aprendiesen a fijarse.

—Hay que fijarse, Julita, hay que fijarse.

Tomé acariciaba el pelo de su hija. Julia estaba casi siempre cumpliendo con su misión de proteger los nidos de los pájaros que ella sentía consanguíneos por los cantos, el vuelo y la fragilidad. No se lo decía con esas palabras, pero nosotros podemos asegurar que Julia barruntaba ya esas cosas dentro de la parte hueca que, después de las grandes bocanadas y las inhalaciones poco saciantes, presentimos al fondo de la respiración. En la caja de resonancia de lo que no sabemos. Julia se veía muy pequeña al compararse con las otras niñas del pueblo, pero se agrandaba, alerta, estirada y de puntillas, con la carcasa de su esqueleto en tensión, cuando Jesús Beato apoyaba la bicicleta en el mojón de la legua. Había comprobado que, esa misma noche, su padre volvería oliendo a vino. Los hermanos, a medida que el tiempo iba templándose, esperaban a Tomé dormidos sobre el colchón de la caseta.

—Pero mira, Julita, qué alegría. Si ha venido Jesús…

Julia se guiaba por un instinto moral, cuya raíz desconocía. Era intolerante a los malos olores, y aunque el barbero olía bien, seguía notándole por debajo del afeite un tufo amenazador. Peligro, peligro. Terminó por darle igual. Se olvidó. Ella miraba los pájaros y los dibujaba. Se inventaba cancioncillas. Construía palacios con guijarros de los alrededores de las lagunas o, imitando a su padre, formaba caminos. Para los insectos. Era una niña magnífica.

—Voy a ser peona caminera.

Julita entendía que el ejercicio desarrolla los músculos. Quería ser un montón de cosas.

—Anda, quita, qué peona ni qué peona vas a ser tú.

Antoñito se enfadaba porque se sentía un poco responsable y no le gustaban nada ni las delicadezas ni las burradas de Julia, que parecía no encontrar un virtuoso término medio. Estaba y no estaba. Temía y protegía. No se olvidaba de las cosas. No era una niña normal. Había aprendido a leer y a escribir, guiada por Arminda, muy precozmente. Jugaba sola a la rayuela. Rara vez se juntaba con el resto de las niñas de Azafrán, que la llamaban «huerfanita». Los apodos de Jesús Beato se borraron todos de golpe cuando llegó a su clímax y ya nadie tuvo nada que opinar ni que decir; a la hija del farmacéutico la violaron en grupo y le hicieron tragar todos los laxantes de la farmacia y la embadurnaron con su propia mierda.

—Es una puta.

Pero, a diferencia de Jesús Beato —*Son of a bitch*! Dickie se revuelve y nosotros tenemos que alardear de nuestro inglés: *Keep calm, Dickie, keep…*—, Julia pasó toda la vida sufriendo el peso de los nombres que le iban superponiendo: una niña, una mujer, una anciana tan pequeña con tantos nombres sobre los hombros. Mantas pesadas que la pegaban al suelo, que la enterraban bajo el suelo, aunque ella estuviera en las alturas. Bautismos con los que quienes la nombraban la iban poseyendo.

—¡Peona y cantante y pájara pinta! ¡Eso es lo que yo quiero ser! ¿Jugamos, Toñito?

Su hermano ya era muy mayor para hacerle tanto caso como antes, y además, desde que hablaba con el barbero, parecía haberse colocado en otro escalafón. Tomé Melgar se apenaba un poco, pero entendía la distancia del varón con la chica y también la nueva condescendencia de su primogénito. Antoñito no se podía quedar toda la vida pegado a la legua de Azafrán. Con el pico y la pala. Abriendo y cerrando agujeros. Matando ratones de campo sorprendidos en los capilares de la tierra.

—¡Dale! ¡Ahí! ¡En mitad de la cabeza! ¡Mátalo!

Tampoco Jesús Beato Expósito se iba a pasar la vida recortándoles los pelos a los demás. Comenzó a tratar con los de Falange y con los señoritos de la comarca. Les arreglaba los bigotes a los números de la Guardia Civil. Había empezado a cortejar a la hija del dueño del aserradero y la fábrica de muebles. Virginia no le hacía ascos a aquel simpático rubiales, pío y papío y papó, buen católico, limpio, que le traía bisuterías y dulces de los pueblos vecinos. A escondidas, Jesús le recortaba las puntas y le lavaba la cabeza dándole gustirrinín. Lo hacía gratis. Virginia, a quien muchos terminaron llamando doña Virgen por razones que se nos escapan, distendía su musculatura y abría, palmípedamente, los deditos de los pies.

—Así, Jesús, no vas a prosperar.

—Tú espera y verás.

El barbero guardaba un segundo de silencio. Le metía a Virginia el dedo en el occipucio. Ella gemía y él mantenía ahí el dedo, un rato, presionando sin herir:

—Espera.

Virginia esperaba deseando que aquella presión no acabase nunca, y cuando acababa, su cabeza era una botella de champán, de pronto descomprimida, cuyo líquido había subido hasta el cielo y ahora se derramaba por los bordes. Le habría gustado sentir mucha vergüenza. Pero no.

—Y verás.

Virginia volvía en sí sintiéndose otra. Jesús frotaba con las yemas de los dedos los puntos neurálgicos del cráneo de su Nefertiti, que distendía y contraía los deditos de los pies. Sospechamos que el barbero, igual que Svengali y que el doctor Bartoldi, se daba mañas de hipnotizador. Estamos rodeados de mesmerizadores y brujos. El maestro, siempre al tanto de las novedades científicas y tecnológicas, nos dijo que quizá Beato era un quiropráctico intuitivo y sabía algo de reflexología craneal.

* * *

Jesús Beato dejó de frecuentar al peón y al peón le pareció lógico. El barbero picaba alto y no le convenían las amistades burdas. No se hicieron enemigos ni incubaron resentimiento alguno. Tomé pensaba que Jesús le había regalado su compañía y que él poca cosa poseía para corresponder. Antonio echaría de menos al barbero itinerante. Expresó cierto rencor:

—¿Y ahora con quién hablaré yo que me entienda? —No seas tonto, pollito.

Lo dijo con simpatía, pero lo dijo. El barbero había llamado «pollito» a Antonio Melgar. A Julita, que a veces jugaba a ser princesa, labradora y a menudo bella hechicera, no le gustó cómo Beato trataba a su hermano, pero la verdad es que su hermano cada día le gustaba menos a la propia Julita, que, de esa reticencia, también le echaba la culpa al barbero. Se dijo que todo cambiaría con la marcha del esquilador. Se quitó un peso de encima, aunque no supiese expresarlo con esas palabras de vieja porque Julia nunca fue una niña resabiada. Nunca jugaba a ser una madre que le decía a su hija: «Ay, Manoli, no me pongas la cabeza loca.» No fingía, no disimulaba, no imitaba como los monitos de feria y no quería ser lo que veía a su alrededor. Solo peona o pájara o pájara pinta. Tomé preservaba la ingenuidad de Julia:

—Julita, ¿ya has estado cantando?

Julia miró hacia las nubes rojas y barruntó que muy pronto se pondría a llover.

—Sí, papá, he sido yo.

La niña se arrepintió de sus canturreos. Por su culpa descargaría la tormenta. Se apiadó de los hombres de su casa porque, después de la lluvia, se formaban barrizales, baches y siempre había algo que arreglar. Y a ella, la peona caminera, no le consentían que les ayudara.

—Anda, hija, vete a casa de la tía Teo. No vaya a caer un rayo y te parta.

Julia negó, salió corriendo y se resguardó en la caseta. Ella era mala y responsable de la tormenta, y pagaría sus culpas, como moneditas, asumiendo el riesgo de que un rayo la partiera. Qué menos.

—Mi Julia.

El peón sonrió a su amigo Jesús Beato, que había venido a despedirse. Al barbero aquella conversación entre Tomé y Julita le había parecido encantadora. Encantadora de verdad.

* * *

El día que Tomé avistó de nuevo a Jesús llegando por la línea recta del camino se alegró. También le pareció demasiado pronto. Habían pasado muchas cosas. Amanecía y era agosto del año 1936. Al peón un gusano le iba comiendo la tripa por los nervios y el orgullo de que Jesús Beato regresara a él después de haberse alejado por conveniencias y pruritos. Tomé oyó ruido de motores, pero lo primero que vio fue la rubia cabeza del barbero que montaba en su bicicleta. Detrás de él, enseguida distinguió un furgón con la trasera al aire. Cargaba falangistas y otras mercancías que, a esa distancia, Tomé no acertaba a identificar. El vehículo se detuvo frente a la caseta del peón caminero y, de entre los falangistas, se levantaron los arrumados bultos de algunos hombres y mujeres que éramos nosotros, pero que a Tomé Melgar le recordaron al burrujito indescifrable de su criatura. Se arrepintió de su bestialidad y se juró que, en lo sucesivo, procuraría reprimir esos arrebatos de ira que le nacían de dentro del cuerpo y de una genealogía incógnita. El maestro, años después, como seguíamos dándole vueltas y ante la inquietud que experimentamos por sentirnos partícipes y miembros de una degradante propiedad transitiva que hermanaba al burrujito con el cochino y con nosotros a causa de la asociación visual del peón, nos aclaró los sentimientos de Tomé: «El peón se vengó de su malograda criatura con una venganza especular: al clavarle el cuchillo al cerdo que llevaba en la tripa aquel embrión malformado, aquel tumor, que se había llevado por delante la juventud de Arminda; al sacrificar al cerdo que llevaba ya dentro de su carne la carne del ejecutor de Arminda, en realidad el peón no estaba apuñalando al cerdo propiamente dicho, sino que mataba al asesino de la esposa. En ese juego de espejo y de ternillas, nosotros no tenemos nada que ver.» Lo entendimos mucho mejor, pero todos nos tomamos unos lexatines porque el cambio de estado nos tenía ansiosos. Danos un *like*.

—Buenos días, amigo.

Poco a poco, Tomé fue reconociendo a aquellos hombres que habían quedado reducidos a bulto por la deformación del miedo y los culatazos. Aquellos hombres eran y no eran exactamente los mismos con los que Tomé se había cruzado a menudo en la taberna o en la vaquería. La desolación les había pasado por la cara un trapo de aguarrás. A Tomé le costó reconocer a Nico, al maestro, al bujarrón, a Catalina —que no era hombre, pero ni lloraba ni temblaba como un flan—, al dueño de un rebaño no pequeño de ovejas. Dickie y la fotógrafa, la Rosita de Azafrán, llegaron más tarde y les hicimos un hueco cariñoso. A otros hombres Tomé

no los conocía. Debían de ser de otros pueblos, de otros lugares a los que el barbero había llegado alguna vez con sus navajas y sus peinecillos mientras daba una de esas vueltas al mundo que más se parecían a una voltereta sobre la cama que a un viaje en globo y con baúles.

Jesús Beato hacía una muesca en su cuadernito cada vez que uno de aquellos cuerpos, que ya solo eran cuerpos, bajaba del furgón. Después se acercó al peón caminero y le dijo algo al oído. Tomé se puso pálido. Le entró un retortijón de cólico miserere pero se contuvo. Luego negó y le entró una llantina. A Antonio en ese momento su padre le dio vergüenza. Sacó pecho. Dio un paso al frente. Le tendió la mano al barbero. Pero Jesús Beato no le devolvió el saludo. Retiró la mano y empujó a Antonio hacia el montón de hombres marrones. Parecía que alguien los hubiese rebozado en mierda. Éramos nosotros. Y Catalina. El barbero trazó en su cuaderno, con un movimiento amplísimo, la muesca más grande de cuantas muescas había trazado ese día. A Tomé Melgar los ojos se le salieron de las órbitas. Pese a lo que suele decirse, las acciones no se sucedieron a cámara lenta, sino más bien a una velocidad vertiginosa imposible de ser procesada por un cerebro humano. Nos cuesta recordar la secuencia de acontecimientos. Nos distanciamos para reproducirlos con la fidelidad de un proyector de cine. Pero no lo conseguimos. Estábamos aturdidos. Efectos derivados de la inminencia de la muerte. Comprensibles. Antonio ya estaba dentro de nuestro corralito. Formaba parte del extraño animal en que nos estábamos transformando.

—¿Tú te creías que te ibas a ir de rositas?, ¿tú te creías que me podías hacer lo que me has hecho, pedazo de gilipollas, y quedarte tan pancho? Tú vas pa’lante por niñato y por imbécil.

Tomé Melgar gritó que no, que no, que no. A Antoñito le entró un tembleque mientras Jesús Beato explicaba a su futuro cuñado y a los otros falangistas cómo aquel mocoso le había amenazado con un pico y le había mantenido atado a una silla durante casi dos horas. El barbero señaló las dos horas golpeteando con la uña el cristal de la esfera del que había sido el reloj del maestro.

—Tic, tac. Dos horas con sus ciento veinte minutos.

El gusto por la exactitud y el orden de Jesús Beato. La libre circulación de mercancías que nunca es caótica. La ley del más fuerte que siempre ha de ejercerse desde el cómputo. La naturaleza de urraca, acumuladora de brillos, del barbero de Azafrán y sus alrededores. Su inmensa capacidad de trabajo. Y su inventiva. Su sentido del humor.

—Este se creía que era un gallo. Pero no es más que un pollo despeluchado y sin madre. Un puto pollito.

Su sentido del humor.

—Un puto pollito.

Su sentido del humor.

—Un puto pollito. Que se va a morir.

En el futuro, pollitos aún sin descascarar, serán triturados por unas cuchillas para hacer pasta de pollo, salchichas de pollo, caldo concentrado de pollo. Recordamos el bucle, el *déjà vu* vertiginoso. El sentido del humor.

—No, no, no, no, no…

Los gritos del padre iban adaptándose a una escala descendente que reflejaba su desesperanza.

—Amigo, amigo…

Tomé buscaba con sus ojos los ojos rojizos de Jesús Beato, que seguía golpeando con la uña la esfera de su nuevo reloj como si el peón caminero no existiera. No existía. Tomé Melgar ya no confiaba en sus palabras y menos en los alaridos que se guardaba dentro. No servirían de nada. Pero necesitaba proferir el último. De animal salvaje. Con intestino y garganta. Con la enmarañada vibración de las cuerdas vocales al borde del desgarro. Un grito expectorante, inaugural, cósmico. Y lleno de saliva.

—Noooooooooooooo.

Jesús Beato dejó de mirar el reloj. Dejó de hablar con sus nuevos amigos. Se percató de que tal vez la peripecia con Antoñito no le dejaba en muy buen lugar como hombre templado y valiente. El peón caminero no pudo reprimir un segundo grito que, en realidad, era una continuación del primero. Pero no podía hablar ni gritar ni gañir y nadie oyó el segundo grito que se le quedó dentro a Tomé y le retumbó en el cráneo hasta casi partirlo en dos mitades. Otra pinza se le estaba aflojando en la sesera a causa del esfuerzo yugular. Al peón no le quedaba oxígeno en los pulmones y la falta de aire provocaba que la cabeza le diese muchas vueltas: Arminda, la lluvia, las piedras que había que retirar para que el agua fluyese, los forasteros, una copa de vino, los hijos, el cerdo, hoy es lunes, el cielo gira, las lagunas se secan en verano y las ranas mueren sin pelambre, el corazón se rompe contra los huesos, gritamos de amor, tenemos sed.

Jesús Beato se dio la vuelta. Miró a Tomé Melgar con ojos de óxido. Tomé no sabía dónde estaba y tampoco pudo descifrar el significado de los uniformes azules y rojos. Los correajes. Abrió los brazos buscando referencias. Solo vislumbró, medio mareado, el montón de hombres marrones. Una mujer. Nos cuesta mucho hablar de nosotros mismos en tercera persona, pero en esta ocasión es imprescindible. Algunos hombres lloraban y otros permanecían quietos con una indiferencia que no podía ser indiferencia, sino algo que quedaba más allá y que el peón caminero esperaba no llegar a conocer nunca. Tomé no quería, pero como aquellos hombres marrones, grisáceos, de una tonalidad descolorida o sucia, pensó que lo peor era la incomprensión. Sintió que en ellos ya no quedaba ira ni rabia, sino un desamparo animal. Por qué les tiraban de los brazos y las piernas como si fuesen muñecos. Por qué no los miraban de frente. Por qué los pateaban y les aplicaban un castigo tan grande. Nicolás experimentó un sentimiento pequeñoburgués que tardaría mucho tiempo en perdonarse. Dio un paso al frente y miró a la cara de un solo hombre:

—¿Por qué me quieres hacer daño?

Nadie respondió. Tampoco el solo hombre. Nicolás era de repente un niño que no entendía que nadie le quisiese arrebatar su hermosura. La delicadeza. No entendía que no le tuviesen lástima ni considerasen que su mujer se quedaría muy triste, que le gustaban las tajadillas fritas, que había leído libros trepidantes que podía relatar para el deleite de muchos. Más allá del odio y de la guerra, que entendía bien, Nicolás se dio pena a sí mismo. Cada golpe le robaba un trozo de su humanidad. Con cada golpe quienes le hacían daño estaban perdiendo la suya hasta quedar reducidos a esa partícula original de miseria de la que nacen los renacuajos y las moscas de la uva. La partícula podría también definirse como un latido emperrado, persistente, como el que nos mantiene unidos con estupidez a la vida cuando nos alimentan con sonda y ya nos ha llegado, sí, la hora de morir. Descamisados, infantiles, solos. Nicolás pensó en los ojos inteligentes de los animales. Calibró su ternura. Nuestro compañero se desmoronó y nunca se lo perdonaría. En realidad, todo lo que vivió Nicolás forma parte de nuestra idea —experimentada, nada libresca, en los márgenes de lo épico— del heroísmo. Nicolás volvió a alinearse con el grupo y ya no dijo nada más.

El peón nos comprendió muy bien. También se negaba a aceptar que Antonio formase parte de ese grupo de hombres, nosotros, que ya casi no lo eran. Porque él amaba a su hijo, pero ya no podía identificarlo entre aquellos músculos gelatinosos y aquel compartido temblor de los que no tenían remedio. La mañana era tibia, pero los irremediables tiritaban. Catalina no.

Tomé no quería saber demasiado. Prefería quedarse quieto sin sentido de la orientación. No recuperar jamás el sentido de la orientación. Que la tierra se lo tragase. Se le había vaciado el cerebro con el grito. Trastabillaba hasta que volvió a reconocer a Antonio entre el hato de seres humanos color excremento, pegotes de seres humanos dentro de la misma bolsa amniótica o del mismo marsupio hediondo. Tan hediondo como el sabor de su boca, que olía a paladar viejo. Éramos nosotros. El peón notó por el sabor de su boca, que le recordó a su padre y a su abuelo y a su bisabuelo y a otros hombres a punto de morir de vejez y a los reptiles que están dentro de los hombres, notó que por dentro se le replegaban las vísceras y la sangre se le iba convirtiendo en polvo y la humedad alegre de la juventud se secaba a la misma velocidad que el lecho de agua de la laguna Cascabela. Tomé Melgar hizo el amago de correr hacia el hijo. Pero al peón el barro de lluvias milenarias, filtradas en los estratos de la tierra, le había pegado las botas al suelo. La imagen sobresale sensorialmente, redonda y retumbante, pero por aquí hoy, con la cabeza fría, mantenemos la hipótesis de que el semen derrochado del peón también tuvo algo que ver en la formación de aquella textura pegajosa que lo inmovilizaba. Dame un *like* y después deja de seguirme. Por su parte, el barbero lo mantenía paralizado agarrándole por la manga. Sin rozarle la piel. Porque la piel de Tomé se había tornado cetrina y daba asco. Si el barbero tocaba al peón quizá se le quedasen adheridos a los inmaculados dedos fragmentos de aquella epidermis podrida. El dolor nos descompone anticipadamente. Es una lepra.

—Parece mentira, Tomé. Siempre has sido más bobo que el asa de un cubo.

Los falangistas comenzaron a reírse como si se desperezaran. Parecían tontos. Gente que hace bromas. Aun así, nosotros estábamos seguros de que no íbamos a salvarnos. Irremediables.

—Parece mentira. Casi me ofendes.

Tomé miraba la boca del barbero. Pero el barbero no debía de hablar en cristiano porque

Tomé Melgar, castellano viejo, no entendía ni palabra. Jesús Beato enseñaba al peón la fonética intrincada de alguna lengua extranjera.

—Tomé, qué barbaridad. ¿Cómo puedes creer que yo?

Jesús Beato le daba bofetadas flojitas para que el peón caminero despertase del sueño en el que había caído. Dos torundas enormes de algodón taponaban las orejas de Tomé Melgar que no lograba entenderle y tampoco podía desasirse de las parafinadas manos deslizantes. Manos aceitosas de un barbero profesional que muy, muy pronto dejaría su oficio. Manos batracias. En efecto, el barbero croaba con sus ojos rojos de ratón. Era un ser monstruoso y aberrante que Tomé habría tirado con gusto a los cerdos. Pero no podía.

—Tú y yo somos amigos, Tomé.

Tomé apretó los párpados como cuando Arminda le decía que la tocase ahí, más abajo y más dentro y, si hubiese tenido estudios, habría comprendido a qué se refieren los catedráticos y los doctores cuando analizan la fusión poética del Eros y el Tánatos. Tomé Melgar apretaba los párpados para no ver ni saber, pero también para entender mejor. Ver desde dentro porque lo de fuera lo estaba volviendo loco. El tono de Jesús Beato le recordaba el del cura de la iglesia. Bíblico. El cura llevaba una temporada incitando al odio, atemorizando a los vecinos, amenazando con la muerte del niño Jesús, apelando al amor de las madres, la decencia, la fe, la defensa de las posesiones que habían sido el fruto del trabajo. Las mujeres salían del templo mesándose los cabellos y exclamando: «Válgame Dios, válgame.» Moisés, el cura, Jesús Beato, todos a una, se dirigían a él desde lo alto de una piedra granítica. Es decir, el barbero se había vuelto jesuítico. Puede que, aunque Beato prefiriese echar tierra sobre sus orígenes, echar tierra sobre todo —*Son of a bitch, bitch, bitch*!, nos vemos obligados a abofetear dos veces a Dickie, que parece una mujer histérica, ¡Basta, Dickie!—, puede que el barbero hubiese estudiado sus primeras letras en un maldito seminario:

—Esto era una pequeña lección. Lo que no mata engorda, Tomé.

El barbero se dirigió hacia el montón de seres amarillos, ocres, achocolatados, mierdosos. Como la tierra sobre la que íbamos a caer. Se dirigió hacia nosotros, los pioneros. El choque contra la tierra nos amorataría las mejillas y las sienes un instante antes de morir. Porque los cuerpos duelen incluso un instante antes de morir. Jesús Beato retiró a los condenados como si fuésemos ropa amontonada en un armario. Sacó de allí a Antoñito. Le estampó un beso en cada mejilla.

—Pollo, ¿a que has aprendido la lección? Pronto, gallo, chaval. Pronto.

A Antoñito se le había hundido el pecho. Como a los escrofulosos que, ya después de la guerra, utilizaban sus cartillas del SOE para que los auscultaran y les dieran medicinas.

* * *

Los falangistas habían dejado de reírse. Ahora se habían desperezado del todo y colocaron, en

paralelo a la cuneta, al maestro, que nunca más miraría el reloj para comprobar cuándo acababa de una puñetera vez la clase; a Catalina, con la frente partida en dos por una arruga; a Nicolás, el comunista ateo y viceversa; al dueño de un rebaño mediano que había puesto a sus mellizos Harmonía y Boreal; al bujarrón cuyo nombre Tomé, ya más en sus cabales, recordó de repente: Alejandro Suárez Melgar, posiblemente un primo lejano que bebía vinos extendiendo el meñique y que, ahora, no tenía ni más ni menos apariencia de marica que cualquier otro hombre. Junto a Alejandro, que metió las manos en los bolsillos y le obligaron a sacarlas, colocaron a un par de hombres, seguramente buenos, que Tomé no conocía, pero que serían oriundos de tierras frecuentadas por el barbero errante, por los afiladores y los heraldos de la muerte.

El pelotón disparó y los cuerpos, con sus respectivas almas —dame un *like*, quédate a gusto, pero es mentira—, cayeron. Ya no merecía la pena pensar en quiénes eran aquellas personas. Reconstruir sus vidas en un instante. Ya cada uno habría hecho su propio trabajo. Todos cayeron menos Nicolás, que se llevó la mano al brazo y apretó el agujero de su herida en un gesto conmovedor que no alivió el daño del balazo desviado. Un gesto vergonzosamente inútil. El cuñado de Beato se acercó a Nicolás y le metió un tiro en la cabeza. A Nicolás no le quedó tiempo para recordar su himno ni todos esos detalles que hacían de él un hombre bueno, conmovedor y hermoso. Ahora el montón de hombres y una mujer era rojo además de marrón. Como la guerra estaba comenzando y aún sobraban municiones nos remataron en el suelo. Les quedamos muy agradecidos. Suyos, afectísimos. Catalina se adhiere a nuestra carta manifiesto y a nuestra gratitud.

—Cava una zanja, peón. Mételos dentro. Tápala.

Ordenó el futuro cuñado de Jesús Beato. Señaló a Antonio:

—Tú, pollito, ayúdalo.

Tomé y su hijo cavaron un agujero largo y no demasiado profundo pegado a la línea de la cuneta. Empujaron los cuerpos dentro de la zanja. Beato reparó en uno de esos detalles que, poquito a poco, lo iban convirtiendo en un hombre de negocios.

—El próximo día vamos a ser más prácticos: primero cavaréis la zanja y que la escoria esta se ponga en el borde. Pum y pa’bajo. Así no hay que moverlos.

Nunca llevaron el plan a la práctica.

Catalina contrajo el puño en torno al sonajero de su hijo Martín y fue abatida por los disparos de falangistas y voluntarios imberbes. Nosotros solo sabemos que mi cuerpo cayó sobre el cuerpo de Nicolás, que no entonó ningún himno ni miró a Tomé a los ojos antes de ser asesinado para que el peón leyese en sus pupilas la extraordinaria historia completa de Nicolás Miguel, hijo de Amalia y Dámaso, natural de Azafrán, veintiséis años, minúsculo agricultor de patatas, berzas, zanahorias, melones, sandías y otras criaturas vegetales de secano. Tampoco el maestro recitó ningún poema. El bujarra no le tiró un beso al verdugo más joven. Los hombres desconocidos no dejaron de llorar. Solo Tomé tuvo la impresión de que, cuando las balas destrozaron a los hombres, estos cayeron dejando una estela iridiscente cuyos tonos marcaban las

diferentes posturas del cuerpo en la acción de caer y de morirse. Alucinaciones. Mierdas. El miedo que había transformado a Tomé en un artistucho de mala muerte. Muerte. En un loco. Porque todo sucedió muy deprisa. Con suciedad y sin auras fotovoltaicas ni irisaciones. Lo constatamos como protagonistas y simultáneos testigos presenciales.

Jesús Beato le dio unas palmadas en el hombro al peón caminero.

—Eres un buen amigo.

Tomé Melgar supo que iban a volver.

* * *

Los miembros del pelotón fueron entrando en la caseta para asearse. Se enjuagaron el sudor de la cara y se lavaron las manos. Al salir, encendieron pitillos y le dieron un hato de tabaco al barbero. El jefe, íntimo del futuro cuñado de Jesús, le dijo que había realizado un trabajo excelente y le prometió las escrituras del terruño de Nicolás, los muebles de la casa del maestro y los pinares de uno de los muertos desconocidos. *I remember*, susurra Dickie Johnson, pero el guiri no está en sus cabales, no puede recordar nada porque él no había llegado aún a la fosa. Lo tiraron más tarde, como hemos dicho: encima del palomo cojo, que le dejó hueco y adoptó otra postura. O quizá el recuerdo de Dickie, tan borroso, son sombras de la caverna. La huella de nuestras conversaciones. Las lecciones del maestro como fuente inagotable. Aunque a Platón ya lo tenemos bastante olvidado. Habrá que repasar.

Jesús Beato anotó en su cuaderno los prometidos tesoros. El festín de la urraca. Dijo:

—No tengo dónde meter los muebles del maestro.
—Te los guarda mi padre.

Su futuro cuñado le ofrecía una buena solución. A Jesús le pareció bien.

—Correcto.
—Menudo ajuar te estás preparando.

Jesús Beato miró al hermano de Virginia. No dijo nada. Pasó la hoja.

—Correcto.

Escuchó Julia. Le pareció una palabra muy rara y, a la vez, imaginó un dedo pulgar que apunta hacia las nubes. Nosotros añadimos la estampa del emperador que perdona y, por estricta asociación de ideas y superposición de imágenes, pedimos un *like*. No vas a arrepentirte.

—Correcto.

Nadie se había fijado en la niña que, oculta bajo una manta, sobre el colchón de la caseta del peón caminero, no decía ni pío. Tórtola muda.

Se mimetizaba con el color de la manta, era muy pequeña y se había meado encima.

* * *

Nosotros, que fuimos los primeros, caímos de cualquier manera dentro de la fosa. Un brazo sobre una oreja y una oreja debajo de unas alpargatas. Poco después nos deslumbrarían los colores de un sonajero absurdamente chillón. Nos fundimos los unos con los otros y, a la vez, seguimos conservando la individualidad de cada esqueleto. Mientras perdure una sola partícula de lo que fuimos, incluso desde el estado de ceniza o transformados en celuloide, seguiremos hablando. Así ocurrirá, prometemos rubricarles una garantía. Y esa permanencia tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Ahora hablamos, un poco abatidos por las circunstancias, desde el nicho en el que por fin nos han metido o desde la vitrina, cerradita con llave, del salón familiar. Somos muertos hinduistas, budistas, no queremos descansar en paz ni creemos en la resurrección de la carne. Somos el perro del hortelano, porque el gran problema —o la gran solución, *who knows*, plantea Dickie Johnson, y la fotógrafa se espabila al oír una duda en su lengua vernácula— es que la carne nunca muere. Vayan tomando nota. Nos transformamos para quedarnos pegados al azogue del espejo o para ser molécula de petróleo. Nos filtramos como arenilla por los poros de la porcelana familiar. Nos salen patas al mutar en ácaro de la alergia. Somos la sustancia nutricia que alimenta los cardos borriqueros. No desaparecemos para siempre jamás cuando, supuestamente, se hace justicia y cada oveja está por fin con su pareja y comemos perdices y vivimos felices. Y una leche. A veces nos dan ganas de pedirle un pitillo a Nicolás o que el maestro nos recite un poema de César Vallejo. No es español —español, español—, pero es nuestro preferido.

Lentamente. Se nos iban deshaciendo las mejillas para dejar a la vista el instrumento musical de las dentaduras. Se desmigajaban los cartílagos. Los cosquillosos gusanitos de la descomposición nos relamían los espacios interdigitales. Nos cogimos mucha confianza. Perdimos pudores y compartimos confidencias como los legionarios en formación de tortuga o los aristotélicos discípulos a los que ya hemos aludido algunas veces. Entrelazamos las hilachas de nuestras musculaturas y trasvasamos nuestros coágulos mediante un sistema de vasos comunicantes. Sexo del bueno. De talón a talón fue pasando la corriente de nuestra energía que, de noche, se escapaba de la tierra como un fogonazo. Era y es nuestra radiactividad. Ahora identificamos cada uno de los tránsitos y metamorfosis y cripsis —sobre este último proceso deberíamos darle a Arturo Zarco algunas lecciones: Holmes ya conoce bien el arte del disfraz, más genérico que la mimetización—, pero aquella era nuestra experiencia primera y lo cierto es que nos atemorizamos un poco. Cuando volvieron las tijeretas y los gusanitos, y unas barrigas se metieron dentro de las otras, se nos pasó el susto. Nada dolía —bueno, algunas cosas siguen doliendo un poco— y, dentro de la oscuridad, tuvimos la ocasión de renombrar colores. Existían, pero eran diferentes. *Esmerulda, amurillo, arzul, risa fucsia, nigro, magente, verda*.

* * *

Pronto notamos que, no muy lejos de nuestras alegres putrefacciones, existían otros mundos paralelos y que Julita, al caer la tarde, pegaba el oído a la tierra por ver si alguien llamaba con los nudillos para salir de la zanja. Toc, toc. Julita pasaba mucho rato con la cara pegada a la

tierra por si detectaba un arañazo, el rastrillo de las uñas que raspa de abajo arriba. O una carcajada. O un suspirito. El intento de sacar una pajita para respirar un poco a través de los sedimentos arcillosos y calizos. La crepitación del fuego que, dentro de las bóvedas de nuestras cuevas, a la fuerza debíamos hacer para calentarnos. Pero, cuando Julita prestaba atención, nosotros guardábamos silencios funerales y no consentíamos que ninguno crujiese las articulaciones de las manos. Aquí somos adictos al juego de chascar los nudillos, pero para salvaguardar la salud mental de Julita, si alguien experimentaba el ansia irreprimible o exprimible de hacer sonar los huesecillos de las manos, decíamos «da grima», que era lo mismo que decir «pies quietos». Y se acabó la percusión del osario. También Nicolás, hímnico y en general cantarín, dejaba de entonar «Anda jaleo, jaleo», en la preciosa versión de la Argentinita y Lorca, en cuanto la niña pegaba la oreja a la tierra sin temor a que las hormigas pudieran entrarle en el cerebro a través del conducto auditivo. Hoy se nos colarían por las rendijas los *pokemon go* y tendríamos que soportarlos hasta que alguien llegase a darles caza con sus dispositivos. Los succionase y nos quitase de la vista a esos personajillos horrorosos.

Nosotros no queríamos darle miedo a Julia Melgar, una criatura intuitiva y valerosa, que ya se asustaba bastante cada vez que ahuyentaba a los buitres que venían del cañón, intempestivamente, para desenterrar y picotear la carroña. Julita nos salvó de los picos y las garras, de nuestra segura transformación en excremento de pájaro. Feo destino, aunque quizá no tan innoble. Desde aquellos días los buitres cogieron la costumbre. Nos sobrevuelan un año detrás de otro.

* * *

Durante el mes de septiembre y el mes de octubre, fueron muchos los que desfilaron por la caseta de Tomé Melgar: el marido de la mujer hermosa que poco después fue violada, purgada, rapada y asesinada junto a toda su prole; el hombre que, de haber sobrevivido, habría sido el consuegro de uno de los miembros del pelotón, y con esa parentela tenebrosa se habrían culminado los bucles y tirabuzones de la muerte o el absurdo de las mujeres, enterradas en la arena, a las que solo se les ve un cráneo parlante —hasta Beckett llegamos a estudiarnos del aburrimiento que teníamos—. Tal vez ese fusilamiento de consuegros futuros encarnase el espíritu de la conciliación.

Las botas de Tomé Melgar empujaron dentro de una zanja al ayudante del responsable sanitario que se negó a dar permisos para fusilar en las tapias de su jurisdicción. Tomé ni siquiera le cogió por los sobacos para dejarlo caer. Ya casi todo le daba lo mismo. Movimientos peristálticos. Motilidad intestinal. Actos reflejos. Cayeron en octubre tres concejales adeptos a la república, el tesorero de la casa del pueblo, otros hombres y algunas mujeres a quienes Tomé Melgar no les ponía cara. Y una niña de quince años, que llegó hecha trizas, y a la que habían acusado de ser militante de las Juventudes Socialistas Unificadas o de Solidaridad Internacional Antifascista o de lo que se les hubiese ocurrido. No tenemos ni idea de lo que Jesús Beato ganaría con ese fusilamiento, pero sin duda algo debió de ganar. La fama de la inflexibilidad. La dureza. La fidelidad a unos principios. Una reputación. En Azafrán también tuvieron una rosa, aunque esta rosa fuese temprana, prematura. Aquella niña era monstrua y diabla, la subieron al furgón, la vejaron, la asesinaron. Incluso Dickie Johnson guarda un acongojado silencio. En los pueblos, igual que en las capitales, fusilaban a las mujeres. También las hacían cagarse vivas

obligándolas a tragar aceite de ricino y las trasquilaban, causándoles cortes que se les infectaban en el cráneo rapado, y les daban patadas en la tripa para que no pariesen ni más rojas ni más rojos. Ni rojillos ni rojazas. Por aquí, pese a algún despiste derivado de los viejísimos sedimentos de nuestra educación o de la *desencialización* genérica de la posmodernidad *queer* —estamos en todo—, hemos aprendido a hablar como diosa manda. En las tabernas, a los fascistas se les soltaba la lengua: «Nunca me había gozado a una embarazada.» Algunos parroquianos salían a vomitar aduciendo borrachera, pero hay palabras que producen una náusea mucho peor que el alcohol metílico. Tomé empujó con su bota a una anciana que había llegado muerta en el furgón. Se había puesto delante del hijo y un falangista, casi recién destetado, le pegó un tiro. Era joven y estaba muy nervioso, explicó Jesús. Humano, demasiado humano. Como todos los errores y el amor por las mascotas. Y por la santa limpieza porque, después de cada fusilamiento, los miembros del pelotón se lavaban las manos en la caseta de Tomé Melgar. *Yes, Dickie, yes. Be quiet. Seat*.

El peón no quería pensar mientras cavaba zanjas y empujaba con la puntera otros cuerpos y otros más. A todos los hacinó bajo la tierra —que no es lo mismo que dárseladentro de fosas alargadas, cada vez más alargadas, que iba cavando en paralelo a la primera. Seis fosas paralelas y no demasiado profundas que se iban comiendo el terreno de la caseta del peón. Antoñito, que siempre ayudaba a su padre, dejó de hacerlo cuando fue presionado por los falangistas y, con los quince recién cumplidos, se unió al bando de los nacionales. El hijo confesó a su padre que se sentía orgulloso. El padre ya no sentía nada. Había perdido el tacto por la erosión de la tierra; el gusto por las bilis que le amarilleaban el blanco de los ojos; el oído porque los disparos le habían reventado la telilla del tímpano; el olfato porque todo era sudor y el tufo a tasajo de la carne muerta, los odres húmedos; la vista porque todo a su alrededor se le desdibujaba y, de pronto, creía ver a Arminda que se aproximaba con un cántaro para aliviarle la sed y un cerdito mamón recogido en su regazo. Espejismo. Era mentira.

* * *

Jesús Beato siempre traía apuntados en su cuaderno los motivos de condenación: morder la hostia que era el cuerpo de Cristo, conspirar, promover reuniones clandestinas, ser un fornicador o una puta, dar dinero a los rojos, pronunciar un discurso, esconder una pistola, ocultar víveres. Después de cada saca y cada fusilamiento anotaba los beneficios: otro pinar, una tienda, un solar vacío, una casona. Jesús Beato acompañaba a los ejecutores, que después se lavaban las manos y se refrescaban la cara en la caseta del peón.

—Qué bien sienta el agua fresca.

Después mantenían conversaciones estúpidas porque habían superado el malestar de las primeras veces. Julia ya no se escondía debajo de una manta y se fue dejando ver poco a poco. Era tan pequeña, incluso más que al principio, que casi pasaba desapercibida. Como las hadas y las mosquitas del vino. Las moscardas resultan muchísimo más molestas. Zumban. Se chocan. Julia no se rozaba con nadie y había aprendido a retener la orina. Un día vio una ejecución de frente y para los ajusticiados fue una última visión imposible: uno de los fusilados cayó abatido mientras la señalaba con el dedo como si quisiera avisar a alguien —«Que se la lleven. Que se

lleven a esta niña de aquí»— o comprobar que lo que estaba viendo era real; otro día, Julia se marchó a proteger nidos porque no quería ver; finalmente Jesús Beato dio la voz de alarma cuando Julita asomó la nariz desde detrás de la caseta. La niña, en previsión de lo que iba a ocurrir, se tapaba los oídos.

—Julita, ven conmigo, hija.

El barbero llamó a Julita «hija» porque Jesús se seguía viendo a sí mismo como un hombre piadoso y amante de la infancia. La niña se acercó al barbero, que se la subió a los hombros. Las braguitas de Julia humedecieron un poco el cuello de Jesús Beato, que de repente odió mucho al imbécil del peón caminero.

—¿Dónde cojones tienes la cabeza, Tomé?

Jesús Beato se bajó a la niña de los hombros y le limpió unas motas de tierra de la cara.

—Cierra los ojos, pequeña. Cierra los ojos.

Julita bajó los párpados y se dejó retirar las arenillas de los lacrimales. Jesús Beato utilizó la puntita de su pañuelo. Mientras limpiaba los petrificados lacrimales de Julia, sufrió una pequeña taquicardia como si pudiera ver por debajo de los párpados de la niña pequeña todas las imágenes que se le habrían acumulado por orden alfabético en las carpetas de su archivador. Fotogramas que a Beato le habría gustado borrar uno por uno. En ellos presentía la punta raíz de una inquina. Se veía a sí mismo a través de los ojos de aquella minúscula criatura y se avergonzaba. No quedaba favorecido en el retrato. Borrar, borrar. Marcharse. Era imposible.

—No, no abras los ojos. Aún están sucios.

Rezó para dentro un instante y dejó de rezar cuando descubrió que Julita le importaba mucho menos que las versiones que la niña habría construido de él. Jesús Beato era un hombre coqueto. Aseado por dentro y por fuera. La mirada de Julita lo ensuciaba, pero él decidió ser generoso y buen cristiano. Le limpiaba los ojos a la niña metódicamente y, mientras se los limpiaba, entonaba bajito para ella una nana de tórtolas. Se juró seguir limpiando siempre los ojos de aquella niña perpetua que permanecía rígida y extática, fingidora pajarita pinta. Trataría a Julia como a una verdosa figura de bronce de la que se puede sacar el color original a base de frotarla con un paño. Julia no movía ni un músculo. Había comprobado que los pájaros se hacían los muertos para que el gato no los destrozase.

—Ya estás bien limpia, pequeña. Corre con tu papá.

El barbero se fijó en la frente abombada y las agigantadas manos de Tomé Melgar y, por primera vez, pudo imaginárselo tirando a un hijo muerto a la piara. Jesús Beato amaba a los niños y se emocionaba con el sermón dominical. Era de la pasta de esos hombres, trabajadores y alegres, que se ganan el pan cada día, quieren prosperar, respetan el orden y en Navidad cantan villancicos. Jamás podría perdonarle al peón caminero su desatención:

—Pero ¿se puede saber qué hace aquí esta criatura?

El padre, privado desde hacía tiempo de sus cinco sentidos, se percató de que la mañana estaba encapotada, plomiza, y de la presencia de Julia. Jesús Beato se la entregaba. Limpia, nueva e inmaculada concepción. Tomé volvió en sí, la besó y miró hacia el cielo otra vez.

—Julita, hija, ¿ya has estado cantando?

Julita no decía nada.

—Julita, hija…

Julia se restregó los ojos que Jesús Beato le había limpiado como si acabara de despertarse. Sacó la cabeza de su cáscara de huevo.

—Sí, papá, he sido yo.

Entonces, padre e hija, cogidos de la mano, tomaron el camino hacia Azafrán.

* * *

Tomé dejó a Julita en casa de Teodosia y le prohibió que se moviera de allí. El padre había tenido la cabeza turbia, pero amaba mucho a sus descendientes y no podía permitir que sufriesen más de lo que habían sufrido. Julita ya había olido la sangre y las transpiraciones del pánico y, aunque Tomé no lo supiera, había realizado la infructuosa intentona de desenterrar a los muertos. Nosotros nos quedábamos quietos, aguantábamos la respiración, para que ella no viese lo que intuía. Todo lo que una niña pequeña no debería descubrir hasta mucho más tarde. Aquí también nos han llegado escenas de *hardcore* —*What*?, ladra Dickie: no he debido de pronunciar bien— en las que una mujer era penetrada por la cabeza de un hombre completamente rasurado. La mujer se levantaba la vulva como si fuese un forro dado de sí. Quizá habría sido menos violento que Julita viese esas escenas que las escenas que realmente presenció. Los hombres se lavaban las manos en la caseta del peón después de haber sostenido un arma y de haber apretado el gatillo para matar a otros hombres y mujeres que caían con muecas sorprendidas u horrorosas. Julita se fijaba sobre todo en las caras de los que apretaban el gatillo. Y se mareaba y se le ponían los ojos en blanco. Y se escondía por donde podía. Era tan pequeña que no le resultaba muy difícil. Era pulgarcita y una liendre. Una miga de pan.

El peón caminero amaba mucho a sus hijos, y un buen día, mucho mejor que peor, por fin se fijó en su Julia, encontró su figura recortada entre la polvareda, la cogió de la mano y se la llevó de allí para que no volviese.

—Vamos, hija, vamos.

Se la llevó de allí pensando que ojalá no fuese demasiado tarde, aunque quizá a partir de entonces, los malos sueños de Julia, igual que la muerte de Arminda y el recuerdo del amorfo burrujito que arrojó por venganza y furia a los marranos, eran plomos que empujaban su ser hacia lo más profundo, que lo hundían un poco más en el lecho verdinegro de la laguna

Cascabela. Se había quedado en lo más fangoso encerrado dentro de un cofre. El verdadero Tomé Melgar se encogía allí empapado dentro de una caja. Sobre el lodo. Julita se dejó llevar y, durante el camino de ida a casa de su tía Teo, observó nubes y pájaros. Como si buscase una interpretación. Julia estaba segura de que siempre era mejor mirar hacia arriba.

—Vamos, hija, vamos. No te distraigas.

Pero Julita había aprendido que fijarse mucho se parecía a distraerse del todo y ella tenía que fijarse, y, por fijarse mucho y con concentración, sacando la cabeza de debajo de la manta, había aprendido a controlar los esfínteres. También se le había ido el santo al cielo por poner la oreja encima de la tierra para percibir las palabras incompresibles del lenguaraz Dickie Johnson. *Shut up, stupid*! Pero él no paraba de acordarse del pastel de riñones y de las verdes colinas. Julia había tomado la determinación, firme, inquebrantable, de proteger los nidos y a los escarabajos peloteros que oxigenaban la tierra dándonos una oportunidad a los tuberculosos, a los acribillados y a las mujeres muertas. Estábamos ahí generando algún tipo de luz y movimiento. Julita, mientras atravesaba Azafrán cogida de la mano de su padre, cantaba unos cantos que nadie sabía dónde podía haberlos aprendido:

—Yo me subí a un pino verde…

Julita tarareaba tan bajito que Tomás Melgar ni siquiera la regañó. No, no la regañaría. Ya nunca. Por nada.

* * *

Al acabar la guerra, Tomé Melgar seguía en su caseta. Trabajó tres años más, hasta que en 1942, con treinta y siete, sin resuello, ausente, borrachín, insomne, encorvado, con los huesos enfermos y la piel requemada, murió de apoteósico ictus. Julita, que entonces ya había cumplido catorce, cogió la manida maleta de cartón y se fue a servir a la capital. A nadie le pareció extraño porque Julita creció cantarina y excéntrica. Un poco debilucha, muy suya, poco comunicativa. Bailaba sola en las fiestas del pueblo reinterpretando con pasos propios el rigor del pasodoble. Decía: «Tacatá.» Cuando acababa la música, se recogía y volvía a ser la de siempre. Solo pisaba la iglesia en las fiestas de Santiago y cierra España. Nunca aceptó los trabajos que Jesús Beato le ofreció. Los agradecía, pero se disculpaba porque tenía que cuidar de su papá o ayudar a su tía Teo con las labores domésticas. Recogía los huevos del corral y los mantenía un rato escondidos entre las manos como si fuesen reliquia o cosa mágica. Cuando Jesús Beato se dirigía a ella cariñosamente, Julia levantaba los ojos y miraba hacia el cielo. Se fue a finales de 1942.

Julita Melgar no se hablaba con su hermano. Antonio había vuelto del frente. Pobre. Sin condecoraciones. Vencedor. Se puso a trabajar en el aserradero de maderas de Jesús Beato. Con veintiún años, Antonio fue nombrado capataz y compró una tiendecita para que la llevase su mujer. Solo tenían cuatro cosas. Alguna lata, alguna legumbre, bacalao seco. Todo limpio y ordenado. La mujer de Antonio habría preferido montar una mercería, pero en Azafrán ya había dos: en aquellos años las mujeres remendaban los calcetines estirando el tejido en un huevo de

madera, tejían jerséis de lana y ropa interior de perlé, cogían los puntos de las medias tupidas, cosían botones, hacían dobladillos en los pantalones y jaretas en las blusas, preparaban el ajuar en un paisaje donde ya casi no quedaban hombres. Las más instruidas cortaban patrones de faldas y abrigos. Antonio Melgar había aprendido de su jefe las mañas del emprendimiento y la norma de que todo sumaba. Antonio y su mujer tuvieron una hija casi a la edad de ser abuelos. La llamaron María, y con el paso del tiempo convirtió la pulcra bombonera de su madre en un hediondo supermercado rural donde vendía fideos chinos envasados y avellanas rancias. Carne veteada de rachas verdes.

Jesús Beato, al acabar la guerra, contrajo matrimonio con la siempre bien peinada, aunque no muy bella, Virginia. Al antiguo barbero de Azafrán y alrededores siempre le habían gustado mucho los niños —follar tampoco le disgustaba—, así que Luis, Samuel y Faustino no tardaron mucho en aparecer prendidos del pico de una cigüeña migratoria, porque en aquel hogar católico, apostólico y romano eran castos, productivos y extrañamente pajareros. Los niños fueron cayendo del cielo para aterrizar en el amoroso seno de su madre. Jesús Beato, ya en el 39, cuando se casó con Virginia, estaba seguro de que su semilla agarraría bien en el ubérrimo vientre de la primogénita del más rico del pueblo. Siempre echaron en falta la aparición de una Pulgarcita. Paula. Pauli. Pequeña. Pero los hijos varones y los embarazos de Virginia —algunos malogrados que no acabaron en el vientre de ningún cerdo porque ellos eran personas que pensaban las cosas dos veces, temerosas de Dios y también higiénicas— forzaron el inicio de las obras de una casa de dos plantas y tres cuerpos con un desván y un pequeño jardín, que primero creció al cuidado de los abuñuelados dedos de Virginia y después de los más delicados de Faustino.

Levantaron la casa en los abandonados terrenos circundantes a la legua que había estado al cuidado de Tomé Melgar. Los fantasmas ya nunca iban a salir de entre las rendijas de la tierra travestidos en un vengador y mortífero escape de gas mostaza. El barberillo valiente y el gran hombre de negocios ponía el pie y el culo encima del arcón donde se había quedado encerrado el gato. Todo el mundo sabía y todo el mundo calló. Nuestras viudas mantenían encendida la gloria y tenían miedo, porque los que quedaban eran los parientes de los que después estamparían sus nombres en la fachada de la iglesia fea de Azufrón bajo el cartel luminoso de «Caídos por Dios y por España» cañí. De aquellas viudas y madres, que miraban al suelo y al cielo como Julia Melgar, aprendió el pobre Samuel a decir «Chisssssssss». Todo se pega menos la hermosura. Ángel de la guarda, dulce compañía. Inútil Arturo. Nos habría encantado conocerte y que nos dieras un *like*. Durante la cimentación y construcción de la primera planta de la casa de Jesús Beato, sentimos una presión en el pecho. *What the fuck*?, chilló nuestro aspaventoso Dickie. Nos fuimos acostumbrando hasta que hace poco salimos a la luz.

Tomé Melgar sufrió un ictus apoteósico, aunque la justicia poética debería haberlo llevado a suicidarse arrojándose a las aguas de la laguna Madriguera. Nunca fue lo suficientemente profunda, y aunque el peón acaso lo pensara alguna vez —tenía muy buenas razones para hacerlo —, a la hipótesis suicida se le adelantó el ictus apoteósico. Antonio Pollito ahorró, enviudó, crió a una hija a quien no supo inculcarle el amor por el aseo ni el agua de colonia. La nena había heredado los ataques de ira de su abuelo. Pollito vio cómo el negocio en el que habían puesto

tanto cariño se iba transformando en un basural. Tasó con asco a María, pero se calló eso y muchas otras cosas. Algunas las calló por prudencia, otras porque siempre se había sentido parte de los buenos. Pensaba que hizo lo que debía y no era hombre que mordiese la mano que, durante tanto tiempo, le había dado de comer. *Son of a bitch*! Son palabras de Dickie, el indomable, que a menudo era jaleado por Catalina, todo un carácter. Pero la madre de Pollito era una santa. «Quieto, parao», le decíamos al guiri para poder terminar el cuento.

A Jesús Beato Dios le concedió el premio de cumplir cien años. Fue un premio gordo de la lotería de Navidad. Campanas de Belén y aleluya. Porque también lo premió con una memoria veleidosa que un rato le cerraba la garganta y otro le dejaba respirar libremente. Porque el puño de Dios aprieta, pero no ahoga, y mucho menos a los que son de los suyos. No queremos insistir en estos favoritismos y estas prevaricaciones que son bien conocidas y se han puesto de manifiesto a lo largo de la historia de la humanidad. En sus nuevos cuadernillos de aprendiz de la senilidad, Jesús Beato escribía «Gracias, gracias», y una sonrisa tan beatífica como su apellido se le había quedado calcografiada en las comisuras. Nosotros estábamos allí para dar fe de todo. «Mejor levantamos acta», apuntó el maestro, un acérrimo defensor de la laicidad. Nico ordenó la secuencia temporal y resumió los acontecimientos de la reunión. Es el presidente de nuestra inalámbrica comunidad de vecinos. Lo aprobamos en junta. La pequeña rosa de Azafrán firmó con su huella porque casi no había tenido tiempo de aprender a escribir. Dickie Johnson también participó en las votaciones. Había mejorado muchísimo su dominio de la lengua de Cervantes.

Julia Melgar cerró su manida maletita de cartón. Dicen que se fue a servir, pero queremos creer, y se lo pedimos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que en la capital se dedicó al cuplé. La Tortolica llenaría los teatros y, desde los palcos laterales, le arrojarían rosas vestido español como las que nosotros abonamos con nuestras secreciones y flujos. De ilusión también se vive y la esperanza es lo último que se pierde. «Tengo tres nietos y los tres están parados», apunta Nicolás en una de nuestras conversaciones, ahora que cada uno se ha ido para su casa y nos echamos tanto de menos. «No, Nico, te confundes: tienes tres nietos, dos están parados y uno emigró a Pernambuco donde actualmente se muere de hambre», le corrige, pluscuamperfecto, el maestrito de escuela. Nicolás se revuelve dentro de su tumba: «¿Serías tan amable de dejarme mentir?, ¿de no mitigar mi entusiasmo?» Pues eso. Déjennos decir que a la Tortolica, desde los palcos laterales, le lanzarían besos y olés y piropos. Y le arrojarían docenas de rosas vestido español.

COLORADO, SIEMPRE COLORADO (LEA DESPACIO)

Luego las cosas son como son. Porque también se rumoreó que Jesús Beato iba mucho por Madrid y no para hacer negocios precisamente. Se dijo que buscaba a la Tortolica por los bares de mala muerte, que le había puesto un piso, que ya no enredaba sus dedos de experto barbero en las pelambreras de la rica doña Virgen.

Se dijo que el cariño con el que Jesús trataba a Analía, cuando la Tortolica regresó a Azufrón, rota y derrotada, con una hija que la llevaba de la mano hasta la casa de Antonio, no era el de un padre político; que un día, de visita por el Madrid de 1955, queriendo dar calor a la desvalida Julia, pequeña tórtola, pequeña, la acurrucó con demasiado ímpetu y, bajo el ala de Beato, apareció un huevito del que, al ser incubado y romperse, nació una tórtola desgarbada. Una tórtola gigante en cuyo código genético se había quedado guardado el camino de vuelta a Azufrón y que, cuando entendió claramente que su madre había perdido la cabeza de chorlito, la agarró de la mano y la arrastró hasta casa del tío Antonio, que se apiadó de aquella hermana a quien le había retirado el saludo y la consanguineidad. Allí creció Analía desde la madurez de sus diez años, tranquila y sucia, junto a su prima Mari, que tanto la amaba y tan bien le pasaba las señas del mus. Envido a pares y a juego. Hasta que Analía se casó con el hijo de en medio de Virginia y Jesús Beato. Luis era demasiado mayor y a Faustino solo le interesaban los fagots y las rosas.

Nada sabemos de la vida de Julia desde 1942 hasta 1965. Nuestra antena no detectaba aquellas lejanas señales ni contábamos con ningún subterráneo espía de fiar en la capital. Tan solo sospechamos algunas cositas que nos reservamos por si las moscas o por si los golpes de efecto. Nada sabemos del crecimiento de Analía hasta sus maduros diez años y su regreso a Azufrón, de los trabajos de Julia, de si esta perdió la cabeza poco a poco o se le fue de golpe. Nos encantaría que nuestros deseos fueran realidad: Julita da un asombroso do de pecho en los cafés cantante o, mejor, en los grandes teatros de la ópera como Trilby hipnotizada por un benevolente Svengali. Nos encanta Svengali, y siempre, siempre que podemos, lo sacamos a colación.

Antonio se cansó de los cantos y excrementos de Julia —ya se sabe lo sucias que son las pajaritas en sus jaulas, caquitas verdes y restos húmedos de alpiste, plumones—, y Jesús Beato recogió en el cuenco de sus manos a la Tórtola y le sopló en el piquito para darle calor e insuflarle vida. Y, aunque Beato la contemplaba con una ternura insólita, Julita temblaba más que nunca y quiso hacerse la muerta para no tener que cruzar el umbral de la casa del jardín

donde Fausto usaba sus tijeritas y sus dispensadores de veneno contra pulgones y escaramujos. Por recoger a su madre y ponérsela tan cerca, Analía besó las manos de Jesús Beato, y para resarcir a doña Virgen fregó, cortó, lavó, sacudió manteles y sábanas, mató animales, y en 1975, cuando había cumplido los veinte años, dio a luz a una criatura que contentó a la abuela Virginia y a quien bautizaron con el nombre de David. Julia, con los años, fue enjaulada en el desván. Las fechas y los datos los ha recopilado minuciosamente Nico, que, durante una temporada, preparó el orden del día de las reuniones de la Casa del Pueblo y en el hueco de la fosa casi siempre ha levantado acta. Su cómputo y sus capacidades taquígrafas no admiten discusiones. Aunque es verdad que se nos escapan algunos matices psicológicos de esta concatenación de hechos comprobables y últimamente hasta nos preguntamos si el registro de los acontecimientos de un crimen implica una levedad incompatible con el espesor de la memoria. La memoria hace fuerza en un punto y penetra hacia lo hondo. Tal vez la cronología sea lo contrario de los borrones de la memoria y sus manchas sensoriales: musiquillas, magdalenas, el color del caramelo al tostarse en el cazo… «Paparruchas», apunta el práctico Dickie poniendo en hora el reloj de cordón que a punto estuvo de librarle de la muerte; sin embargo, los efectos de la bala fueron devastadores para el corazón de anís estrellado de Dickie Johnson.

Se dijo que el padre Jesús Beato, remedando a los dioses del paganismo y por partenogénesis, se había sacado a Analía de la mismísima cabeza de cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Nuestro maestro nada tenía que envidiarles a los docentes finolis del liceo francés o del colegio del Pilar. También por partenogénesis, siempre más cómoda que una cesárea —nos apunta Catalina—, el Dios del Antiguo Testamento sacó de la costilla de Adán a Eva. Adán luego amó a la mujer, como si se masturbara, porque se estaba amando a sí mismo al gozar con un trozo de su propio cuerpo. Que la costilla estuviese escindida resulta irrelevante. Trocearse y amarse para reproducirse y morirse es lo que cumple con el ciclo de la vida y lo que ayunta el Eros y el Tánatos, las pequeñas muertes orgásmicas, el último aliento y los épicos partos sin epidural. Más tarde, todas las criaturas expulsadas del Paraíso, todos los hijos de Adán y Eva, todos los productos de masturbaciones incluso más ensimismadas y tenebrosas que las de Tomé Melgar, peón caminero, fornicaron los unos con los otros como complacientes hermanos y amantes hermanas, con el propósito de generar células afines para el trasplante y formar familias que se repartieron por la corteza terrestre. Beato, prefigurando al Jesusito del Belén al que acabaría reduciéndose, también él cada día más pequeñito y encorvado, casó a hermano con hermana y ese matrimonio remató a la Tortolica, mientras que a él lo transformó en un ser semidivino muy confiado en la calidad de su propia sangre.

Pero nosotros sabemos que eso no es verdad, que Julia ya había acumulado muchas otras razones para perder la cabeza y salvarse de este mundo, que el aire de familia que empolva a Samuel, Analía, Beato, Fausto y David —Luis salió con una oscura borra de nacimiento que nunca se le acabó de caer— se lo ha dado la pátina del tiempo, la grasa que usan para las frituras, el humo del tabaco que se fumó en la sala, los ácaros suspendidos en la atmósfera del cuartito en el que juegan al julepe después de las comidas de celebración. Y, aunque fuera cierto que el padre en el ejercicio de su omnipotencia casó hijo con hija, tampoco sería este un delito tan grave. Solo Catalina refunfuña, y el maestro nos sugiere que repasemos las lecciones de los guisantes de Mendel y las antropologías, pero nosotros ahora no estamos para esas ciencias, sino para ponernos románticos —Dickie finge que enciende la gramola: la fotógrafa nunca quiere salir a bailar con él—. Pensamos que los padres pueden amar intensamente a sus hijas y los hijos

venerar las plantas de sus madres yocastas, chuparles los deditos de los pies, y nadie ha de sacarse por esa razón los ojos de las órbitas ni cubrirse el cuerpo con pieles de asno para ocultarse y no ser encontrada jamás por un papito lúbrico y persistente. Pueden los hermanos espiarse por los ojos de las cerraduras, tocarse la piel y concebir sus propios animalillos domésticos. Aunque el oxígeno y los mestizajes resultan encantadores, al fin y al cabo ahora aquí estamos unidos por el polvo y la tierra, quizá por el calcio oscurecido de nuestros adorables huesos de momia, y todos hemos brotado de la misma yema nutricia y hemos comido las mismas raíces y acabaremos siendo un tipo de desecho similar. Hacemos apuestas para adivinar el hueco de los contenedores de reciclaje por el que nos deslizarán. Además —estamos informados, lo sabemos— en este mundo, y también en este país, ya nadie es peor que nadie por sus discapacidades ni sus muñoncitos ni sus gangosidades ni sus tartamudeos. Muchísimo menos por sus cuñas ortopédicas.

Aquí, en asamblea, hemos llegado a la conclusión de que, si no hay forzamiento, si no hay un chisss que provoca que los ojos oxidados de una criatura angelical se pongan negros por la nerviosa dilatación de las pupilas, por la boca tapada que le corta la respiración y casi le obliga a coger aire a través de los ojos abiertísimos, si no hay nada de eso, por qué no tocar con algo más que escueta ternura el vientre y los pezones y las algarabías del cuerpo de quienes amas y no es que te quieran como si te hubiesen parido, sino que en efecto lo han hecho. Ese amor no sería tan monstruoso y se evitarían los problemas a los que conduce el ayuntamiento de familias disímiles: no habría que enrabietarse con el odio que encizaña a los familiares políticos. Comentarios de nueras, suegras, yernos, cuñados, nombres de parentescos que suenan a enfermedades hepáticas o a animales de raza no pura como los mulos, los ligres y otras aberraciones genéticas. Dulcemente les decimos a nuestras esposas que sus padres tal vez son peores que los nuestros; echamos en falta algo, un pequeñísimo detalle, que las hace entender que no son lo suficientemente queridas por los constructores del nido y que ahora somos nosotros quienes más las amamos. Competimos. Somos sucios. «Diles que no nos hagan mucho caso», me sugiere el padre de Harmonía y Boreal. «Tantos años aquí nos han dejado los sesitos hechos zumo de zarzaparrilla.» Le doy la razón como quien se la da a los locos.

Y sabemos, Luz, cabeza de linterna —hay que joderse—, que algo de ese resentimiento persiste en tu relación con Zarco, compañero fantasma, que no ha puesto ni la suela del zapato sobre estos jardines ni estas concavidades de la tierra. Llevamos esperándole desde 2012 y nos consta que, a la altura de 2020, aún no ha venido a realizar ni un pequeño trabajo de campo ni a curiosear, no ya como detective, sino como persona dolorida. Habría muy buenas razones para que se hubiese pasado por Azufrón y sus círculos infernales, aunque fuese disfrazado, como a él tanto le gusta, en el más estricto de los incógnitos. Quizá haya venido, enfundado en un mono verde, y haya pasado de puntillas contra el plasma, también verde, de Azufrón y ni siquiera nosotros hemos podido detectarlo. Pero hasta el hombre invisible lleva unas gafas que lo delatan. Y Zarco nunca pudo resistirse a un buen sombrero. Lo hubiésemos visto. «*Motherfucker*», masculla Dickie, a quien acariciamos la sotabarba hueca para tranquilizarlo.

Nosotros, ya exhumados y catalogados por las sabias manitas de Braña-Alcañiz, desde nuestras hornacinas y nichos, desde el fondo de los mares a los que arrojaron nuestras cenizas, aún estamos unidos por un delicuescente cordón umbilical. Por una conexión de Skype ininterrumpida. Ahora sí somos, por fin, seres virtuales. Tantos años de fosa común nos han anudado para siempre y seguimos fiándonos de los escrutinios de Nicolás y de sus telegramas. Y

sabemos, Luz, que algo hay de los resquemores de familias mezcladas en tu animadversión por Zarco, ladrón de ese niño con ojos de mosca que, cuando estaba dentro de tu tripa, vería tus entrañas en blanco y negro. O del color verdoso del musgo y amarillento del liquen. El descubrimiento del daltonismo fue anterior a la fecha de nuestras ejecuciones, y si no lo fue, habríamos tenido tiempo para aprenderlo más tarde.

Pero no serían tan pecaminosos los incestos ni los matrimonios libertinos porque Dios hace lo que quiere —Dickie me mira como si no me conociera; ya está definitivamente convencido de que, pese a los años que han pasado, no entiende ni una palabra de español—, no sería tan grave esa pulsión primitiva de Beato y sus manipulados cachorrillos. El niño omnipotente saca de su caja de cartón las figuritas del Belén y las coloca como le va dando la gana en el paisaje. Hoy Herodes ocupa el establo y la Virgen lava en el río y el castillo ha sido ocupado por los rebaños de ovejas y cabras comunistas —esta es la expresión de un deseo razonable—. El capricho de Jesús Beato manda hasta que siente que una mano, más grande que la suya, lo ha cogido por el cuello y lo ha encerrado también dentro de la caja —esto es la expresión de otro deseo razonable e incluso cumplido porque, a la altura de 2020, el barbero ya habrá pasado a mejor vida, es decir, se habrá muerto, sin haber purgado nunca la culpa ni pedido perdón. Tal vez por eso ahora nos permitimos ser tan sucios, poner nuestras sucias extremidades sobre la mesa del comedor, esparcir nuestros malos olores. Sembrar la suciedad sin limpiar luego. Inocular la sospecha torcida. Podemos permitirnos este minuto de lujo *post mortem*. Este regodeo y esta suntuosidad decadente de ricos. En el uso de los diccionarios, en la borrosa depravación que tanto jode, aunque ya lo hemos dicho, nosotros somos tolerantes. «Esto no está bien», apunta el maestro. Pero ya nos hemos cansado de ser los buenos de la historia. Esto ya no lo discute nadie. No debería. Ahora solo pedimos que la bondad no se confunda ni con el sacrificio ni con la tontería ni con quitarse uno el pan de la boca para darle de comer al otro.

Aun así, para dejar patente la generosidad de nuestras almas y desfacer el entuerto de las tramas incestuosas y acotar el verdadero espacio de lo contra natura, podemos afirmar y afirmamos —por aquí no le tenemos mucha simpatía a Adolfo Suárez— que el mito de la hija de la Tórtola como descendiente directa de Jesús Beato no es cierto y podría calificarse de pedazo de *fake new*. Nadie sabe quién le llenó el ombligo a Julia en el Madrid en tecnicolores de 1955. *Las chicas de la Cruz Roja* fue rodada en 1958. Estamos pensando en ese tipo de colores aproximadamente. Ignoramos en qué taza de váter se sentó Julia o en qué sucio asiento de tranvía depositó sus nalgas entreabiertas y sensibles a traviesos cabezones seminales. Qué tipo de gominolas comió. Se lo teníamos dicho desde que era una chiquilla y pegaba la oreja a las rendijas de la tierra de la que, por fin, gracias al sacrificio y las dudas y las investigaciones de Paula Pavlova Paulette, pequeña paloma coja, fuimos sacados a la luz en el año 2012. Paula era muy sensible a las piernas de distintos tamaños y a los desajustes en las cifras. A las asimetrías monstruosas. Su cuerpo estaba preparado para la percepción de lo trunco. Ella era un reloj y tenía buen ojo.

Por aquí somos tolerantes con los incestos, las licuefacciones, el sexo con fantasmas y con el fantasma de la señora Muir concretamente, el intercambio de fluidos y la estimulación del clítoris con piezas de frutas que actúan como llave inglesa —un giro más, otro, sin llegar a hacer daño —, la fantástica búsqueda espeleológica del punto G, los amores eternos y los pajareros también, la homosexualidad —esta nos ha costado más, pero lo hemos logrado gracias al ejemplo de nuestro valiente palomo cojo— y el gusto con que se pasa la puntita de la lengua por las

cicatrices y las escarificaciones, la pasión por las cojas y los tuertos, el bestialismo consentido, el beso largo entre dos pálidas y sáficas hermanas que se hermanan aún más de tanto amarse. Y, sin que pueda compararse ni por un segundo con todo lo anterior, también toleramos las enfermedades infectocontagiosas y las ladillas. A quien Dios se las dé, san Pedro se las bendiga. Nos importa un rábano que Samuel Beato solo follase con su hermana o con su hijo o que no pudiese follar en absoluto —«Solamente una vez se entrega el alma», tararea Dickie Johnson con su español *aserrín aserrán maderitas de San Juan*—; que el hijo naciese de dos hermanos; que Pulgarcita habitase en el centro de una flor; que el abuelo, como Dios hace con sus creaturas, juntase a los unos con los otros igual que las niñas hacen entrechocar el pubis plano de sus muñecos Kent con el pubis, sin uretra ni vagina ni clítoris ni pelo, de las Barbies. Dickie Johnson, una vez más, demuestra su puritanismo anglosajón cantando más alto el bolero y tapándose las orejas.

Escucha, Dickie Johnson, entérate de una vez por todas, alma de cántaro, de que lo que sí es grave y demoniaco es que nos mataran y nos robaran, que nos difamaran, que no nos diesen sepultura, que nos torturasen, que condenasen a nuestros hombres y mujeres del futuro a exiliarse a Pernambuco, a ser de arena, pobres forzosos, cabezas piojosas, a vivir con bridas y mordazas, con tanto miedo durante cuarenta años de cuartelillos de la Guardia Civil y comisarías donde a los detenidos se les sacaba la piel a tiras y a las mujeres embarazadas se les golpeaba el vientre. Un, dos. Izquierda, derecha. Con tanta penuria y bombillas que casi no daban luz. Tan desabrigados.

Eso sí que es pecadito mortal.

Pero también es posible que, si contáramos así nuestras historias, a palo seco y sin tanta adrenalina, sin el brochazo del tabú y de la blasfemia, sin parapsicologías ni deformidades ni cañones sobre un río tan profundo que parece la localización de un western, muchos de ustedes —no decimos que todos— no nos prestarían atención. Sin embargo, puede que también otras personas hubieran agradecido una mayor austeridad. Los que no aman la música ni las volutas de los capiteles jónicos. Tenemos grabada a fuego la frase de que no se puede gustar a todo el mundo. Si lo sabremos nosotros, que en una horrible dilatación del tiempo pudimos sentir todo lo que nos odiaba otro ser humano. O quizá ese odio es demasiado grandilocuente. Un bálsamo para sentirnos importantes y, hasta cierto punto, conformes. Puede que la verdad sea que no importábamos nada. Absolutamente nada. También sentimos eso en la misma horrible dilatación del tiempo. Además del golpe profundísimo y la abrasión de la bala. El dolor que se mantiene incluso cuando ya se está oficiosamente muerto. Nosotros lo hemos comprobado y es posible que, a partir de este punto de la historia, ustedes lo vuelvan a ratificar. El maestro y nuestra Rosita de Azafrán enjugan una lágrima de sus ojitos disecados —con la ilusión de conservar sus gelatinas y humores— y Nicolás se retira, con pudor, para que no calibremos sus fragilidades. Nicolás siempre fue un hombre de pelo en pecho.

Somos tan soberbios que pensamos que nuestras voces son únicas, pero las voces que se entrelazan son siempre una misma y única voz. Somos nosotros. Se lo habíamos avisado. Aquí no hay trampa ni hay cartón. La cojita guapa se iba acercando a la única casa de Azafrán donde nunca debería haber posado tan gracioso y desnivelado pie. Eran gigantes, que no molinos. No atendió a las psicofonías y visiones que procurábamos infiltrarle dentro de los sueños. A la Tortolica a veces sí logramos consolarla en el desván. Ella decía «Oigo voces» cuando se escapaba corriendo por los pasillos de la casa. Nadie la creía, pero Julita tenía razón. Éramos una

caricia y una *lullaby*, como diría Dickie Johnson. *Lullaby of birdland*. Nosotros también hemos aprendido algunas cosas de Dickie y hemos permanecido atentos a detallitos de su cultura. Elipsis. Fundido en negro. Lean despacio. Tápense los ojos si son personas sensibles. Tatatachán y colorín. Colorado siempre, colorado. No lo vayan a olvidar.

3. ESTABULACIÓN

(**Tratado para pieles delicadas**)

No dibujo. Empiezo haciendo todo tipo de manchas. Espero lo que llamo «el accidente»: la mancha desde la cual saldrá el cuadro. La mancha es el accidente. Pero si uno se para en el accidente, si uno cree que comprende el accidente, hará una vez más ilustración, pues la mancha se parece siempre a algo.

No se puede comprender el accidente. Si se pudiera comprender, se comprendería también el modo en que se va a actuar. Ahora bien, este modo en el que se va a actuar es lo imprevisto, no se lo puede comprender jamás: *It's basically the technical imagination*: «la imaginación técnica».

Entiende usted, el tema es siempre el mismo. Es el cambio de la imaginación técnica lo que puede «dar la vuelta al tema», el sistema nervioso personal.

Imagine escenas extraordinarias, eso carece de todo interés, desde el punto de vista de la pintura eso no es imaginación. La verdadera imaginación está construida por la imaginación técnica. El resto es la imaginación imaginaria, y eso no lleva a ninguna parte.

No puedo leer a Sade por este motivo. No me asquea del todo, pero me aburre. También hay escritores mundialmente conocidos que tampoco puedo leer. Escriben cosas que son historias sensacionales, solo eso. *But they have not technical sensation*.

FRANCIS BACON en entrevista con Marguerite Duras en *La Quinzaine Littéraire*, 1971. Tomado de https://escritorasunidas.blogspot.com/2011/03/entrevista-al-pintor-francis-bacon-por.html

Decís que Dios sabe cuál es el número exacto de nuestros cabellos, pero yo todavía siento la presencia de los cabellos de Sarah en la palma de la mano, y recuerdo muy bien la pelusilla que le cubría la parte inferior de la columna vertebral cuando estaba tendida boca abajo en mi cama. Nosotros, a nuestra manera, también recordamos a nuestros muertos.

GRAHAM GREENE, *El final del affaire* (1951)

Paula está en el centro del jardín abstraída en sus pensamientos. Repasa los cuadernos de Beato y estará dándole vueltas a la muerte de Samuel, sacrificado como un galgo de caza que ya no corre lo que tiene que correr. Quizá piensa que quien mata con sus propias manos a un perro o a una gallina para meterla en la cazuela, quien desnuca un conejo —sin traje de tweed ni reloj— para cocinarlo al ajillo, bien puede asesinar a una persona. Se trata de tener algo caliente entre las manos que, de pronto, se vuelve frío. Algo duro que, repentinamente, se desbarata y ablanda. Paula sonríe ante sus exageraciones animalistas y mira hacia las nubes por si la corona negra vuelve a aparecer, pero no aparece, de modo que lo que ocurre a continuación la pilla desprevenida. No hay presagio. Paula morirá —más tarde, no todavía— sin saber que, en el lecho de rosas, descansa el dedito de Hansel, una falange de Dickie que le formula una pregunta al maestro, la saponificada rodilla de la Rosita del Azafrán. Paula ignora que este es el lugar en el que se remueven los huesos de hombres y de mujeres muertas que ya no son para ella perfectos desconocidos. Están en los huecos de las fotografías y las grabaciones. Cuando todo acabe, este jardín en el que Paula trata de sumar dos y dos, oscureciendo la suma en una inextricable operación pitagórica —Paula desconocida, Paula *enzarquizada*, Paula intoxicada de una carencia y un exceso de imaginación simultáneos—, este jardín será cribado hasta dar con las fosas, los casquillos, las moneditas, el sonajero, las gafas, la expresión dentona de todas las calaveras.

Pero Paula se descuida y quizá por esa razón no atiende cuando un antropomórfico golpe de viento grita en el centro del jardín «¡Que le corten la cabeza!» y, en un segundo, los pétalos blancos de las rosas se tiñen del rojo de las salpicaduras de sangre. No hace falta que los naipes de la baraja embadurnen sus brochas gordas en pintura magenta para cubrir las flores de un jardín que, de tan blanco, parece nevado. Ni el blanco ni el color marfil, ni siquiera el amarillo de las bellísimas rosas de té, complacen a la reina de corazones. Que le corten la cabeza. No es para tanto. La sangre de Paula, velocísima y grafitera, ha cubierto las flores como si saliese de un espray. Ella se cae redonda. Con la oreja en tierra, como la Tortolica hace tanto tiempo, comienza a escuchar las canciones de Nicolás, las nanas de Catalina y la lengua de trapo de Dickie Johnson. Pequeña encuentra a Pequeña. Pequeñas todas. Paula no sabe por qué la van a matar, pero sin engañifas de trilero van a matarla. Un instante antes de caer contra la tierra y rasparse el pómulo, Paula ha entrevisto unos pies grandes, que no reconoce, y la forma de una pala recortada contra la tierra del jardín. Los cuadernos de Beato se han caído al suelo. Las tapas viejas son la última imagen que se ha quedado retenida dentro de sus ojos. Desde una ventana del primer piso, David está observando lo que sucede. No moverá un dedo por auxiliarla. Se apartará del observatorio. Encenderá el ordenador.

A Paula Quiñones le atan con una soga las manos y los pies. Le colocan sobre los ojos un adhesivo que, al ser retirado, casi le arrancará los párpados, las pestañas, y dejará desprotegida la reseca esclerótica sin que ella pueda aliviarse de ninguna manera. Otro adhesivo le tachará los labios. El cuerpo de Paula está tendido en el suelo. Unas manos grandes, enfundadas en guantes de plástico duro que evitan las abrasiones producidas por los productos de limpieza, embuten poco a poco los miembros inertes dentro de un saco. En su semiinconsciencia, Paula no sabe si son dos manos o cuatro las que la manipulan y van alzándola para incrustarla en su vaina de guisante. Una vaina de guisante es una jaula herméticamente cerrada. De los pies a la cabeza, su cuerpo es levantado por secciones mientras la tela se la va comiendo como las serpientes degluten a los ratoncillos vivos. Lo que queda se parece a la crisálida de un gusano. Pero no es ni lo uno ni lo otro, ni crisálida ni vaina ni serpiente: es una mujer metida dentro de un saco. El saco

se cierra cuando las manos enguantadas anudan una soga al extremo del que sobresalen algunos pelos oscuros de la coronilla de Paula. Paula ahora es una víctima. Víctima Paula. La víctima. Paula Quiñones, inspectora de Hacienda, divorciada y natural de Madrid, cuarenta y cinco años, había ido a pasar sus vacaciones a la localidad de Azafrán para localizar enterramientos de la Guerra Civil. Las crónicas de sucesos recogerán las iniciales de sus asesinos y constatarán que su muerte fue completamente inútil. Porque ella sabía mucho menos de lo que creía saber. Ahora, semivíctima Paula, a punto de ganarse el derecho para que le pongan del todo ese nombre, es la mujer que se medio muere dentro de un saco de arpillera con los ojos y la boca como dos tachaduras y la cabeza descalabrada. Luego, otras enguantadas manos recogen los cuadernos, los retiran. Desde el primer piso, David sigue observando con las pupilas un poco menos dilatadas que en un cuarto a oscuras. Siempre rojizas o del color del yodo.

Dos mujeres, que han perdido el oremus, muy acostumbradas a desplazar bultos pesados —trozos de carne, latas de conservas, botellas, ancianos poco colaboradores, hijos medio tontos—, arrastran el cargamento por la tierra del jardín y la arpillera del saco no protege esa piel, en edad ya delicada, que se cercena y se magulla mucho más que a los quince años. Las arenillas se incrustan en las laceraciones, las fibras de la arpillera raspan, los capilares se revientan con los golpecitos involuntarios del arrastre y, bajo la piel, se derrama la sangre formando dibujos asimétricos que no son dibujos sino hematomas. Dentro del saco, a Paula los ojos se le han dado la vuelta bajo el doble párpado gato de la cinta adhesiva, y está a punto de asfixiarse porque el golpe de la pala, asestado un poco más arriba de la nuca, ha desencadenado un ataque en sordina parecido a un episodio epiléptico. Paula está a punto de tragarse la lengua. Sin embargo, la naturaleza es mucho más cruel de lo que podemos soportar y la lengua, corta y reseca, se desplaza desde el gañote hasta un ángulo muerto de la boca. Paula no está muriendo en el acto y, pese a que sus órganos ahora se resienten mucho más y ya no metaboliza el alcohol como cuando era joven, y le duelen sin tocarlas partes incógnitas e inverosímiles de su anatomía, pese a esa vulnerabilidad que la transforma en algo pequeño y frágil, Paula resiste a la muerte, hace de ella un estiramiento, porque hasta la carne más sensible —también el conejo y la gallina— es difícil de matar. Las sirenas expuestas al sol, en un secadero, sobreviven durante días a la muerte. Paula no será distinta de esas criaturas que también tienen problemas con sus piernas.

La mujer dentro del saco es arrastrada por un tramo de la casa, desde el jardín hasta el vestíbulo, del vestíbulo a la cocina, de la cocina al corral que también cumple las funciones de garaje. Se superponen, uno encima del otro, los momentos en que el cuerpo es arrastrado. El arrastre se contempla desde distintos ángulos y la acumulación de perspectivas multiplica los efectos del dolor y las contusiones. Sobre el suelo se va dejando un camino. Risssss. Un risssss de miguitas, fragmentos de una cabellera castaña y caspa desprendida de la epidermis. De momento, nadie derrocha contra Paula Quiñones un sadismo excesivo. La crueldad no se pauta según las posturas de una tabla gimnástica. Sin presiones ni retorcimientos, la mujer se rompe tres falanges y la muñeca de la mano izquierda, que, tonta, se le ha doblado antinaturalmente al golpearse con el peldaño de una escalerilla. Después el saco dentro del que se oculta el cuerpo de Paula, descoyuntada y medio rota, se carga en la parte trasera de un furgón. Algo venenoso, las emanaciones de la combustión del diésel, se filtra en el cubículo y le obtura bronquios y pulmones: Paula recupera la consciencia durante una décima de segundo, experimenta de golpe todo el dolor, no se puede mover y piensa que se ha roto el cuello y se ha quedado tetrapléjica. No lo puede soportar y cae en un desasosegado sueño. El cuerpo se parte. Ojeras, sudor, lengua

llagada, uñas desprendidas del lecho ungueal por la falta de delicadeza en el transporte. A la mujer, reducida a amasijo, se le mueve un diente. Nadie se ha preocupado, al desplazar el saco por la casa, de si la cara de Paula se golpeaba contra las escaleras. En la herida de la cabeza, cada vez más sucia, se forma una pasta de pelo, sangre y arenilla. El saco no es impermeable. Por la burda trama de la arpillera se filtran el microbio y las infecciones. A la inversa, y para la satisfacción de los enjambres de futuros investigadores criminales —armadillos, acorazados insectos, duros reptiles—, la porosidad del saco de arpillera irá derramando los fragmentos corporales de una Paula atomizada con los que, en un pispás, se resolverá el caso. No obstante, no me preocupa el derrotero de la molécula probatoria. No me preocupan ni el pelillo ni el rastro de saliva. A mí lo que me preocupa es el dolor. Sus grados y escalas —sol, do, fa—. La delicada piel de Paula Quiñones que, en los últimos tiempos, se amorataba con un minúsculo roce.

Aparentemente Paula ya no sufre. Su cerebro ha desconectado y no puede sentir las heridas ni ese odio o ese desprecio del que tanto sabemos por los aventureros relatos de los niños perdidos y las mujeres muertas. Paula es Paula, y una cosa que se carga dentro de un saco. Paula es nombre, personaje, cosa, animal, víctima, comida, ciudad del mundo. Es una mujer, más nítida que nunca, que a la vez va desdibujándose en esa zona donde también situamos el duermevela y los efectos alucinantes de la fiebre. Paula duerme —se va muriendo—, pero su cuerpo despierto sufre la oxidación y el majado celular, y va haciéndose consciente de que cada vez será más difícil recomponerse a sí mismo. Temo que, pese a la pérdida de conocimiento y la amortiguación del dolor, a través de la rejilla del saco se oiga un gemido continuo.

Te cuento todo esto porque así lo imagino. Paula no me ha podido decir nada. Supongo que las cosas sucedieron de esta manera y no pienso escatimarte ni un solo detalle de mis suposiciones. Ni siquiera te ahorraré las más macabras porque, lamentablemente, mi imaginación —tanto la «técnica» baconiana como la más convencional, la del estilo y esa otra que pinta burros que vuelan y casitas de chocolate— se queda corta. Todas y cada una de mis hipótesis se apoyan en una marca. El cuerpo de Paula Quiñones, poso del té y constelación, vuelo diestro o siniestro de corneja contra las nubes, ha sido leído por los mejores intérpretes y yo solo amplío la foto para que no puedas escabullirte. Zarco enmascarado, el espíritu que anda. La figura de un bajorrelieve preso en la ley de la frontalidad.

También he atendido a otras caligrafías que he fotocopiado mentalmente. A palabras que, al salir de sus bocas de piñón o de sus bocas-sentina, iban trazando en el aire la forma de la *a*, de la *s*, de la *e*, de la *sde* nuevo, la *i*, la *n* y después el resto de los accidentes gramaticales. ¿Serás capaz de coger al dictado el sonido de las letras? Dickie Johnson, tan anglosajón, podría haber sido un fanático de los concursos infantiles de deletreo, pero se lo ha perdido todo: tantos años bajo tierra. Sin embargo, tú, Arturo, piensa, porque sí puedes pensar… Piensa en las animadoras del fútbol americano en una película del fin de semana televisivo. «Dame la *a*, dame la *s*, dame la *e*, dame la *s*, dame la *i*, dame la *n*… ¡A-se-si-n…!» Piensa en uno de esos concursos, también estadounidenses, en los que aparecen criaturas prodigiosas capaces de reventarles la cabeza a sus progenitores con un cenicero porque fumar es malo, o de entrar en el instituto con una pistola para cargarse a la pareja más popular del baile de fin de curso y, de paso, al resto de octavo C; piensa en esas criaturas que enumeran las vocales y consonantes que componen «hemofilia», «procrastinación», «victoria», «secuestro», «Estocolmo», «educativo», «desaparición», «fusilamiento», «flor»…; piensa en esas confortables escenas, tan familiares para tu pésimo gusto televisivo, y empezarás a entender el significado de mis acciones y palabras. Seguro que eras bueno en el análisis morfológico. Tú siempre has sido excelente —incluso virtuoso, virgueroen la práctica de las actividades inútiles. Gran jugador de scrabble, memorioso recolector de directores de comedia musical, coleccionista de películas en blanco y negro, conquiliólogo de verano ataviado con sandalias, calcetines y un cubito. A lo mejor mi Olmo te soporta porque le das risa.

Pero aquí, Arturo Zarco, todo es lo que parece y no habrá giros inesperados ni dobles finales. Esta película se estrenará con las mismas secuencias en España que en el resto de Europa. Jess Franco no llamará a Soledad Miranda —actriz con un parecido más que razonable con Paula Quiñones—, resucitada de entre las vampiras y las muertas en accidente de tráfico, para que sea un poco más lúbrica en Suecia y Finlandia. Paula no saldrá, como palomita, del fondo de la chistera ni aparecerá entre el público después de que el mago la haya partido en dos dentro de un cajón que ahora, oh milagro, está vacío. Esta no es una historia de farándula ni de efectos especiales. Aquí no queda trabajo para los prestidigitadores. Tendrán que emigrar a un país extranjero, aprender idiomas, emprender una aventura.

Tampoco Paula, con sus instintos numéricos y sus teoremas de Pitágoras impresos en las huellas dactilares, más allá de las deformaciones que siempre genera el amor —todos los

amantes necesitan gafas de cerca y de lejos, perversos instrumentos ópticos para duplicar y clonar la carne muerta o corregir los deslizamientos del ojo humano sobre la gama cromática, como le pasa a mi hijo Olmo—, Paula, con su método científico y con las gruesas evidencias que casi la iban sepultando, no ha caído exactamente ni en tus obnubilaciones ni en tus atolondramientos, Zarco. No te pongas orgulloso pensando que tu influjo sobre Paula fue tan decisivo que a ella se le desimantaron las brújulas por la posibilidad del amor. O sí, créelo y siente celos o siéntete culpable o, de la manera que prefieras, jódete. Lee sus cartas —las que te permito ver, muchas otras me las guardo; estoy en mi derecho: son mías— y el relato que compongo a través de casi todas sus versiones: las epístolas paulinas, los testimonios de los implicados —incluso el de Analía y el del tío Fausto—, lo que Rosa vio con sus propios ojos, los atestados de la Guardia Civil, todo lo que yo me puedo imaginar conociéndola y sabiendo lo que de ti le quedaba dentro. Solo los muertos ya no pueden decir nada, o a lo mejor sí que pueden tal como aseguran los parapsicólogos, los médicos forenses, los patólogos, los practicantes de la religión católica, los santeros y Graham Greene. También he mantenido largas conversaciones con BrañaAlcañiz. Y lo que no sé me lo invento. Los niños perdidos y las mujeres muertas no me soplan las respuestas del examen. Yo les dicto sus palabras y sus anacronías. Aquí no hay magia ni fantasmas. Yo escribo. Ando por detrás de todos los papeles. Yo, que estoy segura de que con el lenguaje se ejerce la violencia, de que siempre escribimos contra otro y de que tú jamás sabrás proteger a mi hijo, porque nunca has sabido proteger a nadie. Lo has demostrado y esa sabiduría me deja profundamente intranquila. Porque mi niño, con sus mariposas y sus ojos caleidoscópicos de insecto que confunde los colores, está en tus manos y, pese al histrionismo del amor y la impostura, tú lo vas a dejar caer. ¿Por qué no te marchas ya? Yo te lo cuento todo y tú desapareces, te esfumas, te largas por ahí a hacer de la vida de los otros un melodrama de Douglas Sirk o un musical de Vincente Minnelli. Mi relato son las trece monedas. Estás maldito. Das yuyu, mal fario. Lagarto, lagarto. Sabandija. Lárgate sin decirle nada a nadie. Te lo pido por favor.

Arturo, todo esto no es más que un largo reproche. De ahí proviene el repetir lo que tú ya probablemente sabes, lo que con el paso de los años han contado los periódicos, y esta intensificación de la violencia que no es ni mucho menos innecesaria. Hasta los fantasmas, los recuerdos, las invenciones te insultan. Compongo mi propio cuaderno de Jesús Beato. Ya sabes que a mí me encantan los cuadernos y escribir a mano. Tú seguirás atendiéndome porque la curiosidad mató al morrongo de angora y de angorina —más artificial, más de tu gusto— y también a los gatitos de los vídeos de internet. Te buscas dentro de estas páginas con la compulsión vanidosa de encontrarte de un modo un poco más definido que en tu versión invisible de interlocutor. No voy a engañarte: quizá no describa las solapas de tus chaquetas ni el ángulo exacto en que te colocas el sombrero ni el espejo que siempre llevas delante de ti para no dejar nunca de verte. Aprendí esta metáfora narcisista de una amiga enfrentada al desmedido amor por su propia imagen de los hombres en Milán. Escucha. No te queda más remedio. Yo no necesito que me des un *like*. Al revés: me estoy esforzando para lograr tu disgusto. Utilizo el cuerpo de Paula Quiñones, lo exhibo como un trapo, para castigarte y provocar tu indisposición. Tráiganle las sales al señor Zarco, no tarden, dense prisa. Se va a desmayar. Es un tonto de la flor que responde al estereotipo feble.

Como en *La naranja mecánica* —yo también tengo mi culturita, aunque no la voy exhibiendo por ahí—, voy a mantenerte con los ojos abiertos. No voy a permitir que tu cuerpo te

ayude con un pequeño desmayo. Te reanimaré con un balde de agua como los torturadores a sus víctimas después de una sesión de golpes metódicos. Aprendo de las técnicas de Billy el Niño y las aplico en la elaboración de un modelo literario edificante. ¿Por dónde íbamos? Llevo años ordenando y recabando testimonios y versiones. Cotejo los materiales con Rosa y Braña-Alcañiz, estimulo los sulfúricos recuerdos de los locos y las locas apaciguando la histeria de María Melgar, me reúno con números de la Guardia Civil, visito locutorios de las cárceles y penales psiquiátricos, releo cartas de mi amiga, estudio los informes del forense, los detalles de la autopsia y, hasta ese punto, me comporto como una investigadora de una mala serie policial.

Después, y ahí viene la gracia y la transferencia de las aptitudes creativas de Beato a mis propias aptitudes, invento, ejecuto la transubstanciación alquímica, hago del vino sangre y de la letra carne, resucito a los muertos, celebro ritos satánicos y políticos, preparo güijas y atiendo a las reverberaciones polifónicas. Todo el mundo sabe que los asesinaditos no dicen ni mu, pero a mí me ha apetecido darles la palabra. Como en *Pedro Páramo* o en *El fantasma de Canterville*, dos novelas que se hicieron películas, como a ti te gusta. Pero ya te lo dije: yo escribo. Utilizo la palabra para hacerte daño. Las palabras salen de las tapas de los libros y les roban el aire a hombres como tú. Las palabras clavan esquirlitas debajo de las uñas. Definen en el cerebro el contorno del destripador entre la niebla de Londres. «Hay que fijarse, Julita, hay que fijarse.» Yo lo hago todo para que tu malestar se asiente en una cimentación bien sólida. Para que sea irreparable. Para que nunca te lo puedas perdonar.

«Quiero que me digas cuáles son exactamente los terrenos que me has robado, Samuel. Y que lo hagas delante de testigos.» Samuel Beato se levanta. A su espalda intuye a Luis. Sobre la mesa queda el par de huevos que Analía le acaba de preparar. «¿Tú te crees que a mí me das algún miedo?», Luis levanta la barbilla rechoncha, bien definido contra el espacio blanco de la cocina, mientras Samuel da una explicación que nadie le pide: «Yo no te he robado nada. Padre me ha hecho una donación en vida.» El hermano más viejo provoca: «¿En vida? Esa bruja es la que le mantiene tieso, atado a un palo, como si padre fuese el Cid Campeador.» Analía se lleva la mano a la cadera y Samuel habla con su hermano. Parece que su esposa no exista: «Padre es un vampiro, Luis.» El hermano mayor se hace el loco: «Muy hablador estás tú.» Samuel se limpia la boca con la servilleta y empuja con ella las palabras hacia dentro. Tal vez no quiere que nadie le reproche su locuacidad después de tantos años de mutismos y silencios obligatorios. «Chissss, chaval», Samuel se escucha y recuerda la mirada, primero convulsa, luego ausente, de David, aquel hijo al que él trató incluso peor de lo que le habían tratado a él. El hijo suave, deslavazado. Con los ojos vueltos sobre sí mismos.

Samuel se siente culpable por muchas cosas, pero no de haberle robado nada a Luis. Se ha merecido cada moneda. Han sido muchos los sacrificios. Trabajo. Falta de confianza y reconocimiento. Calatayud. Nada. El asco de vivir en aquella casa, pagando por los crímenes de un padre que apuraba gañotes, un barbero engreído, repelente. El asco de vivir con una madre que solo acariciaba las cabecitas huecas de los afeminados. La loca del desván —Samuel habría subido muchas noches a retorcerle el pescuezo, a imponerle silencio llevándose el índice a los labios— y el cuadrado torso de Analía, que no contuvo su amargura y le confesó de qué estaban hechos los cimientos de la casa del jardín. El cuadrado torso de esa mujer mazacote, aparentemente recia, que podría ser su hermana y que le producía grima, repulsión. Vivir sobre un cementerio. Cada día, Samuel Beato se miraba en los espejos por si aparecía el monstruo. Se quedaba arrebujado en la cama, sediento y sin moverse, intuyendo la mano que sale de debajo del jergón y tira de él hacia el guano, la putrefacción y el limo. Entonces, corría al cuarto de David y apagaba el miedo con el miedo. Hasta que un día, rebuscando en los cajones de la cómoda de Jesús Beato, encontró el cuaderno del padre y se le removieron las bilis. Quiso olvidar y casi lo consigue hasta que llegó la coja a hurgarlo todo. Samuel supo que tenía una baza que jugar, solomillo, tres reyes pito, lo que le diferenciaba de aquella panda de alimañas y le señalaba como honorable guardián de la hacienda. Envidaría a grande, a pares y a juego. Levantaría el jardín. Repudiaría a la mujer. Señalaría al padre amojamado. En ese momento, Samuel consideró que había llegado la hora de decir la verdad. Incluso de ponerse a bien con Dios.

Se habían acabado los chirridos y las lamentaciones de aquella casa, que se quejaba con razón, los fuegos fatuos y el cuerpo de Analía, que tocaba, mordía y masticaba porque su padre le había transferido la culpa y el deseo de pájaro que le había inspirado siempre la Tortolica. Samuel ya no lo soporta más. Él expiará sus culpas y se los llevará a todos por delante. Pero no, no le ha robado nada a Luis, que, en la cocina futurista de aquella casa levantada sobre el detritus, insiste: «Eres un ladrón y quiero que me enseñes lo que me has robado.» Luego señala a

Analía: «Que me lo enseñéis tú y la chacha.» Samuel Beato no reacciona para defender a su mujer. Nunca ha reaccionado. Analía tira los huevos fritos a la basura y se coloca al lado de Luis: «Cuidadito con lo que dices. Cuidadito.» Analía le saca a Luis Beato más de una cabeza: «Deberías agradecer que cuide de tu padre.» Analía manda sin abrir los labios: «Respétame.» Luis aprieta el morro y nota que se empina, que tiene que andar siempre empinado para que lo vean. Analía también se fija en el exceso corporal de Luis y, en un momento en que Samuel se distrae, le hace con las manos un gesto de apaciguamiento al Beato mayor. «Vamos», Samuel abre camino. No ve nada. No se imagina nada.

Samuel monta por su propio pie en el coche color verde mosca de su hermano Luis. Brillante e impoluto. En el asiento trasero Paquita los espera. Los hombres se sientan delante y Analía pasa detrás. No le da un beso a su cuñada. Se abrocha el cinturón. El interior del coche huele a pipas con sal y al luctuoso perfume de lilas de Paquita. Es un presagio. A Samuel le asfixia el aroma. Pero él no entiende de tarots. Se defiende como si fuera de verdad el más listo: «¿Sabes que David te llama condesa de la Laguna Madriguera?» El mudo Samuel, tan lenguaraz últimamente, quizá boquea para paliar su falta de oxígeno. El corazón le late a mil por hora y no sabe por qué. Desde que ha salido del pueblo siente una opresión. Le gustaría que su mal fuese el mal de muchos. «Cállate, Samuel», le ordena Analía. El marido se revuelve: «Aquí la única que tiene que callarse eres tú.» Samuel, volteado en dramático escorzo, le coge la mandíbula a Analía: «Chisssss.» Analía se deja, pero si alguien pudiese tocarla se percataría de que está dura. Paquita es maliciosa: «Si tu padre se entera de cómo tratas a tu mujer, no sales vivo, cuñado…» «¡Paquita!», Luis está a punto de perder el control del coche. Paquita se amordaza flojamente con su manita arandela: «¡Perdón, hijo!»

Samuel se distrae con la discusión de su hermano y su cuñada, se olvida de Analía, se apacigua y se pone nervioso, no entiende. Mueve las orejas como un perro. Piensa «Salir vivo», pero enseguida deja de pensarlo porque Paquita exclama: «¡Condesa! Ay, este chico, cómo me conoce.» Dentro del habitáculo, durante unos segundos, solo se puede escuchar una canción, parecida a muchas otras, interpretada por un solista melódico: «Yo siempre me he llevado muy bien con los superdotados.» Paquita roncha otra pipa: «David sabe que yo me habría merecido una familia con un poco más de clase, desde luego.» La condesa de la Laguna Madriguera no les quita ojo a los lamparones de la blusa de su cuñada. «No metas a mi niño en esto», Analía aprieta el muslo de pollipava de Paquita, que lo retira rápidamente. El cuerpo de la mujer que la acompaña en el asiento trasero podría contagiarle una enfermedad. Paquita frunce su nariz de guarnición guisante: «Yo no he sido. Ha sido Samuel, que de repente sabe muchísimas cosas de su hijo.» «¿Desde cuándo? Si no hubiera sido por Faustino, David ni farmacéutico, ni hostias. Si no hubiera sido por Faustino, a esa criatura la desgraciáis…» El coche raspa, Luis ha embragado mal: «¡Paquita! ¿Quieres hacer el favor de callarte?» Samuel se vuelve para mirar a su cuñada con odio, pero se le desenfoca el odio hacia su mujer cuando ella dice: «Ya no importa, Luis. No la regañes.» Samuel se revuelve desconfiado: «¿Qué es lo que ya no importa?» Analía le sopla «Chisssss» y se vuelve hacia su compañera: «¿Tienes pipas, Paquita?» La pollipava le pasa el pienso a Analía, que al morder los frutos deja que los restos se queden prendidos a la fibra de su blusa. «Mira que has sido siempre guarra. Pero guarra, guarra», Paquita cabecea, y se pone a mirar el paisaje. Samuel evalúa la situación. Infructuosamente. Se agarra al asiento. Paquita deja de mirar a través de la ventanilla: «Es que ni un poquito de coquetería has tenido nunca.» Analía rompe la cáscara con ruido: «He tenido cosas más importantes en que pensar, Paquita. Mi

aspecto para mí siempre ha sido un asunto secundario.» Samuel observa a las mujeres a través del espejo retrovisor. Una: «Un poco de higiene no mata a nadie.» Luis: «¡Paquita! ¡Déjate ya de muertos!» La otra: «Ya no importa, Luis. Pero dime, Paquita, ¿quién tiene la casa como los chorros del oro y os lleva cuidando toda la vida?» «Como los chorros del oro», le parece a doña Paqui, la maestra jubilada, claramente hipérbaton. Perdón, hipérbole.

Carretera entre Azafrán y la cabecera de comarca. «Gira a la izquierda», Samuel le da indicaciones a Luis. «Los terrenos son esos.» Luis conduce: «No me tienes que decir cuáles son los terrenos, Samuel. Los conozco perfectamente.» El hermano mediano observa el camino por el que deberían haber entrado con el coche. Ve cómo pasan de largo y ya van quedando lejos las tierras, junto a la carretera secundaria, donde tendría que ubicarse la gasolinera, un garaje, un bar, todo lo que fuese menester. Luis se adentra en los pinares que quedan más allá. Mucho más allá. «Te vas a raspar el coche, Luis.» El hermano mayor conduce con el cuerpo adelantado hacia el parabrisas. «Los bajos, Luis.» Conduce mal. Con miedo. Atenazando el volante. Con el cuello rígido. No dice nada. «¿Luis?, ¿me estás oyendo?» Ahora que ha recuperado el don de la palabra —de la delación o de la denuncia— a Samuel Beato ya no le escucha nadie.

Ya nadie le contesta porque a los animales que uno se va a comer es mejor no ponerles nombre ni hacerles mimos. «Ya no importa, Luis», acaba de decir Analía. El tono melifluo, inusualmente cariñoso. Samuel ha creído percibir incluso un pequeño residuo de complicidad. «¿Qué es lo que ya no importa?» Y Analía ha hecho «Chissss» llevándose el índice al centro de la sonrisa. Samuel teme haberse quedado prendido en la tela y, por mucho que mueva las extremidades, no se va a poder despegar. Las arañas tejen, escriben. Escriben y tejen. Traman una estrategia para poder comer. Samuel trata de quitarse el cinturón y saltar del coche, pero Analía y Paquita lo tienen bien agarrado por el cuello, en un remedo de garrote vil, contra el reposacabezas y Luis acaba de poner el freno de mano. Analía me lo ratifica en el locutorio de la cárcel: «Quizá hubiese sido mejor tener la boca callada. Así se habría resistido menos y todo habría sido muchísimo más fácil. Más inesperado.» Pero Paquita había metido la pata un par de veces y ella no había podido evitar susurrarle a Samuel por primera vez: «Chisssss.».

«Este encontró un huevo, este lo cascó, este le echó sal, este lo frió y este pícaro gordo se lo comió», ¿te acuerdas, Arturo? No puedes ser tan desmemoriado… ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos en la escalera de mi casa? Pasaron muchas cosas y yo te conté algunos cuentos. Tenía, como Jesús Beato, un cuaderno de tapas duras que no era un catálogo de bienes ni una colección de mentiras de esas que deben escribirse para no ser olvidadas. Cuando se miente mucho, podemos no recordar exactamente nuestras fabulaciones y conviene amarrar bien cada detalle. Yo no soy ni una urraca ni una lora. No acumulo tesoros ni difundo bulos. Yo escribo. Busco que mis palabras construyan un modesto depósito de realidad. Mi cuaderno era un diario que me ayudó a conocerme mejor a mí misma, a mis vecinos, a mí dentro de mis vecinos y a mis vecinos dentro de mí —con alguno incluso es posible que llegara a follar: elegí para acometer el acto al vecino más peludo—. Mi diario me ayudó a abandonar el vicio del tabaco y a deleitarme con los placeres amargos del chocolate. Me ayudó a imaginar que el doctor Bartoldi me cogía por el talle para morirnos de amor y ya no le di tanta importancia al hecho de que mi marido hubiese dejado de mirarme como a mí más me convenía ser mirada. Ave canora. Mujer fatal. Buena y cuidadora de la casa. Una pequeña Analía con las uñas recortadas. También yo me preocupo mucho por los míos y no le hago ascos al rencor ni a las luchas fratricidas. Hablé mucho con Pauli de nuestros desamores y ella empezó a prevenirme de los peligros que corría por tu culpa mi hijo Olmo.

Mientras te daba pistas que tú eras incapaz de asimilar y te señalaba al niño aceituna del primero derecha, decidí poner en práctica contigo métodos pedagógicos de vanguardia. Tú no eres hombre que entienda las insinuaciones. Con los cinco deditos extendidos de la mano, te recité aquello de… «Este encontró un huevo, este lo cascó, este le echó sal, este lo frió y este pícaro gordo se lo comió.» Hoy el recitado vuelve a ser pertinente para explicar el asesinato de Samuel Beato. Puede que, aunque has tenido nueve años para leer los periódicos y ver los telediarios y escuchar los programas radiofónicos, aún no te hayas enterado bien —la cabeza no te da— y quizá yo pueda iluminarte —Luz, linterna de mano, paulino homenaje— con pequeños momentos que te jodan la existencia. Disculpa el arrebato castizo, pero una no puede evitar ser lo que es, y además, cuando se trata de proteger a mi Olmo, me sale la Luz rabisalsera, chulapa y tabernaria. La que lleva la navaja en la liga y es capaz de escupir por el colmillo. Como Paula me decía en sus cartas, Analía y yo nos parecemos. Somos dos madres que decidimos responder al modelo, protector e insecticida, de las madres anaconda. Constrictor. «Por un hijo una hace cualquier cosa», me aclara Analía en el locutorio de la prisión, mostrándome que su pensamiento no deja de ser vulgar. Aun así, yo creo que mi amor por Olmo es mayor que el que Analía sintió por David y que, en realidad, ella era la víctima perfecta del perfecto síndrome de Estocolmo. «¿Cómo está Jesús?, ¿dónde lo tienen?» Fui a visitarla a menudo, y si hubiese podido preguntarme por su hijo, dudo de que lo hubiera hecho con la preocupación con que me preguntaba una y otra vez por el viejales: «¿Lo peinan?, ¿qué le dan de comer?»

La pobre Paula creía que yo te preparaba, con gusto y delectación, croquetas con las sobras del cocido madrileño. Ignoraba que, cuando las hago para ti, la bechamel no termina de espesar y se me despanzurran al freírlas con el aceite vivo en la sartén. Se me agria la leche como a las

madres nerviosas y a las madres que fuman. Por eso, cuando venís a casa, os frío un filete de la contra y tú arrugas esa recta nariz que yo intuyo operada. Y se lo digo a Olmo, que se carcajea viendo grises los pimientos morrones. A veces pienso que el daltonismo de mi hijo es un síntoma de sus deficientes conexiones cerebrales.

En estas circunstancias siempre recurro al mismo estribillo infantil: «Este encontró un huevo, este lo cascó, este le echó sal, este lo frió y este pícaro gordo se lo comió.»

Sé que el cuerpo de Samuel te importa menos, así que solo te diré que Luis lo cascó, Paquita le echó sal y Analía, que no es nada pícara, pero sí robusta, se lo comió. Con estas violencias te mortifico a ti y yo misma me maltrato. Me salen llagas en la boca. Me duele el estómago cada vez que me fuerzo y me pongo a escribir. Supongo que apreciarás mi sacrificio. Por eso, voy a evitarnos a ambos la extrema crueldad y coordinación con que este eficaz tridente de animadas figuritas del Belén, escapistas de la caja, asesinó a Samuel Beato en el negro pinar donde los adolescentes recogen níscalos para el revuelto. Acaso escuchaban en diferido una voz. En el locutorio del penal, Analía me revela: «Jesús me habla.» Y esa confesión tiene infinidad de lecturas. Vuelvo a representarme la boca de Jesús Beato muy, muy cerca de la oreja de Analía. Los tirones de pelo. Sí, no, no, sí. Quiero y no quiero hacerlo. Has sido malo, pero yo te perdono porque estás arrepentido. No vas a pagar tú por todos nuestros pecados. «Jesús me habla.» O, si Jesús me hablara, qué cosas me diría. Y cuánto alegraría mi cansado corazón de verde jilguero.

Por boca de Analía, médium excelente, Jesús se manifiesta: «¿Veis como este iba a estropearlo todo? El cuaderno, el cuaderno. Tú lo viste en la oficina. Él les dio el cuaderno. Para salvar el capital hay que salvar el buen nombre.» Luis me describe a su cuñada con las greñas grasientas y esas exactas palabras en la boca. Me da su versión de lo ocurrido: «Yo quería mi dinero. Pero para eso tenía que salvar a mi padre.» «La chacha tenía razón», recalca Paquita. «Y mandaba mucho», subraya. «Decía que Jesús le hablaba», me cuenta Paquita santiguándose. En el presidio se le han estropeado los dientes, pero se arregla cada vez que un periodista viene a visitarla. «Seguro que tenía razón. Mi suegro amasó una fortuna y ella le ayudó a conservarla con su trabajo. Y con su silencio. Siempre le estuvo agradecida por los cuidados dispensados a la Tortolica.» Paquita se sincera: «A todos nos convenía. Hasta que llegaron los remordimientos del inútil de Samuel. El cuadernito. La coja.» Ahí le pido a Paquita un respeto y ella se indigna: «Yo la previne.» Luis saldrá muy pronto de la cárcel por su edad y sus problemas de salud: «La gasolinera fue un ardid. No nos importaba nada. O más bien nos importaba todo. Nos importaban los aserraderos, las fábricas de muebles, los pisos, las acciones, los aparcamientos, las casas rurales que eran todas nuestras, nos importaba todo lo que se podía evaporar u oxidarse de golpe. Las reclamaciones. El escándalo. El jardín. Nos importaba… ¡La reputación!» Samuel Beato quiso salvar la reputación y la hacienda recuperando la voz y el hilo de la historia; el resto de la familia —a excepción del imprevisible tonto de la flor— aspiraba a lo mismo pero decidió que, para lograr sus fines, debía poner en marcha la estrategia contraria: campana sobre campana, silencio sobre silencio, tierra a la tierra, polvo al polvo. Bruma. Caras que se escurren hacia abajo. «¡La reputación!», el funcionario interrumpe el grandilocuente discurso de Luis, que ya casi ni me oye cuando me sale la voz para preguntarle por el destino de Paula. «¿La coja?», me grita. «No, no, con eso ni Paquita ni yo tuvimos nada que ver.»

Ninguno de ellos me preguntó nunca por Nicolás ni por el palomo cojo ni por Catalina ni por el padre de Boreal y Harmonía ni por la minúscula Rosa de Azafrán ni por el pastor ni por Dickie Johnson. Ninguno se interesó por la descendencia de los difuntos —a Analía no le hablaban— ni por lo que había sucedido cuando los huesecillos se fueron cribando en el jardín mientras Fausto lloraba no solo por el maltrato que recibían sus rosas. El tonto de la flor lo era por sus ausencias.

Parece que tenéis más de una cosa en común, Arturo. A lo mejor te gustaría que te lo presentase. Pero no, no desgraciaré la vida de Fausto, que llora por sus ausencias, pero también por un minuto de su vida que hizo de él un hombre visible y digno: un minuto que le impide saber si es culpable. Porque en algunas historias no se puede ser completamente inocente.

Como sé que te importa muy poco el cuerpo de Samuel Beato, y creo que solo hay que narrar la violencia con una finalidad destructiva o acaso pedagógica, me inquieta esta coincidencia que es una verdad de las que me llevan a besarme tres veces las cruces que formo con los dedos; como sé que en tu caso la letra con sangre entra porque tienes la cabeza de mármol y el corazón gilipollescamente contento; como parto de estos prejuicios despectivos, en sustitución del ahorcamiento del hombre te ofrezco un documental no apto para sensibilidades de consumidores de películas en las que los animales hablan y sueltan atinados sermones sobre el matrimonio o los orígenes. Me vuelvo loca y te dejo aquí un rato, encerrado en la habitación, viendo imágenes que congelan ejecuciones de galgos tras la temporada de caza. Te recuerdo que no te puedes mover ni pestañear. Que quien algo quiere algo le cuesta. Que tus ojos han de permanecer secamente abiertos gracias a los fórceps originales con que devastaron las retinas de Alex DeLarge.

Mientras yo me escondo tras el aterciopelado telón de la entrada del cine —soy una mayor con reparos, una sensibilidad que se hiere—, tú asistirás a la grabación de las aberraciones contra la fauna y la flora. Torturas contra el mejor amigo del hombre y también de esas mujeres que enredan los dedos en el rizo del caniche: un cachorrillo, atado a una alambrada de espino, se hiere contra ella, se infecta, se desangra y la espicha entre convulsiones. Sus ojos son inmensamente tristes. Habría sido un magnífico perro. Habría visto los programas de sobremesa a los pies de la abuela y lamido los mofletes de los bebés. Habría salvado a toda una familia de perecer a causa de un incendio nocturno. Guau, guau, el buen perro bombero nunca podrá culminar su acto heroico porque alguien lo ha atado a una alambrada de espino que le va produciendo pequeñas dolorosas heridas incurables. La agonía será larga tanto por el procedimiento elegido para la muerte como por la fortaleza jovial del corazón del perro. Una perrita aparece enterrada viva en una playa de California: un sádico, primero, la ha despellejado. En Chile un cachorro de pastor alemán se salva de una muerte segura gracias a la agudeza visual de un conductor de trenes que lo distingue encadenado a las vías. Ignoro si al final el perro fue adoptado, pero constato una internacionalización de la violencia contra los animales.

Me daño escribiéndote estas cosas —viéndolas—, pero lo hago para que te conviertas tal vez en un hombre mejor, que sepa cuidar de mi hijo daltónico, o tal vez para que te tires al metro y desaparezcas definitivamente. Deja, como en Japón, un sobre con dinero para no sobrecargarnos con los costes del servicio de limpieza. Intercalo un instante de esperanza —un hueco de respiración— para que la escena final se te clave profundamente: en las plazas de los centros urbanos, las buenas gentes acogen en sus casas a los elegantes galgos rescatados de la masacre. Los perros caminan pegando sus flancos a las paredes y nunca se dejan tocar por los desconocidos. Nunca echan la boca. No muerden. Llevan el rabo entre las piernas. Pero esos galgos —recuérdalo y sufre— son una selecta e irrecuperable minoría tarada.

A la mayoría de los perros los amos los llaman con un silbido poderoso. Los galgos acuden. Entonces los cazadores los agarran sin contemplaciones, con una fuerza improcedente y dañina. Quizá en la manipulación les quiebran alguno de sus delicados costillares. Sus frágiles veloces rótulas. Los galgos gimen. El cazador, que destripó al lobo y le llenó el mondongo de piedras y

lo cosió y lo tiró al río, cuando el galgo gime le asesta un puñetazo en la cabeza. El animal se queda amodorrado. No tiernamente amodorrado, sino con la modorra babosa que anuncia el ictus o el derrame cerebral. A un gozque, redundantemente pequeño, le han saltado los dientes de una pedrada. A los que llevan collares se los aprietan más para que el estrangulamiento sea doble. A los que les han implantado un chip se lo sacan con la punta de un cuchillo. Pinchando y lacerando para que el resultado sea lo más salvaje posible. Los cazadores rodean el delicado cuello de los galgos con una soga, ni muy prieta ni muy fuerte. Les cuelgan de la rama de un árbol. No los lanzan hacia arriba con tanta violencia como para que, al caer, el golpe facilite la fractura de las vértebras y la muerte sea instantánea. Crac. Métete ese sonido en la cabeza. Tampoco los cuelgan tan bajos como para que las patitas de los perros descansen en la tierra y el milagro pueda suceder: alguien los baja del árbol, les da agua, los tranquiliza con el aliento y las caricias, los adopta. Los galgos ahorcados patean durante un buen rato y, con cada raspón de las patitas en la tierra, agrandan el hueco que los conducirá a una muerte segura. Con las orejas estiradas, hiperestésicas, atienden a las risas de quienes fueron sus dueños y les dieron de comer. Los galgos tendrían que haber mordido esas manos que los alimentaban con trozos putrefactos de perdices. Tendrían que haberlas arrancado de cuajo de sus muñecas. A lo mejor esa lista de frustrados propósitos forma parte del pensamiento de los perros. Perros tristes, pensadores, fatigados de amar a quien no se lo ha merecido. Paula Galga, galgos tigre y galgos serpiente venenosa. Qué cruel es esta naturaleza que no introduce más innovaciones mortíferas en su catálogo.

Analía, un poquito más piadosa que los cazadores, da una vuelta más a la soga alrededor del cuello de Samuel, que ahora es beato no por alegre sino por mártir. Beato Escrivá de Balaguer. Santo por la gracia de un Papa o de un Pope absolutamente analfabeto. «Esta por mamá», dice Analía. «Otra más», dice Analía, y con la cucharada que suma otra vuelta a la soga, se justifica pensando que resarce los sufrimientos de su pequeño David. Desde que era chiquitita, Analía ha matado varios perros locos. Ha defendido a su madre de las mordeduras. La ha llevado de la mano y le ha quitado los tiznajos de la cara ensalivándose sus dedos infantiles y restregando las sumidas mejillas de la Tórtola. «Mi madre estaba completamente volada. De mí solo cuidó Jesús Beato», dice Analía en el locutorio. En aquellos años borrados de la memoria de todo el mundo, la niña Analía buscó comedores de beneficencia. Hasta que ya no pudo más y llevó a su madre, siempre de la mano, de vuelta al Azufrón de sus pesadillas. Analía tiene experiencias ahorcando perros y lavando a gente sucia. Pero con Samuel no es piadosa y se demora un poquito más que con los animales. Los animales tienen la mirada más triste e inteligente. Recuerda, Zarco, los ojos de los caballos o los de los cocodrilos. Luis se da la vuelta para no ver los zapatos de Samuel, cuyas punteras rozan la tierra de playa del pinar abriendo un hueco cada vez más irremediable. Paquita contempla lo poquita cosa que siempre fue su cuñado: «Se lo merecía.» A propósito de este instante la hija de la Tórtola no comenta nada. «¿Cómo está el abuelo?, ¿qué le dan de comer?, ¿lo peinan?» Analía en el locutorio nunca se interesó por la suerte de su hijo. Quizá tuviera un presentimiento. Un día me dice: «La coja no podía saber lo del jardín. Pero sí esparcir muchas mentiras sobre el abuelito Jesús…»

¿Recuerdas, Zarco, la muerte de Kung Fu? Sí, tú te acordarás de las masturbaciones de David Carradine o del color de los ojos de Märta Torén. Eran violeta. También es seguro que desconoces todos los detalles de la batalla de Waterloo o del sector terciario en Apulia. Ni siquiera sabrás lo que es Apulia. Porque toda tu cultura se borda con puntadas de oro y polvo

estelar. Pececitos de plata y tilín tilín. Quizá, del mismo modo que dentro de tu calamitosa cabeza, la falta de oxígeno formó en el cerebro de Samuel Beato la burbuja dorada de una alucinación: la cuerda se rompe, él corre y ni Analía ni el anciano Luis ni la cuñada arandela pueden alcanzarle, él es más fuerte y más rápido, se escapa, cayendo y renqueando, clavándose en las palmas de las manos los pinchos de agujos de colores como a ti te gustan los colores, de pronto intensos —cobalto, fucsia, albaricoque subido, morado molleja, amarillo chillón—, pero él se levanta y corre, corre, hasta una casa a la entrada de Azafrán, nunca Azufrín ni Azufrón, adornada con un jardín cuyas rosas no se han alimentado del bofe y los entresijos de un maestro, una madre o un cantante de himnos comunistas. La falta de oxígeno va resecando las sinapsis cerebrales, raíces secas y quebradas como puntas del pelo malo —no rizado, sino malo, fino, endeble—, y todo funde a negro. La falta de oxígeno genera una anestesia fantasiosa que nos alivia de la proximidad de nuestra propia muerte. Pero en realidad Samuel no ha llegado a casa, sino que oscila en el aire colgado de una soga. Se ha muerto. Sonríe. Tiene la verga milagrosamente dura detrás de la cremallera de los pantalones. También en la bragueta se observa una mancha de pis. ¿Reconoces el relato? Es un cuento de guerra igual que este. Ya lo sabes, ¿no? Pues estudia, Arturo, estudia. Te insisto en que hago todo este sacrificio narrativo —sacrifico mi salud y también leo las vísceras de los jabalíes— con una finalidad pedagógica. ¿Quién dijo que la literatura no podía ser edificante? Ahora dame las gracias: te ahorro las maulas y cientifismos forenses —las petequias y todas esas mierdas— porque, al fin y al cabo, el cuerpo de Samuel no acogió tu propio cuerpo como sí lo hizo la inclinada vagina de Paula Quiñones.

Ahora seguimos con el culturalismo y te regalo —te los dedico con todo mi cariño como en los programas radiofónicos— unos breves minutos de cinefilia. Todo es para ti, Arturo. Cada palabra. Piensa en la muerte de los pequeños corderos lechales. Al matarife, aún no acostumbrado, su lástima le merece la pena por el dinero, por el inmejorable sabor de la carne o por el silenciamiento de aquellos balidos que volvían loca a Clarice Starling, perfumada con L'Air du Temps, una fragancia demasiado pretenciosa en opinión de Hannibal Lecter. «Esta no es una historia de caníbales», me reconviene Analía, igual que Hannibal en el locutorio cuando enumero las razones por las que ella y un matrimonio mayor —debían de tener los sesos ya en un estado deplorable— formaron un equipo, con el uniforme a juego, para asesinar a ese mudo lenguaraz en el que se había transformado Samuel Beato. Para hablar con ella yo solo me he puesto unas gotas de Royale Ambree.

A la vuelta, los ocupantes del coche de Luis ya eran solo tres —ni uno ni dos ni cuatro, diría Paula— y, contra el parabrisas, se dibujaban las espachurradas figuras de mosquitos, moscas y otros tipos de desconocidos insectos. Alas transparentes e hilos rojos. Pequeñas masas de amarillo biliar. Precioso estampado veraniego. Y, de pronto, el golpe seco de un pequeño pájaro contra la luna sobrecoge a toda la familia. Paquita se tapa la cara con las manos y llora. Sus compañeros de viaje la contemplan con escepticismo. A Paquita el pájaro muerto —muerto seguro, no albergo falsas esperanzas— le habrá recordado el papel pintado de su habitación.

Mientras tanto, Paula Quiñones aún conserva la respiración y la peculiaridad de su zancada. No teme por su integridad física. Pasarán dos días hasta que la sorprendan en el jardín, intuya el grito «Que le corten la cabeza» y sienta cómo la manipulan manos calzadas con guantes negros de plástico duro. Después del entierro de Samuel Beato, Luis y Paquita se han marchado a la capital conduciendo su coche color verde mosca. La Guardia Civil les ha dicho: «No salgan del

país.» Por puritita rutina. Si supiésemos en qué manos estamos, andaríamos santiguándonos de la mañana a la noche. «A Pernambuco podíamos habernos ido», confiesa Paquita en la sala de visitas de su prisión. «Yo ya tenía hasta una peluca preparada. Pero…», Paquita se mira el esmalte saltado de las uñas, «… ¿para qué nos íbamos a ir si nosotros lo que queríamos era disfrutar de todo lo nuestro, de todo lo que estaba en Azafrán y en la provincia y al lado de nuestra casa?» Paquita se muestra razonable: «No habría merecido la pena, ¿verdad, linda?» Un escalofrío me recorre la columna. Menos mal que me rehago: yo no soy pequeña. Yo tengo ojeras profundas, pecho robusto, un aire cincuentón a Simone Signoret.

Luego, tras el secuestro y la desaparición, pasarán algunos días más absolutamente agónicos —te lo tengo dicho— hasta que Paula Quiñones sea encontrada por fin.

Pero, mientras en el pinar oscuro de los níscalos para el guiso de patatas Samuel expira su último aliento pensando en que está vivo y en realidad no lo está —a Samuel nunca le admitirían en el coro de la fosa—, en la casa de Azafrán David, escultura del arcángel del sepulcro, cuida de su abuelo. En esta historia son trascendentales los episodios simultáneos. En nuestras historias son fundamentales las muertes simultáneas porque puede que también en ese preciso instante Charly Madariaga, siempre en la habitación de al lado, le clavase un instrumento punzante a Ilse, la segunda bella durmiente del bosque del cuento por el que tú andabas de puntillas sin querer oír a Paula, que, desde tu más dentro de ti, por dentro, te reventaba los tímpanos. Pero allí, en ese Azafrán donde nunca se posó tu huella zapatito de doncel doliente, el nieto escucha un suspiro de bienestar espeleológico que emana, como el chorro de una fuentecilla, del pecho del abuelito Jesús, coincidiendo con el instante del óbito de Samuel. Justo cuando el Espíritu Santo estaba saliéndole entre los labios en forma de paloma. Cuánto se aman los padres y los hijos de esta casa con jardín. En la ambigua boca del viejo no hay plumas, como en las de los zorros que se zampan las gallinas, pero David detecta en ella algo que se parece mucho a una sonrisa. Por algo David es un superdotado. Todo esto me lo explicará con pelos y señales —sobre todo con señales—, con banda sonora de pianoforte, el tonto de la flor.

Sin embargo, no podemos afirmar que Jesús estuviese entendiendo lo que sucedía. Tal vez solo se reía por dentro porque cada respiración —aún no asistida ni artificial— subrayaba su magnífico instinto de supervivencia, sus aprendizajes de náufrago, su superioridad ante los otros… Sigo vivo y sigo vivo y sigo vivo. Conservo mis propios amarronados dientes. Son los míos. «¿Le peinan?», «¿Qué le dan de comer al abuelito Jesús?», pregunta nerviosa Analía desde el otro lado de la mampara irrompible del locutorio. A la Tortolica Jesús padre le subía al desván un plato de postre con plátano maduro machacado que le daba en el piquito cuando ella ya no quería tragar nada.

Poco tiempo después de aquel instante de paz en el que por toda la casa parecían escucharse villancicos y cánticos de gloria, con la inminente desaparición de su parentela más cercana, Jesús Beato será internado en una residencia hasta su muerte. La preocupación de Analía me retumba en el tímpano: «Pero ¿qué le dan de comer?, ¿le peinan?» Me callo como una puta. Analía no merece que sea generosa. Yo lo sé todo. Le peinan. Le peinaron hasta que el cráneo se le quedó mondo y lirondo como vientre de rana que no cría pelo y habita en los márgenes de la laguna Madriguera. Hasta los ciento tres años al barbero lo cuidó amorosamente, con una melosidad cercana a la textura de los guisos chinos de tendón de vaca, una sobrina biznieta del palomo cojo que sabía perfectamente de las tropelías del barbero. Lo trató sin rencores incluso después de que los huesos de su tito hubieran sido identificados por su abuela, hermana persistente del finado,

que se empeñó en su búsqueda. La sobrina del palomo mostró en el ejercicio de su profesión, en su rectitud y su aseo, que no todos somos iguales. Que hay personas y familias infinitamente mejores que otras. Y no hablamos de escudos nobiliarios, heráldica o joyas de la abuela, sino más bien de todo lo contrario.

Pero recuerda, Zarco: habíamos dejado a Paula malherida, dentro de un vehículo, rumbo a no sabemos dónde. O sí, sí que lo sabemos bien.

La furgoneta avanza por un camino que se adentra en el paisaje y se aleja de las carreteras. Las vías para escapar se van quedando al fondo. Cada vez más lejos. El vehículo bordea la línea oscura de un pinar y se detiene en un establo. No es una cochiquera de las que abundan en la zona, sino un establo con terneras estabuladas en sus cubículos. Cuando Paula despierta, siente de golpe todos los dolores: boca, lengua, diente, dedos, muñecas, la superficie de su piel, que es el órgano más grande y mortífero de todo nuestro cuerpo, cabeza, cabeza y cabeza. No le han quitado las cintas adhesivas de la boca ni de los ojos, pero ella sabe que está arrodillada, maniatada, con el cuello apresado por una cinta, posiblemente de nailon o de plástico rígido —¿quieres que te muestre la confirmación de la necropsia?, ¿quieres que te muestre el historial del ordenador de David Beato?—, sobre un balde que huele fuerte. A maíz reconcentrado y a las pipas de girasol que suele ronchar Paquita. «Pero yo te digo que ese día no estaba», y le contesto a Paquita que ya, que ya lo sé. Hoy lleva un chándal y se está quedando pelona. La prisión es muy dura.

Paula huele el amarillo. No ve, pero dentro de su cabeza, poco a poco, la mancha cereal va adquiriendo perfiles. Debajo de sus párpados aparecen trozos de alfombras que querría acariciar con las yemas de sus dedos. Paula se tiende sobre una, frente al fuego vivo de una chimenea. No puede. Aparecen vacas pintadas de morado en los anuncios de chocolate con leche. La combinación del amarillo y el morado le produce una náusea. La mancha se define aún un poco más, y repentinamente, entre lo difuso, Paula se fija, se fija muy bien, por dentro, y sin ver, en un esfuerzo místico e imaginativo, distingue los compartimentos de los animales encajonados que tanta inquietud le produjeron cuando llegó a Azafrán. Las primeras impresiones nunca son gratuitas, porque dentro del taxi que la condujo a este pueblo los animales en sus cubículos, con la testuz gacha, le habían dado aprensión y angustia.

Cuando un sentido está anulado, los demás se aguzan. Paula huele el amarillo, escucha onomatopeyas bestiales a su alrededor, afila el olfato, nota las pajillas de su cama de vaca pequeña que le pinchan en las rótulas. Puede sentir claramente que está estabulada. Ternera. Pequeña. Paula ya no es persona sino bestia. También a Samuel lo metamorfosearon en perro antes de colgarlo de la rama de un pino. Paula entiende que ya no es una persona y anticipa lo que va a pasarle. Está en manos de Circe y ella no tiene la astucia ni la maldad de Ulises, el de muchas mañas. No se podrá escapar en un barco ni matar a Polifemo. Paula hoy es de la estirpe imposible de los minotauros y de las centauras a las que les renquean las patas de atrás.

Se pregunta si la cebarán con piensos amarillos y luego la cargarán en un gran camión para trasladarla a la revisión veterinaria del matadero. Si alguna vez hubiera llegado ese día, ella ya habría criado una mata de pelo bajo la que sería imposible reconocerla. Dentro del camión puede que las patas de los animales tristes le aplasten el cráneo. O que se asfixie contra los amontonados cuartos traseros del añojo y que la boca se le llene del plumón de las gallinas que acabarán en la sartén con las crestas mordidas y el ano agusanado. Se pregunta si la asesinarán con electrodos y luego la abrirán en canal y la colgarán de un gancho. Paula se imagina que, entre sus expuestos costillares, cárdenos y malvas, se asomarán los seres más queridos. Como aquel perrito escuchimizado que salvó de la perrera cuando era una niña. Paula huele el amarillo

porque solo las narinas, un poco taponadas por la sangre, le permiten respirar y seguir siendo un ser humano. También escucha, sobre todo los ruidos que le llegan de dentro de la cabeza. Del miedo y la congestión cerebral. Pum, pum, pum. El corazón no late. Pega golpes contra la madera de una puerta cerrada. Le partirá el pecho antes de que pueda dar uno de sus pasos de cojita.

Paula no está fantaseando. Juega con el realismo sucio. Somos lo que leemos: es la película que nos protege del sol. Juega con las manchas que percibe a través de la cinta que le tapa los ojos. Entiende que la suciedad de la casa de los Beato, las maneras de mirarse, los ruidos de la tarima, el hedor agripicante, las historias entrevistas por un agujerito, los lamparones en la pechera de Analía, el ruido de las cajas de botellines al ser arrastradas por el suelo, toda esa fetidez de marsupio y madriguera, las tapas del cuaderno de Jesús Beato, «Gracias, gracias» después del repaso de las actividades diarias, la gasolinera y los amarracos del mus, los profilácticos de David, tenían que concentrarse en un punto. Turbiedad y andrajo. Ella era la carne donde al final se clavan la respiración y el cuchillo. Una mujer más tonta se habría dejado engañar por sus esperanzas. Pero Paula no era tonta. Circe, la hechicera, la había convertido en ternerilla. A lo mejor es que no quería que se marchase nunca.

No queda ya consuelo para nadie.

El instinto de supervivencia del animal en que la habían transformado hizo que Paula sufriera el doble. Por eso, aúlla con la boca clausurada por la cinta adhesiva, lengua dura y garganta deshilachada, y su grito le resuena y le hace daño dentro de los oídos. Paula escucha atentamente, pese a que los mamporros del corazón se lo ponen muy difícil. El sonido de unos pasos anuncia que alguien se acerca. Quizá no sea una buena noticia.

Los putos rastrojos y los campos de amapolas no son tu escenario. El vino ácido de las bodegas excavadas bajo las casas. Sí, hoy he bebido y mi hígado de oca va creciendo hasta ocupar, como un huevo o un ganglio, la cueva —renegrida, húmeda, sin depilar— de la axila. Con algo tengo que aliviarme. Hoy he bebido y he fumado y he comido chocolate y me he tirado a un tío horrendo que estaba en el bar de la esquina jaleando al equipo de fútbol local. Su olor me ha recordado la grasa y la sangre seca que a Paula se le debió de imprimir en el amasijo pituitario. El tío del bar me pregunta pastosamente: «¿Tú sabes que te pareces a Simone Signoret?» Y solo por eso me lo he tirado. Porque me ha visto las intenciones de ser lo que parezco, y por ese golpe de viento y gracia que hace posible que un hincha alcohólico sepa quién fue Simone Signoret. «Diez puntos, caballero.» Y me lo he subido a casa.

Hoy me he jurado volver a poner a todo volumen la banda sonora de la rueda del tractor. Aunque tú necesites *Philadelphia* —pronúncialo con *p, for pavor*—, las calles de Philo Vance, bastoncillos para retirar el cerumen y sillas ergonómicas que no te arruguen los trajes. Necesitas una coreografía distinta de la jota segoviana; necesitas el saxofón de John Coltrane en lugar de la afilada capacidad pulmonar del dulzainero. Pero, querido, en este país rasgamos con un palitroque las botellas de anís para acompañar los cánticos y vivimos un 1936. Y lo que es peor: tuvimos un 39 y un 43 y un 68, que no son tallas ni números de pies ni posiciones del Kamasutra. Pero qué vas a saber tú de todas esas cosas, Zarco. Tú alucinas con las luces que se encienden y se apagan en los centros comerciales. Encendido y apagado. Apagado y encendido. Cierra la boca y vámonos a casa.

Puede que, por esas escuálidas razones, hayas dejado pasar nueve años sin haber venido a poner una flor. Podrías haber amarrado un ramito a un punto kilométrico, un establo, un jardín. Haberlo depositado bajo la placa que conmemora los trabajos de Paula Quiñones. Gracias a su sacrificio se produjo el descubrimiento de una fosa terrible. Porque, ¿sabes?, esta también es una historia de guerra —ya te lo había dicho— y de antiguos bebedores de anís. Una historia de muertos que no sé si nos ha transmitido alguna enseñanza. Aquí aún seguimos cediendo los asientos a aquellos tenebrosos caballeros mutilados cada vez que un chaval con el pelo al uno, como si la navaja de Jesús Beato le hubiese rebanado los folículos y transmitido siniestras vibraciones, empapa con gasolina el cuerpo de una pobra, lo patea y le prende fuego. Y se queda hasta el final para verlo arder. Y sí, he bebido, pero esto es un análisis político más atinado que los que suelen salir de tu boca los domingos mientras haces la digestión de mis arrevenidas croquetas y lees al revés, fingiéndote políglota, las páginas de *The Economist*.

Estas líneas, ya lo he escrito, cuentan con un secundario impulso filantrópico que se añade al deseo de infligirte dolor. Puede que, cada vez que intento vengarme de ti por tus omisiones con Paula, mientras lamo anticipadamente las heridas que puedas abrir en la tersa carne de mi hijo —cómo vas a cuidarlo, cómo, si eres uno de esos hombres con las manos blanditas a los que se les cae y se les rompe contra el suelo todo lo que cogen—, mientras eso ocurre, se va estableciendo secretamente la diferencia fundamental entre venganzas y reparaciones. Yo no soy como los niños perdidos, las mujeres muertas, sus familias. Yo no soy como un tribunal del perdón sudafricano. Yo me estoy tomando una copa. Y quiero que te arrastres y desaparezcas de

nuestras vidas del mismo modo que entraste en ellas: como una figura que se ha salido de la pantalla sin que nadie le hiciese una señal para abandonar el celuloide. Vete a beber gaseosa —o fanta de naranja— para siempre, Púrpuro de El Cairo. Tonto de la flor elevado al cubo. Permíteme un instante, querido, que abandone este vómito para meter la cabeza en la taza del váter. Te pido permiso porque soy una dama. El pacharán nunca me sienta demasiado bien. Pero me quita el miedo.

De vuelta del retrete, te doy el jarabe de tu propia medicina. No te ahorro ni un solo color ni un pequeño ruido. Las acumulaciones, los escombros de palabras que salen por mi boca, las verborreas, surgen de la necesidad de acertar. De que alguna piedra te dé en mitad de la frente. Soy un David —no Beato, no— que lanza pedruscos con su onda a toda velocidad. Soy un David con metralleta —en otras partes del mundo hay muchos de esos— que sabe que las enumeraciones son la fórmula de los desclasados, de los hijos y las hijas de los niños perdidos y las mujeres muertas, y solo la gente de buena familia puede permitirse un estilo redundantemente estilizado, sin volantes ni camisas de lunares, sobrio, elegante, anoréxico.

Así, toda la violencia de mis palabras tendrá sentido si sirve para que esas escenas no vuelvan a repetirse, para que se produzca la resurrección de Paula Quiñones, por obra y gracia de las licencias poéticas —son desesperanzadoras— y para herirte a ti, que al fin y al cabo fuiste, has sido y eres el único fantasma. Eso es lo que te convierte en un hombre especialmente culpable. Tus ausencias se agravan ante la constatación de tu oído perfecto para percibir que Paula se moría mientras tú colocabas las piezas de un puzle en un riurau junto al mar Mediterráneo, buscabas a la coja bella por los laberintos de un jardín nocturno —mentiroso, cínico— y te dejabas seducir por el parafinado cuento de un podólogo que pinchó a la primera bella durmiente —había dos y eran gemelas monocigóticas, según tú— no con el huso de la rueca, sino con la aguja envenenada de una jeringuilla. Aquí no hay metáforas. No hiciste a tiempo una llamada telefónica y, más allá de lo concreto, en el espacio de las supersticiones y los vínculos inexplicables entre los seres humanos, estabas oyendo a Pauli y no te calaste el borsalino para venir a rescatarla.

Los pasos se detienen justo a su lado y Paula, ciega y muda, levanta el rostro. Es difícil interpretar la súplica de un gesto cuando las cejas, los ojos, la boca quedan debajo de dos bandas adhesivas, contra las que la piel y la delicada musculatura facial suplican con cada mueca. De golpe alguien le despega la cinta de la boca y Paula, con su nuevo instinto de ternera, gime y muge. Debería haber sido un poco más cauta, porque automáticamente le cierran la boca de un golpe y el diente que se le movía se le desprende del todo. Paula nota el sabor de la sangre y se pregunta si podría servirle de alimento: los perdidos dentro de las cuevas beben su propia orina para hidratarse. Paula se calla y retiene el pis. Adopta la forma de un bóvido sumiso. Se calla y ni siquiera se queja cuando le arrancan la cinta de los ojos y el dolor es insoportable. La luz es insoportable. Le escuece la luz dentro de los ojos, que de repente se le tiñen de un amarillo ácido como el azufre que se echa en las esquinas para ahuyentar a los perros. El sol total y el miedo se le transforman en reacción hepática. En ictericia. No puede echarse las manos a la cara para tapar la luz. Paula habla con lengua de ternera estabulada. Con la licencia poética de las metamorfosis y los dibujos animados: «Escuece.» Pero nadie contesta y ella todavía no ve.

Poco a poco, la gran mancha amarilla original se multiplica en manchas de distintos amarillos que se amarronan y definen hasta que Paula logra ponerle nombre a la silueta de María Melgar. Con su nuevo olfato de bestia, debería haberla olido a kilómetros. Pero en ese instante Paula Quiñones solo es capaz de oler su propio miedo y su propia desesperación. María le agarra de las greñas, sucias de sangre, y la obliga a mirar hacia arriba. «Lo hice así», me confiesa María en la sala de visitas del penal echando mano de mi pelo. Enseguida una funcionaria le llama la atención. «Pero también me daba un poco de pena. Y esa pena se volvió en mi contra», María se rasca con la uña una mancha seca de huevo. Tampoco en la prisión consigue mantenerse aseada.

Cuando María coge por el pelo a su prisionera, las cinchas de nailon que sujetan el cuello de Paula a la estructura de aluminio de la estabulación se le clavan en la papada. María dice: «Te voy a echar de comer.» Suelta la cabeza de la cautiva y rellena el comedero con más pienso de maíz. Lo mezcla con agua formando una papilla que pueda nutrir e hidratar a esa criatura que en unas cuantas horas ya parece haber perdido peso. «Pero tenía el corazón fortísimo», Braña-Alcañiz llora durante días y pronuncia esas palabras, entre religiosas y fisiológicas, con cierto orgullo. Son las palabras que a mí más daño me hacen. Galga Paula. Pequeña. Ojalá hubiese caído al primer golpe.

La cautiva hociquea en el comedero, saca la lengua, quiere, necesita beber, pero no llega e intenta incorporarse para suplicar a María. Las ligaduras de sus extremidades —tan distintas— no le permiten incorporarse. Sigue postrada. «Nosotras siempre hemos cuidado a todo el mundo», me dice orgullosa María Melgar. «Cuidamos de nuestros viejos y de nuestros niños. De nuestros animales. Los defendemos sin pensar en nosotras mismas.» María Melgar cumple condena y huele mal mientras me cuenta que aquel día echó más alimento al comedero para que subiera el nivel de la pasta y Paula alcanzase por fin. «Por favor, por favor», los intentos de Paula siguen siendo infructuosos. María le echa agua por la cabeza y la cautiva se chupetea las comisuras de los labios. Siente cierto alivio y una falsa impresión de fortaleza que dilatará su sufrimiento. «Por favor», Paula, en su espejismo heroico, ahora sí, decide aprovechar su orina y

se mea para dar pena. A María Melgar le produce más impresión la suciedad ajena que la propia: «Yo les lavé el culo a mi madre y a mi padre.» Me lo dice adoctrinándome con su índice de Pantocrátor mugriento. «Nosotras cuidamos. Toda la vida.» Cuando Paula se hace pis, María Melgar encuentra un parecido entre Paula Quiñones y Julia Melgar. «Eran pequeñas», recuerda María. «Muy pequeñas.» La guardiana, sin ningún temor, recordando la docilidad de la Tórtola, el dejarse hacer, se acerca a Paula y le desata las manos para que la cautiva pueda meterlas en el comedero y llenarlas de pienso mojado. «Somos cuidadoras», me aclara con orgullo en la sala de visitas. «Protegemos a los seres pequeños.» Pienso en las chinches de las camas, las bacterias de la carne, las moscas veraniegas que van poniendo sus huevos en cada esquina de la tienda de María Melgar. «Pequeña. La vi muy pequeña», insiste. «Nosotras, incluso a nuestra costa, cuidamos a los pequeños.» María Melgar hoy en la sala de visitas se ríe —puede que el médico le haya dado un lexatin— porque no conocía bien esa resistencia de Paula Quiñones que la martirizó hasta el último momento. Loca resistencia de coja con instinto de superación y un extraño amor propio.

Cuando María Melgar relata en dependencias policiales la historia de la Tórtola, policías y abogados piensan que es una histérica y una fabuladora. «Todo es de mi prima. Del abuelo de mi prima. Allí estaba la caseta del peón caminero.» A María le da lo mismo que ese suelo fuese público o privado. En el 36, en 2012 o en 2020. «Era de Tomé Melgar.» El cribado del jardín es una medida de comprobación. Nadie puede creer todo lo que sale de debajo de las flores. «Mi padre nunca dijo nada, pero cuando la Tórtola llegó de la capital…» Rosa y Braña-Alcañiz lloran mientras recuerdan la hipótesis del delator de Paula Quiñones y corroboran, *post mortem*, su sospecha de que en la comarca había más fosas. Al menos había una llena de escaramujos. Los difuntos acolchaban los pasos de los piececillos desiguales de la coja guapa. Era lo único que podían hacer por ella. Que disfrutase del amor. Rosa y Braña-Alcañiz escuchan el relato de María Melgar y les viene a la mente el mapa amoratado del cuerpo de esa amiga que resistió hasta el último momento.

Porque, cuando la compasión cuidadora de María Melgar desató las manitas de su prisionera, Paula distinguió un bulto a su lado y lo agarró. Lo palpó. El bulto resultó ser una piedra que estampó contra el tabique nasal de María. La guardiana, noqueada, cayó de espaldas contra el suelo del establo. Paula se quitó las sogas de las piernas, se desabrochó la cinta de nailon del cuello y echó a correr, torcidamente, hacia la espesura del pinar. Fue lo peor y lo único que podía hacer.

«Mi padre callado. Siempre. Yo no sé si admiraba a Beato o le tenía un miedo que se cagaba vivo. Hasta que el viejo se llevó a mi tía Julia a la casa y la encerró en el desván. Clac, clac. Bajo cuatro candados. Allí, loca, calladita, bien cuidada.» En la sala de visitas del penal psiquiátrico, el lexatin ha debido de dejar de hacerle efecto a María Melgar, que mira fijamente a un punto que queda por encima de mis cejas. Me restriego la frente porque parece que su mirada me toca o tal vez delata una mácula, un chafarrinón que yo debo borrar y a ella la distrae. Se aferra a mis muñecas para hablar. Quizá me toma el pulso para comprobar que estoy viva en esta historia de muertos y de pájaros. Tira de mí, no para que yo me acerque, sino para arrastrar su propio cuerpo lo más cerca de mi cuerpo. Para que estemos juntitas. María Melgar, hija única, necesita vivir de dos en dos. Siamesamente. La funcionaria, nerviosa, marca el territorio: «María…» Pero yo hago un gesto para que no se preocupe.

Todo está bien y tengo que aprovechar que los ojos apisonadores de Analía —«Jesús me habla»— no se posan hoy sobre su prima Mari para mantenerla paralizada, quieta. Analía baja los párpados y su prima guarda silencio. Las palabras se le quedan dentro de la boca como el intragable bolo del filete o la fibrosa pasta del espárrago. Analía lanza su mítico ojo milagroso de bruja de Macbeth y María guarda silencio. Llevan muchos años jugando a las cartas. Son una pareja que trampea, y cuando María estalla de ira porque han perdido o de felicidad porque han ganado, Analía la amonesta igual que hoy lo ha hecho la funcionaria de prisiones: «María…» No hace falta más. Desde niñas, la hija de Antonio se muestra orgullosa de la connivencia con la prima callada, la prima fuerte, la prima que llegó de la capital y sabía encargarse de las labores de la casa y era una niña de diez u once años que se comportaba como una mujer de cuarenta. Analía enseguida tuvo su primera menstruación. Usó paños higiénicos. Se apretaba la tripa y los ovarios. Ponía cara de virgen dolorosa, pero nunca se quejaba. Discreta y admirable, restregaba la sangre reseca de los paños higiénicos. «Mi prima», suspira con orgullo Mari.

Pese a las explosiones de María Melgar —se le va la fuerza por la boca hasta cierto punto, porque es evidente que ella también sabe hacer otras cositas—, resulta más sulfúrica la ira genética de Analía, que, igual que su abuelo, podría tirar un feto malogrado a la laguna o a la cochiquera para que se lo comiesen los marranos. Mientras, Mari contemplaría, memorizaría para imitarlos de pura admiración, todos sus movimientos. Quizá se ofrecería: «Prima, ¿cómo puedo ayudarte?» Sin tremendismos.

Mari, desde que todo se descubrió y no comparte con su prima ni las salas de interrogatorios ni el centro penitenciario, se desata. Le dan ansiolíticos que le vienen muy bien. No quiere salvarse. Reivindica su inteligencia y su protagonismo. Sigue amando a su prima por encima de casi todas las cosas. Me hace confidencias porque ha visto en mi rostro, justo por encima de la ceja, algo que le garantiza que la puedo entender: «Analía descansó. Era una niña cansadísima con aquella madre triste. Analía siempre tiraba de ella y la llevaba de la mano. Mi tía Julia era la casa en la espalda de mi prima. ¡Su concha de caracol!» A Mari no siempre le salen las metáforas y se pone contenta hasta que un pensamiento nuevo le ennegrece el rostro: «Nosotras siempre, siempre, cuidando. Y, ojo, que cuidar no es lo mismo que complacer a todo el mundo.» Me interesan las reflexiones de María Melgar, de modo que le pido un ratito más a la funcionaria,

que sigue sin comprender por qué quiero escribir un libro sobre el tiempo pasado, la amistad y las mujeres monstruosas.

La funcionaria me mira como si yo pudiese ocupar una de estas sillas el día menos pensado. No desentono en este coro de presas. Quizá por esa razón a María Melgar le sigo inspirando confianza: «Cuidar a veces es imponer un castigo. Marcar un límite.» Pienso si las Melgar y yo tenemos algo en común, y esa remota posibilidad es percibida por la primaria antena de Mari: «Con el viejo Analía descansó: las trataba muy bien. Un día les dijo: "Todo es vuestro." "Haced y deshaced."» Yo necesitaba estas aclaraciones y esta perspectiva. María Melgar es una fiera que me ayuda a completar este poliedro psicológico. Vivimos una experiencia sorprendente y única que compartiré con mi elitista doctor Bartoldi: «Nadie podía saber del jardín. Y nadie sabía. Lo ignoraban los hijos de Beato. Doña Virgen nunca quiso saberlo. Solo Jesús Beato, Analía y yo…» María Melgar se siente orgullosa de la confianza que había depositado en ella su prima. Ignora que Analía también le describió a Samuel qué tipo de osamentas y pajitas había usado esta familia de cigüeñas grises para construir su nido. Samuel no pudo soportarlo. No saco de su error a mi interlocutora. Permito que se regodee en su orgullo: «Analía les prometió a Luis y a Paquita que se quedarían con todo. Ella solo quería la casa. Para cuidar del abuelito Jesús. No pedía más. Luchaba.»

María calla un segundo, pero enseguida sale del trance: «El secreto del jardín solo era nuestro.» Imagino que, desde pequeñas, Mari intentó compadrear con la prima precoz y le enseñó la caja con las cerillas, el gorrión muerto, la flor seca, la página arrancada de un libro, la hostia robada del sagrario: «Aquí está Dios», le susurra Mari a Analía sin saber aún que Dios andaba en otra parte comprando aserraderos y finquitas y casas rurales y almacenes y pisos en ciudades no tan remotas. María y Analía secreteaban: eran las únicas conocedoras de las verdaderas paredes de un pueblo oculto tras los telones y el cartón piedra. Igual que las sábanas cubren, para que no cojan polvo, los muebles en una casona que se ha abandonado durante las vacaciones o que definitivamente se va a poner en venta. Las únicas que sabían que Azafrán era Azufrón y que, bajo la modestia y la salubridad de los buenos ricos, dormía la carne macerada. El miedo y el mutis de los otros. «Nosotras lo sabíamos desde pequeñas por la tía Julia. Mi padre chitón. Jesús Beato chitón. El pueblo viejo chitón.» Se marcharon de Azafrán las familias de las víctimas. Algunas jamás se resignaron, pero tampoco conocieron el destino de sus familiares; para otras, el deseo de vivir al otro lado del espejo —a este lado estaban las hogazas duras, el cocido diario, la achicoria, las manos de hombres que no querían ni pensar en lo que hicieron— propició la aparición de un lugar encantado. Un aeropuerto en mitad de los campos de Castilla. Asépticos no lugares con nuevas generaciones que quieren montar obradores de magdalenas azules. Padres e hijos que se aman. El legítimo afán de acumular oro. Las fiestas de guardar. Las bodas bonitas. La fidelidad de las mujeres. La nobleza de las bestias. Los caballos que vuelven al redil. Los hijos pródigos. Los aires del campo. Las viandas saludables. La buena gente de pocas palabras. La austeridad en el trato. Los besos de verdad.

El jardín y el embriagador aroma de las flores cimentaron el olvido. Lotófagos y hombres que se quieren dejar emborrachar por cualquier cosa: el canto de las sirenas, la rosa del Nilo o el azufaifo. Los imposibles nenúfares de la laguna Madriguera.

Alguien tenía que acabar con la intoxicación producida por los estupefacientes. Alguien tenía que decirle a Samuel Beato que estaba muerto y bien muerto, y que no era el protagonista de un relato de soldados y civiles. Alguien tenía que explicarles a los niños que los Reyes Magos no

existen y que en los trópicos nunca se celebrará una blanca Navidad por mucho que Bing Crosby insista con esa melosidad insoportable. Alguien tendría que recalcar que los orfeones parapsicológicos son el resultado de la documentación, y la magia el efecto glamuroso de un rígido manual de instrucciones. Alguien tenía que descubrir en el desván el retrato con el alma putrefacta del bueno de Dorian Grey pintado por Francis Bacon. Alguien tenía que apartar la tela que difuminaba el perfil y las aristas de Azafrán. Alguien tendría que descubrirle a Analía que el barbero Beato no era una de las formas del niño Jesús. Esa no iba a ser yo. Lo cierto es que a este pueblo le pasa lo mismo que a ti.

Bajo la sábana no se ocultaba un piano, sino un ataúd.

Sería tan bonito que los animales pudiesen hablarnos. Tengo un sueño: estoy perdida por el bosque, practicando el senderismo, un capullo de los que dicen «Este es mi pueblo» me lleva cogidita de la mano. Tengo el pelo largo y rubio, ondulado, y canto sin parar. Soy una sopranillo lírica. El galán y yo somos jóvenes. Todavía no me parezco a Simone Signoret —esa similitud me vendrá con las mollas y el paso del tiempo—. Mi enamorado se disculpa: «Será solo un segundo, princesa.» Ha de regresar al andurrial en el que ha aparcado su 4 × 4, porque allí se ha quedado olvidada toda nuestra impedimenta excursionista: la cantimplora, la brújula, la loción antimosquitos, la gorrita, el bastón para proseguir la caminata. «Pirripipí», cantan los pájaros, y yo, que también soy cantora, como Simone Signoret —en grave y tabáquico—, como la bella durmiente y como la Tortolica, empiezo a percatarme de que, por debajo del piar, barrunto significados. Sin acritud, con jovial simpatía y comprensión hacia mi joven amigo, los pájaros me dicen: «Qué barbaridad. Qué muchacho más olvidadizo.» Sus palabras aún están emborronadas por frecuencias y tonos que me son ajenos. Pero algo va a suceder. Las cuerdas vocales de las fieras, sus aparatos fonadores, sufrirán un proceso de mutación no biológico sino abiertamente mágico. También se va a multiplicar por mil mi inteligencia sensorial. Pronto viviré una epifanía. Ya sola, en el claro, me pongo a cantar. Como Simone Signoret, como la princesa Aurora, como la Tortolica. Los pájaros levantan las puntas de mi falda de vuelo y, revoloteándome al lado del oído, me hacen una revelación: «Está ahí, está ahí.» Apuntan con sus alitas hacia un arbolillo. Detrás de su tronco delgado adivino la figura de mi doctor Bartoldi que ha venido a seducirme. Y corro hacia él desentendiéndome del memo que andará rebuscando objetos perdidos en la guantera. Ojalá fuera cierto. Solo es una visión maravillosa. Los pajaritos y yo empastamos nuestros cantos. Nos reímos juntos.

No sé si estoy en la península ibérica o en las tierras amazónicas, pero mi enamorado me abandona un minuto. Se ha olvidado de la imprescindible cacharrería campestre, arrobado por mi dulzura sexi —espero que ahora recuerde meterse en el bolsillo los condones además de la cantimplora—, y, en cuanto me deja, los pajaritos, que aún no han pasado por la red ni la sartén, juegan al corro a mi alrededor y me preguntan mi nombre y me dan los buenos días y me cantan una melodiosa canción de plumas y plumones. También las ardillas rojas bajan de los árboles y me dicen que no le cuente nada a nadie y menos al memo de la cantimplora, porque, en cuanto este llegue, cerrarán sus bocazas y se taparán esa sonrisa que las acompleja por la prominencia de los incisivos. Los conejos, como es habitual, preguntan la hora. Qué interesantes consejas me dan estos animalitos que en mi fase REM incluso entienden que tengamos que comérnoslos: «Es ley de vida», me aclara otro conejo, dejándome que le agarre por el pellejillo del cogote por si voy a sacrificarlo. Yo lo huelo y me lo guardo en el entreteto. Allí dejaré para siempre a ese conejo filosófico. Qué bonito sería que los animales pudiesen hablarnos. Qué cosas gloriosas y trascendentes nos dirían. Cómo nos salvarían de nuestras imperfecciones, de nuestras discrepancias ideológicas, de nuestros desapegos familiares. Miss Universo seguiría deseando la paz mundial y los delfines no acabarían dentro de las latas de conservas en aceite. Nadie apalearía a los perros y los concejales derechistas de las áreas rurales no organizarían cacerías de gatos que, una vez muertos y bien muertos, se anudan a la cintura como hacen los cazadores de

perdices y de otras piezas menores. Por la senda llega el memo de la cantimplora. Trae los profilácticos. Los pajaritos me consuelan de la memez del memo: «Buen chico.» Yo soy feliz. Fin de un sueño con textura de dibujos animados.

Me despierto con una sonrisa laminera y, repentinamente, me empapo en sudor. María Melgar tiene la cara manchada de sangre y Paula, renqueante, corre hacia el pinar más oscuro. Cojea y cae. Corre entre los brazos y las raíces del pinar. Se hace de noche. No hay luna. Todos los pinos son diferentes, pero a ella todos le parecen iguales. Jadea. Corre —renqueante— en círculos. Las estrellas no le dan ninguna pista y ella se arrepiente de no haber tomado nota de las explicaciones de David, aunque se le viene a la cabeza la idea, tal vez no tan peregrina, de que David se lo inventa casi todo: la farmacia, los conocimientos astrales, las noches en la casona de Azafrán. A Paula le duelen los flancos y tiene un deseo: encontrar una laguna para lavarse la cara, retirarse las costras, reconocerse por debajo de las heridas. Recuerda que, entre los pinares, existen tres lagunas: Madriguera, Cascabela, Alta… Huele el aire intentando percibir la humedad o el croar de una rana. Pero es verano y las lagunas estarán secas y las ranas no croan ni hablan porque se han muerto de deshidratación. Paula teme encontrarse los forros de las ranas desecadas. Corre todo lo que le deja su pierna mala, que se atora en las raíces aéreas de los pinos. Cae de boca contra la arena y las encías le raspan. Se rompe otro diente. Ni en el cielo ni en la tierra ni en la franja intermedia del paisaje —la del plano americano, Arturo Zarco— encuentra Paula Quiñones una referencia. Así me lo imagino una y otra vez. Así te lo cuento.

También imagino que, en su carrera loca por el pinar, acompaña a la coja bella un séquito de mariposas isabelinas. Mi hijo Olmo te explicará que son mariposas nocturnas. Flanquean a Paula como cohorte lepidóptera. Ella las espanta. Le dan asco las polillas, las mariposas, las cucarachas voladoras, que a ti, Zarco, estarían acompañándote en tu riurau próximo a la playa. Un hombre insolado y embadurnado de crema protectora no puede entender nada. Paula quiere quitarse de encima a las enviadas de Olmo y, al manotear, vuelve a perder el equilibrio. Se levanta y corretea dibujando círculos concéntricos. Echa el bofe. El pico de alguna costillita rota se le debe de clavar en un punto neurálgico. El doctor Bartoldi no puede hacer un diagnóstico. «Querida, yo no soy internista.» Mucho menos, un internista en diferido. Ni siquiera ahora que los médicos te medican después de una videoconferencia. Mientras pensamos, mientras dormimos, mientras nos relajamos contemplando los murciélagos de un cielo mediterráneo, mientras salgo al balcón para refrescarme los pulmones con el compacto aire del agosto madrileño y después, como las terratenientes valencianas que tú frecuentas, me abanico el coño porque tengo calor, Paula sigue corriendo en círculos. Solo conserva la racionalidad para evitar el roce de las algodonosas bolsas de las mudas procesionarias. No puede ver y va con las manos por delante. Qué bonito sería que los animalitos hablasen: «Te vamos a salvar, cojita.» Pero, a esas horas, reyezuelos y pinzones están mudos. No le dicen a la cojita guapa: «Por la izquierda encontrarás la salvación.» «Del laberinto al 30.» «¿Qué color eliges?» «Si el oro, te salvará el loro; si el plata, te salvará la gata.» Los reyezuelos y los pinzones no le indican a Pauli los atajos ni las puertas secretas para salir de la masa indómita de un pinar nocturno. No le dicen nada. Nada de nada. Duermen, se tapan las orejitas o quizá no han llegado aún a las últimas lecciones en su curso de lenguas extranjeras. Son hablantes tímidos. Principiantes absolutos. Aprendices demasiado soberbios.

El tiempo se le va echando encima, y cuando Paula aguza el oído, puede oír unos pasos. La persiguen. Por un instante, tiene la esperanza de que vienen a ayudarla. Un hombre la cogerá entre sus brazos y la sacará de esa maraña de ramas y plumas asfixiantes, de ese cielo de ladrillos

y hormigón, que cada vez está más bajo y la obliga a reptar. Un hombre, guiado por los mensajes bienintencionados de los animalitos, la llevará a su escondite y allí le aliviará el escozor de los cortes con linimentos y enfriará la congestión de las magulladuras con hojas de plantas medicinales. Un hombre. Las mujeres tenemos miedo a andar solas de noche por un callejón oscuro y, a la vez, dentro del corazón de ratitas presumidas, guardamos la esperanza de que los violadores, los piratas y malandros se enamoren de nosotras. Estamos locas, las mujeres. Forma parte del mismo relato que hace hablar a los pájaros y las perritas caniche.

Pero Paula es racional, no es ingenua, y de pronto entiende que los pasos que van siguiendo su rastro —tan reconocible— son los del cazador. El cazador es un hombre resentido. Ella frena en seco y trata de borrar frenéticamente sus seis últimas huellas. Las marcas profundas, el impacto, las marcas más leves, las señales de arrastre de la pierna mala que ya no puede más y preferiría que alguien la aliñase, con ajito y perejil, para meterla en el horno con un poco de agua y una pizca de manteca… Más allá de sus seis últimos pasos, Paula Quiñones no ve nada. Recupera su camino y, sin ser consciente de ello, deja los mismos rastros que había borrado. Los pinzones no le advierten: «Tonta, tonta. Regresa, regresa.» Los putos pinzones van a lo suyo. Mañana quieren estar muy espabilados para atrapar lombrices e insectos de concha blanda. Pauli intenta resguardarse apoyando la espalda contra la corteza de un pino. Necesita descansar y quizá su perseguidor pase de largo. La olvide. Tampoco las musarañas ni los topillos ni los movedizos ratones le dicen una palabra. No le aclaran: «Amiguita, corres en círculos cada vez más pequeños.» No le aclaran: «Tus movimientos se parecen a los de un destornillador.» Las musarañas y topillos hacen sus labores sin un gesto de amabilidad: «Vas a alcanzar el centro de la Tierra, amiguita.» Tampoco le cosen a Paula un vestido negro para que pueda mimetizarse con el color de la noche y pasar desapercibida. No la conducen a la cueva de una topa, grande y antropomórfica, que le dé a Paula Quiñones las claves de la revelación y una pócima para volar. Los buitres, si la mujer ha muerto por la mañana y nadie ha retirado sus restos enredados en las aéreas raíces de los pinos, le mordisquearán la carne. Sobre todo, la de la pierna mala, que ahora está bien sabrosa, condimentada con ajo y perejil. Paula había adivinado en un sueño el posible destino de su pierna. Sin embargo, ni siquiera los buitres podrán comentar: «Nuestro gozo en un pozo.» Porque el cadáver de Paula Quiñones no se quedará dormido en el pinar.

El águila imperial, magnífica, saturada de conocimientos atávicos sobre el arte de la caza y las mañas de las presas huidizas, tampoco le da a la coja ningún consejo salvador: «A quien madruga Dios le ayuda.» El águila se duerme echándose el ala sobre el pico. La cojita no es de su bando —Paula no es depredadora y es de tierra, ni de viento ni de aire: Paula es como los tubérculos y los contadores del gas—, y se arrastra por el lecho de arena y agujos porque le duele menos el pecho que la planta de los pies. Paula, convertida en serpiente, encuentra los caminos de las hormigas rojas y aprieta la cabeza contra los hormigueros, pero no cabe, no cabe, no es lo suficientemente pequeña —quién lo hubiera dicho— para resbalar por los túneles menguantes hacia los depósitos de comida donde podría pasar el invierno, Paula, Paulova, Pequeña y Pulgarcita, escondida, con las hormigas rojas y las avispas muertas.

Ni siquiera el águila imperial, creyente en los poderes omnímodos de los tigres y los tiburones blancos —va por zonas y jurisdicciones—, en las deidades naturales, sentencia: «Que Dios te ayude.» Paula se yergue y echa una coja carrera a la desesperada. Asusta a los corzos y las corzas, que quizá habrían sido su único punto de apoyo —la similitud entre los ojos de Pauli y los de estos cérvidos no augura nada bueno— y se asusta con los iris flamígeros del gato

montés que la observa con las puntas de las orejas tiesas y las garras dispuestas a cazar. La cojita vuelve sobre sus pasos truncos y ni siquiera los murciélagos volantes, los hombres miniatura con sus capas de satén, susurran: «Niña, huye, es por aquí.» Fauna inútil. Zoológico hostil. Animales mudos que no sirven para nada. Animales que tampoco se salvan a sí mismos con un buen parlamento cuando alguien los balacea o los atrapa en el cepo. Animales que bajan avergonzados la testuz cuando, con sus oídos finísimos de bestias salvajes, oyen los motores de los camiones que transportan cerdos y cochinillos hacia los mataderos. No saben los animales si de Paula también se podrán aprovechar los andares. Porque la coja corre cada vez peor. En círculos sin luna ni tiza que no van a protegerla del demonio. Traza un círculo y salta dentro de él. «No servirá de nada», Paula sonríe y se abraza a un árbol durante un segundo. Resuella. Entre las uñas las piedrecillas molidas del pinar le están haciendo sangre. Paula se los chupa y le escuecen. Le saben malos.

Todo esto, Zarco, son imaginaciones mías. Imaginaciones verosímiles que no van a ayudar a la resurrección de la carne: a la correcta recomposición de la línea de vello que Paula exhibía desde el pubis hasta el ombligo. El hoyo en el mentón. Los pelos de la cabeza. Nuestros amores son siempre muy materialistas. Ni la poesía ni el rezo alivian el dolor. A mí solo me tranquilizan los carnés de identidad. El hombre peludo que subí a mi casa la última vez. Las imaginaciones, ya te lo he dicho, me hacen exactamente el mismo daño que a ti.

En la penumbra del pinar Paula cada vez distingue mejor los contornos, pese a las heridas de los párpados. Las raíces de los pinos son combas mortíferas que nunca supo saltar: «La una, la otra, la cara, de idiota, que tienes, tú…» Pobre Paulita poliomielítica. Sobre su cabeza los nidos colgantes de procesionarias, los nidos cargados de orugas, están a punto de derramarse sobre ella. Los gusanos trenzados en su pelo le bajarán hacia la cara y se le meterán por los ojos. Por primera vez, Paula grita e inmediatamente se da cuenta de que ha cometido un error. Ahora puede oír la aceleración de los pasos que la persiguen. Paula comprueba que no tiene escapatoria. Se queda pegada a la resina sobrante de los árboles. Le asustan los bultos de jabalíes, que se acercan porque no encuentran nada que comer. Seguro que le morderán la pierna mala, la más tierna. La que enseguida expele el obsceno dulzor del hueso y de su médula. Si la resina la dejase separarse del árbol, quizá sería inteligente incorporarse, ponerse a cuatro patas y seguir a los jabalíes como una jabata hambrienta. Los jabalíes bajarán a Azufrón, Azufrín, para rebuscar en la basura plásticos con restos de carnes procesadas o miguitas de bollería industrial. A lo mejor Paula, camuflada entre las cerdas duras de las bestias, ensombrecida por la piara, puede ganar tiempo para encontrar el camino de vuelta a Azafrán. Piensa que lo puede conseguir, aunque oye casi al lado los pasos del cazador. A duras penas se separa del pino, se levanta, se pone a cuatro patas. La sangre le embota la cabeza y la coja tiene la sensación de que se le va a salir por los ojos. No distingue lo que tiene en los flancos ni lo que tiene enfrente. Se obceca en la tierra llena de hormigueros por los que no puede deslizarse porque su cabeza es enorme. Quién lo diría, Paulette. Tampoco las hormiguitas buenas le dan la bienvenida con sus voces ultrasónicas. No le explican la galleta que tiene que morder para reducirse. La rechazan. La muerden con sus mandíbulas rojas. Qué bonito sería que los animalitos hablasen y nos advirtiesen de los peligros. Nos dieran los mapas del tesoro y los planos para las fugas. Pero los animalitos contienen la respiración. Se muerden la lengua. Siguen mudos. Paula, a cuatro patas, de pronto siente cómo el cazador le tira de una de las patitas de detrás. De la patita mala. La jabata cae de bruces. Se aferra a la tierra removida. Se le rompen y desprenden las uñas. Son datos de la autopsia. El cazador se

la cobra como pieza de caza mayor. Pero Paula es pequeña y tórtola. El cazador la arrastra. Se la lleva.

«Fabricado con la finalidad de facilitar los trabajos de vacunación, tomas de sangre, inyecciones, marcajes, descornado, etc. Permite la inmovilización del animal mediante una puerta atrapadora, de guillotina o collera, que mantiene la cabeza bien sujeta para que el animal no pueda avanzar ni retroceder. Sistema de doble banda que suspende al animal en el aire para su saneamiento y vacunación, o simplemente para evitar caídas durante su tratamiento. El potro no tiene puerta trasera, dispone de un sistema de blocaje rápido que permite inmovilizar al animal y mediante un molinete trasero se levantan las patas posteriores del animal facilitando el trabajo sobre los cascos. Unas puertas laterales nos facilitarán el acceso a las patas delanteras del animal. Estas puertas disponen también de un sistema de blocaje rápido. Una placa de madera sirve como rodillera a fin de facilitar el trabajo sobre los cascos y corvejones.»

No soy tan salvaje ni tan impúdica, Arturo Zarco, como para reconstruir los devastadores efectos que provocó este artefacto en el cuerpo de Paula. No voy a proyectar una pornográfica *snuff movie* en la que certifiques por qué lugares y cuántas veces fue violada, qué laceraciones y amputaciones sufrió, cómo finalmente pereció. Ya te lo he contado: mientras Braña-Alcañiz me lo describía todo, llorábamos como hambrientos, destetados mamones. Y un recuerdo familiar. Mi abuelo decía: «No se ha hecho el chocolate para los burros de collera.» Me explicaron que significaba lo mismo que «No se ha hecho la miel para la boca del asno». Me hacían tanta gracia los dichos de mi abuelo. Sonreía al reconocer la expresión —zarzuelera, castiza, ganadera, de un mundo antiguo, casi rupestre— en otras voces. Ahora esas palabras me repelen. «No se ha hecho el chocolate para los burros de collera.» Collera, corvejones, animal, Paula. No pudo aguantarlo.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Permite reproducir mentalmente el escorzo, el estiramiento muscular. El desquiciamiento. La piel rota y las articulaciones descoyuntadas. Descoyuntadas, sobre todo, desde la cadera y la cabeza del fémur de la pierna mala. Los desgarros.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

No le vamos a poner color ni banda sonora a la escena. No vamos a calcular los minutos de metraje. La resistencia inesperada de un cuerpo no fresco, no sano, no impoluto.

Tan solo piensa en las palabras: sangre, marcajes, descornado, guillotina, atrapadora, collera, blocaje, corvejones… Piensa en cómo las palabras aprietan y retuercen la carne que se deposita dentro de ellas. Las palabras-pesa aplastan. Las palabras-cepo desgarran y paralizan. Despersonalizan.

Con la descripción del artefacto es suficiente. Para ser vacunados o herrados, los animales posan dentro de él. Una instantánea. Una polaroid en la que aparentemente ni sienten ni padecen. Al acabar con las manipulaciones, salen escopetados. Algo ha debido de dolerles. De suscitar en ellos una emoción de alerta. Luego, los llevan a morir a otros lugares libres de cualquier infección. Paula murió dentro del artefacto. Esto que lees también es un artefacto. Ella no tuvo que ser transportada. Ni adormecida. Ni electrocutada. Ni abierta en canal. Ni refrigerada. Paula está aquí dentro. Ya no podrá salir nunca más.

No te ahorro los detalles por compasión o por llevar mi crueldad a ese extremo en el que

imaginar lo que pudo suceder, fantasear incluso, es más doloroso que conocer el horror paso a paso. Te ahorro los detalles por puro egoísmo: no quiero que nadie crea que el hecho de escribir aberraciones me convierte en una persona aberrante. Entonces solo escribiríamos de niñas que chupan mandarinas al borde de una piscina azul.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Entonces no es lo mismo transcribir que escribir lo que se imagina. Ahora lo justo sería decirte que transcribo científicamente las laceraciones de un cuerpo reducido a territorio devastado. Entonces no escribiría, sino que estaría transcribiendo. Pero el límite no existe, Zarco: para transcribir elijo cuidadosamente mis palabras y mis imaginaciones están hechas de las mismas palabras con las que transcribo. Con los mismos mimbres se tejen los documentales que los cuentos de hadas. Atento. No lo olvides nunca. Esa similitud no anula la posibilidad de la crítica. No, no lo olvides.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

He imaginado cosas de naturaleza disímil —figura de un trasgo, metálico perfil de una lata de sardinas— y he escrito «Yo escribo», y no quiero que nadie cometa el error de creer que me puede culpar por mis fantasías, por mi destreza para hacer hipótesis, por mi precisión documental, que a ratos es idéntica a mis delirios. O sí, que me culpen, me lapiden, me incineren. Tú el primero.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Inmovilizar. Patas posteriores. Tal vez, algunos detalles intensificarían la crueldad del momento: el gesto de refrescar a la víctima con un balde de agua, su desnudez, la delicadeza de retirarle los cabellos de la cara o de ponerle la mano entre las mamas colgantes —cabría la mano extendida del cazador— para medir la locura de la respiración. El frenético subir y bajar de la tabla del pecho de una mujer suspendida en el aire, boca abajo. El charco de orines y excrementos, que es un síntoma de pánico y necesidad fisiológica.

No habrá más detalles porque nombrarlos me obliga a revivir una pesadilla que tengo la impresión de haber presenciado. No habrá más detalles porque, si continúo acumulando pellejos y rajas y palabras con jota, nunca me recuperaré. No quiero estar enferma para siempre, pero a veces dudo de si mi recuperación me produciría un destructivo sentimiento de culpa.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Digo uno y lo contrario. Digo uno y trino. Escribo. No habrá más detalles porque, al fin y al cabo, frenar el proceso de escritura podría redimirme de mi derecho a ejercer una violencia que se difumina y apacigua en su representación. No sé si quiero curarme. No sé si quiero dejar de matar y torturar —de matarte y torturarte, Zarco—, porque la palabra me ofrece —digámoslo así — un placebo, un sustitutivo: es una proyección diferida de la maldad y de otros instintos crueles.

Con la descripción del artefacto es suficiente. Pero te abro la ventana para que veas a Paula mugiendo. Con los ojos fuera de las órbitas. Suficiente.

No, Zarco. Yo no soy una mujer cruel. Solo abro una puerta. La puerta que nadie se atrevía a traspasar. La trampilla del sótano. Te lo he venido advirtiendo desde el primer minuto. Te lo he advertido una, dos, tres veces. Te vas a caer, te vas a caer. Te caerás. Ordeno los materiales, inventando ciertas pequeñas cosas para jugar contigo, escatimo lo que no puedo soportar y lo que no quiero que se achaque a mis facultades creativas, lo que no quiero que me ensucie como persona —máscara—, aunque solo sea en forma de sospecha —no soy tan valiente, no puedo

exponerme así—, y construyo un relato con el que aspiro a sobrecogerte, incluso a castigarte un poco. Porque te afecta. Porque quiero que te sientas responsable.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Me pregunto si podemos perfeccionar el arte de la elipsis, si podemos practicar la ética del ahorro capitalista, o por el contrario sería mejor una purga, un laxante que vacíe del todo el intestino —con la tripa del marrano se embute la sangre de las morcillas— para que nada se nos quede dentro, caer en el dispendio católico, los brocados papales y el exceso eclesiástico, los oros y las lanzadas sanguinolentas en los costados del Cristo de pelo largo natural, un dispendio del que siempre nos quedará tiempo de arrepentirnos. Me pregunto si es más inmoral estar callados o hablar irreflexiva, desconsideradamente.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Concluyo que no podemos permitirnos el lujo de la elipsis: el lujo minimalista, el silencio como forma extrema e inversa del Barroco, la elegancia innata de clase que se emula en las tiendas nórdicas de mobiliario al alcance de un pueblo socialdemócrata que no es el mismo pueblo que esnifa pegamento o compra su ropa en el mercadillo. Y, sin embargo, tampoco soy tan fuerte como para verbalizar para ti —aunque te odie— todo lo que sé y te muestro, y te escamoteo las visiones como alguien que tapa y destapa un cuerpo desnudo —ahora lo ves, ahora no lo ves— con una sabanita. Es un juego sucio porque hay trampa y cartón e inhibiciones de las que se saca provecho. Es un juego sexual y es una manera de relatar la Historia y las historias. Una sucesión de obscenidades.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Pero no puedo hacer otra cosa. No puedo más. Tú ya no importas nada: soy yo la que no puedo. No enumeraré el orden de las vejaciones ni la modulación de los gritos ni el momento exacto en que los científicos y los psicólogos, los patólogos y los astrólogos, piensan que un ser humano ha perdido la esperanza. El tiempo que transcurre entre esa pérdida y el momento de morir. La dilatación.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Esta vez no es preciso subrayar la delicadeza de la carne que, llegada a cierto momento de maduración, se magulla con mayor facilidad. La pérdida de la firmeza, el enrojecimiento por rotura de las venas capilares, que constituye una preocupación prioritaria de las industrias cosméticas. No es preciso insistir en la delicadeza de la carne que ya está magullada casi desde el mismo momento de nacer. La delicadeza de la carne que se ha debilitado, más y más, por vivir aventuras —endemia, hambre antigua, desamor— que van creando jorobas en la espalda y una timidez extemporánea. No es preciso escribir un tratado de anatomía femenina ni pintar un cuadro con tonalidades color hígado ni hojear las páginas de un catálogo de ortopedia. Paula fue una mujer encorsetada dentro de un corsé, dos corsés, tres corsés —ni uno ni cuatro, diría por afán de precisión y en las antípodas del pensamiento mágico, ella, Paula Quiñones, inspectora de Hacienda a la que, en la historia más importante de su vida, le habría dado lo mismo ser maestra infantil o tejedora.

Con la descripción del artefacto es suficiente. Cabeza bien sujeta. Animal.

Braña-Alcañiz se muestra taxativo: «No podemos saber si Paula estaba consciente o inconsciente cuando la manipularon para encajarla en este mecanismo de inmovilización animal.» Sabemos que le clavaron jeringuillas y le inyectaron vacunas que no han sido inventadas para los seres humanos.

Suficiente.

Lo más triste de todo es que, en sus viajes astrales, desde las fibras que se habían quedado prendidas a las fibras de tu cuerpo las tres o cuatro veces que copulasteis en la vida, era ella la que intentaba ayudarte. Pepita Grilla te previno contra el resentimiento de clase de la pobre Charly Madariaga. Braña-Alcañiz se suena los mocos: «De lo que sí estamos seguros es de que, a lo largo de su suplicio, estuvo despierta o semiconsciente. Que la reanimaron cuando no podía más. Que el rato fue largo.»

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Que Dios —que no existe: me lo han dicho los niños perdidos y las mujeres muertas— nos perdone a todos. Ni para eso sirve ese sórdido relato de cielos negros y revueltos, cuerpos sangrantes, costillas amputadas, alfareros divinos, mujeres tornadizas y diabólicas, partos con dolor, quijadas asesinas, mares rojos y menstruales que se separan para que un pueblo lo atraviese, obediencia, conocimiento culposo, maldito y agraz —soberbia, soberbia y soberbia—, hijos sacrificados como corderos lechales, zarzas quemadas, plagas de langosta, esposas sin nombre de Lot, sodomitas y gomorritas, resignación y paciencia de santo, mártires, lepras, inundaciones, viejos procreadores, niños partidos en dos de un solo tajo, pastorcillos —aparentemente amantes y píos— que escalabran titanes con la destreza de una onda. Bestiales pastorcillos con los ojos rojos.

Con la descripción del artefacto es suficiente.

Tú eres mi único interlocutor. Estarás orgulloso. Alísate el traje.

Llevo horas, meses, años sin parar de rezar.

«¿Quiere que le hable de mi sobrino David?» Fausto Beato es un hombre que no ha perdido las formas y usa el «usted» con propiedad y soltura. Como un doblador de películas de los años cuarenta. Solo pasará al tú si le concedo el permiso y yo no se lo voy a conceder, porque esas formas y esas cortesías son música celestial para mis resecas orejas. También para el resto de mis resecas oquedades. Algunas mujeres se excitan oyendo hablar en italiano. *Prego, piacere, avanti, bambina, da capo, volare. Farfalla. Lollobrigida. Bolognesa*. A mí me seducen la formalidad y ciertos ademanes de rancia lejanía. Me encuentro muy cómoda con Fausto, pese a la dificultad de mi misión. Él me ha abierto, hace un par de minutos, la puerta de su piso berlinés. Vengo de Stuttgart, donde hice escala para pasear por las calles que recorrieron las hermanas Orts y Marcos Cambra, bello podólogo, replicante de Delon. No entiendo bien nuestro nexo con Alemania, pero ha surgido con el paso de esta vida que vamos escribiendo. Sobre todo yo, para qué nos vamos a engañar. Porque tú, Zarco, solo eres un texto y nunca has aspirado a ser otra cosa: el hombre que amasa, el que pesca, el que se ensucia los dedos con los microbios del dinero. Te pedí, con circunloquios, que me acompañases a Alemania. Yo decía, alrededor de las consabidas croquetas del domingo: «Voy a hacer un viaje a Alemania.» Nunca me preguntaste ni cuándo ni por qué. Nos volviste a dejar solas.

Han transcurrido algunos años desde el asesinato de Paula Quiñones y ya me siento con ánimo suficiente para cerrar la circunferencia que empecé a recorrer en los locutorios de las cárceles y de las instituciones psiquiátricas. En los charlatanes paisajes de Azafrán.

«Sí. Puede que haya llegado el momento.» Fausto, extendiendo el brazo con elegancia suma, me invita a ponerme cómoda en un sofá de su saloncito blanco y vainilla. «Creo que usted se merece conocer esta historia.» Me falta una sola pieza. Mi anfitrión me escruta como si yo fuese el ejemplar de alguna especie animal a punto de extinguirse. Un calamar abisal. Un vegetariano monito araña. Pero yo soy solo Luz Arranz, una mujer madura que ha dejado de fumar y de comer chocolate. Una mujer que folla poco. Casi nada. Él se da cuenta: «Sí, estoy seguro de que usted no me va a traicionar.» Reflexiona durante un segundo: «Pero, querida, ¿le será útil?, ¿le servirá a usted para algo verdaderamente provechoso o bueno lo que yo pueda contarle?» Encojo los hombros. Nunca había conversado mucho con Fausto Beato, que, con la afectación de sus maneras, la elección de su sintaxis y su léxico, encubre perfectamente unos orígenes que, por más de una razón, podrían avergonzarle. Hace muy bien en calzarse una máscara que le aleje del terruño, el padre, la madre, los embutidos, los cabeceros con chinches y el Espíritu Santo. Me parece una persona encantadora que, inteligentemente, ha llegado a la conclusión de que ser auténtico no es sinónimo de aferrarse a sus orígenes. A veces los orígenes son una mierda, y si se puede echar tierra sobre ellos, mejor que mejor. Sin mitificaciones. Bello hombre enmascarado, artificioso fagotista, de pestaña postiza y flor en la solapa, cuéntame una historia: «De David solo puede usted saber lo que él mismo le contó a su amiga.» No me lo puedo creer, pero mi anfitrión me regala la flor de su ojal: «Es decir, no sabe nada.» Paula no rascó la capa de sonrosada pintura que esconde la tez gris de los maniquíes. Ella solía llevar las uñas muy recortaditas. Carecía de garras o espolones. No era gallina de pelea, sino más bien de caldo sabroso. Y todo es lo que parece ser y al mismo tiempo nada es lo que parece. No son

pensamientos incompatibles. Seguramente, a Paula, David no le parecía interesante, porque para ella solo existía un hombre poliédrico y carismático. Pobre Pauli. No aprendió a ver a su amante por detrás. La cara escondida bajo el pelo de la nuca. El negativo de la foto. Los milagros existirían, los panes y los peces se multiplicarían y los cerezos florecerían en febrero, si el cazador hubiese sido realmente un hombre inofensivo. Paula desconocía un detalle entre muchos otros: «Casi todo lo que David contaba de sí mismo era falso.»

«Póngase cómoda», con esta sugerencia Fausto me avisa de que el cuento puede llegar a ser tan minucioso —ir y venir infinidad de veces, ramificarse— como cuando yo escribo y recomiendo «Lea despacio».

David Beato Melgar —presente, el segundo de la lista de un colegio con diez alumnos y una maestra, el anticuado rezo del Dios te salve María, la fecha en el extremo superior derecho de la pizarra— nunca fue un muchacho superdotado. Su tío me lo repite: «Nunca fue un muchacho superdotado. Nunca.» Jamás mostró habilidades especiales. «Quizá solo cierta destreza rutinaria para el cálculo», matiza Fausto. Posiblemente su padre tampoco abusó de él. Le pegaba porque tenía el derecho —incluso la obligación— de partirle la cara a su hijo, un párvulo vago, torpe, que no rendía. Fausto se pone irónico: «¿Cómo, si no, iba a sacar partido de él?, ¿cómo, si no, iba a corregirle?» Samuel no se enorgullecía de David. Adivinaba en él comportamientos indescifrables: se escondía detrás de las puertas y debajo de las camas; frecuentaba a amigos invisibles —¿tal vez Dickie Johnson estaba juguetón o vengativo?cuando estas parapsicológicas criaturas made in Taiwan o L.A. aún no estaban de moda; sabía poner los ojos en blanco, chascar las articulaciones de las falanges de los dedos y sacar la lengua partiéndola por la mitad. Cogía raro el tenedor. Tampoco soportaba Samuel que consintiesen tanto al puto niño. Doña Virgen le dispensaba al nieto todos los amores que le había escamoteado a su hijo mediano: «Mira, mira, los mismos ojitos que el abuelo», decía la abuela Virgen, obsesionada con los ojos de la gente. Imagino a doña Virgen echando su vaho de ricachona sobre bolas de ojos de cristal guardadas en una caja: con su aliento quiere vivificar los cristales y dotarles del sentido de la vista. Es el fragmento de una *nightmare* que es el precioso nombre con que los anglófonos hablan de las pesadillas. Tal vez esa obsesión ocular y freudianamente erótica desencadenó su ceguera. Tanto va el cántaro a la fuente… —jalono mis textos de expresiones intraducibles o casi: soy una terrorista de la lengua literaria universal. Aunque a veces escribo *nightmare, darling, little, pretty, Dickie Johnson, yeah*…

Por mucho que doña Virgen se empeñara, los ojitos vivaces de Jesús Beato en David se habían muerto, aunque las cuatro pupilas brillasen con la misma tonalidad roja de depredador nocturno. Roedores. Cuando doña Virgen notó que su marido dejaba de mirarla con sus ojitos vivaces y de hacerle masajes capilares y reflexología podal —desconfiemos de todos los hombres que nos seducen masajeándonos cabeza y pies sin indagar en las maravillosas sucias partes centrales de nuestros cuerpos húmedos, cómo me gusta sentir tu dedo dentro de mi ombligo, es mi rareza—, primero se puso violenta, luego sintió miedo y finalmente se dedicó a castigar a Analía, excelente fajadora. La Tortolica había llegado y al abuelito Jesús ya solo le interesaba cambiarle el alpiste. Así que doña Virgen sustituyó los ojos de Jesús por los del nieto y, en su exceso de amor, se lo guardó en el escote como si fuese una cobayita de pelo gustoso. David se fue quedando laxo entre los brazos abullonados de su abuela igual que se quedaba laxo con los papirotazos de Samuel. Laxo y temblón con los gritos de la Tórtola que venían del desván. «El miedo nos debilita, querida Luz. El nene era un trapito.»

Fausto conocía muy bien la intolerancia y dureza de su hermano mediano. También a él cuando era niño le había pegado por celos y, desde que lo descubrió con Roque —«Y le aseguro, Luz, que el descubrimiento no fue gran cosa. Pobre, pobre Roque»—, no paró de llamarle «El tonto de la flor». «Mi hermano se creía ingenioso y viril», me dice Fausto. «Pero era un gañán y un fornicador mediocre.» Me pregunto cómo mi anfitrión puede conocer esta característica tan íntima y con qué escala tasa y mide las fornicaciones —duración, fortaleza, creatividad, capacidad para trabajar en grupo—, pero me da igual porque lo que me revela me cuadra y resulta verosímil. «En esa maldita casa se oía todo», Fausto, perspicaz, me ha notado la duda y me la aclara. El tío decidió proteger a su sobrino David, que era carne de cañón por una perniciosa confluencia de factores: los gritos de una abuela loca que está encerrada en el desván de una casona pretenciosa y fea; la pegajosidad hipercalórica de la otra abuela, doña Virgen, que reconocía en el nieto una proyección del abuelito sin darse cuenta de que la proyección comenzaba a deteriorarse precozmente —a veces la especie mejora por fuera, pero por dentro ha sufrido una degradación irreversible—; la desafección del padre; y la ausencia de una madre que, sin que Fausto entendiese bien por qué, estaba más pendiente del abuelito Jesús que de su propio cachorro. Aunque, cuando Analía reparaba en la presencia de su hijo único, se lo metía dentro. «En su perfumado marsupio.» Marsupio con olor a manteca y a limpiadores jabonosos, a grasa del pelo y a leche regurgitada. Puede que incluso a flatulencia. Se lo metía dentro, como si alguien se lo fuese a quitar, y ella dejase bien clarito que sería imposible arrebatárselo. «A mi madre le rechinaban los dientes. ¿Recuerda usted a su madre, Luz? Yo a la mía nunca la podré olvidar.» Fausto Beato hace memoria: «Era un oxímoron. Una madre muerta. Una bruja y un hada. Egoísta y dadivosa.» Fausto Beato se pone soñador: «Era una amante abandonada.»

El tonto de la flor lo era porque se enteró tarde, mal y nunca del vínculo existente entre Analía y el abuelito Jesús y porque, mientras se encargaba de regar y adecentar, de abonar y podar con sus tijeritas la rosaleda, nunca se percató de estar removiendo ni occipucios ni colodrillos. No sabía nada. Solo percibía una capa superficial de hermosura bajo la que barruntaba putrefacciones. No sabría decir si ser tan ingenuo es una actitud moral, pero quiero disculpar a Fausto Beato pensando que él ya tenía bastante con lo suyo: el deseo compulsivo de salir de Azafrán como alma que lleva el diablo. Lo buscó para pactar con él, pero no lo encontró en la leñera ni en la gloria ni en los rincones izquierdos de la casa. Para Fausto Beato la única estrategia había sido siempre escaparse. Hasta que dejó de hacerlo.

Pero, en aquellos días, ideó un ardid de escapista para separar a su aún inocente sobrino de aquel ambiente insalubre. De aquella charca. De aquel nido de huevos malogrados. «No sabría decirle, querida, qué metáfora zoológica es la más adecuada.» Noto un calambre entre las piernas. Estoy a punto de irme con la lejana lengua de Fausto Beato y eso me hace entender un poco mejor a Paula. Me pongo triste, pero mi interlocutor me ayuda a volver en mí: «Mi ardid consistía en lo siguiente: convencer a Analía de la superioridad intelectual de un muchacho que era tan solo retraído, mohíno, nudoso…» La cabeza de David formulaba retruécanos estériles, garabatos y representaciones siniestras que Fausto le presentaría a la madre como signos de semigenialidad o de genialidad absoluta. «Las madres tienden a pensar las mejores cosas de sus hijos, ¿no es así?», me dice Fausto mientras yo trato de hacer un recuento de todo lo bueno y lo malo que he pensado y pienso de mi hijo Olmo. No voy a contradecir a Fausto, pero existen madres con un profundo sentido crítico. Y Paula tenía razón cuando constataba cierto parecido entre Analía Melgar y yo misma. También me viene a la cabeza una sentencia que no sé de

dónde he podido sacar: los niños superdotados acaban convirtiéndose en hombres estúpidos. Monomaniacos y salvajes. Puede que David sí fuese un superdotado, aunque ni siquiera Fausto lo hubiese sabido detectar. «¿En qué está usted pensando, querida?» Este hombre descubre mi bulto en el escondite. Me asusta. Acaba de hacerme experimentar una total sensación de desnudez.

El tío guardaba una baza a favor: Analía disponía de muy poco tiempo y, desde luego, su cabeza estaba en otra parte. Ella quería ganar otras guerras. Proteger a otros pollitos bajo su ala felpudo o dentro de su perfumado marsupio. Fausto intuyó, además, que no le parecería mal del todo separar a su hijo de aquel jardín. «Analía iba ganando palmo a palmo el territorio de la casa y eso exasperaba a Samuel. ¿Entiende usted lo que le digo, Luz?», Fausto busca mi comprensión cogiéndome las manos y yo claro que lo entiendo. Cómo no lo voy a entender.

David no merecía criarse entre aquella jauría, sin amigos, sin hermanos, trabajando en el bar, recibiendo las miradas furibundas y los papirotazos del padre y sin más aspiraciones que romper nidos y envenenar insectos. Fausto se percató de que, hasta cierto punto, la música amansaba a las fieras, y entretenía al niño enseñándole los rudimentos del solfeo. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Le llevaba la mano y el niño se quedaba lacio. Se dejaba. Se quedaba flojo. Era una criatura enferma. «Había que sacarlo de allí urgentemente, Luz», subraya Fausto, de modo que el tío no perdió un segundo para poner en práctica su plan: convenció a Analía de que los silencios y retraimientos de David eran signos de una inteligencia superior y, como Analía tampoco prestaba mucha atención al chaval, no puso objeciones —incluso hizo fuerza— para que su hijo fuese interno a un colegio fuera de Azafrán. A la madre tampoco le importó —más bien, le gustó— el sufrimiento de doña Virgen. «Ay, mi niño, mi niño», de nada le sirvieron a la anciana sus lamentaciones. «Ni tu niño ni hostias», me dice Fausto que descubrió a su cuñada murmurando entre dientes. Se ruboriza y luego la piel torna a su color habitual: «Bien, somos adultos, ¿verdad, Luz?»

El tío Fausto sacó de allí al niño. Lo cogió de la manita y le susurró: «Hijo, vámonos de aquí.» David dio un beso a su madre y a su abuela, y no volvió la vista atrás. Se dejó trasladar dulcemente hacia su nuevo colegio. Sin resistirse, sin llorar, sin hacer así. El tío Fausto visitaba a su sobrino y alimentó la mentira de que progresaba pasando los cursos de dos en dos. Sus padres solo lo veían durante las vacaciones: el resto del tiempo hacían cuentas y albaranes, movían cajas, barrían, preparaban bocadillos de mortadela, se encargaban de los viejos de la casona. Nunca salían de vacaciones. «Quién sabe si la chispa del amor de este matrimonio se hubiese avivado en mitad del Báltico», propone romantiquísimo el tío Fausto. No se lo cree ni él. David pasaba los cursos sin que nadie conociese los planes de estudios ni a nadie le importasen. El pequeño David, sin embargo, comenzó a alcanzar otra consideración en la casa. Las mentiras de Fausto le convenían. No movía cajas de un sitio a otro. Se excusaba diciendo que subía a su cuarto a estudiar.

Con las dos abuelas ya difuntas —la blanca y la roja, la virgen y la puta, la rica y la pobre—, Analía se convirtió en la mujer de la casa —Paquita y el lerdo de Luis vivían en la capital— y ya no trataba a su hijo como una pertenencia o como un tumor que le hubiese salido del útero. Pero Fausto a veces tenía la impresión de que la hija de Julita Melgar le decía sin abrir la boca: «A mí no me la das, Faustino.» En todo caso y pese a que su presencia en Azafrán fuese intermitente, el tío había hecho lo mejor para aquel niñito flácido que dejó de arrastrar cajas, matar aves de corral y hablar solo por las esquinas. El muchacho, creyéndose las mentiras de sus propias capacidades,

estudió Farmacia. «Ese logro cambió mi concepto respecto a la dificultad de la carrera, ¿sabe usted?», Fausto Beato, risueño, comparte esta jocosa confidencia conmigo. Los dineros del abuelito Jesús sirvieron para garantizarle al nieto el traspaso de un negocio boyante: «La gente enferma sin parar, querida. Y beben jarabes y deslíen en el agua comprimidos efervescentes.» Miel sobre hojuelas. «Descansemos un poco», me propone mi espléndido anfitrión, y yo me repanchingo en el sofacito para disfrutar de unos minutos para la publicidad. Hasta me comería un bombón helado.

Fausto detecta mi gula —este hombre es un auténtico radar— y me trae un té con pastas. Son las cinco de la tarde: «David era un mitómano.» Yo bebo y me limpio la boquita de Simone Signoret: «Yo lo ayudé a serlo. Lo protegimos mucho.» Vuelvo a acordarme de Olmo y sus debilidades. «¿Sabía usted que Paula fue la primera mujer con la que se acostó mi sobrino?», sin llegar a conocer las razones profundas, la revelación no me sorprende, aunque sí me divierte un poco el extenso conocimiento del tío Fausto sobre la vida sexual de sus familiares. «Somos adultos, ¿no es así?», Fausto muestra cierta obsesión con la edad mental de las personas. David había sido casto hasta que la cojita guapa irrumpió en su vida. Quizá creyó que podría someterla a una reparación. El aparato hormonal y termodinámico del falso superdotado convulsionó. Cuando pregunto a qué se debía la castidad de David, su tío especula con una mezcla de motivos religiosos y retraimiento patológico. El repelús ante el matrimonio de su padre y de su madre. La castidad de David también despertó en su tío la sospecha de que quizá su hermano Samuel hubiese ido más allá de los empujones y las bofetadas. «No supe ayudar a mi sobrino, Luz», Fausto desechó la versión del estupro porque le parecía muy melodramática; a la vez, le habría sido difícil de digerir y no ignoraba lo cómodo que David se sentía con las fabulaciones propias y ajenas: «Mi sobrino se creía las mentiras que los demás preparábamos para él. Luego, aunque no era un hombre muy imaginativo, comenzó a creerse las propias.» Fausto me enseña su media sonrisa mundana: «Estoy muy arrepentido de ciertas acciones y me siento muy orgulloso de otras.»

Subrayo e identifico —catalogo— la epifanía que llevaba barruntando —no es verdad que las epifanías sean revelaciones cegadoras, a veces son un runrún, la llegada a la punta de la lengua del nombre que no quería salir— desde que el tío Fausto me abrió la puerta de su casa blanca y vainilla: me he encontrado con la encarnación en la tierra de mi doctor Bartoldi y me apeno mucho al comprobar que le soy indiferente. Incluso más indiferente de lo que a ti te era la pequeña Paula: «Supongo que, de mi padre, de Samuel y de Analía ya no merece la pena que hablemos mucho, querida…» Cuando Fausto me llama «querida» de nuevo, yo relajo los brazos y las piernas, aflojo los músculos como en la consulta de esos osteópatas que te hacen sentir de golpe que eres monstruo, contractura, nudo. Me dejo ir. Me voy. Me gustaría que se colocase detrás de mí y que me agarrase el brazo derecho para enseñarme a marcar el tres por cuatro: «Un, dos, tres, un, dos, tres.» Laxa, laxa, con la babilla que me resbala por las comisuras como a las perritas buenas a las que sus amos les masajean la tripa. Atiendo embobada incluso cuando Fausto se desvía del camino recto: «Analía. Analía era como Ingrid Bergman.» Me sorprendo, pero finjo, y vuelvo a beber un sorbo de té de naranja y jengibre: «La Bergman. Pero con una sonrisa fea.» Fausto se fija en la marca de carmín que se va imprimiendo en mi taza: «Una Ingrid Bergman que se reía mal.» Revivo el rostro deslumbrante de Ingrid Bergman en *Encadenados*. Fausto me saca del ensueño porque no le gustaría quedarse a vivir, al contrario que a ti, Zarco, en la bodega donde se guardan las botellas que no son de vino sino de un mineral para fabricar bombas. Fausto —peluquero de señoras, educador, jardinero, fagotista— es un hombre con los pies y las manos en la tierra: «Tampoco le acompaña el color de pelo que se pone últimamente.» Tiene razón, aunque a Analía ya le quede poco pelo y sea una mujer mimetizada con las de su

tribu, una hembra con avitaminosis, que necesitaría comer muchísimo más brócoli. La cárcel tampoco ha hecho mucho, en los últimos tiempos, por su salud capilar. «¿Alguna vez le han dicho que se parece a Simone Signoret?» Comprendo a Paula Quiñones: si este hombre hubiese enseñado a marcar el tres por cuatro a mi amante farmacéutico, yo me habría vuelto suspicaz y loca. Comprendo a Paula Quiñones: si a este hombre yo le interesara un poco, ahora mismo me acostaría con él. Miro hacia el fondo del pasillo y detecto cierto movimiento que nos resta intimidad y convierte en aún más ridícula la hipótesis de que podamos ocupar una de las alcobas para prenderle fuego a una cama. En mi opinión, el descanso y la publicidad han llegado a su fin. Apuro el contenido de mi tacita de té y regreso a mi propósito original: formular esa pregunta que me ha traído hasta la ciudad más importante de Alemania: «Fausto, querido, ¿dónde está David Beato?»

Todo lo hago por vuestro bien, Arturo Zarco. Merecer el amor. Cuidar de los que los otros han amado. Eso es amar. Yo te amaré por Paula en diferido. Me lo prometí cuando pasasteis enfundados en vuestros trajes rumbo a la sala del tanatorio donde velábamos el cuerpo de Paula Quiñones dentro de un ataúd con la tapa herméticamente cerrada. De eso hace ya algunos años, y yo he permanecido calladita, no por respetar un dolor que no sé si alguna vez llegaste a sentir, sino por dejar que mi Olmo viviese su fantasía erótica con un detective maduro, mientras yo freía croquetas de masa agria. También lo he hecho por amor a Pauli, que me enseñó que quererla era cuidar de ti cuando ella ya no pudiese estar pendiente de tus chorradas y mitomanías. En el tanatorio, hace algunos años, mi hijo y tú erais dos chicos de gimnasio perseguidos por la cámara del plano secuencia.

Fugaces e impecables.

Derramabais, al pasar, un intenso olor al suavizante con que la asistenta lava vuestras camisas para plancharlas mejor. También olíais a colonia de musgo y maderas nobles. Me disteis mucho asco, mi hijo y tú. Tú, siempre, más que mi hijo. Mucho más. Por eso te cuento esta historia. Tienes que quitarte las manos de las orejas. Escúchame y después quizá pueda seguir viviendo contigo. Tenemos que hacer algunas cosas juntos. Yo estaré contenida y conteniéndome cada vez que vengáis los domingos a almorzar.

Le doy permiso a Fausto para que fume. Está en su propia casa. Cómo no se lo voy a dar. «¿Me regala uno a mí?» También me parece una ocasión excelente para volver a fumarme un cigarrillo. Fausto me da fuego y yo, con la primera calada, me mareo un poco. Luego me satisface comprobar que no he perdido la avidez y me meto el humo hasta el fondo, espeleológico y cavernario, de los pulmones. Me sonrío al recordar la perspicacia de Paula: mis últimas misivas le olían a humo. Fantasías suyas. «¿De qué se ríe? Lo que le voy a contar a continuación no es agradable…» Fausto Beato y yo apuramos las tacitas de té, como si estuviésemos jugando a las visitas, y pasamos a algo más fuerte. «¿Le viene bien un whisky?» Respondo: «Solo, doble, sin hielo.» Y me agarro al sillón porque preveo que llegan curvas.

«¿Usted ya sabe que fue Roque el que encontró el cuerpo de su amiga amarrado al aparato para inmovilizar reses?» Asiento. Paula tenía rapada la cabeza. El cuero cabelludo estaba roto por cortes de tijeretazos que le habían tajado la piel. Le digo a mi anfitrión que todo eso ya lo sé y, por favor, le pido que se calle. «Fausto, se lo pido por favor…» Mientras los dos permanecemos un instante en silencio, me doy cuenta de que ignoro si David conocía el pasado de su abuelo. No puedo decidir si aspiraba a emularlo con sus útiles de peluquería, guardados dentro de ese maletín que tanto asustaba a Julita Melgar, o si un ser maligno, con su anciana sonrisa de no haber roto nunca platos ni haber delatado a mujeres con hijos que aún comían sopas de pan, maestros que poseían un precioso reloj, minifundistas ateos, le había soplado en la orejita cómo se usaban las tijeras para hacer daño de verdad. «¿Luz?», Fausto rellena mi vaso de whisky. «Continúe, por favor. Estaba distraída. Discúlpeme.»

Roque encontró el cuerpo de Paula abandonado en el establo. Era ya por la mañana, tempranísimo. Roque iba a echar de comer a sus cerdos y escuchó un ruido de moscas alborotadas. Un borboteo y mugidos de bestias compasivas, que a Roque sí le hablaron para decirle «Está aquí, está aquí, la cojita guapa está aquí», le desviaron de su ruta habitual. Entonces vio el cuerpo y a Roque, pese a la costumbre de trabajar con animales —cargárselos a hombros, meterles el cuchillo en la vena, desangrarlos, quemarles los pelillos y frotarlos con un estropajo para dejarlos relimpios, eviscerarlos, decapitarlos, abrirlos en canal, seccionarlos por piezas comestibles, solomillo, manitas, careta, jamones, lomo, codillo…—, aquella visión le produjo una náusea seca. Llamó a Fausto, que acudió enseguida. Al salir de la casona, Fausto notó que Analía ya estaba trasteando por la casa, como un día cualquiera. Unas horas más tarde la vería esposada: «¿Quién cuidará del abuelito Jesús?» Unas horas más tarde, Roque y él ya habrían avisado a la Guardia Civil y María Melgar lo confesaría todo. Se produciría la detención de Paquita y de Luis. Se desentrañarían —qué verbo más inoportuno— las razones y los participantes en el asesinato de Samuel. «Definitivamente, esta familia es gregaria. Nunca existió intimidad», me confiesa la oveja negra, tal vez la oveja rosa, de los Beato. Unas horas más tarde, los guardias interrogarían a Roque y a Fausto. No se les pudo incriminar por nada, pese a que resultase imposible creer que, en una familia como aquella, quedase un solo inocente «Yo, ¿saben?, he viajado mucho», se justificó Fausto. «Me fui muy joven de aquí. No he mantenido contacto más que en circunstancias muy especiales. No se me quería mucho en esta casa. Ahora había venido para celebrar que mi padre acaba de cumplir un siglo.» Fausto me explica que

exageró el amaneramiento de su exquisita educación musical, de su autodidactismo y de su mariconería. «Soy la oveja negra, sargento», enfatizó el atildado tonto de la flor. Los guardias desconfiaron de aquel ser excéntrico, y sin embargo su excentricidad posiblemente salvó a Fausto Beato, que fue interrogado respecto al paradero de su sobrino. Fue incapaz de aportar ningún dato relevante. «Cuando acudí a la llamada de Roque, allí no quedaba nadie.» Los guardias quisieron saber por qué Roque no había telefoneado directamente a las autoridades. Roque respondió: «No sé.» Fausto explicó que su amigo estaba desconcertado, tenía mucho miedo y, más que pocas luces, pocos recursos verbales, poca sociabilidad. «No lo sé, no lo sé», y Roque se echó a llorar de un modo que no solo era sincero, sino que además resultó convincente.

Se dictó una orden de busca y captura contra David Beato. Nunca dieron con él. Se descubrió el secreto del jardín y Fausto percibió cómo los jugosos pétalos se contraían repentinamente, incinerados por un líquido corrosivo, y el verdor de cada hoja negreaba y de las espinas brotaban cabezas dentadas de gusanos. El jardín se transformaba por efecto de un filtro que sacó a la luz todas sus imperfecciones opacando su lado armónico. Las flores solo olían a podrido y se redujeron a piedra, ceniza y polvo en un segundo. Fausto destruyó el jardín con sus tijeras de podar y Braña-Alcañiz llegó corriendo: «Pare, no sea loco. Pare. No toque nada.» Fausto se negó a hacerse responsable de su padre y el abuelito Jesús fue trasladado al geriátrico más próximo. Empezaron las preguntas obsesivas de Analía Melgar.

Unas horas antes, cuando Fausto pasó por la tienda de María rumbo al establo, alertado por la llamada de Roque, la mujer tiraba las carnes sobre el mostrador con golpes, entre húmedos y secos, entre líquidos y sólidos, como la propia materia comestible. Fausto cae en la libre asociación y se repite: «Sospecho que usted preferiría que no entrase en detalles sobre el cuerpo de Paula Quiñones.» Le digo que los conozco casi todos y que, en efecto, preferiría que no: «Con la descripción del artefacto es suficiente.» Fausto me contempla con cierta incredulidad: «¿Otro whisky?» «Una copa nunca viene mal», hace mucho que no bebo y mi voz ya me suena algo pastosa. Temo que Fausto quiera emborracharme para abusar de mí. Sería un sueño imposible. Sé que no sucederá. Lo que sí sucede y se prolonga, dentro del saloncito blanco y vainilla, es el relato. Fausto me da la mano para que lo vea caminando hacia el cañón donde anidan los buitres negros. A su espalda queda el cuerpo descoyuntado e inyectado de Paula Quiñones, el establo, Roque, que esperará al regreso de su amigo para telefonear a la Guardia Civil. «¿Qué ocurrió entre su llamada a Fausto Beato y su llamada a nuestro número?», pregunta un guardia que se ha encargado de cotejar las llamadas de los móviles. «Estábamos bloqueados. Durante un rato solo miramos aquel horror. Sin saber qué hacer.» Las cosas no sucedieron de esa manera, pero los guardias no insistieron en el asunto porque con las declaraciones de Mari y la detención de Analía ya tenían mucha tela que cortar.

Fausto le dijo a Roque: «No llames aún. Espérame.» Y echó a andar. Un par de kilómetros separan el establo y el cañón. A cierta distancia, Fausto reconoció el perfil de David contra el vacío. Me invita a que me coloque la mano haciendo visera sobre los ojos, a que los entorne levemente —como una china del dolor— para que yo pueda distinguirlo también. «Fue muy fácil, Luz.» Fausto aprieta los ojos y se reconcentra en lo rojo de por dentro: «Solo tuve que apoyar, suavemente, mi mano en su espalda y presionar con delicadeza.» Quizá David cayó al vacío sin saber quién lo había empujado. No se volvió para reconocer la identidad de su salvador ni tampoco recordó la destreza antigua de abrir las alas y echar a volar. Cayó, ajeno a la levitación y a sus orígenes de ángel o reptil. De alado animal con garras. De arcángel de piedra

en el cementerio de Azafrán. Quizá cayó sorprendido y pensando que no se lo merecía. Atónito. Fausto abre los ojos y me mira: «Por fin, lo ayudé.»

Las aves carroñeras no dejaron ni una fibra del cuerpo de David, que fue digerido, y pasó a formar parte de la anatomía de los buitres que se lo comieron: ala en ala, uña en uña, molleja en molleja. La carne volvió a la carne y la materia a la materia. Y la materia al final deviene en sustancias gaseosas e invisibles incluso con la ayuda de los microscopios que nos hacen dudar a menudo del límite que separa las religiones y las ciencias naturales. David Beato se volatilizó. Es decir, se produjo un milagro en Azafrán.

El dedo de Dios se colocó sobre la cabeza del primer ser humano que, sin duda, fue un hombre. El cazador llenó de piedras la tripa del lobo antes de tirarlo al río. Zeus poseyó a Leda metamorfoseado en cisne. Las llaves huecas curan los orzuelos. Los burros comenzaron a volar. La tierra se volvió plana y el pastor gritó: «¡Que viene el lobo!» ¿Me puedes explicar, ridículo detective Arturo Zarco, desde cuándo he empezado yo a creer en las transubstanciaciones y la sangre de Jesucristo bebible en el cáliz o el tetrabrik?, ¿me puedes explicar tú, más allá de mis fantasías privadas y mis tratos con el diablo al fondo de los espejos o en las bolas de cristal que encapsulan ciudades donde siempre nieva, desde cuándo yo, públicamente, comulgo —y esa es la palabra exacta— con las tres virtudes teologales, con la existencia, de nuevo pajaril, del Espíritu Santo y con las lágrimas de sangre de la Virgen María?

Tras las explicaciones respecto a la higiénica desaparición del cuerpo de David Beato, por parte de su alcanforado tío —¿te acuerdas, Arturo, «no es ni carne ni pescado el señor alcanforado»? Ahí yo ya te había puesto la etiqueta—, las palabras se escaparon de mi boca, como involuntarias salpicaduras de saliva. Me arrepentí: «No me estará usted mintiendo, ¿verdad?» Recordé los movimientos al fondo del pasillo, miré a mi amor imposible y de repente las piernas comenzaron a temblarme. No estaba muy segura de poder escapar de aquel piso blanco y vainilla. Estaba atrapada en una empalagosa tarta de bodas. Iba a morir de diabetes: me quedaría ciega, luego me cortarían una pierna desde el pie hasta la rodilla, después del muñón hasta la ingle, luego la otra, quizá los brazos más tarde… Sería una mujer reducida a torso sobre una silla de ruedas. Un cacho de carne con boca. Con demasiada boca: «No me estará usted mintiendo, ¿verdad?» La cara de Fausto Beato era un poema, un soneto, una décima espinela. Una copla de pie quebrado.

No hay nada más fuerte que el amor de la familia. Fausto me lo acababa de explicar. «Está usted pálida», mi anfitrión coloca su mano en mi frente. «¿El lavabo, por favor?» Allí compruebo que hay dos cepillos de dientes. Dos albornoces. Varios tarros de champú. Y me tranquilizo convenciéndome de que el tonto de la flor es muy aseado, les ocurre a todos los tontos de la flor, que huelen a colonias de musgo y madera en los tanatorios por los que pasan vertiginosamente, en un portentoso plano secuencia, para despedir a sus exmujeres asesinadas por farmacéuticos superdotados absolutamente subnormales. Repito: subnormales. Fausto da unos toquecitos en la puerta del cuarto de baño: «¿Está usted bien, querida?» Me justifico: «No se preocupe. Hacía mucho tiempo que no bebía champán.» Digo lo que habría deseado beber en mi fantasía con el doctor Bartoldi, pero Fausto, un impostor, un fingidor del Bartoldi original, me corrige: «Vaya, sí que está usted achispada.» Oigo su risita: «Whisky. Hemos bebido whisky.»

Me aprovecho de la situación, descorro el pestillo del baño, me hago la tonta, me tambaleo a lo largo de la línea del pasillo en dirección hacia el centro de la tarta blanca y vainilla donde preferiría morir de un coma diabético que asesinada por un tipo que sin duda usará bien la podadora. He visto, bajo una puerta, el destello de una luz y, solo por culpa de las intuiciones, una frase me martillea el interior del cráneo: «No hay nada más fuerte que el amor de la familia, no hay nada más fuerte que el amor de la familia, no hay nada más fuerte, nada más…» Y veo a Fausto arropando los hombros de David, al borde del abismo del cañón, echándole una chaqueta

por encima porque la mañana refresca mucho. «Vamos, hijo. Vámonos.» David se acomoda la chaqueta sobre los hombros y tiende la mano, manchada de sangre seca, hacia la mano de su tío Fausto, que por segunda o tercera vez en la vida —ha perdido la cuenta, pese a sus habilidades matemáticas— le va a salvar y le va a ayudar a escaparse de allí. No voy a preguntar cómo. Yo, por mi parte, también le estrecho la mano a mi anfitrión. Me habría gustado usar guantes, pero ya se sabe que manos con guantes no dan pie con bola —ni para fregar ni para matar ni para hacer la comida— y nunca los uso: «Tiene usted que disculparme. Hacía tiempo que no bebía whisky. Si acaso una copita de anís o pippermint después de comer…» Fausto no se resiste: «El pippermint es una belleza, Luz. Usted, ciertamente, no debería beber otra cosa.» Me muero de asco, me empalago, me repugno: «… usted comprenderá, pero las mujeres de mis años procesamos muy mal el alcohol. He de marcharme ya. No quiero ponerle la casa perdida». Hipo y me carcajeo con la frivolidad pasajera de una mujer que finge ser de mundo pero está bien adiestrada en las artes de repulir encimeras y fregar inodoros. Fausto recoge mi mano desnuda: «Me hago cargo, querida. Me hago cargo. Pero debería saber que es usted una niña.» Me rebelo por dentro, pero me muerdo la lengua: no, no soy una niña.

«Ha sido un encuentro muy agradable.» Él asiente. «Le agradezco muchísimo su ayuda.» Él es un hombre educado: «No ha sido nada, querida. El placer es todo mío.» No sé si Fausto se ha percatado de mi descubrimiento. Ni siquiera estoy segura de que mi descubrimiento sea tal y, como si estuviese dentro de una barca, sufro una oscilación ética: ¿es peor asesinar a un asesino o ayudarle a escapar, acogerlo en la casa? «No hay nada más fuerte que la familia, nada más fuerte.» También para las ovejas negras y para los hijos pródigos. Sobre todo, para las ovejas negras y los hijos pródigos. Para las ovejas negras que, al final sin haberlo preparado, se benefician de las malas acciones de las ovejas blancas, los abuelitos Jesuses, las doñas Vírgenes y sus padres terratenientes, las cuñadas trabajadoras que arrastran cajas y cuidan ancianos, los hermanos celosos y las cuñadas codiciosas con boquitas de pez y manitas arandela. Estoy realmente un poco borracha y esa turbiedad juega en mi favor, porque Fausto piensa que mi grado etílico me incapacita para adivinar nada. Para ver nada. O quizá no quiere líos si yo no se los busco a él. «¿Le pido un taxi, querida? Parece que no está usted en condiciones…»

Fausto Beato me pide un taxi que llega en dos minutos. Yo recojo mi bolso, entrechocamos nuestras mejillas sin llegar a besarnos —eso nunca—, me despido educadamente y bajo de dos en dos los escalones. Miro hacia atrás, no con el afán de ver Gomorra por última vez, sino para asegurarme de que nadie me va a dar con un mazo en la cabeza como a las vacas que se resisten a morir en sórdidos mataderos donde aún no las ejecutan de un tiro entre los ojos. Nadie me sigue. En una de las ventanas del segundo piso donde se ubica el apartamento de Fausto Beato, un cremoso amarillo visillo se mueve y entreveo, a través del cristal, dos minúsculos destellos del color de la incandescencia y la herrumbre.

«¿Cómo está el abuelito Jesús?, ¿le dan bien de comer?» Durante mi última visita a Analía, previa a mis viajes y casi descubrimientos alemanes, le planteo la posibilidad de que el crimen de Paula Quiñones sea un delito de odio, una revancha política. Me corrijo: el término exacto no sería «revancha», sino «limpieza», «precaución». Ella pone los ojos como platos: «¿Política? Nosotros siempre fuimos apolíticos. El abuelito Jesús nos enseñó que la política no traía más que disgustos.» La memoria de Analía es carrete velado por la luz. Me escandalizan sus amnesias. «La política no trae más que disgustos», Analía se enroca. Ha colocado una bolsa de plástico opaca sobre la cabeza de su madre, de su abuelo, de los niños perdidos y, por supuesto, de las mujeres muertas. «Para unos más que para otros», estoy a punto de responderle a propósito de los disgustos, pero callo porque no quiero recordarle sus contradicciones, esa manera de meterle el jabón en los ojos al abuelito Jesús al asearlo, los tirones de pelo, los movimientos peristálticos del brazo resentido y simultáneamente abyecto de Analía. Callo porque necesito que continúe hablándome.

Quizá sería útil conocer las palabras con que el cazador se dirigió a Paula, su cierva herida. Analía podría repetirme algunas, las del principio de la ceremonia, pero no me las revela ni siquiera durante nuestro último encuentro. Protege a un hijo tal vez muerto, tal vez vivo. Disecado. Zombificado. Apretado dentro de una cinta de casete como en un mal sueño de LSD. Protege a un hijo que quizá sabe a salvo en algún lugar a miles de kilómetros, caminando de la parafinada manita de su tío flor; o acaso tan solo preserva la memoria de un descendiente, volador y volatilizado, platillo volante y volante de urgencia, sobre el que se niega a esparcir estiércol. Las dos circunstancias le sirven y ninguna le causa un prurito especial. «¿Está bien el abuelito?, ¿le dan bien de comer?» Quizá ella disponga de muchos más datos que yo, que en el momento en que voy a hacerle esa última visita no sospecho nada, y aun hoy, atesorando miedos, permaneciendo tan inactiva y dubitante como tú, Arturo Zarco, no sé si debo llamar a las autoridades para que caiga —¿sobre quién?— el último residuo del peso de la ley, aunque no podría soportar que me tomaran por una demente. No soy una testigo creíble. Y, sin embargo, ahora no me perdono ni mi inacción ni mi vanidad ni mi aceptación de los ojos funcionariales que me catalogan como una mujer, de edad mucho más que mediana, que se ha obsesionado con un asunto que realmente no le toca por razones de consanguineidad. Yo soy una mujer excéntrica que vive sola y parió a un hijo, daltónico y amante de las mariposas, que vive amancebado con un detective cinéfilo y homosexual. «¿Es usted familiar de la víctima?», «¿A qué se debe su interés?», «¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que se produjo el crimen?». Los malditos armadillos creen que soy una de esas morbosas que acude a los tanatorios de noche para velar cadáveres de gente desconocida. Y, sin embargo, recuerdo mi breve conversación con Roque que ahora temo haber malinterpretado: el caperucito, a través de los pinares, rumbo a sus quehaceres con los animales reductibles a caretas y perniles, el descubridor del cuerpo torturado de Paula Quiñones, capturó mi atención y la condujo hacia el centro de la escena. Escorzo y artefacto. Color rojo. Hábilmente, con su languidez y su llanto, tan extemporáneos en un hombre que realiza su trabajo en las cochiqueras, me escamoteó los ángulos muertos: periferias de la horrible figura central, los tiempos y los atajos, por los que quizá Fausto, su amigo más querido —su

amigo crónico—, haría desaparecer, como un prestidigitador compasivo o un Bartoldi de las maravillas, a un David ensangrentado y confuso, con la mente albina y la camisa muy sudada. No me dejó ver la esquinita de la representación donde tal vez estaban teniendo lugar acontecimientos de crucial importancia. Pero todo es un albur e ignoro de qué disfrazaría el tío al sobrino, en qué maletas de doble fondo lo transportaría como el muñeco del ventrílocuo, con qué papeles y salvoconductos lo haría viajar por un cogollito de Europa en el que los papeles y los salvoconductos son residuos peliculeros de esos que a ti tanto te gustan, Zarco. Naturalmente hablo desde esta perspectiva blanca, liberal y cristiana que franquea casi todas las puertas.

Para viajar a Berlín yo solo necesité mi documento nacional de identidad y mi cara bonita. Mi lejano parecido, aún lleno de encanto, con Simone Signoret. Antes de mi viaje y del replanteamiento de alguna de mis hipótesis —otras son certezas tan necrosadas como mis imprescindibles ideales—, visito por última vez a Analía. Cuando le pregunto por los ritos iniciáticos del cazador, ella se hace la loca. Finge estar mucho más loca de lo que lo estuvo la Tortolica. Analía se atusa los pelillos y los claros de su permanente: «¿Le peinan?, ¿le dan chocolatinas al abuelito Jesús?», y mientras ella da su magistral golpe de timón para virar el rumbo, yo comienzo a temer que el amor por el abuelito Jesús sea una estrategia para distraerme de su hijo, y entonces decido volar a Berlín. Justo en ese momento. «Necesita comer dulce de vez en cuando; no es gula: se lo pide el cuerpo.» Yo como bombones por gula, en secreto, no digo cuántos, los elijo de licor, trato de superar mi puta culpa glotona. Me los meto a dos manos dentro de la boca y no los vomito jamás. Los dientes se me ponen marrones. Después, fumo.

Analía se alisa la bata del uniforme penitenciario —últimamente va mucho más aseadita—, mientras resuenan dentro de mis tímpanos las palabras probables, hipotéticas, que David Cazador pronuncia mientras tira de las corvas, desgarra la musculatura, lacera la piel de su víctima, y entiendo, de repente, que el asesinato de la pequeña Paula es como el haz de rayos que confluyen en un papel que, inevitablemente, arde. Género, filiación, ideas que son ideales, tamaño, zancajeo, la malhadada superposición de pasado y presente, la ausencia del amigo —tú, Zarco, no te olvides, siempre te apunto extendiendo mi dedo, que es un arma letal—, desprotección, minusvalía, maldad, gente acomplejada pero soberbia. Gente que cree no tener ideales, pero siempre tiene razón y conecta, a través de innombrables mecanismos mágicos, con el deber ser de las cosas. Todos eran alicientes —la mutación terrible del azar en necesidadpara asesinar a Paula y todos cristalizan en un odio encarnado en inyecciones, cortes, penetraciones, golpes, despellejamientos, amputaciones, estrangulamientos breves y largos, amarres, pinchazos leves y profundos, quemaduras.

Al observar a Analía durante mi última visita, cuando ella me pregunta «¿Le toman la tensión?, ¿le ponen los calcetines con las costuras hacia fuera al abuelito Jesús? Es que las costuras le producen heriditas en los pies. Y el pobre hombre está muy incómodo», yo solo oigo, sobre las preguntas cuidadoras de esta mujer que me toma el pelo o quizá sigue un guión para volverme loca o para tender un puente de plata a su hijo o para que su suegro mantenga los pies inmaculados hasta el instante mismo de la muerte, en ese momento solo oigo las palabras que se les dedican a las amadas que huyen. A las más amadas de todas. A esas mujeres sin las que ya no se puede vivir. A esas mujeres a las que hay que castigar, con palos y cantos de río, con mentiras, porque, en su enanismo afectivo y mezquindad, empequeñecen a los hombres, grandes y generosos, que las iluminaron con su amor.

Les ponen una bombilla encima de la cabeza o les meten la misma cabeza dentro de un

secador de peluquería antigua, les marcan el cuero cabelludo con pinchazos de horquillas que trazan caminos y libro de instrucciones y, al colocarlas en esos altarcillos privilegiados, las dotan de cuerpo, alma, les regalan prendas de vestir. Todo, todo, lo darían por ellas. Paula, mientras la iban matando, escucharía esos susurros que se les dicen al oído a las mujeres que, con cada beso, con cada felación, con cada cosquillita, reciben la marca de fuego de su amante en el muslo, en el vientre o el seno, y, si se van, pierden su belleza y su dulzura, se pudren y se caen a cachos como muertas resucitadas de la tumba. Se transforman en el lodo hediondo de la laguna Madriguera. Tengo una horrible visión, Arturo: mientras la tortura, David acaricia el pelo castaño de Paula y le bisbisea: «No me dejes, chisss, chisss, pequeña.» Paula obedece y el cazador se ensaña: «¿Me has querido alguna vez?» Ella se yergue, se estira, se tensa. Él le da la espalda y coge una jeringa. Paula vuelve a quedarse floja, como sin musculatura. «Chisss, chisss, pequeña.» Después de la inyección le acaricia el pelo otra vez. A veces se producen acontecimientos insoportables. Analía me salva de un derrumbamiento en el locutorio. «Pero ¿al abuelito Jesús lo peinan con cuidadito?» Sí, sí, sí, Analía, seguro que sí.

Dafne mortal huye de Apolo y, para salvarla y conservar su pureza, el patriarca más caritativo, un dios, un abuelito Jesús, un ser omnipotente y piadoso, la convierte en aliño de legumbres. Paula, mientras la estaban asesinando, oiría los gritos lastimeros que reciben las mujeres que no aprecian los regalos y desmerecen el coraje, la inteligencia y el amor de los hombres que, por ellas, habrían dado malas contestaciones a sus madres, sus padres y sus genealogías todas. «Pero dime, dímelo, ¿tú me has querido alguna vez?» Llega un día en la vida en que esos hombres se paran a pensar. Dan tres pasos atrás y contemplan el cuadro a cierta distancia. Lo entienden todo: su dadivosidad despreciada, la ingratitud de las féminas aleves y volátiles, a las que se les ha prestado hálito y costilla, trasplantes de órganos vitales, palabras para la lengua, féminas volanderas y escamosas, como sirenas o resbaladizas truchas. Paula, mientras le golpean las plantas de los pies, escucha las mismas quejas que esas mujeres con las que se ha sido excesivamente considerado: «¿Me has querido, puta? ¿Me has querido?» Las mujeres como Paula no se ven a sí mismas y se creen mucho mejores de lo que son, porque hay que recordar la celulitis, el pecho caído, la miopía sin gracia de las que no son Marilyn Monroe, el mal aliento: la cojera de su amante coloca en una posición más meritoria al compasivo, pródigo David Beato, en la superdotada vivencia de su amor primero.

Tendría que haberle puesto correa a la perra coja. Al final, le colocó bocados y bridas. La vacunó. Se le comió el corazón. Pero ¿tú te has visto, Paula Quiñones? Eres afortunada: por fin, un hombre bueno te mira a los ojos con la boca llena de sangre. Te recorta las uñas de los pies y hace de ti, en tu escorzo amargo, cuerpo hermoso. Un cuerpo en el que fijarse. Eres afortunada, Paula Quiñones, porque esa mirada que te está matando por fin te da razón de ser.

Una luz cura la ceguera de los hombres buenos. Ya no pueden ni quieren proteger a pequeñas mujeres reviradas de maldad. Charlatanas. Machaconas. Con timbres de voz que horadan los delicados cerebros de los hombres de buena voluntad. Entonces las trocean y las meten en el congelador para comérselas sin prisa o les propinan un golpe indetectable para no estropear demasiado un torso que se preservará gracias a las alquímicas técnicas de los taxidermistas disecadores de cabezas de león y otras especies animales. La sociedad, en su general conjunto, entendió siempre estas salidas de tono, estos correctivos. Frívolas que compran trapos y no saben vivir épicas, leales y gloriosas amistades de hombre. Díscolas petardas inconstantes que reciben su merecido.

A Analía no le interesan los balbuceos, los espantosos intentos del animal por hablar al oído de su cierva presa mientras le aprieta los correajes. Puede que David, a diferencia de los reyezuelos del pinar, perdiese el don de la palabra y solo pronunciara, como un sordo, al oído de su víctima «Pequeña, pequeña». Su articulación sería casi ininteligible porque David, mientras encaja a Paula en el artefacto, adquiere progresivamente la forma de la rata de alcantarilla o de la zarigüeya de afelpado marsupio. Tal vez por ese motivo la madre del cazador no capta bien las frases y ahora no me las puede repetir. «Eroo túuu mas querridoal gu u u nav es?» Analía ha borrado las imágenes y el audio del instante en que sorprendió a su hijo amarrando a Paula. «Chisss, chisss.» La dilatación del sufrimiento. Acaso pensó que los sucedidos, tan insoportables —o no— como el desnucamiento de una coneja o el desangrado de un gorrino, como la lapidación de un perro rabioso, seguían su curso natural. Paula, por fin, estaba en buenas manos.

Más tarde, Analía, con su pensamiento crudo, también entendió que esto no podía acabar de otra manera. A la madre y al hijo, como en las viejas y veraces novelas naturalistas —imaginativas y documentales, más vigentes cada día—, les salió el gen malo de Tomé Melgar que se multiplicó por cien mil con la putrefacción del entorno, las flores con olor a muerto, los sacos de pesetas, las manitas juntas para rezar, las viles enseñanzas suaves del abuelito Jesús, que, con sus combinatorias celulares, también había arraigado en la cadeneta desoxirribonucleica de David: «La política no nos trae más que disgustos, hijos míos: hay que tener ideas, pero no ideales.» Analía está segura de la santidad de Jesús: «Es muy bueno, el abuelito. Cuidó tanto de mí y de mi madre.» Analía me ayuda muy poco en la reconstrucción del suceso. Pero me aclara un asunto fundamental: no fue ella quien hizo volver a la Tórtola a Azafrán, como si las niñas tuviesen radares o memorias impresas de la tierra, mapas digitalizados en las sinapsis del cerebro que las devolvieran magnéticamente a casa, fue Jesús Beato quien las trajo de vuelta para librar a Julia de las malas compañías. De los hombres que nunca usaban sombrero y conspiraban en habitáculos llenos de humo. «La política solo trae complicaciones», me repite. «Siempre, siempre, nos lo dice el abuelito Jesús.» La mujer se instala en su bucle. La mujer está dando vueltas en el tambor de la lavadora. Desde ese día, me la encuentro siempre cuando hago la colada.

Analía se marchó a comprobar cómo seguía Mari, que, cuando se espabiló un poco, tras la certera pedrada de la coja, se fue a su casa y se tapó la cabeza con la manta de croché. Analía dejó a su hijo jugando porque quizá fue un niño que había jugado poco. Hacía años que lo había dado por perdido. No me hace caso cuando le pregunto por qué. Por qué David se ensañó con Paula. La miro lo más fijamente que sé, me hago daño de mirarla para preguntarle: «¿Por qué?» La mujer se parapeta tras el metacrilato del locutorio: «¿Le peinan?, ¿está bien atendido el abuelito Jesús?»

Qué paradoja. La despechada Paula Quiñones acabó siendo una de estas mujeres tan bien amadas.

Desde la ventana de la casona de Azafrán, David —siempre detrás de todos los visillos— asiste al secuestro de Paula por parte de su madre y de su tía. Piensa: «Págame.» Porque aquella mujer le debía mucho. No lo vio en toda su belleza, lo deformó, lo degradó. Dentro de las pupilas de Paula, David Beato tendría el cuerpo lampiño de un animal con el que se hará fiambre o caldereta. Conejo despellejado. Qué ojos mirones. Qué susto. Qué aterradora fibrosa delgadez rosácea. Él, dentro de las pupilas de Paula. Esas pupilas que nadie sabe dónde fueron a parar.

Él no se merecía un desprecio así. David se había acostumbrado a ser el más amado, el elegido, el farmacéutico superdotado capaz de creerse incluso las mentiras que no se había inventado él. No soportaría un retroceso al pútrido lugar del niño tonto. La infancia carcomida. El novio abandonado. Feo, impotente, mal conversador. Sin farmacia. «Puta, tú.»

David aguarda a que anochezca para ir al establo. Está seguro de que las Melgar habrán llevado allí a Paula. Pero al llegar solo encuentra a su tía Mari con la cara manchada de sangre. La tía se recupera del mareo, se limpia con un trapo, le señala un camino, una dirección. El pequeño Beato echa a correr. Luego entiende que no es preciso quemar tanta energía. Persigue a la bruja por un pinar que el hombre conoce como la palma de su mano. Persigue a una bruja coja en un pinar nocturno. Persigue a una bruja coja y con poco sentido de la orientación. Él la había desplazado de unos lugares a otros con los ojos cerrados. Al quitarle las manos de los párpados aparecían las postales de enebros y avifauna que posa con las alas extendidas, los bordes del abismo en cuyo fondo navegan las canoas. Paula no sabe leer las estrellas ni caminar por el laberinto de hilos, las puertas entreabiertas, que van dejando las arañas entre los troncos de los árboles. David trisca y baila con sus caprinas patas de sátiro. David es animal, múltiple y polimórfico, que debería ser expuesto en una vitrina del museo de ciencias naturales. Quizá a él, nativo de la zona —aborigen—, reyezuelos y pinzones —probados misóginos—, inesperadamente despiertos, le muestren el atajo. La iluminada línea de puntos en el pasillo del avión un segundo antes de la catástrofe. David es un chaval que, antes o después, ganará el juego del escondite. «¡Pequeeeeña!, ¿dónde estás, pequeña? Pero tú, ¿me has querido alguna vez?» Por fin, da caza a la presa —se la cobra—, no se arrepiente —le consta que la presa no tiene crías— y le hace pagar por los pecados cometidos. De tal palo tal astilla. Samuel reclamaba el pago y David también lo hace: «Págame.» Y fuerza a Paula a pagarle sus cuentas pendientes y otras muchas cuentas de las que la cojita guapa —inspectora de Hacienda— no había actualizado el cómputo. «Pero tú, ¿cuánto me has querido?» Cinco más cinco, diez, menos cinco, cinco, más dos, siete, ahora, en este preciso instante, con una jeringa clavada en la cabeza del fémur, menos siete, cero. Ese es el resultado final de las operaciones del aritmético amor de Paula Quiñones. «Pero ¿me has querido alguna vez?» Tal vez un lunes, luego un domingo, es posible que la coja te quisiera un martes, en la fiesta de la Virgen de la Asunción, un poquito achispada, y luego ya definitivamente te dejase de querer. Ese sería el amor de calendario de Paula Quiñones. Días anotados en color rojo como cuando yo aún no había olvidado la punzada de las menstruaciones y comía almejas e hígado porque tenía el hierro bajo y me caía redonda. La boca marrón de masticar chocolate. Bombones negros de licor. Luego, fumo.

Analía, de vuelta en el establo, asiste al arranque del martirio. Recuerda los primeros

lamentos de la coja. «Sí, te quise, sí, sí, sí…» Aunque, dadas las circunstancias, la declaración resulta increíble, Analía coge una margarita y la deshoja. Puede que no, puede que sí. Revive el crujido de las maderas de su casa, las malas noches. La nariz se le satura con un desagradabilísimo olor a moho y sufre una breve convulsión. Se atonta, pero se repone rápidamente ante la alegría de que David haya entrado en razón, porque ella no habría sabido cómo explicarle por qué era imprescindible que Paula Quiñones fuese borrada del mapa. «El abuelito Jesús está en peligro», David loco de amor no habría comprendido nada, pero David despechado entendía sin palabras ni necesidad de órganos fonadores. En lo que se refería a Samuel, el cazador se había mantenido al margen. Ojos que no ven. David, que siempre había sido un hombre impasible, misterioso —posiblemente idiota—, inclasificable y blanquecino como un colirio en suspensión, la amarra al artefacto. Analía prevé que esa noche volverán a oírse los gritos y susurros. Ella no se manchará. Está harta de colgar de las ramas de los árboles perros rabiosos o, en el ejercicio de una piedad inmensa, pobres perros abandonados. Suspira aliviada. Nota la fatiga. El cazador va a recrearse. Hace mucho que no juega. Quizá a este juego no ha jugado nunca. A Analía le da igual. Solo espera que sepa hacerlo. Colas de lagartija. Alitas de mosca. Anillitos de gusano. Se retira pudorosamente. Con la cabeza gacha y volviendo sobre sus pasos. Siempre fue respetuosa con la intimidad de su hijo. «Chisss, chisss, pequeña…» Parece que David ha aprendido bien.

Hay cosas que una madre no tiene por qué presenciar.

Analía me dice que está fatigada. Llama a la funcionaria. Antes de salir del locutorio, me da una noticia perturbadora: «¿Sabes que el abuelito Jesús, pese a lo dañina que era la coja, siempre la quiso salvar?» La presa calibra mi asombro. Analiza el desajuste de mis facciones. Es la simia del planeta de los simios que, por primera vez, se enfrenta a un rostro humano. Me mira y me remira escrutándome desde demasiado cerca. Como si buscase algo dentro de mis narinas o bajo mi arco ciliar. Qué bueno es el abuelito Jesús, me dice Analía sin abrir la boca. Ella siempre lo supo: «Salvarla.» Se regodea: «El abuelito Jesús me decía al oído: “Me recuerda a Julita.”» Pero la hija de la Tórtola no veía el parecido entre Paula y su pobre madre. Julia se retiraba, huraña, cada vez que el abuelito Jesús quería acariciarle una mejilla, el pelo. Ponerle el dedo índice sobre la clavícula. Repasarle el puente de la nariz con el mismo dedo índice limpísimo, porque Jesús Beato nunca recogía las cosas caídas en el suelo. Solo recogió a la Tórtola, que sin embargo se le escapaba cuando veía el dedo pantocrátor de Jesús aproximarse hacia el aterciopelado lóbulo de su oreja. «Pero, ¡madre!, si es el abuelito Jesús», le reprochaba Analía. Y entonces la Tórtola sí que ponía de verdad ojos de loca. «Loca, desagradecida», se lamenta la presa a perpetuidad. «Desagradecida», a Analía le sorprende la palabra que acaba de escapársele como si no fuese suya. Ahora quizá está encontrando por fin el parecido. Ni que el abuelito Jesús hubiese sido tonto alguna vez. Chúpate esa, burra, burra, Analía. La mujer profiere un grito-carcajada porque acaba de atar un cabo suelto. «Me recuerda a Julita.» Yo sí veo la similitud —lo común, la identidad—, pero la similitud no es la del desagradecimiento. La similitud es otra diferente.

Pequeñas. Mujeres. Rojas.

Pequeñas mujeres rojas.

Durante nuestro último encuentro, tampoco le digo a Analía que Jesús Beato por fin ha muerto bajo la atenta mirada de la sobrina biznieta del palomo cojo. Quizá para evitar que se vengue de esa preciosa mujer que le aplicó, por compasión y sin resentimiento, una inyección paliativa al abuelito Jesús. También puede que me calle para acentuar su angustia o para

preservar la esperanza de vida eterna del viejo dios cuidador. No le desvelo nada cuando, como siempre, me pregunta: «¿Cómo está el abuelito Jesús?, ¿qué le dan de comer?»

Sin embargo, nunca me pregunta por Dickie Johnson ni por los cantantes de himnos comunistas ni por el pastor que se quedó sin ovejas.

No me pide perdón por la muerte de Paula Quiñones.

MONOLITO BLUES (LEA DESPACIO)

Escribimos —o hablamos, no lo sabemos, no nos importa, quizá transmitimos reflexiones telepáticas— con el ojo a la virulé. A Luz el aceite de las croquetas le saltó dentro del ojo y ese accidente ha tenido una consecuencia quizá no tan previsible: el orfeón polifónico —«¡Redundancia!», denuncia el maestro pegándonos un cariñoso capón: en nuestro universo límbico aún se consideran útiles los castigos corporales—, digo y decimos, a causa del accidente que produce una quemadura en la esclerótica de Luz Arranz, el orfeón polifónico de los niños perdidos y las mujeres muertas escribe con un ojo tapado. Como princesa de Éboli. Escribimos tuertos sobre mujeres cojas. Somos cojituertos suspendidos en el éter, como partículas contaminantes y ramalazos prendidos al cerebro reptiliano de nuestras personas amadas, y nos disculpamos porque quizá con un ojo a la virulé los renglones se nos tuerzan —así lo quiera Dios— y no calculemos las distancias con la precisión debida. Y aunque el maestro nos atase una temporada a la espalda la mano zurda —aún no nos convencen las pizarras electrónicas ni la supresión en los planes de estudios de la lista de los reyes godos—, carecemos de fuerza con la diestra y con ella no sabemos escribir ni abrir los abrefáciles. Los abrefáciles son la obra cumbre de la contemporánea ingeniería industrial. Tal vez la dificultad de estas nuevas cerraduras-cíngulo sea una bendición porque, de haber sido habilidosos con ellas, Nicolás habría re-fallecido a causa de una intoxicación de berberechos.

La quemadura en el ojo de Luz Arranz ha motivado una *mise en abyme* —¡diez en francés!— de niños perdidos y mujeres muertas que se expresan con la furia de piratas y lisiadas. La repetición de la repetición de la repetición que, como todo el mundo sabe —es decir, forma parte de la sabiduría popular tanto como la certeza de que al que madruga Dios le ayuda o le pasean por la cuneta, o de que las naranjas son fruta del invierno—, la repetición de la repetición de la repetición, el relato dentro del relato y la sombra de Pedro Pan, cosida por fin a sus talones por la hija de puta —¡perdonadnos, compañeras!— de Wendy Sara Moira Angela Darling —nombres que vienen todos muy al caso—, las repeticiones, al fin, son evocación de la muerte —lo sabe, sobre todo, Arturo Zarco, que pasó unas vacaciones luctuosas con las hermanas Kessler y encuentra, aquí, su foco de irradiación en el derrame rojo del ojo (no podía ser de otro color) de quien escribe (sí, escribe) estas páginas transfiriendo su pequeña minusvalía a la querida Luz, a quien también le ha prestado uno de sus apellidos por vía paterna y la condición de cripto-escritora de los avatares de su comunidad de vecinos—. El proceso no se da inversamente: Luz no le ha transferido a la escritora su reconocida habilidad para cocinar croquetas.

Quien escribe estas páginas aparece, justo en este instante, fugazmente como Alfred Hitchcock en sus películas —transeúnte que sube o baja del tranvía, bebedor de Martini a la hora

del aperitivo—, para constatar dos hechos: que quien escribe siempre es, centrípetamente, personaje de una obra y que los personajes de una obra son las centrifugaciones enmascaradas de quien escribe. Quien escribe se ensimisma o se enajena igual que sus personajes, que se encastillan o se hacen lonchas. Por eso aquí los niños perdidos gritamos: «¡Orina, Gaspara!», cuando echamos un oro al tapete jugando al chinchón. Lo hacemos porque quien escribe una vez lo oyó en boca de un familiar o de un tahúr de taberna en las inmediaciones de una localidad que bien pudiese ser Azafrán, Azufrón o Azufrín. No tenemos ninguna capacidad ni para mordernos la lengua ni para moderarnos: frente a un nombre o tres nombres optamos siempre por la segunda opción. Como ya hemos avisado, el español de Dickie Johnson ha mejorado muchísimo, pero aun así no ha llegado al grado perfecto de competencia que le permitiría ser un omnisciente castellano viejo: «¿Orrina, Gasparra?» Y nosotros reímos porque, hasta en estado gaseoso, resucitados y resucitadas no en carne —ya quisiéramos seguir padeciendo anginas o disfrutando del orgasmo—, sino en memoria, es imprescindible conservar el sentido del humor y mirar bien, con las gafas de cerca, la fecha de caducidad de las mermeladas. Dickie llegó a la fosa del jardín más tarde y ahora ya manejamos el dato de que, mientras le arreglaban una pierna carcomida de metralla, lo pasó estupendamente en el Hotel Voramar de Benicàssim. El Hotel Voramar de Benicàssim era, por entonces, hospital. Dickie anduvo —es un decir— disfrutando del afilado ingenio —«¡Tópico, estereotipo, mierda en bote!», el maestro nos tiene dicho que no podemos nunca decir *manso cordero* ni *afilado ingenio* si conservamos alguna pretensión lírica y pensamos que no hay por qué perderla y pensamos que de todo se puede hacer poesía igual que con la poesía se perpetran a menudo crímenes perfectos—, del afilado ingenio —insistimos con sorna y chulería: el maestro ya no puede castigarnos de rodillas contra la pared: nunca nos puso los brazos en cruz— de Dorothy Parker. Dickie era uno de los *gilipolluelos* que rondaban a la pequeña mujer roja, amante de los perros que se orinan —«¡Gaspara!»— en la recepción de los mejores hoteles: «¡Miss Parker, mire lo que ha hecho su perro!», le afea el director de un establecimiento neoyorquino. «He sido yo», responde ella. Siempre hemos sido amantes de Dorothy y de esos perros que te lamen las manos incluso cuando saben que los vas a matar. Dickie estuvo en Benicàssim en el 37. No sabemos cómo más tarde se alejó tanto del mar y llegó a esta tierra de pantanos, secarrales y cañones. Ay, Dickie, Dickie Johnson, qué buenos ratos pasamos juntos.

Hoy vamos a rodar un plano cenital. Un plano cenital extraordinario en el que, desde un cielo sin ángeles ni buitres ni alados farmacéuticos de ojillos rojos, observamos a Luz Arranz y Arturo Zarco mientras ambos contemplan las tareas de limpieza de un monolito que, años después de la inauguración de la placa conmemorativa de Paula Quiñones, se clava en la fosa-jardín del abandonado hotel de Azufrón. Desde el plano cenital sentamos cátedra y afirmamos que un monolito no es siempre un monolito —una sola piedra—, sino una manera de hablar de los hitos conmemorativos. El maestro refunfuña por la prosa rimadora —ito, ito, ivo—, pero en el fondo vuelve a sentirse orgulloso de nosotros, por nuestra búsqueda de esa precisión léxica que a menudo no coincide con la economía del lenguaje. El maestro vuelve a sentirse orgulloso de mí, de Nicolás, de Catalina, de la fotógrafa guiri, del palomo cojo, de la rosita del Azafrán, del padre de Boreal y Harmonía, después del minúsculo acto de rebelión a propósito del afilado ingenio de Dorothy Parker, que tal vez nos transmite su mala leche a través de las electroondas comunistas y antisentimentales que la Unión Soviética mantuvo congeladas en la atmósfera y posteriormente puso en órbita durante la Guerra Fría. Diez en historia, diez en física, diez en creatividad

literaria. También en conocimiento del medio —sabemos muchísimo de las raíces y los bulbos de meseta— y del relato de ciencia ficción. Ahora que no estamos amontonados, nos comunicamos también por medio de latas vacías conectadas por un cable.

Las autoridades levantaron un monolito abstracto para que nadie pudiera matar dos veces a Catalina ni a Dickie ni al maestro ni al palomo cojo ni a Nicolás ni a Paula Quiñones. Matar dos veces. La carne y la representación figurativa. Había sucedido en el Mirador de la Memoria y en otros sitios. Estatuas figurativas tiroteadas, manchadas de pintura, mancilladas. Por eso, se eligió el arte abstracto, la imaginación intencional de los escultores geométricos que, sin embargo, no apela a la emoción de casi nadie. Solo los urbanistas y los pitagóricos sienten un pequeño *come, come* intelectual, un «Ay, lo veo» con el ojo de mi inteligencia matemática que siempre viene antecedida por la musiquita del canon de Pachelbel. Pensamos que la representación de la coja guapa consiste en un triángulo escaleno —no podía caracterizarse por el equilibrio ni del equilátero ni del isósceles— y alguien más debió de pensarlo porque adornó las barras metálicas de su decantada figura geométrica con la palabra «Puta» y un poco más allá «Puta roja». Igual sucede con el círculo encerrado en el círculo, dentro del corazón del monumento, que representa a Julita Melgar, alias la Tórtola, mujer libre, compañera resistente, conspiradora y peona caminera, cantante por Angelillo, mujer que, por su valor, arrojo y convicciones, estuvo a punto de ser encerrada en manicomios y cotolengos de los que la salvó la mala, mala conciencia del abuelito Jesús. Nosotros y nosotras, sopranos y barítonos, tenores bastante potables del orfeón polifónico le enseñamos nuestros cánticos desde el lecho de las fosas y bajo las raíces. Ay, ay, el palomo sugiere que deberíamos dejarnos de épicas y tatachanes, pero Nicolás me azuza y también me azuzan las mujeres muertas y yo creo que lo volvería a hacer. Y no me arrepentiría. El puño se me levanta solo: estamos en nuestro derecho.

Ensuciaremos la literatura con panfletos y los panfletos con la literatura porque las palabras no son un cuarto que pueda desinsectarse con lejías. En nuestros tiempos a menudo nos comían los piojos y sus liendres, y no había esta obsesión por las junturas relimpias que hoy detectamos a través de las antenas de las televisiones y sus divertidísimos anuncios que invitan a las mujeres a lavarse vagina, labios mayores y menores, ano y periné con un derivado jabonoso del mentol. La rosita de Azafrán ha dibujado el gesto de que se le ponían los dientes largos no por el deseo sino por la impresión. Uno de los mayores problemas de las calaveras, en abstracto, es nuestra sensibilidad dental; en concreto, las calaveras de fosa común compartimos otro problema más político: no vamos a creer nunca que nosotros, asesinadas y asesinados, no podamos recitar nuestros himnos, fantasías y alabanzas. Si nos cerráis las bocas, agujeros de los dientes, en nombre de la equidistancia, la limpieza del canon y de Pachelbel, de la ortodoxia de no utilizar ni los adjetivos ni las tesis en vuestros libros de tapa dura, tendréis que explicarnos de qué lado cae el fanatismo. No vamos a creer nunca que los poemas son un cuarto que se barre con la escoba y se deja impoluto de lo que pensamos, sentimos, cantamos, de las cosas por las que ellos nos mataron y nosotros nos morimos. Exigimos representaciones que sinteticen nuestra humanidad con nuestro heroísmo, porque lo uno no se entiende sin lo otro y nos desvirtúa. Exigimos esas representaciones incluso para los asesinatos injustificados y la mala suerte. Las mujeres muertas me dan un golpe en la espalda —me felicitan a mí en particular—, pese a no haber respetado completamente la pluralidad genérica ni haber introducido la traducción simultánea para la fotógrafa guiri que inmortaliza, sin embargo, este instante irrepetible en el que Luz Arranz se apoya, agotada, en Arturo Zarco, y si ella no tuviese esta lengua tan sucia y revirada y un ojo

abrasado por las salpicaduras de aceite, si no conservara esta buena mala memoria y este productivo rencor, la mujer casi le agradecería al detective, que en realidad se gana la vida últimamente como visitador médico y agente de seguros, su presencia y su proximidad.

Zarco y Luz lloran, como en una novela sentimental, condenados a un entendimiento intermitente que empieza con los domingos de croquetas, la lectura de estos folios que también son un monolito, el reparto de distintas modalidades de la culpa —omisión, omisión, certezas no comprobadas, miedo…— y culmina, por fin, con esta visita al monumento mancillado quién sabe si por imbéciles de la misma calaña que los que, hace ya tanto tiempo, transformaron Azafrán en Azufrón por echarse unas risas y después se cagan en las piscinas municipales, aprietan, ríen, defecan, dibujan amarronados hilos en el agua azul; o, tal vez, por gente —no sabríamos decir si mejor o peor— que cortaría con una gillette, a la vez roñosa y afilada, a todas las pequeñas mujeres rojas que nos buscan y recuerdan; también a todas las que perdieron dedos de la mano por usar la dinamita o por decir me has violado y eres un pollito triste o un ser inmundo que me ha roto el cuerpo como si mi cuerpo estuviese vacío y fuera de goma, de cera, de plexiglás. Me haces tanto daño. Cáscara, cascajo, cascarón. Hemos aprendido que nunca debemos desechar una palabra porque atesorar palabras es un modo de derivar, coleccionar, construir pensamientos, y una estrategia magnífica para hacerles perder el tiempo a quienes defienden el ahorro y la eficacia. A quienes se mueren de impaciencia al hacer una cola, a quienes sienten que se mueren —el crujido de las células, la perdida oportunidad de estar en otra parte— porque la explicación del maestro es demasiado prolija o el libro demasiado largo. El tiempo como el oro —«¡Orrina, Gasparra!» y Melchora y Baltasara, bien, Dickie, bien, animan al estadounidense nuestras trillizas también de oro, nuestras vocalistas muertas—, decíamos, porque tenemos capacidad para rebobinarnos no como los simples o los sacerdotes a los que nunca se les puede interrumpir, decíamos, el tiempo como el oro del rey Midas y sustancia siempre cicatera. Porque la necesidad de medir el tiempo no equivale a la compulsión de liofilizarlo y mantenerlo en salmuera por si vienen mal dadas. De creer que no transcurre —lo cual es compresible: el tiempo ya no nos advierte haciendo tic tac— mientras nuestras rodillas se van astillando cada vez que corremos, corremos, corremos, frenéticamente, para no morir. «*Run, baby, run*!», cantan las trillizas, y esta vez es Dickie quien corrige, mandándonos un anticuado burofax, desde su residencia-nicho de Durham, en Carolina del Norte. «*Ride, baby, ride*!» Dickie no soporta impertinencias con el soul ni que su actual presidente se quiera comprar Groenlandia. No, no lo puede comprender.

Olmo se ha quedado en casa: es demasiado pequeño para aguantar estos extremos y estas extremidades. Ahora todos morimos niños aunque cumplamos mil años. Zarco y Luz lloran, porque sienten que han matado a Paula dos veces, cuerpo y memoria, y que la estarán matando cada vez que alguien se acerque a estropear con pintura el triángulo escaleno. Pese a nuestro optimismo y nuestro buen ánimo, nuestro proverbial sentido del humor, ¿qué podían esperar hoy de todos los adanes que, ingenua o torticeramente, refundan el mundo a cada paso, olvidan las inútiles tablas de multiplicar y cocinan sus alimentos en máquinas que contienen micrófonos grabadores del chup, chup de la fabada, de las puntillas del huevo frito, de las peleas conyugales, de los planes para poner bombas en las estaciones de metro o en los puentes colgantes?, ¿qué podían esperar si, al mismo tiempo, se siguen cantando himnos legionarios o salmos religiosos y se reza a dioses vengadores y se concentran capitales —no de provincias— y no se folla —a no ser que previamente se adquiera un *firdulicio* que prestigie el meter, sacar, chupar, abrir,

anillar…—, si hay mujeres que viven debajo de los puentes y los herederos de los herederos más adinerados afianzan posesiones —en ciertos territorios, lo celebran comiendo jamón de bellota y libando fino o palo cortao— sin castigos ni impuestos, gracias a la información privilegiada y la sumisión, a las delaciones, si los presidentes de los Estados Unidos aspiran a comprarse Groenlandia —que nadie lo olvide, Dickie no lo hace—, y las latas de gasolina y los bidones de petróleo y el coltán y la tierra recalentada y las recolectoras de fresas y los bebés robados y los órganos vendidos que dejan cicatrices en los flancos famélicos de cierto tipo de infancia no emperadora y si las banderillas y las verónicas y los emoticonos que lloran de alegría y el día de mañana y de la Bestia y el exterminio de las vacas que ya no nos comeremos porque empezaremos a comer lo que las vacas comían y la quinoa y la agricultura ecológica —nosotros formamos parte de algunos salutíferos rábanos— que nunca estará al alcance de quienes siembran, roturan, recolectan la chía y otros superalimentos, y los libros que ya no se leen y si los oligopolios y si hombres que muerden carne viva y depredan coño, y si los incendios que hacen callar, ya sí para siempre —la ceremonia del fuego es devastadora, incluso nosotros estamos a punto de perder la frecuencia de emisión cuando nos incineran y, ni ultratumbas ni energías por descubrir, ni lares ni penates, solo somos ya esa memoria que, por justicia, ha de ser recuperada—, si el fuego acalla a todos los animales que luchan por hablar y no decir seseantes gilipolleces como en las películas del tío Walt, si de las medusas brotaron nuestros cerebros y eso indica que estamos conectados con los mares y las lagunas madrigueras y si tus manos, amor, que se quedan por detrás, contenidas, por una pantalla opaca, sin destellos amarillos? Y si nos callan la boca y la boca y la boca.

A veces, sí, nos entusiasmamos. También tenemos miedo. Nos hemos dado cuenta de que el terror no tiene que ver con el olvido puntual de un acontecimiento, sino con la abolición de la destreza para mirar hacia atrás y simultáneamente hacia delante. Pensamos que no es tan difícil hacer más de una cosa a la vez y la rosita del Azafrán nos comunica que aún revive sus sensaciones en el balancín. Nos alegramos por ella, que casi nunca nos contó sus intimidades a causa de nuestra diferencia de edad. Nosotros ahora nos colamos en los túneles cibernéticos y nos colgamos de las madejas wifi porque nos encanta demostrar que no somos robots y reconocemos, entre la serie de fotografías, aquellas en las que aparecen coches color azul bañera. Incluso las mujeres muertas y los niños perdidos consultamos las pantallas de nuestros teléfonos móviles para recordar un nombre sin pérdida de tiempo ni contorsión mental. Ya no merece la pena hacer un mínimo esfuerzo para traer a la lengua la palabra o el recuerdo, para asociar la imagen con su título, y, en esa dejación, se producen desecaciones y la sangre deja de regar, a través de secretos veneros solo transitados por los neurocirujanos, zonas antes fértiles del cerebro, rosaledas, donde la reina de corazones ya no manda imperativamente que le corten la cabeza, que le corten la cabeza, que le corten la cabeza…

Desde nuestro plano cenital —era tan monótona, incluso inmunda, la visión de las suelas de los zapatos y los calzoncillos sucios, tan cansino el aplicado trabajo del hormiguero—, vemos marcharse de Azufrón a Arturo Zarco y Luz Arranz, condenados a un entendimiento. Los dos coinciden en que, pese a su necesidad, el monolito carece de dignidad estética. «Alambres retorcidos», Luz pronuncia estas provisionales últimas palabras y escribe este libro por delegación. Todos nosotros estamos dentro de ella y de su boca manchada de chocolate negro, igual que ella y puede que los relatos de caldo de gallina y una mujer que escribe en el salón de su casa están aquí y puede que solo aquí, dentro de nosotros, que penetramos con nuestra

hambre, nuestra cólera, nuestra ranciedad y nuestro humor amargo a quien ha delegado en Luz Arranz la escritura de este libro. Si esa mujer no se dejase empapar por nuestras antiguas conciencias, por nuestro muy especial sentido de la heroicidad, la casualidad y la democracia —de la lucha por la vida—, no estaría haciendo bien su trabajo. Lo diremos por última vez: ella en los niños perdidos y las mujeres muertas, y nosotros y nosotras en ella.

Vimos a Paula llegar a Azufrón y, pese a nuestras promesas y previsiones, no pudimos evitar las catástrofes que se iban produciendo simultáneamente en periferia y centro, en un instante presente y en nuestro triste pasado. Ni Luz ni Zarco ni Rosa ni las mujeres muertas ni los niños perdidos ni el tonto de la flor ni Braña-Alcañiz ni la Guardia Civil pudieron hacer nada. Este cuento o esta nana o este blues cierran un ciclo. Lo seguiremos contando para dar fe —«No, fe no. Mejor testimonio», no sabemos quién habla, pero sin duda es alguien sabio— de nuestras minusvalías y de peripecias terribles que nunca se deberían repetir.

Ahora, quedamos atentas. Llegan, con aires de libertad y sonrisa blanqueada por el láser, los vástagos de nuestros embalsamadores. Sonríen en la foto, ocupan su escaño en el Parlamento, apelan a nuestra descendencia —se la quieren meter en el bolsillo—, se dicen salvadores de la patria, aprenden a contar hasta uno, rezan en las plazas públicas, apuntan al corazón de la cierva con su mira telescópica. Buscan criados. Señalan a las mujeres muertas —infanticidas, brujas, mentirosas— y a los niños perdidos —asesinos, sacrílegos, analfabetos—. Y es verdad que no somos iguales.

El monolito no ha podido ser completamente reparado. Permanece la huella de la *p* y se lee, como por debajo del agua, la palabra «asesina». El alcalde no va a invertir ni una moneda más en una acción tan inútil. Catalina y el pastor que perdió todas sus ovejas nos comunican, a través de sus latas conectadas, que quizá sería mejor tirarlo abajo con una bola de demolición. Sería como matar mosquitos a cañonazos, pero, más allá de que al pastor y a Catalina les vaya la juerga y el espectáculo a lo grande, en el fondo coincidimos con su diagnóstico. El monolito significa ahora algo diferente. Señala otro tipo de barbarie que nos recuerda el regusto de la hiel y la perdida emoción del miedo.

Ahora, cogemos aire. Nos recuperamos. Quedamos atentas. Empiezan malos tiempos para las que son como nosotras y sabemos, por esta historia y otras que aún no han sido contadas, que ni los ángeles custodios ni las mujeres mártires resultan eficaces en las tareas de protección paranormal.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi gratitud a las asociaciones por la recuperación de la memoria democrática. Especialmente, agradezco las enseñanzas y esfuerzos realizados por Foro de la Memoria, Fundación Marcos Ana, Fundación Domingo Malagón, Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y AMESDE.

Y a las pequeñas mujeres rojas. Vivas o muertas como Rosario, la dinamitera, Juana Doña o Concha Carretero, a quienes tuve el honor de conocer.

Aclaraciones:

Los hechos narrados en este libro son fruto de una fantasía que, como casi todas, se despierta a partir del conocimiento del medio y las emociones que suscita dicho conocimiento: las fosas de la Guerra Civil, los desaparecidos, la angustia de los familiares, la necesidad de reconstruir una memoria democrática, el trabajo de distintas asociaciones.

Aquí se recrean muy libremente los sucesos acaecidos en torno a la fosa de Milagros (Burgos). No obstante, los personajes de *pequeñas mujeres rojas* nacen por completo de mi imaginación, y en este sentido cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. En esta novela, de nuevo como en casi todas, se mezclan hechos reales y ficticios. Los primeros se presentan como simultáneos, aunque ni sucedieron al mismo tiempo ni se produjeron dentro de los límites de un mismo territorio. Son licencias poéticas de un texto que carece de pretensiones académicas o documentales. Espero que quienes lean estas páginas lo entiendan así.

Ahora que vuelven a salir de debajo de la tierra tantas voces de niños perdidos y mujeres muertas —por algo será—, también me gustaría constatar un hecho: la primera vez que mis fantasmas tomaron la palabra fue en el poemario *Vintage*, publicado por la editorial Bartleby en el año 2013. Lo hicieron en un poema titulado «Huesos», que acaba con un párrafo bastante significativo: «Es verano. A lo lejos se escuchan el chapoteo y los gritos de la piscina municipal. Huele a cochiquera y a cloro. Una mujer baja de un coche. Viene a desenterrar huesos.» Tenía una cuenta pendiente con las voces de este texto que sin duda constituye una de las semillas de *pequeñas mujeres rojas*. Las voces han regresado.